LA ÚLTIMA PRINCESA

ALAITZ LECEAGA

CUANDO LOS MONSTRUOS
SE CUELAN EN TU MENTE,
VIENEN PARA QUEDARSE.



Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Lemóniz (Lemoiz, en euskera)...

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

Notas

Créditos

LA ÚLTIMA PRINCESA

Alaitz Leceaga

Planeta

Para aquellos que han sido mordidos por lobos

Oihan orotan, otso bana.
[En cada bosque, hay un lobo.]

VIEJO PROVERBIO VASCO

Lemóniz (Lemoiz, en euskera) es un pueblecito de la costa vasca. Durante la década de 1970, se hizo famoso por la construcción de una central nuclear.

La central se erigió sobre la cala de Basordas, que se cerró y se drenó con este fin. La edificación se inició en 1972, pero desde el principio hubo un enorme conflicto que movilizó a miles de personas para protestar en contra de su construcción. Primero fue el movimiento ecologista, antinuclear, los vecinos y ayuntamientos de la zona. Después, diversos sabotajes y atentados de ETA —incluidos varios asesinatos— llevaron a su cierre definitivo, en 1984.

En los años noventa, las instalaciones seguían estando fuertemente custodiadas. Hoy en día, la central nuclear de Lemóniz está acabada, pero abandonada. Jamás llegó a entrar en funcionamiento.

PRÓLOGO

Miércoles, 4 de marzo de 1992

Es casi medianoche cuando Lea Odell llega al claro del bosque. Ha dejado atrás la carretera para recorrer a pie la pista forestal. Avanza por el sendero en zigzag, entre árboles. No es una mujer supersticiosa. En realidad, es ingeniera y el pensamiento científico dirige su vida: al menos, así era antes de regresar a Lemóniz. Tampoco es alguien que se asuste con facilidad. La policía de Johannesburgo la ha arrestado tres veces, pero hace semanas que no se siente ella misma: ahora que intuye la verdad, todo es diferente.

En el bosque, la niebla es tan espesa que apenas puede ver a un palmo de distancia; está cerca del viejo nido de ametralladoras —no le gusta ese lugar, ha oído muchas historias—. Procura no salirse del sendero por miedo a caer y quedar atrapada en uno de los túneles y galerías que, bajo tierra, recorren la costa como los agujeros de un queso suizo.

Oye un ruido sordo y cae al suelo. Cuando comprende lo que ha sucedido, la sangre ya brota de su cuerpo. Se siente mareada. Su ojo —el único que ahora conserva— está cubierto por la película rojiza de la sangre; intuye la copa de los árboles y la luna por encima de ella. Sabe que va a morir. Sus labios se tuercen: hay una

cosa que necesita decir antes de irse, pero se desangra en un charco sobre la tierra. Antes de apagarse definitivamente, ve que unos ojos brillantes la observan desde el bosque oscuro.

1

Lyon, Francia. Sede central de la Interpol. Jueves, 5 de marzo de 1992

—Cuando los monstruos entran en tu mente, lo hacen para quedarse —les dice Nora a sus alumnos en el aula de Criminología Avanzada, a punto de acabar la clase.

Sus alumnos —todos oficiales de policía— son futuros agentes de élite de la Interpol. La miran con esa mezcla de admiración e incredulidad que ella conoce tan bien. «Es ella. La profesora Cortázar. La famosa escritora. La hija de la Muerte», murmuran los agentes más jóvenes cuando se cruzan con ella por los pasillos.

Las nuevas instalaciones de la Interpol en Lyon resplandecen bajo un sol tímido. El aula donde imparte Introducción al Comportamiento Criminal tiene grandes ventanas de cristal polarizado. Hace años que vive en la ciudad, pero aún no se ha acostumbrado a esas primaveras brillantes, tan diferentes de las que conoció en su infancia. Es su segundo año como jefa del Departamento de Ciencias del Comportamiento y parte de su trabajo es formar a futuros agentes.

—¿Alguna pregunta más antes de terminar? —dice Nora, en inglés, al tiempo que borra de la pizarra los diez marcadores de la personalidad psicopática.

En primera fila se sienta una detective francesa, con el pelo corto y enormes pendientes.

—¿Qué opina del artículo publicado en *The New York Times*? Habla de la criminología como: «una seudociencia de charlatanes que sueñan con hacerse famosos para arrestar a Hannibal Lecter».

—Desde que el año pasado se estrenó *El silencio de los corderos*, las solicitudes para inscribirse en mi curso se han multiplicado por tres.

Se oyen risas en el aula, pero la joven detective mantiene el gesto serio, es una de sus alumnas más prometedoras. Nora tampoco se ríe.

—Creo que es una estupidez de artículo, profesora Cortázar —continúa la detective—. La ciencia del comportamiento es el eje del futuro de la lucha contra el crimen. Saber qué es lo que motiva a un asesino es lo más útil para poder detenerlo.

—La ciencia del comportamiento es una disciplina nueva y tardará un tiempo en ganarse el respeto de la opinión pública. Hace treinta años, la obtención de huellas dactilares o el ADN también se ponían en duda, pero, hoy en día, nadie cuestiona su eficacia. Ustedes son los mejores de entre los mejores, no enseñarles todos los métodos posibles para atrapar a los asesinos sería como enviarlos desarmados a enfrentarse a Hannibal Lecter.

Más risas suaves en el aula.

—¿Su nuevo libro tratará sobre el Destripador de Yorkshire? —pregunta otro alumno, un policía español—. Sutcliffe aseguró que recibía «órdenes divinas» para asesinar a esas mujeres. Entonces, ¿podemos decir que era un demente?

Su faceta de escritora de libros sobre asesinos en serie despierta gran curiosidad en sus alumnos. Varios de ellos se inscribieron en el

curso para poder conocer a la famosa Nora Cortázar, algunos incluso le han llevado sus libros para que se los dedique.

—Peter Sutcliffe aterrorizó a Gran Bretaña durante los años setenta y ochenta, y mató a trece mujeres. Su *modus operandi* incluía mutilaciones y extracción de órganos; por eso la prensa le apodó «el Destripador de Yorkshire».

—¿Como Jack el Destripador?

—Eso es. Sutcliffe era un sádico, un misógino, y trabajaba como enterrador en un cementerio. ¿Qué les dice eso sobre él? —Observa a sus alumnos, pero nadie responde—. Averígüenlo para la semana que viene: escriban el perfil inverso de Peter Sutcliffe. Recuerden que los asesinos en serie comparten el deseo de infligir dolor y control sobre sus víctimas. Su trabajo como criminólogos es pensar como los monstruos.

«Cuando los monstruos entran en tu mente, lo hacen para quedarse».

—¿Y qué pasa con el Príncipe Azul? —pregunta un policía español —. El mes pasado mató a una turista en Amberes. ¿Es verdad que se lleva el corazón de sus víctimas?

—El caso del Príncipe Azul sigue abierto y cualquier detalle es confidencial —responde ella.

—Su trastorno la hace ser la mejor atrapando asesinos, profesora. Puede ver patrones que los demás ni llegamos a intuir; su mente funciona diferente, eso no se puede aprender en un curso.

—En este curso no tienen que aprender a pensar como yo, sino como los monstruos —dice Nora—. Soy aspérger[1] de alto funcionamiento, tengo una memoria extraordinaria y soy buena en la resolución de problemas; pero ustedes son los mejores de cada país, por eso están aquí. No lo olviden.

El aspérger también hace que Nora sea obsesiva, tenga manías y dificultades en las relaciones. No obstante, eso, claro, no se lo cuenta a sus alumnos.

—¿Convivir tantos años con alguien como su padre la ha ayudado a pensar como un monstruo?

—Existen distintos tipos de monstruos en el mundo, y mi padre es uno de los peores.

Sabe lo que otros ven en ella cuando la miran: a la hija de Balbea,[2] a la escritora, a la jefa de departamento más joven en la historia de la Interpol, a la mujer que sabe lo que asusta al Hombre del Saco.

—¿Es verdad lo que cuentan sobre usted? Eso de que ayudó a detener a su padre cuando era una adolescente..., y todo lo demás.

—Todo lo que han oído sobre mí es verdad. Nos vemos el próximo jueves, gracias a todos.

Sus alumnos se despiden de ella. Esos chicos ignoran que Nora ha suspendido el examen psicológico obligatorio; uno de sus muchos secretos, aunque no el peor. Los jefes de departamento deben pasar un examen psicológico cada año —igual que pasan pruebas físicas y de puntería—. No ha tenido problema con los dos primeros, pero, irónicamente, ha suspendido el examen psicológico: una entrevista personal con un psiquiatra externo. El próximo jueves tendrá otra oportunidad para convencer al psiquiatra de que puede volver al servicio activo y no va a desaprovecharla.

Recoge sus cosas —siempre en el mismo orden, es otra de sus manías— y guarda la matrioska que ha colocado bien a la vista en su escritorio, esperando que algún alumno admita haberla enviado a modo de broma —algunas veces, tiene problemas para entender cierto sentido del humor—, pero ninguno de ellos ha reaccionado al verla. La misteriosa muñeca llegó el día anterior por correo en un

paquete sin nombre ni remitente. En el interior de la matrioska hay una nota con una serie de números, nada más. Es un misterio, y su mente adora los misterios.

Sus planes para el fin de semana son abrir alguna de las cajas que se acumulan en su nuevo piso —ha roto con Anthony, su novio intermitente desde hace dos años, lo que la ha obligado a buscarse otro piso— y terminar un par de capítulos de su libro. Su editor en Londres le está metiendo prisa. Sus dos libros anteriores han funcionado bien y todavía se mantienen entre los más vendidos de la categoría de no ficción en Francia y el Reino Unido. «La gente adora leer sobre asesinos en serie y crímenes reales», le había dicho Nathaniel, su editor, por teléfono, encantado con las cifras de ventas. Tiene que ponerse a escribir ya si quiere cumplir con el plazo de entrega —y no tener que devolver el anticipo—, aunque no ha sido capaz de escribir una palabra desde hace meses. El teléfono suena en la pared del aula y la saca de sus pensamientos.

—Aula de formación —dice aún en inglés—, al habla la jefa de departamento, Nora Cortázar.

—Hola..., hola —La voz al otro lado de la línea duda—. ¿Nora? ¿Eres tú?

—Sí, Oliver, soy yo.

Quien llama es su hermano pequeño, así que le habla en español.

—Menos mal, no sabía si había acertado. He tenido que acordarme del poco francés que aprendí en el instituto para hacerme entender con la chica de la centralita.

La voz de su hermano tiembla y se ríe para ocultarlo, pero Nora lo nota enseguida.

—¿Qué sucede? ¿Es por *él*?

—¿Por nuestro padre? —pregunta Oliver, que sabe que a Nora le cuesta pronunciar esa palabra—. No, aunque Beñat le ha avisado a

él antes que a nadie, supongo que algunas cosas nunca cambian...

—Oliver, ¿qué ha pasado?

—Es *ama*,[3] ha muerto. El funeral es el sábado, aquí en Lemóniz. Tienes que volver a casa, Nora.

2

Jueves, 5 de marzo

El cadáver de Lea Odell aparece en la central nuclear de Lemóniz la primera semana de marzo de 1992. Lo encuentra una de las muchas patrullas de la Guardia Civil destinadas en la zona desde que comenzaron las obras de la central veinte años atrás.

—Da el aviso —dice la cabo Bermejo—. Diles que tenemos un cadáver en la central nuclear.

Pero su compañero de patrulla, el cabo primero Delgado —un hombre que acostumbra a bromear con todo y que tiene casi diez años más que Bermejo—, no se mueve. Se queda mirando el cuerpo con una expresión de horror en el rostro. Las gaviotas ya han terminado con ella. El cadáver tiene una herida en la cabeza y la mitad de su rostro ha desaparecido; por los bordes irregulares de su carne desgarrada asoman pequeños insectos. Tiene una cinta de color rojo anudada alrededor de la muñeca izquierda.

—¿Es el primero que ves?

Él asiente con la cabeza.

—Ya, el primero siempre es el peor.

En ese momento, se pone a llover. El golpeteo de la lluvia sobre la enorme explanada de hormigón no consigue enmudecer a las gaviotas, que revolotean sobre ellos y gritan molestas con su intromisión.

—Dichosos pájaros, están por todas partes.

Unas cuantas gaviotas se acercan al cuerpo. Bermejo grita y agita los brazos para espantarlas y evitar que terminen de desfigurar el cadáver.

—Si no nos damos prisa, entre las gaviotas y la lluvia no quedará mucho para el forense y el juez. Hay que dar el aviso ya.

—¿Cómo es posible que hayan dejado un cuerpo aquí sin que nosotros lo veamos? El perímetro está vallado y hay patrullas por todas partes. Este lugar está más vigilado que la Casa Blanca —dice Delgado con voz afectada.

—No lo sé.

Bermejo echa un vistazo alrededor para asegurarse de que están solos. Desde la explanada del antiguo aparcamiento, puede ver los enormes edificios de los dos reactores nucleares y, alrededor, el bosque. La niebla desciende desde la colina, pero intuye algo que se mueve deprisa entre los árboles cercanos. Un escalofrío recorre su espalda.

—Venga, Delgado, no me gusta estar aquí —dice sin apartar los ojos del banco de niebla—. Da el aviso por la radio y pide refuerzos. Ya. Cuando se sepa que ha aparecido un cadáver en la central nuclear, esto será como una zona de guerra.

3

Viernes, 6 de marzo

Nora sueña con su padre. Tiene siete años y pasean juntos por el bosque que crece detrás de la casa familiar; ella camina detrás de su *aita*, al que adora; su padre coge algo del suelo y se lo da; es una piedra que no tiene nada de especial, pero a Nora le fascina.

—La primera para tu colección. Puedes guardar las piedras que te gusten, eso te ayudará a pensar y a concentrarte. Aunque nadie más lo entienda, yo sí lo haré.

Su padre le dedica una sonrisa de lobo.

Una sacudida de la cabina la despierta en el avión destino a Bilbao. No le gusta volar; se ha puesto unos tapones en los oídos para amortiguar el ruido. Sopla tanto viento que desde control de tierra están a punto de desviar el vuelo a otro aeropuerto. La aproximación a tierra es una pesadilla de turbulencias, sacudidas y jadeos cortos de los pasajeros. Cuando Nora sale del aeropuerto, el sirimiri le recuerda que está en casa; se cierra la gabardina y se sube al taxi.

—A Lemóniz, por favor. Le indicaré dónde parar cuando estemos más cerca. Gracias.

El taxista abre la boca para decir algo cuando oye ese nombre, pero en el último momento cambia de idea y arranca. Nora se acomoda en el asiento trasero y nota el bolígrafo que se le clava en

la pierna a través de la tela del traje. Lo saca y aprieta el pulsador cuatro veces antes de volver a guardarlo.

«No pasa nada, estás bien. Estás bien».

En la radio del taxi suena una canción de Springsteen que nunca le ha gustado demasiado. El taxista conduce en silencio (cosa que Nora agradece) hasta la costa: apenas quince minutos separan el aeropuerto del mar. El paisaje va cambiando al otro lado de la ventanilla; la ciudad gris da paso a bosques y colinas verdes donde crecen caseríos y nuevas urbanizaciones de elegantes chalés que no estaban allí cuando ella se marchó diecisiete años atrás. Pronto, la carretera se vuelve estrecha y llena de curvas; allí comienzan las pintadas en contra de la central nuclear en los muros y en las fachadas de las casas.

Ha quedado con Oliver en un bar cercano. Prefiere hablar con él a solas antes de ir al caserío familiar, donde se alojará los próximos días. Su plan inicial era regresar a Lyon al día siguiente del funeral, para preparar la entrevista con el psiquiatra y escribir un par de capítulos de su libro, pero no había ningún vuelo el domingo, así que se quedará en Lemóniz una noche más de lo que había previsto.

«Solo es un día más, todo está bien».

Ve pasar el letrero con el nombre del lugar en el que nació y creció, el mismo del que lleva huyendo media vida: LEMÓNIZ; junto al nombre, alguien ha pintado una siniestra calavera que la mira con ojos vacíos.

—Si le parece bien, yo la dejo aquí, señora —dice el taxista, aminorando la marcha—. Ya sé que la central nuclear está cerrada, pero no me gusta mucho estar por la zona después de todo lo que pasó.

—Descuide, aquí me va bien.

Se baja del taxi, se estira la gabardina mientras espera a que el taxista le dé el cambio y ve su cara de alivio cuando el hombre da media vuelta con el Peugeot 309 para alejarse del pueblo tan deprisa como puede. Nora coge su bolsa, se pasa la cinta por encima del hombro y echa a caminar por el arcén. Enseguida tiene que cerrarse la gabardina y subirse el cuello para protegerse del viento, que alborota su pelo castaño y se le cuela a través de la ropa. El taxista la ha dejado cerca de la iglesia y del bar en el que ha quedado con su hermano —es un pueblo pequeño y nada está demasiado lejos—, pero se desvía entre calles para evitar pasar por delante de la casa familiar.

«Todavía no, todavía no estoy lista para entrar y enfrentarme a los monstruos».

No siempre ha sido fácil para alguien como ella, pero Nora se ha acostumbrado a vivir en grandes ciudades ruidosas y pobladas; ahora es Lyon, pero primero fue Colonia. El silencio y el aire fresco que se respira en Lemóniz hacen que se sienta inquieta y se mordisquee la uña del dedo índice.

Los árboles que crecen junto a la carretera forman una pared verde. Con el rabillo del ojo, capta algo que se mueve en el bosque, pero entonces un coche de la Guardia Civil pasa a su lado. Una joven agente la mira con curiosidad desde el asiento del copiloto, aunque el vehículo no se detiene. El Etxeko[1] es uno de los tres bares que hay en el pueblo —sin contar los locales más elegantes y los restaurantes para turistas que quedan un poco más abajo, en el área más poblada de Armintza—. Cuando llega, no le sorprende comprobar que todo se conserva prácticamente igual que en su memoria.

«Hay cosas que no cambian», piensa mientras cruza la pequeña plaza por la que, sin embargo, sí parece haber pasado el tiempo:

ahora está asfaltada y tiene unos relucientes columpios que no estaban ahí hace diecisiete años.

El Etxeko la recibe con el aroma delicioso de la tortilla de patatas en la barra, del pan casero horneado, con la madera oscura que cubre el suelo del local —la misma de la que están hechas las mesas y las sillas—, con el ruido de la televisión encendida de fondo y las voces de los vecinos jugando al mus en un rincón. Nada ha cambiado, pero todo es diferente.

—Nora, casi no te reconozco —dice su hermano Oliver cuando la ve entrar—. Estás muy diferente. ¡Mírate! La escritora superventas.

—No tan superventas —bromea ella.

Oliver es el menor de sus hermanos; de niño, siempre había sido el más bajito de los tres hasta que dio el estirón con catorce años. Ahora es más alto que ella.

—¡Menudo cambio! Ya no eres esa adolescente con vaqueros, ¡jefa de departamento!

—Tú también has cambiado —responde ella, señalando su alzacuello.

Oliver se ríe y se lo toca como si le apretara.

—Sí, al final terminé en el seminario. *Ama* me animó mucho después de que te fueras, ¡quién lo hubiera dicho, eh! Con lo pieza que era de crío. Ahora soy el padre Cortázar.

—No esperes que te llame así.

—Ya te lo había contado por teléfono, pero sé que verme así vestido impresiona, a mí el primero. —Oliver deja escapar una risita nerviosa—. Este septiembre hará ya dos años que me ordené.

Ambos se miran dudando si darse un abrazo. En su familia, no son de los que se abrazan, ni aunque estén a punto de enterrar a una madre; además, Nora no siempre se siente cómoda con el contacto físico. Los clientes del bar los miran sin disimulo, incluso

han interrumpido la partida de cartas para prestar atención a su conversación.

—Será mejor que salgamos de aquí. Demos un paseo y así me lo cuentas todo —propone Oliver—. En estos años que has estado fuera las cosas se han vuelto más...

—¿Complicadas?

—Inestables —dice él.

Nora ya se ha fijado en cómo la observan los vecinos: en la mirada de algunos hay reproche; en la de otros, miedo y curiosidad. Ninguno parece alegrarse de su regreso. Cuando caminan hacia la puerta, el hombre tras la barra deja de mirarla y vuelve a secar los vasos que se acumulan en el mostrador.

—¡Sí, es ella! La hija pródiga ha vuelto a casa —dice Oliver en voz alta, para asegurarse de que todo el mundo en el bar le oye.

Nora sabe que, antes de que anochezca, todo el pueblo estará al corriente.

4

Viernes, 6 de marzo

Están cerca de la carretera y Nora se agacha para recoger una piedrecilla que llama su atención. Juguetea con ella mientras se fija en su patrón de colores.

—Veo que aún coleccionas piedras, pensé que en estos años quizá...

—¿Pensaste que me habría vuelto normal? —termina ella, guardándose la piedra en el bolsillo.

—Perdona, no quería decir eso —se disculpa Oliver.

—Síndrome de Asperger, así lo llamó la psiquiatra a la que me llevaron los tíos cuando ya no sabían qué más hacer después de que me pasara tres semanas enteras comiendo solo gelatina de fresa. Adelgacé ocho kilos y vomité hasta las entrañas.

Sucedió después de abandonar Lemóniz —y todo lo que conocía— para marcharse a Colonia. Ese cambio estuvo a punto de terminar con Nora.

—Recuerdo que de niña tenías tus manías y tus rutinas, pero eras un genio, la más lista de los tres.

—Aún soy la más lista de los tres.

El ruido de la sirena de un coche de policía que pasa por la carretera hace que Nora se vuelva para mirar.

—Es el segundo coche patrulla que veo desde que he llegado. Pensé que después de que cerraran la central nuclear habría menos

presencia policial en la zona.

Oliver se encoge de hombros.

—Va por épocas, los agentes van y vienen dependiendo de si el ambiente está muy enrarecido o de si ha pasado algo, ya sabes... un atentado. Ya no hay tantos policías por aquí como cuando éramos críos, pero todavía vigilan las obras de desmantelamiento de la central. De vez en cuando, vienen trabajadores para retirar los equipos electrónicos, el cobre, la chatarra y todo lo demás que pueda venderse. Están un poco nerviosos porque ayer encontraron un cadáver allí.

—¿Un cadáver en la central? No he oído nada sobre un... —Hace una pausa cuando ve la expresión de su hermano—. ¿Oliver? ¿Qué es lo que no me estás contando?

Él mira alrededor antes de responder:

—Es Lea, Lea Odell. ¿Te acuerdas de ella?

Nora siente un nudo en el estómago al oír ese nombre.

—Sí, claro que recuerdo a Lea. Ya sabes que me acuerdo de todo.

Lea Odell y ella eran las mejores amigas de niñas, hasta que Lea y sus padres se marcharon de Lemóniz; aunque apenas habían tenido contacto desde entonces —alguna carta de vez en cuando, una postal cada Navidad—, ambas eran las niñas raras del pueblo —Lea porque venía de otro país y Nora por el aspérger—, y nada en el mundo une más que eso.

—¿Lea está muerta? No me lo puedo creer...

—No saben qué ha pasado, pero la banda aún no ha reivindicado su asesinato. Por eso hay tanta policía por la zona; los malos recuerdos vuelven cada vez que pasa algo relacionado con la central nuclear, ya sabes.

—Sí, ya sé.

Nora recuerda su pequeño secreto y hace un esfuerzo por apartarlo de su mente.

«Ahora no..., ahora no», se dice mientras se mordisquea la uña del dedo índice.

Atraviesan el parque con los columpios y llegan hasta el cruce donde se alza el caserío familiar de los Cortázar. En el muro bajo frente a la casa puede leerse la palabra *HILTZAILEAK* (asesinos) escrita en grandes letras con pintura roja.

—Eso lleva ahí unos meses. A *ama* no le gustaba verlo, pero cada vez que Beñat o yo lo limpiamos, vuelven a escribirlo —dice Oliver con resignación—. De todas formas, *ama* ya casi no salía de casa al final, estaba muy mal; incluso había dejado de ir a misa.

Intenta imaginar a su madre, Petra Arzúa, la mujer más devota que ha conocido —de hecho, intuye que su devoción empujó a Oliver a entrar en el seminario y ordenarse sacerdote—, dejando de asistir a misa.

—¿El funeral es mañana?

—Sí, mañana por la tarde; aquí, en la iglesia de Urízar. Y hay otra cosa... *él* tiene un permiso especial para asistir al funeral.

Se refiere a su padre: Balbea, la Muerte.

Es habitual que los presos obtengan permisos penitenciarios extraordinarios para asistir al funeral de un familiar —Nora lo sabe bien—, pero no puede evitar pensar en cómo se sentirá al verle otra vez; su padre era la única persona que la comprendía cuando era una niña; a pesar de su extrañeza, él siempre estaba de su parte.

—He venido caminando por la carretera y no he visto ninguna esquela de nuestra madre, ni en las farolas ni en la puerta de la iglesia —dice ella de repente.

—Ya, sobre eso... La funeraria colocó ayer esquelas en la puerta de la iglesia y en algunas farolas y postes, lo habitual cuando alguien

muere en el pueblo, pero hemos tenido que arrancarlas porque han amanecido pintarrajeadas: algunas alabándole a *él* y a la banda, y otras manchadas con pintura roja como si fuera sangre. —Oliver hace una pausa buscando las palabras—. Escucha, le he pedido al párroco de Derio que se ocupe de oficiar el funeral de *ama,* yo no me veía capaz de hacerlo.

—¿Es por *él*? ¿Te preocupa que vaya a venir?

—Me preocupa que al funeral de nuestra madre solo vengan periodistas, policías y chismosos. No es justo para ella ni para nosotros.

—¿Has ido a visitarle? —le pregunta a Oliver.

—No. La última vez que le vi fue hace casi nueve años, cuando le trasladaron a la cárcel de Zaragoza.

Nora se estremece dentro de su gabardina, algo que a su hermano no le pasa desapercibido.

—No debe de ser fácil para ti saber que vas a volver a verle mañana. Pero, por si sirve de algo... —le dice—. Con todo lo que tuviste que pasar de cría, te ha ido muy bien: tienes un trabajo importante, escribes libros, vives en una gran ciudad, vistes trajes caros... ¿Y qué pasa con ese chico con el que te fuiste a vivir? El que era experto en ordenadores.

—Me dejó.

Cierto día, Anthony se hartó de sus manías y de que tuviera más interés por los asesinos en serie que por su propia pareja; tampoco ayudó que sus libros fueran un éxito en media Europa mientras a él le habían denegado un ascenso en el trabajo.

—Ojalá pudieras quedarte más tiempo, no es igual hablar por teléfono que vernos en persona. Te echaba de menos.

—El asesinato de Lea... ¿Qué sabe la policía?

—Mira, ya sé que eres una superagente de la Interpol y todo eso, pero ¿estás segura de que quieres saber más del tema? Recuerdo que Lea y tú erais inseparables de crías. —Los ojos verdosos de Oliver, tan parecidos a los suyos, miran hacia otro lado, pero sabe que Nora no olvidará el asunto—. Lea regresó al pueblo hace un par de años, trabajaba en la plataforma marina de extracción de gas natural. Parece que ayer no se presentó a su turno, avisaron a tierra, pero nadie sabía nada. Un poco más tarde, la Guardia Civil encontró su cuerpo en la central nuclear.

—¿Ha sido la banda?

—Aún no lo saben, pero por ahí dicen que el cuerpo estaba muy mal.

La víctima es siempre la primera pista para encontrar al asesino, eso es lo que les enseña a sus alumnos.

—¿Cómo era Lea ahora? ¿Tenía amigos o novio?

—Bueno, yo no la veía mucho, de vez en cuando por el pueblo, pero apenas nos saludábamos —responde Oliver—. Y seguía siendo bastante solitaria; de crías las dos estabais siempre juntas porque tú eras, bueno..., como eres, y Lea era hija de extranjeros. Ahora, cuando no estaba en la plataforma, se dedicaba a pasear por la zona, hacer fotografías, surf..., cosas así.

—¿Estaba metida en algún asunto político?

—No. Lo suyo era la resistencia pacífica y todo eso. De haber estado metida en algún tema político, Irving nunca se habría liado con ella, no después de lo que le pasó a su padre. Ni hablar.

—¿Qué? —pregunta ella con la boca seca—. ¿Irv?

—Sí, Irving Westland. Tu Irving.

Nora siente que todos los diques de contención que ha ido construyendo cuidadosamente en los últimos años se desbordan.

—¿Irving ha vuelto?

—Pensé que lo sabías. Su madre volvió ya hace unos cinco años, junto con su nuevo marido. Viven en la misma casa donde vivían, solo que ahora está arreglada y el jardín ya no parece una jungla. —Oliver se ríe con suavidad al recordar—. Las ortigas que crecían allí eran las más grandes que he visto en mi vida; creo que todavía tengo cicatrices en las piernas de cuando jugábamos en su jardín cuando éramos unos críos. ¿Te acuerdas? Qué tontería, claro que te acuerdas: tú te acuerdas de todo.

Irving fue el primer chico al que besó, y el único durante mucho tiempo. Aprendió a escribir a máquina en la vieja Olimpya del padre de Irving, la misma con la que Fred Westland escribía sus artículos sobre la banda y la central nuclear, o la novela que nunca llegó a terminar. Nora probó la Coca-Cola por primera vez el último verano que los Westland vivieron en Lemóniz. Aquel también fue su último verano en el pueblo.

—Pero ¿por qué está de vuelta? No lo entiendo, después de lo de su padre...

—Creo que está aquí por el yacimiento arqueológico. ¿Recuerdas?

Nora hace un esfuerzo, pero su mente está atascada en Irving Westland y en su pelo rubio.

—Sí, claro. El yacimiento arqueológico en el monte de Urízar.

—Eso es. En los últimos meses, la zona se ha llenado de arqueólogos, estudiantes y curiosos que buscan tesoros por el bosque creyéndose Indiana Jones. Irving es uno de esos arqueólogos. —Oliver hace una pausa que Nora no sabe interpretar y luego añade—: Por cierto..., ahora es padre, tiene una hija pequeña.

—Oh...

—Pero no está casado —añade—. Nadie en el pueblo sabe quién es la madre de la niña. Por si te interesa.

—¿Y por qué me iba a interesar?

Oliver le dedica una sonrisa diminuta.

—Por nada. Venga, te acompaño a casa y te doy una copia de la llave. Beñat está trabajando, pero le he dicho que llegabas hoy y que ibas a quedarte en el *baserri* hasta el lunes. No se lo ha tomado muy bien, pero me ha prometido que no va a buscar bronca.

Nora mira de refilón la enorme mole de piedra junto a ellos; el caserío familiar de los Cortázar lleva casi quinientos años en ese mismo lugar. El terreno delantero está descuidado, por todas partes crecen hierbajos que cubren el camino hasta la entrada de la casa. El pararrayos con forma de cruz sobre un tejado a dos aguas parece oxidado y la humedad ha oscurecido la pared, aunque la gruesa viga verde en el centro de la casa continúa en su sitio. Vuelve a leer las grandes letras rojas en el muro: *HILTZAILEAK*.

«Todavía no, todavía no estoy lista para entrar y enfrentarme a los monstruos».

Decide retrasar su encuentro con el pasado un poco más.

—Aún es pronto, mejor llévame al cuartel de la Guardia Civil; quiero hablar con quien esté al mando de la investigación del asesinato de Lea.

5

Viernes, 6 de marzo

El Renault 19 bota sobre los baches de la estrecha carretera de la costa. Nora se aferra al asiento del copiloto.

—Deberían contratarte para las clases de conducción evasiva de la Interpol —comenta, con la voz entrecortada por los saltos del coche—. ¿Seguro que llegaste a sacarte el carnet de conducir?

Oliver sonríe, pero no aparta los ojos de la carretera; la lluvia de las últimas horas ha formado grandes charcos.

—No me digas que tienes miedo de unos pocos baches, señora jefa de departamento. Pensé que las policías duras como tú no temíais nada.

Nora ha intentado explicarle a su hermano muchas veces en qué consiste realmente su trabajo para la Interpol, pero sin éxito.

—Soy criminalista, mi trabajo es... Da igual.

—No es culpa mía que la carretera esté en tan mal estado —se defiende Oliver—. Durante años han pasado por aquí camiones, las tanquetas de la policía, los autobuses que llevaban y traían hombres y materiales para la central nuclear, y ahora las furgonetas de los que están escarbando en el yacimiento; lo raro es que el acantilado no se haya desprendido. —Aminora la marcha cuando ve la primera caseta de la Guardia Civil un poco más adelante—. Igual eso hubiera sido mejor para todos, que se la hubiera tragado el mar.

Cuando están a quinientos metros de la caseta de seguridad observan como el agente sujeta con más fuerza su fusil.

—Pensé que ya se podía circular con normalidad por la carretera de la costa.

—Más o menos. Hace algunos años que volvieron a abrir la carretera, pero tienes que informar al agente de a dónde vas para que te deje pasar; un poco más adelante, hay otra caseta como esta, con otro policía, para asegurarse de que nadie se para por el camino. No quieren sustos.

Leer a las personas es lo que mejor se le da, así que Nora se fija en el lenguaje corporal del agente de uniforme: su espalda está recta, la mandíbula apretada y sujeta el arma con los dedos agarrotados.

—Pues a mí me parece que está bastante asustado.

Están tan cerca de esa suerte de *checkpoint* que Nora distingue incluso el modelo de fusil.

—Cuando hay un atentado o un aviso de bomba, los agentes están un poco más nerviosos, y si coincide que te toca un novato o uno que esté algo chalado, entonces es hasta arriesgado venir por aquí. Cualquier cosa relacionada con la central es una complicación de tres pares de narices.

—Yo no tengo interés en la central nuclear, solo quiero hablar con el agente al cargo para presentarme y ofrecerle mi ayuda en la investigación del asesinato de Lea.

Oliver se ríe un poco nervioso.

—Seguro que a quien esté al mando le encanta la idea.

Llegan a la garita de seguridad y se detienen. Es una pequeña caseta bien protegida por una malla metálica y obstáculos de piedra para evitar que pueda ser arrollada por un vehículo. El agente, desde dentro, los saluda de manera formal.

—Buenas. Tienen menos de cinco minutos para llegar al siguiente puesto de control, no se detengan o...

—Buenos días, agente. Soy la jefa Nora Cortázar, del Departamento de Ciencias del Comportamiento de la Interpol —le interrumpe ella con delicadeza—. He oído que ha aparecido un cadáver en la central nuclear. Me gustaría hablar con su superior y presentarme como es debido.

El policía los estudia intentando decidir si son una amenaza o solo un par de idiotas tomándole el pelo. Nora hace un gesto para meter la mano en el bolsillo de su gabardina, pero el arma se tensa en las manos del agente.

—¡No se mueva!

—La cartera con mis credenciales oficiales y mi placa están en el bolsillo de mi abrigo. —Nora mantiene la calma, está acostumbrada a situaciones tensas—. Si quiere, puede cogerla para comprobarlo.

El agente, que no tendrá más de veinticinco años, duda, pero al final se decide a buscar la cartera en el bolsillo de Nora. Está parado tan cerca del coche que el cañón de su fusil entra por la ventanilla bajada. Lee el nombre en las credenciales oficiales, comprueba la fotografía para estar seguro y parece relajarse un poco.

—Si quieren hablar con el sargento, tendrán que dejar el coche aquí e ir a pie; va contra las normas que un automóvil de fuera entre en el recinto de seguridad.

—Claro, lo entendemos.

Le devuelve la cartera a Nora, que se la guarda en el bolsillo.

—Aparque ahí, señor, en el arcén. Y esperen sin moverse mientras aviso por radio.

Nora y su hermano se bajan del coche.

—¿Estás seguro de que quieres acompañarme dentro? Puedes esperarme en el coche, si lo prefieres.

—Ni hablar, yo voy contigo. Cuando era un crío, me moría de curiosidad por ver qué había ahí dentro: un pequeño fuerte rodeado de alambrada en mitad del bosque. La de veces que pensé en colarme.

El agente habla por la radio y espera la respuesta. Los mira desde la caseta de seguridad, alerta a cualquier movimiento extraño. Nora da un par de pasos para ver la antigua cala de Basordas. Ya no queda ni rastro de la playa. Desapareció debajo de más de mil toneladas de hierro y hormigón. El muro de contención que separa la enorme explanada hormigonada del mar es tan alto como un edificio de cinco pisos.

—Ahí está, la central nuclear que nunca llegó a funcionar —comenta Oliver siguiendo su mirada.

La descomunal construcción dormita entre las colinas verdes, acurrucada entre la niebla como un animal mitológico que espera agazapado. Las torres de los dos reactores proyectan una sombra interminable.

—Nunca la había visto terminada. Me marché de aquí cuando aún estaba en obras —murmura ella.

El viento sopla con fuerza y la gabardina golpetea contra su pecho.

—A mí todavía me impresiona verla. Yo paso por aquí casi cada semana desde Derio para visitar a *ama* y a Beñat, y aún me deja sin palabras cada vez que la veo emerger detrás de alguna curva.

Una doble valla de seguridad rodea el perímetro hasta donde alcanza la vista. La alambrada de espino reforzado atraviesa montes y bosques en kilómetros a la redonda. Solo ahora que está delante de esa bestia dormida, Nora comienza a entender el impacto que tuvo todo lo que sucedió en esa remota cala.

—Hoy hay niebla, pero, cuando el cielo está despejado, desde aquí puede verse hasta La Gaviota, la plataforma marina donde trabajaba Lea —explica Oliver.

Nora se pone la mano sobre los ojos para protegerse de la luz grisácea y distingue una estructura en el agua.

—Síganme, pero ya les advierto de que el sargento no los esperaba, así que igual tienen que armarse de paciencia antes de que puedan hablar con él.

La voz del agente la devuelve a la realidad. Nora se aleja de la doble valla de seguridad.

—Señora, si va armada, tendrá que dejar su arma fuera. Está prohibido que alguien ajeno entre armado en el recinto.

Su Glock Compact está en la caja de seguridad del despacho de Lyon. No tiene permiso para llevarla encima hasta que no supere el examen psicológico del próximo jueves.

—No voy armada.

6

Viernes, 6 de marzo

La fortificación de la Guardia Civil está formada por barracones, dormitorios, torretas de vigilancia, casetas de seguridad estratégicamente repartidas por el bosque y coches blindados; todo protegido por kilómetros y kilómetros de alambre de espino reforzado. Supuestamente, iba a ser un destacamento provisional; el pequeño fortín se construyó al mismo tiempo que se levantaba la central nuclear —hace más de veinte años—, pero, a pesar de cancelarse la puesta en servicio de la central, los agentes, los barracones y todo lo demás sigue allí.

—Teniendo en cuenta la historia de la central nuclear y con el cadáver que encontraron ayer..., ¿han traído refuerzos? —pregunta Oliver, que sabe que la sotana inspira confianza y anima a hablar a la gente.

—No, no hay refuerzos. Este sitio ya no es una prioridad estratégica y tampoco queda mucho que proteger ahí abajo, está casi todo desmantelado. Es una pesadilla logística; además, los vecinos no nos quieren aquí ni ninguno de nosotros desea que le toque este destino de mierda... Con perdón, padre, no se ofenda.

Oliver se ríe.

—No me ofendo. Ya son ganas de complicarse la vida: bajar por el acantilado sin romperse la crisma y pasar las dos vallas de

seguridad para dejar un cuerpo ahí abajo —añade, con su forma desenfadada de hablar—. Y todo sin que nadie haya visto nada.

—En estas instalaciones ya quedamos pocos, casi todos los agentes disponibles están repartidos por la zona haciendo labores de escolta; los otros están destinados en Barcelona para vigilar las obras de los Juegos Olímpicos..., o en Sevilla, para la Expo. —El agente continúa hablando mientras caminan hacia el barracón más grande—. Un año movidito.

—Por algo lo llaman «el año de oro». 1992 —responde Oliver.

Nora los sigue de cerca sin perderse una palabra de su conversación mientras busca el bolígrafo negro y plata en el bolsillo de su pantalón; lo saca y aprieta el mecanismo cuatro veces. Siempre le ha sorprendido lo fácil que le resulta a Oliver hacer amigos y hablar con desconocidos; para ella, es algo imposible.

—Ahí está el sargento Gómez-Moreno, él los informará. Cuando quieran volver a la carretera, búsquenme y los escoltaré hasta el coche. Buenos días.

El barracón de metal no podría destacar más en ese entorno de naturaleza frondosa; la humedad y el salitre del mar han corroído las paredes y han oxidado las esquinas. Tras la puerta de despacho, un hombre vestido con el uniforme de la Guardia Civil se levanta de la silla tras un pequeño escritorio y se acerca a ellos.

—Soy el sargento Gómez-Moreno. Me ha dicho el cabo que son policías y que querían hablar conmigo.

Su tono es hostil; está claro que no le hace ninguna gracia tenerles rondando por allí.

—Gracias por recibirnos, sargento. Me llamo Nora Cortázar, soy jefa de Departamento de la Interpol...

—¿La Interpol? No sé qué está haciendo aquí, pero está muy lejos de casa, señora —la interrumpe.

—En realidad, no estoy lejos de casa.

Gómez-Moreno tendrá unos cincuenta años, está en buena forma y lleva el uniforme perfectamente limpio y planchado. Su pelo ha empezado a clarear en la zona de las sienes, pero aún es oscuro y brillante; tiene unas finas arrugas alrededor de los ojos. Solo con un vistazo, Nora ya sabe que el sargento no está casado, que necesita gafas para ver de cerca y que lo oculta para no parecer «débil» delante de los demás; además, deduce que no es fumador y que es más inteligente de lo que aparenta.

—Bien, aquí me tiene, señora. ¿Qué era eso tan importante que quería decirme?

No es la primera vez que se enfrenta a la hostilidad de agentes de otros cuerpos de seguridad: a muchos no les gusta que exista una policía internacional porque sienten que les están pisando el terreno; el hecho de que Nora sea una mujer tampoco ayuda.

—He venido para atender un asunto personal en el pueblo y he oído que han encontrado un cadáver en la central nuclear —dice Nora con calma—. Quiero ofrecerle mi ayuda en el caso; tengo experiencia resolviendo todo tipo de crímenes: secuestros, tráfico de personas, delitos informáticos...

—¿Delitos informáticos? El ordenador más cercano debe de estar en algún banco de Bilbao, señora.

—Profesora o jefa está bien, gracias —le corrige ella con cortesía —. Mi especialidad es el estudio de la mente criminal. Dirijo el Departamento de Ciencias del Comportamiento de la Interpol; mi trabajo es descubrir cómo funciona la mente de los delincuentes.

El sargento no puede disimular su curiosidad.

—Ciencias del comportamiento, ¿eh? Es una loquera, entonces. Uno de esos policías elegantes que persiguen chalados desde sus oficinas, como en las películas norteamericanas.

—Sí, algo parecido —responde Nora, resignada; odia ese estereotipo.

—Ya, pues de momento nos apañamos solos, pero si necesitamos a alguien que nos diga si el asesino se orinaba en la cama de niño, si su madre le ponía vestiditos o cualquier otra cosa rara, la llamaremos.

Lentamente, Nora busca su placa en el bolsillo de la gabardina. Se la muestra al sargento y nota como se detiene a leer su apellido completo. Ya sabe cuál es la siguiente pregunta:

—¿Cortázar? Y dice que es de la zona... ¿Es pariente de Adolfo Cortázar, Balbea? El terrorista.

—Sí, Balbea es mi padre. Nuestro padre. —Hace un gesto con la cabeza señalando a Oliver, que todavía no ha dicho una palabra—. He venido para asistir al funeral de mi madre.

Ahora sí que los ojos del sargento la estudian con verdadero interés por primera vez.

—El funeral, sí. Hemos sido informados de la situación; mañana desplegaremos agentes en la iglesia durante el servicio para vigilar los ánimos en el pueblo y para controlar a su padre. No queremos que la cosa se salga de madre.

«Me preocupa que al funeral de nuestra madre solo vengan periodistas, policías y chismosos», le había dicho Oliver.

—Entonces... su padre es un famoso terrorista, su hermano es cura y usted es policía, ¿me está tomando el pelo?

—Ojalá, nuestra familia es como un chiste malo —responde Oliver con amargura.

Nora le lanza una mirada de reproche y dice:

—Me quedaré en la zona los próximos dos días, hasta el lunes. Me gustaría colaborar en la investigación.

—Sería malgastar su tiempo. Lo más seguro es que hayan sido los de siempre. Esperamos al informe del forense.

—Igualmente, le ofrezco mi ayuda y los recursos de la Interpol.

El sargento no está contento con la presencia de Nora, pero lo de los recursos de la todopoderosa Interpol hace que se lo piense mejor; es tan inteligente como ella ha intuido.

—¿Y qué quiere a cambio, jefa Cortázar?

—Quiero el informe oficial; todo lo que tengan sobre el caso hasta ahora.

Él la estudia con curiosidad, sus oscuros ojos brillan.

—¿Por qué le interesa tanto este asunto? No parece que deba merecer la atención de la Interpol. ¿Tiene algún motivo personal para querer inmiscuirse?

Nora decide que aún no va a hablarle de su vieja amistad con Lea Odell.

—Seguro que lo sabe, pero los crímenes que no se resuelven durante las primeras cuarenta y ocho horas corren mucho riesgo de no resolverse jamás. Si mis conocimientos pueden ayudarlos a detener al responsable antes de que los vecinos se inquieten, eso será bueno para todos.

—Si cunde el pánico, nuestra labor en la zona se complicaría mucho; los ánimos por aquí están siempre a flor de piel, solo nos faltaba un asesino en serie para enrarecer más el ambiente.

—Es pronto para asegurar que se trate de un asesino en serie, sargento, pero si me diera acceso al informe oficial...

—Le daré una copia —cede él, por fin—. La cabo Bermejo fue quien encontró el cuerpo. Ahora está almorzando, pero le diré que vaya a verla más tarde para que la ponga al corriente de todo. —Gómez-Moreno rebusca entre los papeles hasta que encuentra una carpeta—. Tenga, es una copia del informe del caso con todo lo que

hemos recopilado desde ayer: fotografías, el informe preliminar del forense en el lugar y la declaración de Bermejo y de su compañero.

Nora va a coger la carpeta, pero el sargento la retira con un gesto rápido.

—A cambio de esto, quiero saber qué tiene la Interpol sobre la muerta: Lea Odell. Y tendrá que firmarme el recibo para la custodia. Son las normas.

—¿Tiene un bolígrafo? —El sargento mira sorprendido el bolígrafo en su mano—. Oh, este no funciona.

Le da uno de los Bics azules de su escritorio para que Nora firme el recibo de la custodia. Dentro de la carpeta, hay varias páginas mecanografiadas y sujetas con un clip, así como unas fotografías *post mortem*.

—La fallecida vivía en la zona, pero no era ciudadana española. Estamos esperando que nos llegue su historial, pero en su país están liados con otras cosas, así que tardará. Dicen por ahí que era una alborotadora, una de esas de «haz el amor y no la guerra». Puede que estuviera metida en líos políticos y por eso la banda la quisiera muerta.

—Yo me ocupo de acelerar su ficha personal. La Interpol tiene acceso directo a las bases de datos policiales de diferentes países, les pediré que me envíen todo lo que haya sobre la fallecida y se lo haré llegar por fax —comenta Nora mientras lee por encima el informe; no quiere ver las fotografías del cuerpo de Lea hasta que no esté sola.

—Leerá en el informe que la muerta tenía las tripas fuera. Faltan algunos de sus órganos y aún no los hemos encontrado.

Oliver hace una mueca de disgusto al oírlo.

—¿Han encontrado el arma?

—No, ni siquiera estamos seguros de qué estamos buscando, el cuerpo estaba demasiado mal. Le faltaba un ojo y media cara.

—Hace falta algo muy afilado para rasgar piel, tejidos y músculos... Y, por lo que leo en el informe, Lea Odell estaba en buena forma física.

—Estamos preguntando a los informantes habituales de la zona, pero de momento nadie suelta prenda.

—Aquí dice que encontraron algo en el bolsillo de la fallecida: una fotografía. ¿La tienen aquí? —pregunta Nora, esperanzada—. ¿O la han enviado ya al laboratorio forense para buscar huellas latentes?

El sargento intenta contener una sonrisa mientras busca en el cajón de su escritorio.

—¿Huellas latentes? Desde ahora ya le digo, Cortázar, que no espere que aquí tengamos los mismos recursos que en su moderna policía internacional. Tenemos suerte si llamamos para pedir un informe a Madrid y nos responden. Eso de las huellas y el ADN nos suena a chino. Tenga. —Le entrega una bolsa de plástico de pruebas —. Esta es la foto que encontraron en el bolsillo de la muerta. ¿Se le dan bien los números?

—Bastante bien.

Los patrones numéricos no son sus favoritos, le parecen aburridos.

—La fotografía tiene algo escrito por detrás, algún tipo de código: una letra seguida de diez números.

La imagen que se ve a través del plástico de la bolsa de pruebas es antigua. En ella aparece una chica —una adolescente— con el pelo castaño alborotado por el viento. La chica sonríe a la cámara, su nariz pequeña está cubierta de pecas y lleva puesta una camiseta amarilla en la que puede leerse RAINBOW POWER, escrito sobre el dibujo colorido de un arcoíris. La fotografía está tomada en la

carretera de la costa. Al fondo de la imagen se distinguen las obras de la central nuclear recién empezadas: ni reactores, ni alambradas de seguridad todavía. Nora conoce muy bien la fotografía.

—El cadáver lo hemos enviado a San Sebastián, a la Facultad de Medicina para que le practiquen la autopsia. El forense es un tipo excéntrico, pero trabaja bien, es de confianza. Él nos confirmará el motivo de la muerte —continúa el sargento—. Si sigue por aquí cuando nos envíe el informe definitivo de la autopsia, lo compartiré con usted...

Pero Nora no le está escuchando.

—¿Esta es la fotografía? ¿La que la fallecida tenía en su bolsillo?

—Sí. Aún no hemos identificado a la chica de la foto, pero se ve la central nuclear al fondo, eso ya es algo; por desgracia, las obras atrajeron a muchos extranjeros que venían aquí a protestar —continúa él—. Esos dichosos ecologistas llegaban de media Europa con sus furgonetas, organizaban sentadas y manifestaciones. En la camiseta de la cría puede leerse RAINBOW POWER, un famoso lema de la época entre los antinucleares.

Nora mira la imagen de la chica que le sonríe despreocupada desde el pasado, un pasado en el que todo parecía posible.

—Usted es de la zona, ¿sabe quién puede ser la chica?

—Soy yo. Mi padre tomó esta fotografía cuando yo tenía doce años.

—¿Y qué hacía su fotografía en el bolsillo de una mujer muerta?

—No lo sé —admite Nora, que odia no saber—. ¿Puedo quedármela mientras esté aquí? Tal vez averigüe alguna cosa.

—¿Y qué pasa con el código que hay anotado por detrás? ¿Alguna idea de lo que puede ser?

Con la sorpresa, Nora se ha olvidado por completo del código. Le da la vuelta a la fotografía para estudiar el reverso, pero se queda

sin respiración cuando lee la letra mayúscula y los números que la siguen.

—Lo primero que pensamos es que podía ser un número de teléfono o algún tipo de señal, un código marítimo, por ejemplo: la víctima trabajaba en la plataforma de gas en alta mar. Hemos llamado a la empresa dueña de la plataforma, pero a ellos tampoco se les ocurre qué puede ser...

—Es mi número de teléfono —dice Nora.

—¿Su número de teléfono? Pero no puede ser, tiene diez cifras.

—Es el número de mi despacho. Es el teléfono que marcaría para hablar conmigo directamente, sin pasar por centralita. Y la letra es una N mayúscula, de Nora. La víctima quería hablar conmigo.

Es entonces cuando comprende que va a quedarse en Lemóniz más tiempo del que había planeado.

7

Viernes, 6 de marzo

En el caserío de los Cortázar huele a madera húmeda y al guiso que hay en la olla sobre el fuego. Cuando Nora atraviesa la puerta principal —acompañada por Oliver—, ese olor la transporta a su infancia. Por un momento, siente que vuelve a tener trece años, no sabe a qué se dedica su padre realmente y todo está bien en su mundo.

—¡Beñat, ya estamos aquí! Me quedaré un rato para suavizar las cosas, solo por si acaso —le comenta Oliver en voz baja a Nora.

—Ya, a ti lo que te interesa es la comida.

Su hermano cuelga las chaquetas en el perchero del vestíbulo.

—Sí, eso también —admite—. En estos años que Beñat ha estado cuidando de *ama*, ha aprendido a cocinar que da gusto. Suelo traerme unos recipientes para llevarme comida al seminario cuando me paso por aquí para verlos..., aunque supongo que ahora no tendré que pasarme tan a menudo.

Nora echa un rápido vistazo a la casa de su infancia mientras sigue a su hermano hasta la cocina. El olor a porrusalda[1] que termina de cocinarse en el fuego hace que se dé cuenta del hambre que tiene: no ha comido nada desde que salió de su apartamento en Lyon antes del amanecer.

—Huele muy bien —dice con suavidad.

Beñat se vuelve para mirarlos.

—Así que es cierto: la hija pródiga ha vuelto.

No queda en él nada del niño con el que Nora creció. Lo ha sustituido un hombre de aspecto fiero, con ojeras oscuras bajo los ojos y el pelo largo, casi por los hombros. Beñat lleva puestos unos vaqueros y un jersey de punto de color azul marino descosido en la zona del cuello.

—Hola, hermano. Siento mucho lo de *ama*.

Un silencio incómodo llena el aire de la cocina.

—Sí, seguro que lo sientes mucho. —Beñat le dedica una sonrisa torcida—. No viniste a visitarla ni una sola vez desde que te largaste a vivir con los tíos a Colonia. De no haber sido por mí, *ama* habría pasado los últimos años de su vida sola y olvidada en esta casa como un perro.

—Ella también era mi madre, y sabes por qué no podía volver aquí después de lo que pasó...

—¡Mejor di después de lo que hiciste!

—Venga, Beñat, no empieces. Nora lleva dos minutos en casa, me prometiste que ibas a tener un poco de paciencia con ella. Hazlo por *ama* —interviene Oliver.

—Puedo marcharme, creo que será lo mejor. He visto un hotel cerca de aquí cuando venía en el taxi... —empieza a decir Nora.

—Bobadas, esta también es tu casa, la de los tres. Así que nadie se va —termina Oliver—. Y Beñat ya ha dicho lo que tenía que decir, ahora te va a dejar tranquila mientras estés aquí. ¿A que sí?

Beñat se encoge de hombros.

—No prometo nada.

—Bien. Yo tengo que volverme enseguida para Derio para ocuparme de un asunto, pero regresaré esta noche; cenamos los

tres juntos y nos ponemos al día —dice Oliver—. Así cogemos fuerzas para lo que nos espera mañana.

—El funeral.

—Sí, el funeral y nuestro padre —recuerda Beñat—. He oído que habrá un dispositivo de la Guardia Civil en la iglesia para vigilarle. ¿Por eso has vuelto? ¿Para dirigir el dispositivo de vigilancia de nuestro padre?

—No. He venido para el funeral.

Beñat se seca las manos con un trapo, sin prisa, antes de dejarlo otra vez sobre la encimera de mármol.

—Dicen por ahí que has estado en el fuerte de la Guardia Civil en el bosque. ¿También has ido a presentarles tus respetos a ellos? —dice entre dientes—. Policía antes que hermana e hija, ¿eh? Seguro que a *ama* le hubiera encantado saberlo.

Nora lamenta no haberse quedado en ese hotel.

—No soy policía, soy criminalista, y a *ama* le pareció bien que me uniera a la Interpol. Estaba orgullosa de mí y de lo que hacía.

—Claro..., eso es lo que ella te decía por teléfono cuando te dignabas a llamar, pero era a mí a quien le iba después con las lágrimas.

—Ella se sentía aliviada de que no hubiera terminado siendo como *él* o como tú.

Beñat se ríe con desdén.

—¿Como yo? Yo cuidaba de ella cada día desde hacía años. Me quedé en esta casa y le daba de comer, la limpiaba, le hacía compañía, la bañaba y pagaba todas las facturas. Tú te largaste después de lo de *aita*.

La comida burbujea en la olla. Beñat coge la cuchara de madera y remueve suavemente. Le desconcierta que un hombre tan lleno de

furia muestre esa delicadeza cuando cocina o cuando habla de cuidar a su madre enferma.

—He ido a hablar con la Guardia Civil por otro motivo, nada que ver con *él* —dice Nora con suavidad.

—Puedo imaginarme el motivo: Lea Odell. Un cadáver en la central nuclear es una mala cosa para todos. Otro cadáver, quiero decir.

Nora deja su bolsa en el suelo y se recoge las mangas de la camisa verde hasta los codos, no puede sentarse a comer si no lo hace.

—Quiero ayudar en el caso de Lea mientras estoy por aquí. Por lo que sé, pronto se cumple el plazo de cuarenta y ocho horas. Después de ese límite de tiempo, las pistas empiezan a borrarse, los testigos olvidan cosas y es prácticamente imposible resolver un crimen. ¿Mantenías contacto con Lea? —pregunta Nora.

Beñat se relaja un poco.

—No demasiado, la veía de vez en cuando por ahí y nos saludábamos, pero con los turnos que tienen los de la plataforma tampoco es que Lea se relacionase mucho con nadie... Bueno, excepto con Irving. Pasaban bastante tiempo juntos.

—He oído que Lea tenía fuertes convicciones políticas —comenta ella como si nada—. ¿Sabías tú algo de eso?

—Vaya, espero que seas mejor interrogando a los sospechosos que a tu hermano. —Le dedica una sonrisa—. No, que yo sepa, Lea no estaba metida en líos políticos.

—Ni pintadas ni sabotajes... ¿Cosas así?

—Nada de eso. A ella le preocupaba la discriminación en su país, esa era su causa. De todos modos, aunque supiera algo, no te lo diría, a nadie le gustan los chivatos.

Beñat la mira cuando dice la última frase, después retira la olla del calor residual para evitar que el guiso se queme. Saca los platos de la alacena y Nora se fija en que cojea de la pierna izquierda.

—¿Qué te ha pasado en la pierna?

Su hermano coloca los platos sobre la gran mesa de madera de roble que hay en la cocina mientras Oliver le ayuda en silencio con los vasos, los cubiertos y todo lo demás.

—¿No te lo contó Oliver en alguna de vuestras llamadas telefónicas?

Oliver finge no estar interesado en la conversación mientras termina de colocar las servilletas.

—No, ¿qué te ha pasado? ¿Te has caído de la moto?

De niño, Beñat suplicaba por una moto de trial para correr por los caminos embarrados, hasta que por fin se la compraron. Se había caído varias veces y se había hecho cortes, heridas; en una ocasión, hasta un esguince en el brazo que lo tuvo alejado de la moto un mes entero, pero nunca nada tan grave como para causarle esa cojera.

—Esto es un recuerdo de tus amigos de cuando me arrestaron, cerca de Donostia.

Beñat se remanga el bajo del pantalón y le enseña la rodilla. Tiene un aspecto extraño, deforme; está cubierta de marcas igual que si alguien hubiera arrancado pedazos de piel. Una cicatriz irregular baja desde su rodilla hasta su pantorrilla.

—Me lo hicieron unos guardias civiles en el sótano de un cuartel hace seis años. Un amigo y yo íbamos a un concierto en Donostia durante las fiestas de la tamborrada. No les gustó nuestra pinta cuando nos dieron el alto en el control de tráfico, nos llevaron al cuartel..., y este es el resultado. —Beñat señala las marcas en su pierna—. Se terminó la moto para mí. Yo tuve suerte, mejor no te cuento cómo dejaron al que venía conmigo: en una cama y

conectado a un respirador para toda la vida..., pero, eh, tú no tengas reparos en pasarte a saludar a esos que están atrincherados en el bosque desde hace veinte años.

Nora ha visto cicatrices parecidas. Su primer trabajo en la Interpol consistió en tomar declaración y fotografías a víctimas del tráfico de personas —mujeres y niñas, sobre todo—, para elaborar una base de datos con fechas, nombres, lugares de origen y rutas de tráfico. Muchas de las víctimas a las que conoció en su primer año tenían cicatrices de tortura parecidas.

—Yo... no lo sabía. Lo siento mucho.

Beñat vuelve a bajarse la pernera del pantalón y pone la olla sobre la mesa.

—Bueno, ya está hecho y no tiene solución —responde sin mirarla —. Ahora vamos a comer antes de que se enfríe.

En un rincón de la cocina, Nora ve la silla de ruedas que usaba su madre en los últimos años; intenta imaginar a su hermano mediano —profundamente herido por dentro y por fuera— cuidando solo de su *ama* enferma en esa enorme casa húmeda y llena de secretos.

—Quema un poco; mientras se templa vamos cortando el pan. Es de ese que preparan en el Etxeko*,* lo he comprado esta mañana, recuerdo que te gustaba, de cría —dice Beñat mientras se sienta a la mesa.

Antes de marcharse, Oliver llena un recipiente de comida y corta un par de rodajas de pan para llevárselas.

—Esto es solo por si se me hace tarde y no me da tiempo a comer en el seminario. Tengo que hacer unas cosas, pero nos vemos luego para cenar. —Le da unas palmaditas de ánimo a Nora en el hombro—. Os dejo, procurad no mataros. De todos modos, Nora no va a quedarse mucho tiempo.

Sale de la cocina y un momento después Beñat y Nora oyen la gran puerta de la entrada del caserío cerrándose con un golpe suave.

—¿Es verdad? ¿No vas a quedarte mucho tiempo?

Ella sirve agua de la jarra en un vaso para Beñat, pero busca una taza para ella —no le gusta el tacto del cristal, prefiere la loza o la cerámica— y cambia los cubiertos de lado, como hace siempre. Su hermano observa su ritual en silencio.

—Veo que sigues sin poder beber en vaso de cristal —comenta él.

Nora no le hace caso; se limita a responder a su pregunta:

—El lunes sale mi vuelo para Lyon y es importante que esté a bordo, tengo un asunto urgente en el trabajo.

No tiene intención de hablarle de la entrevista con el psiquiatra ni del libro que debería estar escribiendo para su editor.

—Ya imagino que en tu trabajo todo son cosas urgentes, no hay más que ver ese traje elegante que llevas. —Hace una pausa y añade—. Por cierto, me alegro de que tus libros sobre asesinos famosos se vendan bien. Oliver no paró de hablar del Carnicero de Milwaukee durante semanas. He visto algunas imágenes del juicio en televisión y da escalofríos, menudo pirado el tal Jeffrey Dahmer.

—«Pirado» no es una forma muy técnica de llamarlo, pero sí. ¿Has leído mis libros? —Lo mira fijamente, aunque Beñat desmiga el bacalao confitado sobre su plato como si nada.

—Solo el primero. No tengo mucho tiempo libre entre el trabajo y cuidar de *ama*...

Guardan silencio tras la mención a su madre.

—Oliver me ha contado que trabajas en un taller de coches.

—Sí, con Peña, en su taller de vehículos grandes. Su hijo Emilio es quien lleva ahora casi todo en el negocio, pero a su padre le gusta estar por allí.

—Peña, ¿Vicente Peña? Pensé que aún le quedaban años de condena, igual que a Balbea.

—Sí, pero a diferencia de nuestro padre, Peña se arrepiente de lo que hizo. Cuando estaba en la cárcel, escribió una carta a los periódicos en la que pedía perdón por sus crímenes y presionaba a favor de la vía pacífica, así que le dejaron salir antes. Uno de los pistoleros más mortales de la banda arrepentido, fue una cosa muy sonada, ya te lo imaginas. —Beñat le da un trago a su vaso—. Eso ayudó a que le redujeran la condena. Bueno, eso y el cáncer de pulmón.

—¿Se muere?

—Le han dado menos de un año, año y medio con suerte.

Nora piensa en todo lo que su hermano acaba de decir. Ella ayudó a que arrestaran a Vicente Peña junto a su padre.

—Por aquí hay gente que cree que Peña es un héroe por haberse arrepentido públicamente y por enfrentarse a la banda con todo lo que eso supone: amenazas de muerte, sabotajes en su taller... Pero también hay alguno que cree que es un traidor.

—¿Y tú qué piensas?

Beñat remueve los bordes del plato para que se enfríe.

—Peña es un marginado, un apestado para los de un lado y para los del otro. Después de lo que hizo y de arrepentirse, nadie quiere saber nada de él. Por eso mismo me siento tan a gusto trabajando con Emilio en el taller: ambos somos unos apestados.

Nora recuerda a Emilio Peña, un niño ceñudo que solía pasar el rato con ellos. Hace un esfuerzo por dejar el tema y prueba una cucharada del guiso.

—No me había dado cuenta de cuánto echaba de menos esto; normalmente, la comida no me interesa, pero está delicioso —

admite ella—. No me extraña que Oliver haya traído un túper para llevarse algo. Aunque hay que tener poca vergüenza, a su edad...

—Oliver siempre ha sido el más pieza de nosotros, pero es el que mejor disimula. Cuando éramos críos, robó una caja de puros en el Etxeko: se coló por la ventana de la cocina del bar aprovechando que por aquella época era un canijo huesudo y se la birló.

Nora parpadea sorprendida.

—No tenía ni idea, nunca me lo contasteis.

—No te dijimos nada porque ya eras una puñetera santa por aquel entonces, seguro que habrías ido corriendo a contárselo a *ama*. Aunque al final ha sido Oliver el que ha terminado por meterse a cura.

El viento sacude la ventana de la cocina. Nora se levanta para cerrarla y ve que un banco de niebla cubre el jardín y la calle.

—Siento mucho lo de tu pierna. Lo que te hicieron no está bien y no debería pasar.

—Pues pasa.

—Lo sé. No quiero discutir contigo el poco tiempo que voy a quedarme aquí...

—Pero...

—Pero tú siempre le has defendido..., a él —termina Nora—. A pesar de las cosas terribles que hizo, sigues de su lado. De niño eras prácticamente invisible para él, igual que Oliver, y ahora le llamas a la cárcel cada semana.

—¿Cómo sabes que le llamo a la cárcel? Ah, claro..., eres poli.

—Me gusta saber que sigue donde le dejé —responde ella—. Es solo que no logro entenderte, y odio no entender algo.

—Creía que tu trabajo era comprender a los demás.

—Sí, a los asesinos —dice Nora.

—*Ama* se hundió después de que lo detuvieran. Oliver se fue interno al colegio de curas antes de ingresar en el seminario y tú te habías largado a Colonia con los tíos. ¿Qué se supone que debía hacer yo? ¿Renunciar a lo poco que quedaba de mi familia?

—Yo lo tuve que hacer. Me fui a vivir con los tíos porque no podía seguir aquí después de haberle delatado; dejé mi casa, a mi madre, a mis hermanos, a Irving... Abandoné todo lo que conocía, no puedes imaginar cómo fue para alguien como yo tener que ajustarme a todos esos cambios, casi no sobrevivo.

—Pero lo hiciste, porque tú siempre has sido la más valiente de los tres. Yo no lo soy. Todavía recuerdo cuando ibas con Irving y con su padre a protestar por la construcción de la central nuclear, ¿te acuerdas? —dice con suavidad—. Los tres organizabais sentadas y recogíais firmas entre los vecinos para intentar detener las obras.

—Ya..., para lo que sirvió —se lamenta ella.

Su hermano guarda silencio un momento y luego, por fin, le pregunta:

—Entonces..., ¿vas a investigar quién ha matado a Lea?

Ella vuelve a sentarse a la mesa.

—No voy a quedarme por aquí tanto tiempo como para cerrar el caso, pero un par de llamadas pueden agilizar los trámites para conseguir el expediente de Lea. Siento que se lo debo.

También está la fotografía con su número de teléfono, la que Lea llevaba encima cuando murió: no lo entiende y necesita comprender el patrón. Sabe que está en algún sitio, pero no puede verlo, cosa que detesta.

—¿Lo haces por él? ¿Por Irving? Ellos dos eran amigos, o algo más que amigos. Es fácil entender que te sientas en deuda con él después de lo que pasó.

—No hay compensación posible para Irving o para su familia —responde ella.

—Pues si vas a trabajar en el caso de Lea, tarde o temprano tendrás que hablar con Irving.

—No. Mi plan es marcharme de Lemóniz sin verle y sin que él se entere de que estoy aquí.

La sola idea de ver a Irving Westland hace que sienta un nudo en el corazón, y ese es uno de los pocos nudos que Nora no puede desatar.

—Todo el mundo sabe que has vuelto. A estas alturas, él también lo sabrá.

Se mueve incómoda en la silla.

—¿Has hablado con él?

—No. Desde lo que pasó, nunca. Aunque a veces me gustaría hacerlo —admite Beñat—. Charlar con él como cuando éramos chavales, pero sé que Joy no me dejaría pasar de la puerta.

Joy Westland, la madre de Irving, les enseñó a contar hasta diez en inglés y les preparaba sándwiches de mermelada y jamón cocido cuando eran niños y jugaban en su jardín salvaje.

—Oliver me ha dicho que Joy ha vuelto a casarse.

—Sí, con un contratista, un arquitecto o algo parecido. Nunca hemos hablado. Este verano vi a Joy en un restaurante, abajo, en Armintza, con su marido y con la niña; nada más verme, se puso pálida, cogió a su nieta y se marcharon los tres a toda prisa.

—Bueno, tampoco es que podamos culparla. Si Joy no quiere perdonarnos, está en su derecho, igual que Irving —dice Nora—. Después de todo, nuestro padre mató al suyo.

8

Viernes, 6 de marzo

La Gaviota se levanta mar adentro, a unos ocho kilómetros de la costa. La plataforma explota un yacimiento de gas natural bajo el lecho marino. Algunas veces, el viento helado que llega desde el mar del Norte sopla tan fuerte que la estructura gigantesca de hierros, tuberías y chimeneas se sacude con las ráfagas huracanadas.

Lea Odell trabajaba en La Gaviota. Era ingeniera de control y la encargada de comprobar y certificar la presión del gas natural antes de bombearlo a través de las tuberías marinas. La noticia de su muerte ya ha llegado a sus compañeros de a bordo. Esa mañana, al empezar el turno, todos han guardado un minuto de silencio en el pequeño comedor de la cantina. Nadie en la plataforma entiende cómo ha podido llegar el cuerpo de Lea hasta la central nuclear. Bueno, casi nadie.

Gaspar Ramos, ingeniero de sistemas electrónicos, está sentado solo en una de las mesas de la cantina y juguetea con las patatas fritas que quedan en su plato. Hace dos días que tiene un nudo en el estómago: le cuesta comer y no puede dormir. De fondo, oye al resto de sus compañeros hablar sobre Lea; mira las patatas, pero su estómago protesta ante la idea de probar bocado. Se levanta y sale del comedor. Avanza por el estrecho pasillo, de techo bajo, que lleva a la zona de dormitorios. Sabe que no debe hacer ruido; los compañeros del turno de noche están durmiendo, pero Gaspar no va

a descansar. Se asegura de cerrar la puerta de su camarote y se quita el casco. Todos los camarotes tienen una litera, aunque los trabajadores no comparten habitación —excepto en momentos de mucho trabajo, cuando hay más personas haciendo turnos en la plataforma—. Levanta el auricular del teléfono en la pequeña mesa y le pide a la encargada de comunicaciones con tierra que contacte con un número de Lemóniz.

Espera el tono de llamada al otro lado.

—¿Sí? —responde una voz masculina.

—Soy yo, Ramos.

—¿Cómo se te ocurre llamarme aquí? ¿No sabes que las llamadas a tierra desde la plataforma se registran? Mierda. Ahora cualquiera podrá saber que hemos hablado.

Gaspar lo sabe. Las llamadas a tierra no se graban —eso va contra la ley—, pero es inevitable darle el número en tierra a la encargada de comunicaciones para que ella pueda establecer el contacto. Justo por eso ha decidido hacer esa llamada.

—Lo de Lea... es horrible, aquí no se habla de otra cosa, ¿qué ha pasado? Pensé que estaba todo controlado. Me aseguraste que no habría problema. Solo tenías que convencerla, nada más.

—Te lo dije cuando empezamos en esto: me ocupo de nuestros asuntos a mi manera. Si no te gusta, ya sabes lo que hay.

Gaspar traga el nudo en su garganta: incluso por teléfono le tiene pánico.

—Ella era mi amiga, me gustaba... —Cierra los ojos con fuerza—. Lea era una buena chica, no se lo merecía.

—Era ella o nosotros. Tú aguanta hasta que esto termine. En el pueblo, nadie sabe seguro qué ha pasado. Además, nuestro amigo dice que la Guardia Civil tampoco tiene ni idea.

—La policía ha llamado a la empresa en tierra, quieren venir a la plataforma para hablar con sus compañeros —masculla Gaspar—. Desean averiguar por qué Lea no se presentó a su turno. Creo que sospechan algo. Si empiezan a escarbar, lo van a descubrir...

—No van a descubrir nada —le corta el otro con frialdad—. Me estoy ocupando de eso. Si las pruebas se hunden, todo acabará; sin pruebas, no hay delito.

—¿Qué? No irás a...

—Tú mantén la cabeza fría y espera al cambio de relevo para volver a tierra. Cinco días, Gaspar, no la cagues ahora.

—La policía descubrirá que era mi amiga, ¿qué voy a decirles cuando vengan?

—No les digas nada, hazte el tonto. Si tuvieran pruebas de algo, ya te habrían puesto las esposas, como a mí. No tienen ni idea. —Se hace un momento de silencio al otro lado del teléfono—. Te lo cuento porque acabarás por enterarte... Ha llegado una agente de la Interpol al pueblo.

—¿Qué? ¿De la Interpol?

—Sí, pero no está aquí por Lea; el lunes se marchará y dejará de ser un problema.

—¿Y qué pasa con la Guardia Civil?

—Todo controlado, pronto dejará de interesarse por los que estáis en la plataforma, me estoy ocupando de ello.

—¿Y cómo te estás ocupando exactamente?

—¿De verdad quieres saberlo?

No, no quiere saberlo.

—Lo suponía —añade—. Lo único que tienes que hacer es aguantar ahí los próximos días: disimula e intenta pasar desapercibido. Cinco días. Y no vuelvas a llamarme.

Clic. El sonido de la línea muerta resuena por encima del viento que sacude la plataforma. Gaspar Ramos sujeta el auricular del teléfono con fuerza un momento antes de colgar. Rebusca bajo el colchón de la litera superior hasta que encuentra una matrioska. La muñeca de madera le observa con sus brillantes ojos.

—Maldita sea, Lea... ¿Por qué tuviste que hacerlo? —masculla antes de volver a esconder la muñeca bajo el colchón.

9

Viernes, 6 de marzo

—Cuando Oliver me contó que venías, imaginé que preferirías quedarte aquí en vez de en la casa principal; recuerdo que de niña te gustaba estar sola o con *aita*, siempre andabais juntos —comenta Beñat mientras abre la puerta.

En el lateral del caserío está la antigua cuadra para los animales. Pero, en el caserío Cortázar, nunca han tenido animales —al menos no que Nora pueda recordar—, y ya cuando eran niños usaban ese lugar como trastero y leñera para el invierno.

—Además, tu antigua habitación está llena de trastos y no he tenido tiempo de limpiarla. Todas las cosas que *ama* fue necesitando en estos últimos años están amontonadas ahí.

Nora se siente aliviada: no quería dormir en su antigua habitación. Desde la ventana de su dormitorio fue donde vio a su padre saliendo del bosque con un pasamontañas puesto y una Browning en la mano. Así fue como descubrió la verdad.

«Aunque ya sospechabas algo antes, ¿verdad? Ese instinto de cazadora que te acompaña desde niña te gritaba que algo iba terriblemente mal».

—Vaya cambio ha dado este sitio. Está muy bien —dice ella para apartar esas ideas de su mente.

La antigua cuadra ahora es una gran habitación diáfana con altas vigas de madera. Hay una cama doble separada del resto de la

estancia por unas bonitas cortinas, un sofá mullido y la antigua mesa del comedor del caserío; Nora la reconoce porque, de niños —ellos tres, Irving y Lea—, jugaban a las cartas o al parchís las tardes de lluvia.

—Hará unos cinco años nos dieron una ayuda para que una persona me echara una mano cuidando de *ama*. Fue después de que sufriera el primer ictus —comenta Beñat—. Estuvo con nosotros durante casi un año y medio. Reformé la cuadra para que tuviera algo de intimidad mientras se quedaba aquí. No es gran cosa, pero tienes tu propio baño, una cama y un pequeño salón.

—De niños, aquí había arañas gigantes —recuerda ella.

—Ya lo creo.

—¿La has hecho tú solo? ¿La reforma? —pregunta sin ocultar su admiración.

—Casi todo. Para algunas cosas necesitaba ayuda. Con lo de la pierna, no es fácil subir y bajar de la escalera. Emilio me ayudó.

—Emilio, el hijo de Peña.

—Todos somos hijos de alguien, Nora. Y la mayoría de nosotros no podemos largarnos, como hiciste tú.

Nora no le dice que, por muy lejos que viva, sigue siendo la hija de Balbea.

—Emilio es un buen tío: trabaja con su padre en el taller, le cuida lo mejor que puede y no se mete en nada; no le interesa la política. Y es casi la única persona de por aquí que no me mira con miedo o lástima. Es mi amigo, mi único amigo.

Reconoce las señales de la amistad disfuncional de su hermano con Emilio Peña: dependencia, miedo a la soledad y también algo de vergüenza, pero decide que no va a discutir con él ahora, sabe que Beñat no la escuchará.

—Dejaré que te instales. Esta tarde tengo que pasarme por el taller para terminar una furgoneta que nos llegó ayer. Los dueños la necesitan con urgencia para hacer repartos, pero estaré de vuelta antes de las nueve para la cena con Oliver.

—Claro, yo aprovecharé para trabajar un rato.

Beñat hace un leve gesto con la cabeza y se marcha cerrando la puerta tras de sí.

Nora saca de su bolsa de viaje el vestido para el funeral y lo cuelga de una percha, para evitar que se arrugue más. Coloca la misteriosa matrioska que recibió en su oficina sobre la mesa y vuelve a leer los números de la nota que hay dentro de la muñeca. Se los sabe de memoria —recuerda series de números más largas sin esfuerzo—, pero aún no comprende qué significan: el patrón se le escapa. Está cansada del vuelo, de la espera en el aeropuerto y del paseo por los recuerdos; son demasiados cambios para un solo día. Además, a Nora no le gustan los cambios.

Saca su ordenador portátil de la funda, la luz verde le indica que necesita unos segundos para encenderse. Busca el teléfono móvil; todos los jefes de departamento tienen uno desde principios de año. El Motorola está sin batería, así que lo conecta a la corriente. Estudia la piedrecilla que ha recogido antes: tiene un patrón único. En su piso, ha acumulado decenas de botes de cristal llenos de piedrecitas. Nora las recoge y colecciona desde que su padre le dio la primera cuando aún era una niña. Le gusta hacerlo. Además, él tenía razón: la ayuda a controlar su mente para poder centrarse en el día a día, en las cosas de la gente normal.

Abre la carpeta del expediente de Lea y coloca con cuidado las fotografías *post mortem* en la mesa para tener una imagen general. Al cadáver le falta una zapatilla, su pelo largo y rubio está salpicado de sangre coagulada y sucio de tierra. Se fija en la expresión

nublada de su ojo azul, en la cinta roja atada alrededor de la muñeca y lee el informe preliminar del forense:

> Tres incisiones que van desde el hombro hasta la cadera, bajando por el costado izquierdo de la fallecida; aproximadamente, seis o siete centímetros de profundidad, rasgando tejidos, grasa y músculos. Arma desconocida.

Intenta pensar qué clase de arma causa una herida semejante, pero no se le ocurre nada. Juguetea con la piedra buscando una respuesta.

> El traumatismo en el rostro es tan extenso que hace imposible determinar sin un examen más profundo qué lo causó.

La herida en la cara de Lea es un misterio; casi parece que la carne, el hueso y todo lo demás hayan sido arrancados.

Oye un ruido y da un respingo; es Beñat saliendo del *baserri* para ir al taller. Se ríe en voz baja, sintiéndose un poco tonta por haberse asustado, pero es que ese lugar le provoca ese efecto. En todos los años que ha vivido lejos de Lemóniz, de su familia y de los secretos, solo hay algo que le ha hecho sentirse así de inquieta: el Príncipe Azul. Observa la pantalla del ordenador —que por fin se ha encendido— y teclea la contraseña —su número de agente— para desbloquearlo. Hay un documento con el título del libro en el que debería trabajar, pero eso es algo que ahora no le interesa. En su portátil guarda toda la información que ha recopilado sobre el Príncipe Azul, el asesino en serie que aterroriza Europa desde hace algunos años: asesina a mujeres jóvenes, se lleva sus corazones —de ahí el sobrenombre con el que le apoda la prensa— y, en su lugar, coloca dentro del cuerpo un corazón de papel de seda recortado. La Interpol y otras agencias han formado un grupo especial para detenerle —ella es su subdirectora—, pero de momento no han encontrado nada que les permita identificarlo. Su

obsesión es tal que algunas veces apenas puede dormir ni comer; su mente busca patrones y coincidencias que la ayuden a detenerle —igual que se fija solo en algunas piedras—, pero el Príncipe Azul es un fantasma.

Oye otro ruido fuera.

«Tal vez sea Beñat, que ha vuelto a casa a buscar algo», se dice.

Sin embargo, el sonido no procede de la casa principal. Se levanta y se acerca a la puerta, donde suena más alto: es un chirrido metálico. Abre la puerta de la antigua cuadra y cruza la calle. Al otro lado, en el parque, ve a una niña; está sola, tiene el pelo rubio y se balancea en el columpio. Ese es el sonido metálico que ha oído. Le parece que la cría habla con alguien entre la niebla, aunque allí no hay nadie más.

—¿Hola?

La niña no responde, lleva un pequeño aparato en el oído derecho; parece algún tipo de audífono de color azul brillante —seguramente, diseñado para niños—. La pequeña —que no tendrá más de cuatro años— ni siquiera se ha dado cuenta de que ella está allí hasta que Nora se sienta en el columpio de al lado. La cría se toca el audífono en la oreja para encenderlo.

—Hola, me llamo Maddi.

—Encantada, Maddi, yo soy Nora.

Se sienta mejor en el columpio y se balancea despacio. Los niños nunca se le han dado bien, aún peor que los adultos.

—¿Te has perdido? ¿Estás aquí tú sola?

La niña sacude la cabeza.

—No estoy sola. Estoy esperando a mi *aita*.

—¿Tu *aita*?

Un momento después, Nora ve a un hombre caminar en dirección al parque. Lleva unos vaqueros desgastados y un jersey azul; es alto

y tiene el mismo pelo claro que la niña. Han pasado diecisiete años desde la última vez que le vio, pero le reconocería en cualquier parte.

—Nora. Había oído que estabas de vuelta en Lemóniz.

—Hola, Irving.

10

Viernes, 6 de marzo

El primer impulso de Nora es levantarse del columpio y salir corriendo. Sabe que no tiene sentido que se esconda de él —Irving ya la ha visto—, pero sus emociones se desbordan y tiene que hacer un esfuerzo para recuperar el control.

—Supongo que has venido para el funeral de tu madre.

—Sí.

—Lo siento mucho, Petra siempre fue buena con nosotros.

Irving ya no es el adolescente desgarbado al que besó en la cocina de sus padres, ahora es un hombre alto y guapo, con la nariz recta y el pelo rubio desordenado, aunque sus ojos castaños albergan la misma mirada amable.

—Yo... no sé muy bien por qué he salido. Es que he oído un ruido fuera y, bueno..., he visto a una niña sola, pero ya estás aquí. Será mejor que me vaya.

Nora se baja del columpio dando un pequeño salto.

—Gracias por preocuparte. Me alegro de haberte visto.

—Y yo, estás diferente, por cierto, más alto.

Irving le dedica una pequeña sonrisa.

—Es que ya no tengo diecisiete años.

—Claro...

Se hace un silencio incómodo entre los dos, hasta que él lo rompe:

—He leído tus libros. Me gusta tu estilo, el tema de los asesinos en serie no es lo mío, pero creo que eres buena escritora.

—Gracias.

Toda esa cháchara superficial hace que Nora se tranquilice.

«Bien, eso puedes manejarlo».

—Oí que te habías unido a la policía europea.

—La Interpol, sí. Soy jefa de departamento, enseño ciencias del comportamiento.

—Suena interesante.

—Lo es.

Nora no sabe qué más decir, en la academia y en los cursos de formación no le enseñaron cómo hablar con su primer novio.

—Maddi es un bonito nombre —dice.

—Sí, le pusimos Maddi en honor a Mari, [1] la diosa, para que ella la proteja y todo eso. —Irving sonríe—. Dicho en voz alta, suena un poco tonto, pero en mi familia siempre hemos sido un poco hippies. Mis padres me pusieron Irving de nombre, imagina.

—Ya, desde luego... —Nora se ríe en voz baja, pero enseguida recupera la seriedad—. ¿Has vuelto para trabajar en el yacimiento de Urízar?

—Sí, soy profesor de arqueología e historia antigua en Oxford. Dirijo un grupo de trabajo conjunto con la Universidad del País Vasco, un grupo de inversión privado y la Universidad Autónoma de Madrid.

—Vaya, es impresionante. Recuerdo que ya de niño querías ser arqueólogo, te pasabas horas hablando de Stonehenge.

—Todos los niños pasan por esa fase en la que sueñan con ser arqueólogos, solo que yo nunca la superé —admite él con una sonrisa—. Y, para un chico de la soleada California como yo, no

había nada más misterioso que los monumentos antiguos y sus leyendas.

—Puedo imaginármelo. —Nora hace una pausa—. Pensé que nunca volverías al pueblo; no después de lo que pasó.

—Regresé un par de veces después de que naciera Maddi para que mi madre y su marido la conocieran. Ahora vivimos entre Oxford y Lemóniz.

Nora mira de refilón a la pequeña, que sigue en el columpio.

—¿Dónde está su madre? Perdona..., no es asunto mío, algunas veces soy demasiado directa.

—Sí, lo recuerdo. No pasa nada. Su madre nos dejó, regresó a Estados Unidos. Yo tengo la custodia. ¿Y tú qué? ¿Cuándo te marchas?

—El lunes —dice Nora muy deprisa—. Si por mí fuera, me iría justo después del funeral, pero no había vuelos disponibles.

—¿Y cómo es tu vida en Francia? Dime, ¿te has casado?

—No, no me he casado. Entre escribir y dar clases no tengo mucho tiempo libre, estoy casada con mi trabajo. —Se da cuenta de lo patético que suena dicho en voz alta.

—¿Estás escribiendo un nuevo libro?

—Sí, sobre el Destripador de Yorkshire.

Mira a Maddi por si acaso la niña la ha oído, pero la pequeña se ha cansado de balancearse y le da un tirón a su padre para que la impulse en el columpio.

—He oído que Lea y tú estabais muy unidos. Lo siento. Todo esto debe de ser difícil para ti, otra vez la central nuclear...

—¿Estás investigando el asesinato de Lea?

Se da cuenta de que Irving no le ha dicho exactamente cómo de unidos estaban Lea y él.

—Ayudo extraoficialmente en lo que pueda mientras esté por aquí, para que el caso no se enfríe. ¿Has hablado ya con la policía? ¿Te han tomado declaración?

—No, nadie se ha puesto en contacto conmigo, pero si lo hacen les diré una cosa muy clara: algo le rondaba la cabeza a Lea. Estaba preocupada. Solíamos hablar de todo, pero hace algunas semanas empezó a comportarse de un modo extraño.

La mente de Nora comienza a trabajar.

—¿Extraño? ¿En qué sentido?

—Estaba convencida de que alguien la seguía. Tenía miedo, quedamos para tomar un café fuera del pueblo para que nadie nos viera juntos, pero no se presentó.

—¿Te dijo algo? Cualquier cosa que te contara puede ser importante para el caso.

—Casi siempre me hablaba de sus padres en Johannesburgo, de la situación política allí o de los Juegos Olímpicos... Le hacía mucha ilusión, ya sabes cómo era con el deporte... Oh, y a veces también hablaba de su trabajo: algunos de sus compañeros le hacían la vida imposible porque ella era casi la única mujer en la plataforma.

—Ya, puedo imaginarme cómo se sentía —murmura ella.

Durante mucho tiempo, Nora había sido la única mujer en el Departamento de Ciencias del Comportamiento.

—Lea era una mujer llena de energía, pero últimamente estaba... consumida. Tenía miedo. Le dije que tú trabajabas en la Interpol y que a lo mejor podías ayudarla con lo que la preocupaba; conseguí la dirección y el número de tu oficina y se los pasé para que hablara contigo.

A pesar de los años, Irving Westland sigue sorprendiéndola, es casi la única persona del mundo cuya conducta no puede predecir: le gusta y le aterroriza a partes iguales.

—Se lo anotaste en esa fotografía en la que estoy delante de la central nuclear.

—Sí, la de la camiseta con el arcoíris. Me regalaste esa foto, lo recuerdo. Siempre me gustó —admite él—. Pensé que sería más fácil que hablara contigo, como las dos habíais sido amigas de niñas...

Una parte de ella se siente aliviada al descubrir cómo llegó su fotografía y su número de teléfono al cadáver de Lea, aunque aún no sabe de qué necesitaba hablar con ella. El patrón no está completo.

—¿Llegó a llamarte?

—No, no me llamó. Ojalá lo hubiera hecho —se lamenta ella.

—¿Qué dice la policía? ¿Descartan que sea un atentado?

Nora duda antes de responder:

—Todavía no se puede descartar nada, con lo poco que sabemos del caso. Hay que esperar a la autopsia. Sé que no es lo que quieres oír.

Irving deja de empujar el columpio.

—Es como una pesadilla que no termina nunca. He visto en las noticias que tu padre va a venir al funeral.

—Le han concedido un permiso especial para asistir, pero tu madre y tú no tenéis que preocuparos por nada; habrá un dispositivo especial de la Guardia Civil durante el servicio vigilándolo todo el tiempo. No podrá ni acercarse a vosotros.

—No vamos a ir al funeral, supongo que lo entiendes.

—Claro.

Ninguno de los dos dice nada durante un momento. Diecisiete años antes, cuando Adolfo Cortázar, Balbea, mató al padre de Irving, levantó para siempre un muro entre ellos dos; su historia de amor juvenil se tornó cenizas de un día para otro. Aunque había otra que los separaba: el secreto que Nora guarda desde entonces.

—No dejo de darle vueltas a lo que pasó, y ahora, con todo lo de Lea, siento que la historia se repite. Ella no me contó que recibiera amenazas, no era policía, ni periodista y tampoco estaba metida en ningún asunto político... Aunque no es que eso les importe mucho; mi padre estaba en contra de la central nuclear y ya sabes cómo terminó. ¿Lea sufrió? Cuando la mataron, ¿sufrió?

Nora mira a Maddi para estar segura de que no oye su conversación.

—Tiene problemas de audición por una infección de oído mal tratada que tuvo de bebé. Necesita su audífono —le explica Irving adivinando sus pensamientos.

—No fue una muerte tranquila.

Se fija en cómo Irving aprieta los labios, conteniendo la pena; ya había visto esa misma expresión en su rostro, cuando descubrieron el cadáver de su padre en un bosquecillo cercano.

—Supongo que no puedes contarme nada del asesinato, pero he oído que... la han abierto en canal, destripado. Esperaba que... que no hubiese sido cuando aún estaba viva.

—Tenía heridas extrañas, sí. —Quiere ahorrarle el sufrimiento de imaginarse el cadáver.

—Tú eres la criminalista, ¿alguna teoría?

—No, aún nada, pero, de no ser por algunos detalles del crimen, mi conclusión sería que la ha matado un animal grande.

—Los zorros y los gatos monteses suelen asustarse de la gente, y hace años que cazaron al último lobo que merodeaba por el valle. —Irving se pasa la mano por el pelo, pensativo—. Aunque... hace como un mes, Arantxi Martínez me contó que media docena de ovejas de un rebaño que controla habían aparecido muertas, destripadas. Es una veterinaria rural, se ocupa de tratar a los caballos, ovejas, vacas...

—¿Ovejas destripadas? ¿Te contó algo más?

—Me dijo que, antes del ataque, las ovejas llevaban varios días nerviosas, se acurrucaban todas juntas en un lado de la finca, asustadas.

—¿Crees que esa veterinaria querrá hablar conmigo?

—Seguro, puedo acompañarte, si quieres. Suelo consultarla cuando damos con huesos de animales en enterramientos antiguos, por eso sé lo de las ovejas.

En las fotografías *post mortem* del cuerpo, se apreciaban bien las tres heridas verticales. Un vistazo de la veterinaria podría ayudarla a determinar si se trataba del mismo tipo de heridas, pero mira a Irving y duda.

—Si es por mí, no te preocupes —dice él volviendo a adivinar sus pensamientos—. En los yacimientos solemos encontrar pruebas de sacrificios humanos y restos de personas que han sido torturadas hasta la muerte. He visto de todo.

Nora considera la idea, sería una gran ayuda en el caso confirmar que se trata del mismo tipo de heridas.

—De acuerdo —accede por fin—. Iremos juntos a ver a la veterinaria, pero no creo que ambas cosas estén relacionadas. Lo de las ovejas será un perro salvaje, puede que un lobo.

Maddi se vuelve para mirarla y hace un gesto con la mano para captar su atención, Nora se inclina para oír lo que la niña quiere decir:

—*Otsoa*...

—Lobo —dice Nora.

—Sí. Maddi tiene pesadillas, se despierta gritando y viene corriendo a mi habitación. —Irving acaricia el pelo rizado de la niña —. Dice que un lobo trepa hasta la ventana de su dormitorio por las noches.

Un escalofrío baja por la espalda de Nora.

—¿Un lobo? Que yo sepa, los lobos no trepan.

—Este no es un lobo normal; según Maddi, camina sobre dos piernas y es más alto que una persona, tiene los brazos largos y garras afiladas. El lobo entra en el jardín desde el bosque, trepa hasta su ventana y la observa desde el otro lado del cristal.

—Me mira y yo lo miro a él —explica la niña con sencillez.

Después vuelve a balancearse adelante y atrás en el columpio, como si nada, pero Nora tiene que tragar el nudo de miedo irracional que se ha formado en su garganta.

—¿Y no te da miedo? —le pregunta a la niña.

—No. Dice que es mi amigo.

—Le he explicado que los lobos no hablan, pero Maddi tiene mucha imaginación.

—*Aita* no lo ve porque él no cree en el lobo. Hay que creer en el lobo para poder encontrarlo —dice la niña.

—Tengo mucho cuidado, pero sospecho que ha visto alguno de mis libros de leyendas antiguas: están llenos de ilustraciones de lobos, monstruos, *Barghest*...

—¿Leyendas? Pensé que eras arqueólogo.

—Y lo soy, pero no se pueden comprender los descubrimientos arqueológicos sin saber en qué creían o a qué dioses rezaban en el pasado, por eso hice mi doctorado en mitología y folklore antiguo. Maddi ha sacado eso del lobo de alguno de mis libros, aunque es bastante escalofriante oírselo contar. Cuando tengas hijos, descubrirás que a veces dicen cosas que dan miedo.

—Oh, no, yo no voy a tener hijos.

No sabe por qué se lo ha dicho a Irving. Nora no acostumbra a hablar con nadie de ese tema, pero desde que ha vuelto a Lemóniz se siente vulnerable.

—Será mejor que me marche y os deje el parque para vosotros dos.

—Claro. Hablo con Arantxi, y si está por la zona mañana, te acompaño a verla.

—Bien. Hasta mañana entonces.

Nora cruza la calle hacia el caserío familiar. Camina deprisa, quiere alejarse de Irving tan rápido como se lo permitan sus pies; siente que ha hecho el ridículo, y también está lo de su padre.

Hace frío y empieza a anochecer. La niebla que sale del bosque cubre las calles y las casas de alrededor, incluida la entrada del caserío de su familia. Cuando llega, ve que la puerta de la antigua cuadra está abierta y que el pequeño apartamento está patas arriba. Su ropa, tirada por el suelo, al igual que las mantas de la cama. Nora busca su portátil, donde guarda una copia de todos los casos en los que colabora, además de sus manuscritos y los archivos del Príncipe Azul. Lo encuentra tirado de mala manera debajo de la mesa; el intruso ha intentado introducir la clave para desbloquearlo, pero ha fallado y lo ha dejado ahí.

Entonces se da cuenta. Busca la carpeta del caso de Lea que había dejado en la mesa junto a la matrioska. Pero ambas cosas han desaparecido.

11

Viernes, 6 de marzo

La cabo Andrea Bermejo camina arriba y abajo por el apartamento, cosa que da a Nora la oportunidad de observarla bien. Bermejo es joven —calcula que no tendrá más de veinticinco años—, lleva el pelo oscuro y lacio recogido en un moño en la nuca, los ojos castaños inspeccionan la habitación buscando alguna pista. Se mueve deprisa y con eficiencia. Solo con verla, Nora sabe que es una joven ambiciosa y con ganas de probarse a sí misma.

—¿Y dice que dejó la puerta abierta cuando salió, señora?

—Sí, ahora parece una idiotez, pero vi a una niña pequeña sola en la calle y salí para asegurarme de que todo iba bien.

En una gran ciudad como Lyon, es impensable que una niña pequeña esté sola en un parque.

—¿No se han llevado nada más?

Nora no le ha dicho que también ha desaparecido la matrioska, aunque ella recuerda bien los misteriosos números de la nota que había dentro de la muñeca.

—Solo la carpeta del caso Odell.

—¿Y no vio a nadie merodeando por la zona?

Nora se agacha para recoger el vestido negro de punto fino que ha traído para el funeral de su madre y lo cuelga de nuevo dentro del armario; sabe que Bermejo tiene que hacerle esas preguntas, así que responde pacientemente:

—No, no había nadie en la calle ni cerca de la casa, aunque yo estaba en el parque al otro lado, y con la niebla es difícil ver a un par de calles de distancia.

La cabo Bermejo anota lo último que ha dicho en su libreta, como lleva haciendo desde que ha llegado.

—Desde luego, en mi vida he visto una niebla como la que hay aquí: llega de repente desde el bosque, como en una película de miedo. Llevo ya dos años destinada en la zona, pero aún me cuesta acostumbrarme.

—¿De dónde es? Si no le importa que le pregunte, cabo.

—De un pueblecito de Zamora —responde Bermejo—. Menuda faena le han hecho, pero lo más seguro es que se trate de alguien a quien no le gusta que esté de vuelta en el pueblo. Hoy ya es un poco tarde, pero mañana haré una llamada a Bilbao para que el equipo de pruebas científicas se acerque a buscar huellas.

—Se lo agradezco, pero sería una pérdida de tiempo. —Nora señala la pareja de guantes desechables que ha encontrado en el fregadero—. Quien haya entrado aquí no ha dejado huella alguna, no tiene sentido hacer venir al equipo de detección forense.

—Los recogeré y los registraré como prueba, por si cambia de opinión y decide que quiere presentar denuncia.

La cabo Bermejo guarda con cuidado los guantes desechables en una bolsa para pruebas, anota su nombre, la fecha y el lugar en el que los ha recogido.

—No voy a presentar denuncia. Seguro que tiene razón y solo es alguien que ha querido «darme la bienvenida».

—Yo no soy experta en estos temas, mi labor es patrullar la zona y asegurarme de que el perímetro de la central nuclear permanece intacto —empieza a decir Bermejo—. Sin embargo, creo que, si

alguien lleva guantes desechables en un allanamiento, estamos ante algo más que una simple trastada.

Nora asiente, Bermejo es lista y buena sacando conclusiones; está segura de que le espera una carrera brillante en la policía.

—Tiene razón, cabo. Había cosas de más valor aquí: el teléfono móvil estaba a la vista, igual que el ordenador, pero solo se han llevado la carpeta del caso de Lea Odell. No ha sido un robo fruto de la oportunidad, sino algo planeado. Eso nos habla de la preparación y la anticipación que el sujeto ha puesto en un acto aparentemente nimio como colarse aquí.

Bermejo la mira con la misma admiración que sus alumnos.

—Su trabajo es increíble, señora. Poder adivinar lo que piensan los delincuentes..., me parece fascinante.

—La ciencia del comportamiento no es adivinación ni trucos de salón, tiene mucho de psicología, conocimiento de los deseos e impulsos que nos hacen humanos.

—Claro, claro... Perdone, no pretendía insinuar que su trabajo fuera como el de una pitonisa de feria —se disculpa Bermejo—. Informaré yo misma al sargento Gómez-Moreno de lo que ha sucedido, si le parece bien, señora.

—No me llame «señora», con profesora o jefa bastará, gracias.

—Por supuesto, jefa Cortázar. Me hubiera gustado venir antes para darle un informe completo de lo que el compañero y yo vimos cuando encontramos el cuerpo en la central nuclear, pero hemos tenido un aviso un poco raro y no me ha quedado otra que personarme en el lugar.

Nora se olvida de colocar bien la silla, que está patas arriba en el suelo.

—¿Un aviso un poco raro? ¿De qué se trataba?

La cabo Bermejo cierra su libreta, lo que va a contarle es extraoficial:

—No muy lejos, en la carretera que baja hacia Armintza, un matrimonio de excursionistas asegura haber visto un lobo.

—Sí, es un poco raro, pero tampoco es tan extraño...

—No me he explicado bien, jefa Cortázar. El matrimonio estaba de excursión por el bosque para ver pájaros, como hacen cada semana, cuando han visto un lobo entre los árboles, a unos cincuenta metros. El lobo caminaba a cuatro patas, pero enseguida se ha puesto de pie sobre dos. Se han asustado tanto que no han podido tomar una fotografía del animal. Inmediatamente, han desandado el camino de vuelta hasta el pueblo para llamar por teléfono desde el primer bar en el que han entrado.

«Me mira y yo le miro a él», había dicho la pequeña Maddi.

—¿Ha hablado usted con ese matrimonio? Con los excursionistas.

—Así es, jefa. El compañero y yo nos hemos personado en el domicilio del matrimonio. Yo misma les he tomado declaración y puedo confirmarle que todavía estaban impresionados por lo que habían visto.

«Hay que creer en el lobo para poder encontrarlo», piensa Nora.

—¿Tiene por casualidad el informe de la denuncia, cabo?

—No han querido presentar denuncia oficial. He tratado de persuadirlos, pero no ha habido manera; creo que les preocupa que se sepa y la gente pueda burlarse de ellos, ya sabe cómo pueden ser los pueblos pequeños.

Nora intuye que Bermejo sabe más de lo que cree; seguramente, a ella también le preocupe que otros se burlen de lo que sabe o de lo que cree haber visto.

—Está siendo una semana complicada para usted, cabo. Primero encontró el cadáver en la central nuclear y ahora esto. —Nora sabe

que ese tipo de conversación crea cercanía y confianza—. ¿Le apetece tomar un café? ¿O prefiere una manzanilla? No tengo mucho más que ofrecerle, me temo.

Bermejo mira la hora en su reloj, su turno está a punto de terminar y se siente emocionada por conocer a la famosa Nora Cortázar.

—Un café con leche estaría bien, jefa.

Nora le indica con un gesto que se siente mientras ella enciende la cafetera en la diminuta cocina del apartamento.

—Seguro que está harta de oírlo, pero me encantan sus libros. He leído *El Carnicero de Milwaukee* dos veces, el suyo es el primer libro publicado sobre Dahmer —continúa Bermejo entusiasmada—. Me gusta mucho cómo describe lo que le rondaba por la cabeza a Jeffrey Dahmer a la hora de elegir a sus víctimas. Sé que es escalofriante, pero he aprendido mucho leyéndolo, aunque para mi trabajo no sean necesarios ese tipo de conocimientos.

—En mi opinión, el saber nunca está de más. Si ha leído mis libros, comprenderá la importancia de los detalles en una investigación, pues pueden ayudar a atrapar a un asesino antes de que vuelva a actuar. ¿Quiere hablarme de lo que vio cuando encontró el cadáver de Lea Odell?

La cabo deja la libreta sobre la mesa.

—No hay mucho más de lo que pone en el informe, ojalá hubiera visto algo de utilidad, pero el compañero y yo llegamos en una patrulla rutinaria; la puerta de entrada al recinto estaba intacta, pero enseguida notamos que algo iba mal porque había más pájaros de lo habitual.

—¿Más pájaros? —Nora la mira sin comprender.

—Sí, las gaviotas y algunos pájaros grandes merodean por la central nuclear. Es una auténtica pesadilla que te toque vigilar el

recinto porque están por todas partes: hacen ruido, son sucios y se cagan todo el tiempo... Perdone usted, jefa.

Nora coge dos tazas, el azucarero y vierte leche en una de ellas.

—No se disculpe, Bermejo. Está dando una buena descripción del lugar y del entorno de cuando encontró el cuerpo; conocerlo puede darnos pistas acerca del asesino y de cómo ha llevado el cuerpo hasta allí, sobre todo cuando se trata de un lugar muy vigilado como la central nuclear.

Las palabras de Nora parecen animar a Bermejo a continuar:

—Mi compañero y yo vimos un montón de pajarracos en la explanada del aparcamiento. Es un terreno enorme, medirá como dos campos de fútbol. Pedimos permiso por radio para entrar, nos lo concedieron; entonces, cuando estuvimos ya en el recinto, no tardamos en ver el cuerpo. Mi compañero nunca había visto un cadáver, el pobre se puso blanco.

—¿Usted ya había visto un cadáver?

—Sí, jefa. Yo estaba de servicio hace cosa de un año, cuando un hombre mató a su mujer a martillazos en su piso de Bilbao, aunque lo que vimos en la central era diferente.

El café termina de caer en la jarra de cristal de la cafetera. Nora lo vierte en las dos tazas, las coloca sobre la mesa y se sienta.

—¿Por qué dice que era diferente?

—Bueno, a lo mejor me estoy equivocando, ya ha pasado un día y medio...

Es evidente que Bermejo la admira. Nora sospecha que, precisamente por eso, a la joven cabo le cuesta tanto confiarle los detalles de lo que vio: se avergüenza de algo. Nora conoce bien ese sentimiento.

—Cuando delaté a mi padre, después de que él y Vicente Peña asesinaran a Fred Westland, no estaba segura de si hacía lo correcto

—comienza a decir—. Aún hoy me pregunto cómo hubiera sido mi vida y la de mi familia si no lo hubiera hecho, si ese día hubiera guardado silencio. Ahora comprendo que hablar, contar la verdad, siempre es un acto de valentía, aunque duela.

La cabo Bermejo la mira con sus ojos castaños muy abiertos.

—Siento mucho lo que le pasó, delatar a su padre sabiendo que iría a prisión el resto de su vida debió de ser terrible, sobre todo para una adolescente. Ya sé lo que dicen sobre usted por ahí, pero yo creo que fue muy valiente.

—Otros son más valientes que yo. —Nora se inclina un poco sobre la mesa—. Le cuento esto porque sospecho que hay algo que no me dice sobre el día en que encontró el cadáver de Odell y quiero que sepa que no debe sentir vergüenza, no estoy aquí para juzgarla. Y, si le preocupa que comparta la información con Gómez-Moreno, puedo asegurarle que, a no ser que me vea obligada a hacerlo, quedará entre nosotras.

La cabo Bermejo rodea la taza con sus manos.

—Sí que hubo algo raro aquel día. No lo incluí en mi informe porque pensé que no era relevante —empieza a decir—. Tiene que entender que hay mucha tensión en la zona: a los vecinos no les gusta que estemos aquí, y lo entiendo, claro. Yo soy de la opinión de que no tiene sentido echar más leña al fuego. Por eso no dije nada, ¿entiende?

—Perfectamente. ¿Qué es lo que vio? —Bermejo duda, por lo que Nora la anima—. Si no está segura de recordar todos los detalles, puedo ayudarla: cierre los ojos y vuelva a pensar en ese momento, justo antes de saber que algo iba mal. Recuerde los gritos de las gaviotas, el viento del mar, sus pasos sobre la explanada de hormigón...

Bermejo cierra los ojos, y a Nora no le cabe duda de que su mente regresa hasta ese momento con tanta precisión que puede sentir el olor desagradable de los pájaros y el salitre en el aire.

—Desde fuera, vi los pájaros; antes incluso de entrar en las instalaciones de la central ya sabía que algo iba mal... Tuve un mal presentimiento, me pasa algunas veces. Cuando encontramos el cuerpo, dimos el aviso. Mi compañero se quedó impresionado y tuve que repetírselo dos veces —murmura—. Oigo algo. No son pájaros, ni el mar, ni el viento... Es como un aullido de un animal. Alguien nos observa desde el bosque, puedo sentir sus brillantes ojos, está en el bosque. No me gusta ese lugar, hay algo terrible en el ambiente.

Bermejo abre los ojos de golpe.

—Ya está. Lo ha hecho muy bien.

Pero la cabo está nerviosa y se toca el cuello de su uniforme un par de veces.

—¿Usted cree? No estoy yo tan segura.

—Desde luego: ahora sabemos que el asesino de Lea Odell todavía estaba ahí cuando encontraron el cuerpo.

12

Viernes, 6 de marzo

Oyen las voces de dos hombres fuera. Nora reconoce la voz de su hermano y se levanta para abrir la puerta. Beñat está parado delante del coche de la Guardia Civil de Bermejo, está pálido y lo mira igual que si estuviera viendo un fantasma.

—¿Qué hace esto aquí? ¿Es por lo del funeral? —pregunta Beñat con la voz rasposa.

—No, es por otro asunto. No te preocupes, todo va bien.

A su lado hay un hombre, más o menos de su edad, con el pelo corto castaño, la nariz pequeña y los pómulos marcados. Viste unos vaqueros y un jersey manchado de algo oscuro: grasa mecánica. Nora tarda un momento más en reconocer a Emilio, el hijo de Vicente Peña.

—¿Has hablado con Oliver? Ya tendría que haber llegado para la cena...

—Oliver ha llamado: no va a venir, le ha surgido algo en Derio. —Los ojos de Beñat casi se salen de sus órbitas al ver a la cabo Bermejo con su uniforme—. ¿Te has traído a uno de tus amigos del cuartel?

Nora mira sin querer la pierna de su hermano, recuerda las cicatrices que recorren su piel y comprende por qué no le hace ninguna gracia ver a la agente en su casa.

—La cabo Bermejo no está aquí por el funeral. Alguien ha entrado en el apartamento mientras yo estaba fuera, lo han revuelto todo y se han llevado algunas cosas de trabajo. Por eso he avisado.

Sin embargo, Beñat mira con desconfianza a Bermejo, que es muy consciente de la tensión que flota en el aire.

—Yo ya he terminado aquí, he de volver al destacamento antes del cambio de turno —dice ella—. Le traeré una copia del informe y seguimos en contacto por si hay novedades. Ha sido un placer conocerla, jefa Cortázar. Buenas noches.

Bermejo atraviesa el jardín delantero cruzando entre los dos hombres —que no se mueven un centímetro para dejarla pasar— y sube al coche patrulla. Arranca y los focos iluminan la niebla; un momento después, el coche desaparece por la carretera.

—Quería llamarte para decírtelo, pero no has dejado el número de teléfono del taller —le explica Nora a su hermano.

—Llevas aquí diez horas y ya has traído a la Guardia Civil a casa —masculla él entre dientes.

—Lamento que te hayas asustado al ver el coche patrulla, lo comprendo, pero solo he hecho lo que debía.

Beñat sonríe con frialdad.

—Una vez le pregunté a *ama* si te guardaba rencor por haber delatado a nuestro padre y ella me dijo: «Nora siempre hace lo que debe hacer, sin importar quién sufra por ello».

—Mientes —dice ella, pero su voz tiembla.

—Ojalá.

Cuando Nora se marchó a Colonia —después de que arrestaran a su padre—, su madre no la acompañó al aeropuerto, no hubo lágrimas en la terminal ni promesas de que algún día regresara a casa; se despidió en la puerta del caserío y subió al taxi para ir al aeropuerto; nada más. No encontró la manera de perdonarla por

descubrir qué ocultaba su padre. Ese fue uno de los motivos por los que Nora tuvo que marcharse: era una adolescente, pero ya intuía que su madre jamás la miraría de la misma forma. Y tampoco ayudó que Nora fuera la favorita de su padre y la que más se parecía a él. Lo veía a *él* cada vez que la miraba.

—Entiendo que ver el coche patrulla en la puerta de casa te haya traído malos recuerdos...

—Suficiente. —Beñat la mira, su rostro refleja el dolor y el terror que sintió en ese sótano; sin duda, es algo que su mente revive a diario—. Mañana es el funeral de nuestra madre y, por respeto a ella, no te echaré en este mismo momento. Pero el lunes te irás para no regresar. Ya no eres bienvenida en esta casa ni en esta familia. No quiero volver a verte.

13

Sábado, 7 de marzo

La mañana del funeral amanece nublada. Nora se despierta en el pequeño apartamento y por un instante no sabe dónde está. Las mantas huelen a su infancia, ese momento de la vida feliz y despreocupada que se prolongó justo allí durante diecisiete años.

«Diecisiete años de felicidad es más de lo que tiene la mayoría de la gente», suele decirse a sí misma.

El funeral en la iglesia de Santa María no es hasta las siete y media de la tarde, pero ella tiene muchas cosas que hacer. Sale de la cama y enseguida lamenta no haber encendido la pequeña chimenea para calentar el apartamento.

La pasada noche, avanzó algunas páginas de su libro. Enciende el ordenador portátil, introduce la contraseña y lo relee mientras el café se enfría. «No está tan mal», piensa mientras lee el segundo capítulo. Con algunos retoques y cambiando un par de párrafos, le puede servir para apaciguar la furia de Nathaniel. Seguro que se huele que no tendrá el manuscrito a tiempo.

Ha quedado con Irving para ir juntos a ver a la veterinaria rural —la llamó después de hablar con Arantxi—, así que Nora se termina el café y se viste deprisa: unos vaqueros y el único jersey que lleva en su bolsa, de color verde, como todos sus jerséis y blusas. Se peina la melena castaña lo mejor que puede y se pone la gabardina justo cuando la cabo Bermejo llama a la puerta. Ha sido tan amable como

para traerle una copia del informe del caso de Lea (después de que se lo robaran anoche). Al dárselo, le deja caer que Gómez-Moreno no está muy contento, pero Nora decide que ya se ocupará después de calmar al sargento.

La escarcha cubre las partes de la carretera donde no llega la luz del sol. Nora acompaña a Irving en el Range Rover azul que él utiliza para moverse por los caminos forestales y las carreteras de montaña de la zona. Ninguno de los dos ha dicho gran cosa desde que se han encontrado un rato antes cerca de la iglesia, lo bastante lejos del caserío como para que Beñat e Irving no se vean por casualidad.

—Yo no vi nada, pero estaba atento a Maddi, y la niebla era bastante espesa anoche —dice Irving con las manos en el volante—. Seguramente, sea alguien con ganas de fastidiarte o que quiere dejar claro que no está contento con tu regreso.

Nora le ha contado —sin entrar en detalles— lo que sucedió anoche después de dejarlos en el parque.

—Yo no estoy tan segura —responde pensando en los guantes desechables—. Pero tienes razón: todo el mundo sabe ya que estoy de vuelta y algunos no me quieren aquí; tampoco es que pueda culparlos.

—Si te sirve de consuelo, aunque siento lo de tu madre, a mí me gusta que estés aquí.

—Pues eres el único —murmura.

—No, seguro que hay más gente que se alegra de tu vuelta, aunque igual no pueden decirlo abiertamente, por miedo. Sin ir más lejos, a Maddi le gustaste, aunque, bueno, a ella le gustan cosas como merendarse la tierra del jardín.

Nora sonríe.

—Me pareció una niña con mucha imaginación. Esa historia del lobo que camina sobre las patas traseras da bastante miedo.

—Sí, está en esa edad en la que empieza a tener miedo de la oscuridad y de los monstruos.

Hay un momento en que los niños comienzan a ser conscientes de su entorno y comprenden que el mundo puede ser un lugar peligroso. Es normal que los pequeños tengan miedo a la oscuridad o al hombre del saco. Cuando Nora era una cría, también temía la oscuridad, los monstruos y los seres que pueblan las pesadillas de los niños, pero a diferencia de otros, ella descubrió que los monstruos son reales y que no siempre se esconden bajo la cama o en el armario.

«Cuando los monstruos entran en tu mente, lo hacen para quedarse».

—Ya casi estamos. La carretera termina un poco más adelante y después empieza la pista de montaña, ni siquiera con el Rover podemos llegar —dice Irving, sacándola de sus pensamientos—. Espero que te hayas traído las botas de agua, ha llovido bastante esta semana y el camino estará embarrado.

—Las he dejado en Lyon —responde con una media sonrisa—. No me imaginaba nada de esto cuando preparé la maleta.

—No hay problema, en el maletero siempre llevo unas katiuskas, un impermeable y algunas cosas más por si acaso. Igual te quedan un poco grandes, pero te servirán para no llenarte de barro y que no se te mojen los pies.

—¿Llevas unas botas de agua en el maletero?

—Mis ayudantes son jóvenes y entusiastas; a veces, se dejan llevar por ese entusiasmo y se olvidan de protegerse del viento o de la lluvia mientras estamos trabajando. No quiero que ninguno coja una pulmonía.

Ya de niños, Irving no era como los demás chicos de su edad —eso fue lo primero que le gustó de él—. Era tranquilo, considerado y

nunca se burló de ella; con el paso de los años, se ha convertido en un hombre afable. Es fácil estar a su lado, a pesar del pasado doloroso que los une.

—Háblame del yacimiento. Debe de ser importante para que haya un equipo de arqueólogos internacional trabajando en él.

La carretera se vuelve más estrecha y el Range Rover se sacude cuando llegan a un camino entre árboles.

—Bueno, venimos de varias universidades y países porque no es sencillo conseguir fondos para la arqueología —se lamenta él—. Aún seguimos excavando y catalogando las piezas que encontramos, pero es posible que el de Urízar sea el descubrimiento arqueológico más relevante de la zona; puede que uno de los más importantes de Europa.

—Es impresionante.

—¡Mucho! En la zona, hay varios asentamientos celtas, romanos o paleolíticos, pero este es distinto. —Es evidente que a Irving le entusiasma el descubrimiento—. Creemos que es de algún momento del siglo II a. C. Puede que se trate de una necrópolis completa. Hemos encontrado objetos que coinciden con un enterramiento funerario importante: joyas de ámbar, bronce, oro... Era habitual que los celtas, los vikingos y otros pueblos enterraran a sus difuntos con un ajuar para prepararlos para la otra vida, aunque este no se parece a nada que yo haya visto antes. Quien está enterrado ahí fue alguien muy importante, tal vez de la realeza.

—¿Como un rey o un príncipe?

—No exactamente. Hemos encontrado un torques de oro y algunas tobilleras. Mi colega, el profesor Alexander Byrne, cree que podría ser la tumba de una princesa. —Irving hace una pausa, como si no estuviera muy seguro de lo que está a punto de decir—. Si quieres, después, puedo llevarte a verlo: una visita exclusiva por el

yacimiento de Urízar. Aunque supongo que tendrás cosas que organizar para el funeral.

No quiere contarle que Oliver los dejó plantados ayer y que ahora mismo Beñat prefiere no tenerla cerca, así que opta por cambiar de tema.

—¿Sois muchos en el grupo de trabajo?

—Casi veinte. Cuando yo no estoy, el profesor Byrne dirige el equipo: tres supervisores y quince estudiantes en total. Nos entendemos en una mezcla de inglés, francés y español.

—Un poco como en mi trabajo.

Irving aparta un instante los ojos del camino forestal para sonreírle.

—Ahora que lo pienso, nuestro trabajo se parece bastante: los dos hablamos por los muertos —dice él—. Ya hemos llegado. Esto es todo lo que nos podemos acercar, el resto del camino es mejor hacerlo a pie.

Nora sale del 4 x 4 y se fija en una piedrecilla que hay al borde del camino, se agacha para recogerla y la estudia unos segundos antes de guardársela en el bolsillo.

—Veo que sigues coleccionando rocas. Me preocupaba un poco que dejaras de ser rara y, con los años, te hubieras vuelto aburrida —dice él con una sonrisa.

—El aspérger no tiene cura; ahora puedo controlar algunos comportamientos mejor que cuando era una niña, pero siempre seré diferente.

—Me alegro, a mí siempre me han gustado las cosas diferentes.

Su estómago se encoge al oírlo: no hay un patrón para Irving Westland.

—Oh, vaya... —Su calzado se hunde en el barro.

—Vamos, el equipo está detrás.

Irving abre el portón trasero del Rover y le tiende unas botas de goma de color azul oscuro.

—Ten, seguro que te sirven.

Nora se sienta en el borde del maletero para cambiarse el calzado; normalmente, no se pondría el calzado de otra persona, pero la necesidad de comprender qué le pasó a Lea es más acuciante que sus rituales. Así pues, se pone las botas de agua y se coloca el bajo de los vaqueros por dentro para evitar que se moje. Todo el tiempo siente la mirada de Irving sobre ella.

—Gracias —murmura.

Levanta la cabeza para mirarle y casi le parece que los últimos diecisiete años han sido un mal sueño: su padre nunca mató al de Irving y ella nunca tuvo que delatarle. No hay monstruos.

—¿Preparada?

Irving le da la mano para ayudarla a levantarse. Si hace una semana alguien le hubiera dicho que estaría de vuelta en Lemóniz poniéndose unas katiuskas con su primer amor, se habría reído en su cara.

—Preparada.

14

Sábado, 7 de marzo

Caminan durante diez minutos por un sendero estrecho. La niebla ahí es más espesa y se enreda entre los árboles. Nora se abrocha los botones de la gabardina, demasiado fina para el brumoso clima de montaña. La finca hípica está en lo alto de una colina; es una instalación con un terreno enorme alrededor y una bonita casa principal en una ladera poco inclinada. Dejan a un lado la pista de saltos y el caminador para los caballos y llegan a la zona de las cuadras, donde están los boxes para los animales. Hay una mujer con un cubo metálico en una mano que acaricia a uno de los caballos. Viste una chaqueta de lana gruesa de color gris, casi del mismo color que su desordenada melena. Los saluda con la mano cuando los ve.

—Irving, has llegado antes de lo que pensaba.

—No llovía y la niebla nos ha dado un respiro, así que hemos podido hacer el camino hasta aquí sin mucho problema. Nora, te presento a Arantxi —dice él con su habitual buen humor.

La mujer se limpia la mano en el pantalón de trabajo que lleva puesto y se la tiende a Nora.

—Encantada.

—Soy Nora Cortázar. Gracias por hacernos un hueco habiéndote avisado con tan poca antelación.

—No es problema, estaba por la zona para visitar a unos clientes, además me gusta ayudar siempre que puedo.

Nora mira los caballos dentro de los boxes, se fija en que todas las cuadras están ocupadas, excepto la última.

—¿No te gustan los caballos? —Los ojos curiosos de Arantxi la estudian.

—No mucho; si no están bien educados, pueden llegar a ser bastante impredecibles.

—Igual que las personas —responde ella—. Nora Cortázar... Conocí a tus padres, a tus hermanos y a ti, aunque lo más seguro es que ya no te acuerdes de mí, eras una niña. Siento mucho tu pérdida, *goian bego*.

—Gracias. —Nora ha recibido tantas condolencias en los últimos días que esas palabras empiezan a perder su significado.

—Y ya sé que por ahí dicen que tu madre debía de saber a lo que se dedicaba tu padre, pero yo siempre he pensado que Petra no tenía ni idea: los maridos esconden secretos a sus mujeres, pasa en todos los matrimonios.

—Mi madre no lo sabía. Ninguno de nosotros lo sabía.

Nora lleva media vida respondiendo a esa pregunta. Gracias a su trabajo, sabe perfectamente que el Estrangulador de Boston estaba casado y tenía hijos, o que Ted Bundy vivía con su novia y su hija pequeña. Esas mujeres no sabían que estaban casadas con monstruos; su madre tampoco.

—¿Vendrás al funeral?

—No —responde Arantxi con rotundidad—. No te ofendas, conocía a tu madre y me da lástima lo que tuvo que pasar, pero eso de ir a la iglesia y hacer penitencia nunca ha sido lo mío.

—Irving me ha contado lo de esas ovejas destripadas —dice Nora deseando cambiar de tema.

—Sí, terrible. Las seis aparecieron abiertas en canal. Cuando nos llevamos los cuerpos, noté que parte de los intestinos no estaban donde las encontramos.

«Faltan algunos de sus órganos y aún no los hemos encontrado», le había dicho Gómez-Moreno el día anterior.

—Pasó durante la noche. Las otras ovejas tenían tanto miedo que estaban todas juntas en una esquina de la finca. Le pregunté al pastor si había visto a alguien merodeando por la zona, porque nunca se sabe: hay gente a la que le da por hacerles daño a los animales cuando se acerca *Gau Beltza*,[1] pero me aseguró que no había visto a nadie. —Arantxi deja el cubo metálico en el suelo—. El perro pastor, un border collie negro muy espabilado, también apareció muerto.

—Es extraño, desde luego. ¿Qué cree que sucedió? —pregunta Nora.

—No lo sé, por eso duermo con la escopeta de postas cerca, solo por si acaso.

—Entiendo. Seguro que Irving ya te lo ha contado, pero tengo unas fotografías que me gustaría enseñarte —comienza a Nora decir con cautela—. Te advierto que no son agradables.

—Las heridas en el cuerpo de esa chica de la central, sí. Por mí no te preocupes, no me asusto fácilmente. He visto casi de todo: asesoro a la policía forense en Bilbao y en Cantabria cuando aparecen restos en el campo y colaboro con algunas constructoras que encuentran restos óseos al excavar para levantar pisos o chalets, ya sabes: para certificar que son de animal y no humanos.

—Arantxi se dedica al cuidado de los animales rurales por vocación. Es perito forense veterinaria —dice Irving—. Yo mismo la he consultado varias veces para asuntos de la universidad.

La mujer saca unas gafas del bolsillo de su chaqueta y se las pone.

—Veamos esas fotos.

Nora busca en la carpeta que lleva debajo del brazo las fotografías *post mortem* de Lea, pero mira a Irving.

—Creo que no deberías verlas, Lea y tú teníais una relación cercana.

Irving asiente y se aparta un poco para que Nora pueda darle las fotografías a Arantxi.

—Desde luego, esto es una carnicería... Pobre chica. —Entorna los ojos detrás de los cristales de las gafas para ver mejor—. ¿Tienes alguna en la que se aprecie más claramente la herida del costado? Una foto de perfil, por ejemplo.

Nora pasa a las fotos y le tiende una en la que se ve el lateral del cuerpo de Lea.

—Esta es la mejor desde ese ángulo. Le están haciendo la autopsia, así que pronto tendré mejores fotografías de las heridas.

Arantxi estudia la fotografía, después la mira, pero Nora ya sabe lo que va a decir:

—Son las mismas heridas. Necesitaría ver mejores fotos o tener acceso al cuerpo para poder afirmarlo con seguridad, claro; algunas veces, los insectos o animales pequeños pueden modificar el aspecto de una herida. Pero las heridas de esta chica se corresponden con las de esas ovejas. Tres marcas profundas en paralelo.

—¿Se te ocurre qué puede causar este tipo de heridas?

—Bueno, la herida de su rostro parece un mordisco, pero el animal debe de tener un hocico enorme y unos caninos muy fuertes para poder desgarrar la carne y los músculos de esa manera. Si tuviera que apostar, diría que sus heridas las ha causado un gran depredador. Por lo separadas que están las marcas, su zarpa es más

grande que la mano de un hombre adulto. Se me ocurre que podría ser un gran felino o un oso pardo, puede que un lobo.

Nora e Irving intercambian una mirada.

—¿Un lobo? Pensé que ya no quedaban lobos por la zona.

—En teoría no queda ninguno, pero, según mi experiencia, algunos animales pueden permanecer ocultos durante años, sobre todo en una zona boscosa y de difícil acceso como esta. Hay excursionistas que vienen a pasear por el bosque y las montañas; si hay un animal por ahí tan grande como para causar estas heridas, es solo cuestión de tiempo que alguien lo vea o que vuelva a atacar.

—¿Alguna vez has oído hablar de un lobo que camine erguido sobre sus patas traseras? ¿Crees que es posible que haya un depredador en estos bosques que camina sobre dos patas?

Arantxi se ríe.

—¡Oh, sí! Claro que hay un depredador que camina sobre dos patas: el ser humano. Lo demás son cuentos de hadas, mitos y folklore, pero... conozco a una veterinaria experta en lobos. Trabaja en el Departamento para la Protección de la Fauna en los Parques Nacionales de California. La doctora Hill sabe todo lo que hay que saber sobre los lobos y su comportamiento. Puedo intentar llamarla después, ahora mismo allí todavía es de madrugada.

—Eso sería de gran ayuda, gracias.

Nora se arrebuja en su gabardina. Siente que la temperatura ha descendido casi diez grados desde que han llegado. Ya están a punto de marcharse cuando, de repente, se vuelve para mirar a la veterinaria.

—El box que está vacío... ¿Dónde está el caballo que debería encontrarse ahí?

—El caballo que falta es Lucky, un precioso morgan de color negro. Yo solo paso por aquí una vez a la semana para ver a los

animales, los caballos pertenecen a gente de Bilbao o de Santander que los deja aquí para que los atiendan bien o para que los adiestren. La dueña de la hípica me ha dicho que Lucky desapareció anoche, y eso que el recinto está bien protegido. Sin embargo, alguien forzó la cancela de la entrada y se lo llevó.

—¿Habéis avisado a la policía?

—No. Este es un sitio de cierta categoría; si se corre la voz de que los animales desaparecen, nadie dejará a sus caballos en estos establos. La propietaria de la finca está buscando a Lucky por los montes de la zona con la ayuda de un par de mozos de cuadra.

—Sí que es extraño... ¿Has visto algo que te parezca fuera de lugar?

—Bueno, ahora que lo mencionas... —Arantxi mete la mano en el bolsillo de su chaqueta y saca un lazo de color rojo—. Esto estaba anudado en la puerta del establo de Lucky, recuerdo que ondeaba al viento. Me pareció un poco siniestro.

Le entrega el lazo rojo, que es idéntico al que Lea Odell tenía anudado alrededor de la muñeca. Una idea terrible empieza a formarse en la mente de Nora. El patrón se vuelve más evidente.

15

Sábado, 7 de marzo

Reparaciones Peña queda a las afueras de Lemóniz, en uno de los caminos secundarios que bajan hacia el valle. Vicente Peña compró la destartalada nave industrial en los años sesenta —cuando era un almacén para piensos de animales— y en poco tiempo la convirtió en el taller más importante de la zona. Reparaciones Peña estaba especializado en vehículos agrícolas —tractores y desbrozadoras, sobre todo—, pero también en camiones y vehículos grandes. Cuando comenzaron las obras de la central nuclear, Vicente ganó tanto dinero reparando los enormes camiones de doble eje y la flota de autobuses que llevaban y traían a los obreros que levantaban la central que seis meses después compró el terreno anexo y amplió el negocio. Durante años, a su esposa, Marisol, a su hijo, Emilio, y a él mismo todo les fue bien. Nadie sospechaba que, en realidad, Vicente Peña era un terrorista. Un pistolero.

—Así que Nora Cortázar está de vuelta... No se habla de otra cosa —dice Emilio Peña, dejando una llave inglesa en la mesa de las herramientas—. Ayer la vi bien, está muy guapa. Se nota que tiene éxito.

Beñat se limpia la grasa de motor de las manos con un paño. Lleva todo el día intentando no pensar en el terror asfixiante que sintió cuando vio el coche de la Guardia Civil aparcado en la puerta. Ha tenido pesadillas otra vez y le tiemblan las manos.

—Cuento las horas para que se largue. Se queda en el *baserri* hasta el lunes —murmura entre dientes.

—Venga, no será para tanto, hace una eternidad que no la ves. ¿Sigue siendo como el de *Rainman*?

—Creo que ha aprendido a controlarlo un poco estos años, pero sí, es una superdotada maniática. —Beñat suspira—. Es que verla me recuerda todo lo que pasó; sé que fueron nuestros padres los que mataron a esa gente, pero, de alguna manera, siento que tú y yo pagamos por ello desde entonces. Y ver que a ella le va tan bien...

—Te fastidia.

—Un poco, sí —admite avergonzado.

—Mira, nuestros padres la cagaron y nos metieron a nosotros en este pozo: somos hijos de quienes somos; también tu hermana, aunque ahora lleve ropa cara. Este taller solía estar a tope, ¿recuerdas? Cuando éramos críos, mi padre tenía media docena de mecánicos aquí trabajando a destajo. Cuando le pillaron, eso se acabó. Pero es mi padre, se muere y no tiene otro sitio al que ir, así que yo me ocupo de él. La lealtad es lo más importante.

—Sí, ya lo sé. Todo este lío se pasará cuando Nora se marche. No tienes que preocuparte: yo estoy de tu parte y de la de tu padre, sois los únicos que me habéis tratado bien.

Beñat siempre se ha sentido como uno más entre los Peña. Cuando era un niño, mientras su padre trabajaba como camionero —o eso es lo que ellos creían—, Vicente Peña le dejaba estar por allí y le enseñaba todo sobre repuestos o cajas de cambios. Cuando arrestaron a sus padres, Emilio se hizo cargo de Reparaciones Peña con solo dieciocho años y le contrató.

—Mira, yo te entiendo mejor que nadie, Beñat; tú y yo somos amigos de toda la vida, como hermanos, ya lo sabes. Y lo de la

carta, «El pecado y la penitencia»... —Emilio se refiere al título de la carta en la que su padre se arrepentía públicamente de haber formado parte de la banda—. El viejo terminó de arruinarnos la vida a mi madre y a mí con aquello; ahora nos odian los de un lado y los del otro.

La madre de Emilio se marchó hace años, se cambió el nombre y volvió a casarse.

—¿Te marchas antes de comer? Imagino que con todo el lío del funeral tendrás que ocuparte de algunas cosas de última hora.

—Sí, dentro de una hora, marcho. Estoy intentando darle esquinazo a mi hermana, no quiero encontrármela en el *baserri*. —Beñat mira su reloj—. Todavía tengo que hablar con el cura que va a oficiar la misa y ponerme presentable.

Oyen el sonido de varios coches que se acercan por el camino de grava que lleva hasta el taller.

—¿Esperas clientes *especiales* hoy? —pregunta Beñat.

—No, nadie.

Algunas veces, Emilio hace negocios con clientes que necesitan deshacerse de un coche deprisa y sin preguntas. El taller no va bien desde hace años y el dinero extra no viene mal. Beñat descubrió el trapicheo en un momento crítico para él (apenas podía pagar las facturas, los cuidados de su madre y todos los trastos que fue necesitando después del segundo ictus), así que, cuando llegaba uno de los clientes especiales de Emilio, cogió la costumbre de marcharse y no regresar al taller hasta el día siguiente.

—¿Entonces...?

Antes de que Emilio pueda responder, la puerta se abre y aparecen seis agentes uniformados de la Guardia Civil. El sargento Gómez-Moreno es el primero en entrar en el taller.

—Buenos días, señores. Estamos buscando a Vicente Peña.

Nada más ver aparecer al sargento con su uniforme impecable y su postura recta, Beñat siente que las piernas no le sostienen.

—Hoy no ha venido. Mi padre se sentía débil esta mañana y se ha quedado en casa descansando, *jefe*.

Gómez-Moreno da un par de pasos, sus botas crujen sobre el suelo del taller.

—¿Descansando? Ya... Dile a tu ayudante que se marche, hoy cierras temprano: tenemos que comentar un par de cosas contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

El sargento da un paso hacia Emilio y se detiene muy cerca de su cara.

—Porque tu padre es Vicente Peña y una chica ha aparecido muerta en la central nuclear, la misma central en la que tu padre y sus amigos ponían bombas, ¿te parece suficiente motivo?

—Yo no sé nada de eso, *jefe*. Cada vez que pasa algo en el pueblo, venís a visitarme, pero mi padre no es culpable de todos los delitos de la zona. Ahora no es más que un viejo con un enfisema terminal...

—Los que son como él nunca cambian, por muchas cartas lacrimógenas que escriban a los periódicos. Un asesino es siempre un asesino.

Beñat se apoya en la mesa de trabajo, respira deprisa y siente que está a punto de desmayarse.

—Tranquilo, puedes irte. Nos vemos después en el funeral —dice Emilio.

Beñat sale del taller tan deprisa como puede arrastrando su pierna mala. Solo cuando se aleja por la carretera en su destartalado Opel Corsa se atreve a romper a llorar.

—¿Crees que tu ayudante sabe algo de nuestros negocios? —pregunta Gómez-Moreno cuando están solos en el taller.

—¿Beñat? No, él no tiene ni idea, es mejor así. —Emilio le hace un gesto con la cabeza para que le siga a la pequeña oficina—. Venga, mejor hablamos dentro, *jefe*. Sé que son sus agentes de confianza, pero, con todo lo que ha pasado últimamente, no me fío ni de mi sombra.

Gómez-Moreno le dedica una sonrisa cortante, sus ojos de gato brillan.

—Ya sabes que puedes fiarte de mí. —Saca del bolsillo un sobre con unos billetes dentro y se lo entrega.

—¿Son cinco mil?

—Como siempre. —El sargento le observa mientras Emilio cuenta el dinero—. ¿Se comenta algo de la chica muerta en la central nuclear?

—Nada, *jefe*. Nadie dice ni pío, aunque yo estoy atento a todos los rumores, en cuanto me entere de algo se lo cuento.

—Bien. ¿La conocías? A la muerta.

—No mucho, no.

Gómez-Moreno le dedica una sonrisa afilada.

—Venga, Emilio, pensé que éramos amigos. Ambos sabemos que tú conoces a todo el mundo, por eso eres tan buen chivato. Ahora Nora Cortázar..., cuéntame sus trapos sucios, todo lo que sepas sobre ella.

16

Sábado, 7 de marzo

Nora le ha pedido a Irving que la lleve de vuelta a la casa familiar, tiene mucho en lo que pensar. Las heridas de las ovejas y las de Lea son iguales. Y también está el asunto del caballo desaparecido, así como la cinta roja que ahora lleva en el bolsillo de su gabardina. Aún no sabe cómo, pero intuye que ambas cosas están relacionadas.

«Dejemos para mañana la visita al yacimiento», le ha dicho Irving mientras volvían por el camino forestal.

Ella ha accedido: «Mañana todavía estaré aquí».

Entonces Irving le ha dedicado una de esas sonrisas amables suyas que lo hacen todo mucho más complicado, preferiría que estuviera enfadado con ella. Sigue pensando en esa sonrisa cuando repara en la caja que hay en la puerta del caserío, envuelta en papel marrón. Se agacha para cogerla y extiende el brazo hacia ella; sin embargo, en el último momento, cambia de opinión; sabe suficiente sobre paquetes y cartas bomba como para arriesgarse. Un segundo después, se fija en que hay una tarjeta de pésame sobre la caja: «*Goian bego,*[1] Petra Arzúa».

Nora coge la caja.

«Estar aquí de nuevo te ha vuelto paranoica», se dice.

Abre la puerta convencida de que Beñat no está en casa. Su plan es dejar la caja con la tarjeta de pésame sobre la mesa y esconderse

en el apartamento anexo hasta el funeral, por eso se sorprende cuando ve a su hermano sentado a la mesa de la cocina con el rostro oculto entre las manos.

—Oh... No sabía que estabas aquí, ya me marcho. —Se detiene un momento—. ¿Estás llorando?

—Vaya, ya entiendo por qué eres detective: no se te escapa una, ¿eh?

—Lo siento, de nosotros tres, tú eras el que más unido estaba a *ama* —responde ella, ignorando su comentario—. Y estoy segura de que tenerme por aquí no tiene que ser fácil...

—Joder, Nora, no todo tiene que ver contigo —le corta Beñat, pero no se atreve a mirarla—. Algunas cosas son privadas. El mundo no gira a tu alrededor.

Ella asiente en silencio y deja la caja con la tarjeta de condolencias sobre la mesa.

—No quería molestarte. Ya me marcho.

La cocina huele a mantequilla, se fija en que hay un plato con magdalenas recién hechas sobre la encimera.

—¿Qué es esa caja? —pregunta él.

—No lo sé. Estaba en la puerta. Serán flores o bombones, las cosas que la gente envía cuando muere un ser querido.

Ahora sí, Beñat levanta la cabeza y se seca las lágrimas con la manga de su camisa de cuadros.

—¿Has visto quién la ha dejado?

—No, ya estaba ahí cuando he llegado. No tiene remitente, pero si fuera un paquete bomba...

—... Ya estaríamos los dos muertos. Se supone que eres la lista de la familia, ¿cómo se te ocurre meter eso en casa sin saber lo que es?

Nora sabe que su hermano está pagando con ella lo que sea que le pase, pero algo de razón tiene: estar de vuelta y haber pasado la mañana con Irving le nubla el juicio y ese instinto suyo que siempre le ha ayudado a mantenerse con vida.

—¿Quieres hablar de lo que te pasa? —le pregunta ella.

—No me pasa nada.

—Pues has hecho magdalenas y estabas llorando; normalmente, los adultos solo lloran cuando reciben un fuerte golpe emocional...

—¿Puedes dejar tu cháchara de psicóloga solo un minuto, por favor? Lo que pasa es que mi madre ha muerto, mi hermano pequeño solo se preocupa por sí mismo y mi hermana mayor hace su vida a miles de kilómetros de aquí... Y yo estoy solo. Estoy solo.

Podría decirle que no está solo y consolarle como harían las familias normales, pero la realidad es que son hijos de un monstruo y que eso marcará toda su vida. Nora lo sabe —siempre lo ha sabido — y ahora se da cuenta de que su hermano también lo sabe.

—Me gustaría que vinieras a visitarme a Lyon. Este verano, la ciudad es muy bonita en esa época —dice con cautela—. En mi nuevo piso, hay una habitación de sobra. Ahora está llena de cajas de la mudanza, libros y cosas así, pero podría poner una cama o un sofá cama.

Cuando aterrizó en casa, no esperaba acabar invitando a su hermano mediano —el más furioso y triste de los Cortázar— a su piso en Lyon, no lo había planeado, pero estar de regreso altera sus rutinas y sus emociones.

—Venga, vamos a ver qué hay dentro de esa puñetera caja — responde él—. Si son bombones de licor o cualquier cosa con alcohol, nos lo tomamos ya mismo, nada de esperar a Oliver.

—Me vendría bien algo fuerte después de pasar la mañana con Irving.

Beñat la mira con esos ojos castaños suyos, tan diferentes a los de Oliver y a los suyos.

—Era mi mejor amigo hasta lo de *aita*... ¿Le van bien las cosas?

—Eso creo. Es amable, alto, guapo, parece un padre genial... Me fastidia un poco: preferiría que estuviera furioso conmigo, eso lo haría todo mucho más fácil.

Se desabrocha los botones de la gabardina y se deja caer pesadamente en una silla todavía pensando en Irving Westland.

—¿Y cómo va la investigación de Lea? Y antes de que me digas que es confidencial o cualquier cosa de esas, te advierto de que todo el mundo ya sabe que la han destripado y que le faltaba una de las zapatillas.

—¿Qué? ¿Cómo se han enterado?

Beñat se encoge de hombros.

—Supongo que alguno de los agentes ha hablado de más, o puede que haya periodistas haciendo preguntas. Es una historia jugosa: una mujer aparece muerta en la central nuclear de Lemóniz —dice—. Así que la investigación no avanza, ¿no?

—No demasiado, no. —Nora teme marcharse de Lemóniz sin detener al asesino de su amiga—. Las heridas de Lea coinciden con el ataque a unos animales de la zona. He hablado con el Departamento de Comprobación de Pasaportes y Antecedentes de la Interpol, les he dado el nombre de Lea y estoy esperando que me envíen por fax todo lo que tienen sobre ella.

—¿Fax? El más cercano creo que está en la sacristía de la iglesia.

—Les he dado el número de Gómez-Moreno, en el asentamiento de la Guardia Civil tienen uno.

La mención al sargento hace que Beñat se encoja en su silla. Nora se da cuenta de que algo le sucede, pero siente que ya ha tensado demasiado la cuerda; es mejor cambiar de tema.

—¿Has oído algo sobre el robo de caballos?

Su táctica parece funcionar, porque Beñat la mira perplejo.

—¿Robo de caballos? Sé que vienes de una gran ciudad y todo eso, pero esto no es el salvaje oeste, Nora. No robamos caballos.

—Sí, ya lo sé, es que uno de los caballos de ese club hípico pijo que queda camino a Munguía ha desaparecido. Alguien se coló por la noche y se llevó al animal.

—Lo del caballo es raro, pero no es lo más raro que he visto últimamente: el otro día, uno de esos hippies que trabajan en el yacimiento arqueológico montó un buen numerito delante del ayuntamiento —empieza a decir Beñat—. Dice que quieren llevarse varias piezas del yacimiento para mantener en secreto no sé qué de una princesa... El tío incluso llevaba una guitarra para protestar, aunque, gracias a Dios, no se atrevió a cantar.

Nora sonríe.

—Menos mal. ¿Abrimos la caja y nos bebemos lo que haya dentro? —Nora arranca el papel de estraza; sorprendida, comprueba que envuelve una simple caja de cartón—. Qué raro.

—Creo que no son bombones de licor... Joder. —Beñat ahoga un suspiro cuando ve lo que hay dentro.

En la caja hay una rata decapitada. La cabeza está separada del cuerpo del animal y bien colocada a un lado. También hay una llave: la del caserío familiar.

—Bienvenida a casa, Nora. Estás amenazada de muerte.

17

Sábado, 7 de marzo

La iglesia de Santa María está casi vacía; apenas hay una docena de personas entre conocidos y familiares. Pero fuera, en la plaza y en el pórtico, se amontonan algunos vecinos, periodistas y reporteros de televisiones nacionales. Unos quince agentes de uniforme —más los que van vestidos de paisano— montan guardia en la plaza y vigilan la entrada de la iglesia, atentos a cualquier movimiento extraño o salida de tono de los asistentes. Nora lleva su vestido negro con una chaqueta a juego —demasiado fina para ese clima— y se ha puesto la ropa interior de color verde para poder cumplir con su ritual. Oliver camina a su lado con gesto serio. Un par de vecinos les han dado el pésame de camino a la iglesia, pero Nora se da cuenta de que no están entre los asistentes.

«Nadie quiere que le vean en el funeral de la mujer de la Muerte», piensa.

—Hay menos gente de la que pensé —comenta Nora mientras se sientan.

—Ya, y eso que yo mismo llamé a los tíos y a los demás familiares en Bilbao para contarles lo que había pasado, pero parece que ninguno ha querido venir a despedirse de ella, los muy desgraciados...

Nora le mira de refilón.

—¿Qué? —pregunta Oliver.

—Nada. Es solo que pensé que los sacerdotes no podíais maldecir, y menos en una iglesia.

—Pues definitivamente podemos maldecir, sobre todo cuando estamos en el funeral de nuestra madre.

La iglesia se llena del murmullo bajo de los vecinos que miran con cautela a los agentes apostados dentro, armados con rifles. Emilio Peña avanza por el pasillo central y los saluda cuando los ve. Acompaña a su padre, Vicente, que camina despacio arrastrando una bombona de oxígeno en un carrito. Vicente Peña se ha convertido en un hombre de aspecto quebradizo, frágil.

Le han guardado un sitio a Beñat en primera fila —a su lado—, pero cuando entra en la iglesia, pasa junto a ellos y se sienta en uno de los bancos vacíos.

—Esos asientos están reservados para *aita* y los agentes que le acompañan. La Guardia Civil no quiere sustos y los ha dejado vacíos a propósito —comenta Oliver.

—Beñat va a sentarse con él.

Nora está furiosa, aunque una parte de ella ya imaginaba que eso iba a suceder; su hermano siempre ha estado del lado de su padre, a pesar de las cosas monstruosas que ha hecho y de que era invisible para él cuando era un niño. El patrón era evidente, pero, aun así, le duele verlo.

De repente, los murmullos se apagan. Nora se vuelve hacia la puerta y lo ve: Balbea, la Muerte, su padre. Lleva puesto un traje negro y un abrigo del mismo color. Le parece un hombre muy distinto al que vive en sus recuerdos —siempre joven y enérgico—, pero entonces se fija en su mirada, en esos ojos de lobo; es algo que no ha cambiado, incluso parece más feroz ahora.

Balbea avanza esposado con las manos por delante. A su lado caminan dos agentes de la Guardia Civil; detrás de ellos, otros dos

agentes armados con un fusil corto le siguen muy de cerca.

—Está más viejo —murmura Oliver.

—Sí. Diecisiete años encerrado dejan huella.

Adolfo Cortázar, Balbea, siempre ha sido un hombre alto y corpulento, pero ahora parece que la piel le cae directamente sobre los huesos de la cara, marcando más sus facciones afiladas; su pelo castaño se ha vuelto ralo en las sienes, pero camina muy derecho y sin ninguna prisa por el pasillo central de la iglesia. Uno de los agentes que le acompaña le hace un gesto con la cabeza para indicarle que puede sentarse en el banco, junto a Beñat.

—¿Crees que intentará hacer algo estúpido? ¿Fugarse? —pregunta Oliver en voz baja.

Nora le estudia un momento. Balbea lleva un traje y un abrigo negros, una ropa que sabe que le da el aspecto de su *personaje*: la Muerte. Está claro que lo ha elegido por eso.

—No, no puede hacer nada; está muy vigilado, no te preocupes. Después del funeral, le llevan a la cárcel de Basauri para pasar la noche; mañana le trasladarán otra vez a Zaragoza. Sugiero que no le prestemos la atención que anda buscando.

Sabe que los narcisistas como su padre adoran la atención, el poder que les da el miedo que producen en los demás.

«No le tengo miedo, no le tengo miedo, no le tengo miedo», se repite Nora, pero es imposible ignorar la siniestra presencia de su padre. Busca en el bolsillo de su chaqueta el bolígrafo que siempre lleva encima, aprieta el mecanismo cuatro veces y toma aire. El párroco de Derio —al que Oliver le ha pedido que oficie el funeral— sube al púlpito y empieza el servicio. Mientras el sacerdote habla sobre el más allá y la contrición por los pecados, Balbea se gira para mirarla y le guiña un ojo.

18

Sábado, 7 de marzo

Cuando salen de la iglesia, ya ha anochecido y una fina capa de escarcha lo cubre todo. Hay dos equipos de televisión grabando —con las potentes antorchas de las cámaras encendidas—, así como algunos reporteros de periódicos que toman notas y mucha más gente que antes. Reconoce vagamente algunos rostros de su infancia, pero otros son completos desconocidos.

—¿Quién es toda esta gente? —pregunta Nora—. No sabía que *ama* tuviera tantos amigos, pensé que ya apenas salía de la casa.

—No están aquí por *ama*. Han venido para verle a él.

Balbea sale de la iglesia escoltado por dos agentes. El primer aplauso rompe el silencio y resuena entre los muros de piedra. Los agentes de la Guardia Civil se tensan. Nora no lleva su arma —sabe que está en la caja fuerte de su despacho en Lyon—, pero, aun así, la busca en el cinturón en un acto reflejo. Algunos agachan la cabeza escondiendo el rostro entre los cuellos levantados de sus abrigos para evitar a sus vecinos al salir de la iglesia: no quieren que los reconozcan. Uno de los guardias civiles empuja a Balbea para que camine, pero él no se mueve, está encantado con el espectáculo, sus ojos brillan; disfruta siendo el centro de atención y tensando el ambiente.

Pero entonces, cuando llega a la plaza, unos cuantos vecinos que esperan allí se vuelven a su paso, en un gesto de desprecio que

forma un pasillo sin rostros. Uno de los agentes le sujeta por el brazo y lo lleva al coche patrulla aparcado enfrente, bien custodiado por dos policías. Balbea no mira a sus hijos ni una sola vez, ni siquiera se despide de Beñat, que, apesadumbrado, observa la escena desde la puerta de la iglesia. El agente le empuja para que entre en el coche, pero él se vuelve, levanta los brazos esposados al cielo oscuro y deja escapar un aullido triunfal, como el de un lobo.

19

Sábado, 7 de marzo

Medio país ha visto ya, en los informativos de la noche, las imágenes de Balbea aullando al cielo nocturno. Las cámaras, reporteros, agentes de policía y todos los curiosos se han marchado hace un buen rato. Ninguno de los tres ha mencionado a su padre, aunque Nora no se ha quitado de la cabeza el aullido salvaje de Balbea antes de entrar en el coche patrulla. Ahora están solos, sentados alrededor de la mesa de la cocina del *baserri*.

—Me teníais que haber contado lo de la rata y la llave, es muy gordo. ¿Quién nos lo habrá enviado? —pregunta Oliver.

Sobre la mesa hay una botella de whisky barato —el único que había en la casa— y un plato con las magdalenas que ha horneado Beñat esa misma tarde.

—Ha podido ser alguien de la banda al saber que estoy aquí y que colaboro con la policía, o puede que no tenga ninguna relación con ellos; tal vez sea solo alguien que quiere fastidiarme.

—Fastidiarnos —le corrige Beñat—. Te recuerdo que soy yo el que ha abierto esa caja y ha visto a la rata. Y la llave de casa es lo que envía la banda cuando te tiene en su diana, para acojonarte; es su modo de decirte: «Mira, sabemos dónde vives y podemos entrar en tu casa cuando queramos o pegarte un tiro mientras duermes».

—Sí, es posible —admite Nora—. Pero me inclino a pensar que se trata de alguien intentando asustarme para que deje de hacer

preguntas por lo de Lea; puede que sea el mismo que se coló en el apartamento la otra noche. Creo que el asesino de Lea es alguien del pueblo.

—¿Qué? ¿Por qué piensas eso? —pregunta Beñat con el ceño fruncido.

—Bueno, para empezar, dejó su cuerpo en la central nuclear, un lugar con una gran importancia simbólica. Es evidente lo que pretendía.

—Asustar a todo el mundo —termina él.

—Sí, y no es fácil colarse en el recinto de la central sin que las patrullas de la Guardia Civil te vean.

—¿Sospechas de alguien?

Nora coge una magdalena del plato y le da un mordisco; su boca se llena del sabor de la mantequilla y la vainilla. Normalmente, odia probar nuevos platos, pero desde que ha vuelto siente que la comida de Beñat es como la de su infancia, algo que facilita mucho las cosas.

—Aún no tengo ningún sospechoso concreto, pero sí un par de ideas —murmura ella.

—Sea como sea..., ahora que el funeral ha terminado y que Balbea ha vuelto a la cárcel, espero que unos y otros nos dejen en paz —dice Oliver—. Ya solo quedamos nosotros tres.

Nora levanta su taza con whisky barato.

—Creo que deberíamos brindar por *ama*, lo hizo lo mejor que pudo.

—Sí, yo también creo que *ama* se merecía algo mejor. Y nosotros tres no hemos salido tan mal... Bueno, exceptuando al que se ha metido a cura —bromea Beñat.

Coge su vaso para brindar, pero se le han humedecido los ojos al pensar en su madre.

—Gracias por haber cuidado tan bien de ella estos últimos años —dice Nora, cuya taza le tiembla ligeramente en la mano.

Los tres brindan por su madre.

—¿Vas a volver a Lyon? —pregunta Oliver después de darle un trago a su vaso—. Ojalá pudieras quedarte un poco más por aquí, casi no hemos podido hablar, y es agradable tener a nuestra hermana mayor para vigilarnos.

—Mañana acompaño a Irving a identificar el cadáver de Lea. —Sus hermanos la miran sorprendidos—. Me ofrecí a hacerlo para conocer al forense y porque Lea no tenía familia en la zona que pueda ocuparse del trámite. Se me ocurre que podemos comer los tres juntos...

Deja de hablar cuando oye el sonido de su móvil, mira el número que aparece en la pantalla: es el de Elio Pascale.

—Es un asunto del trabajo, tengo que responder. —Se levanta de la silla con el teléfono todavía sonando—. Dos minutos y vuelvo para que sigamos bebiendo. Prometido.

—¡Más te vale! —grita Oliver a su espalda.

Sale de la cocina, camina hasta el vestíbulo y abre la puerta del caserío para salir al pequeño jardín delantero.

—Jefa, sé que es un momento delicado y no quería molestar, pero me dijiste que el asunto de Lea Odell era importante, así que he decidido arriesgarme.

La voz de Pascale, su adjunto en el Departamento de Ciencias del Comportamiento, le llega entrecortada al otro lado de la línea. Elio es italiano, aunque casi siempre hablan en español entre ellos.

—No te preocupes, gracias por darte tanta prisa. ¿Has podido comprobar su nombre y su número de pasaporte?

Es noche cerrada y solo se ven luces encendidas en un par de ventanas un poco más allá. Nora se arrebuja mejor en su chaqueta

de lana fina.

—Sí, jefa. Les he metido prisa a los de comprobación de antecedentes, le debo una copa a Meyer, el de informes internacionales...

Su ayudante es de esas personas a las que les gusta hablar. Nora no podría hacer su trabajo ni impartir sus clases sin su ayuda; algunas veces, incluso, la ayuda en la investigación para sus libros. Elio le organiza las citas por teléfono, los viajes, lleva su agenda y se asegura de que los demás departamentos le hagan llegar la información que necesita para poder hacer su trabajo; a diferencia de otros compañeros de la central, a Elio no le importan las manías de Nora ni lo extraña que pueda parecer.

—Ya he enviado el dosier con toda la información al número de fax que me diste. Hay cosas bastante interesantes, podemos comentarlas juntos.

Nora piensa en sus hermanos, bebiendo en la cálida cocina de la casa familiar en recuerdo de su madre.

—No, ahora mismo no puedo acercarme a buscar el informe. Está en el destacamento de la Guardia Civil y yo estoy con mi familia.

—Comprendo. —Se hace un pequeño silencio al otro lado de la línea—. ¿Se encuentra bien, jefa? Yo soy del mismísimo Nápoles y sé bien que la familia puede ser hermosa, pero dolorosa algunas veces. Y también un fastidio.

Nora sonríe en silencio. Elio es seguramente una de las personas que mejor la conoce.

—Todo va bien, gracias. El lunes estaré de vuelta en Lyon —le asegura—. Sobre Lea Odell, ¿qué es lo más destacado que has descubierto?

—Lea Odell ha viajado por medio mundo: primero de niña con sus padres y después por su cuenta. En la última década, su pasaporte

se ha registrado en España, Nigeria, Escocia, Canadá, Noruega... Ha trabajado en diferentes empresas petroleras y de gas.

—Sí, así es como nos conocimos. Su padre era el encargado de formación para trabajadores de la central nuclear, aquí en Lemóniz. ¿Qué más has encontrado?

—Era conocida de la policía de Johannesburgo. La arrestaron dos veces por «alteración del orden público», aunque, si quieres saber mi opinión, por una buena causa. Fue durante unas manifestaciones en protestas por el *apartheid*.

—Sí, eso también lo sabía. —Nora empieza a impacientarse—. ¿Algo más?

—Lea Marie Odell, treinta y seis años, soltera, sin hijos, tenía permiso internacional de conducir, sin multas de tráfico... Hace nueve años trabajó en una plataforma petrolera en el mar del Norte, para una empresa con sede en Aberdeen, Escocia. Parece ser que uno de sus compañeros intentó sobrepasarse con ella mientras estaban trabajando; Odell le denunció y la empresa tomó medidas contra él.

—¿Qué clase de medidas?

—Le despidieron y tuvo que dejar el sector. El juicio fue bastante sonado en su época, uno de los primeros por acoso sexual en el trabajo. Hay informes y notas de la prensa local sobre todo aquello. El tipo denunció a la empresa propietaria de la plataforma por despido improcedente, alegando que la acusación de Lea era falsa y que le había hecho perder mucho dinero. No tenía ni idea de que en una plataforma se ganara tanto dinero. Me he equivocado de profesión. Se llevaba ocho mil dólares al mes.

—Es mucho dinero, sí. ¿Podrías conseguirme más información sobre el asunto? El juicio, la demanda contra la petrolera y lo demás.

Aunque no creo que tenga nada que ver con lo que le ha pasado a Lea...

—Me he guardado lo mejor para el final, jefa. —Puede imaginar la media sonrisa de Elio—. Lea Odell estuvo mezclada en una investigación criminal en Escocia hace ocho años. La policía de Aberdeen la interrogó en dos ocasiones y la consideró una «persona de interés» en un caso.

—¿Qué tipo de caso?

—Un asesinato.

20

Domingo, 8 de marzo

Nora se despierta con los gritos. Se levanta de la cama demasiado deprisa y se arrepiente enseguida: le duele la cabeza; ha perdido la costumbre de beber y anoche los tres se terminaron la botella de ese whisky barato.

—Te digo que te largues, ¡y apaga esa maldita cámara!

Nora abre la puerta de la antigua cuadra y la luz grisácea de la mañana le hace daño en los ojos, odia las luces demasiado fuertes. En el jardín delantero, Beñat discute con una mujer acompañada por un cámara de televisión que graba toda la escena.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Nora, todavía con la boca pastosa—. ¿Y quién es usted?

La mujer lleva un micrófono en la mano con el logotipo de una cadena nacional.

—Buenos días, soy Mercedes Godoy, reportera del programa *Después de las diez*.

Nora no tiene ni idea de qué programa es, pero se fija en que su hermano resopla cuando oye el nombre.

—¿Qué están haciendo en nuestra casa?

—Vamos a emitir un especial sobre Balbea. Estamos preparando un reportaje especial y queremos hablar con sus hijos para dar a conocer todos los puntos de vista —le explica Mercedes con una sonrisa profesional.

Nora se fija en que la cámara sigue encendida y grabando, respira hondo.

—¿Así que no es en directo?

La pregunta parece sorprender a Mercedes, que niega con la cabeza.

—No, el programa se emite por las noches —responde ella como si fuera evidente—. Pero emitiremos fragmentos del reportaje especial a lo largo de la semana, como cebo.

—Salgan de nuestro jardín —dice Nora con voz calmada—. Han entrado sin permiso en nuestra propiedad y les pido que se marchen.

La reportera mira de refilón a su cámara buscando su apoyo, pero este —un hombre de unos cuarenta años con el pelo castaño muy corto y barba— no dice nada.

—¿Es usted Nora Cortázar? La escritora, ¿verdad? La he reconocido por la foto de sus libros. ¿No le gustaría dar su versión de lo que sucedió? El juicio, los asesinatos, la Browning desaparecida y las otras pruebas que se perdieron... Su padre es uno de los asesinos más famosos del país, será difícil para sus hijos vivir con ese peso sobre sus hombros.

—Están en nuestra propiedad, salgan o tendré que llamar a la Guardia Civil. —Aparentemente, Nora mantiene la calma, pero por dentro está que trina—. Márchense y no vuelvan a molestarnos.

La reportera baja el micrófono. Sus uñas perfectamente pintadas de rojo coral hacen juego con su traje, del mismo color; su media melena rubia y su flequillo recto le resaltan los pómulos y los ojos, de color castaño. Nora acaba de conocerla, pero ya intuye que Mercedes Godoy no es del tipo de mujeres que se rinden fácilmente.

—Escuche, entre nosotras, les conviene colaborar conmigo; el reportaje sobre su padre va a salir de todos modos y no va a ser

muy halagador para su familia, ¿no les gustaría pedir perdón por lo que hizo su padre? Suavizar un poco los ánimos después de lo que pasó ayer en el funeral.

Beñat da un paso amenazante hacia la reportera.

—Nosotros no tenemos la culpa de lo que hizo nuestro padre, ¡y encima ahora tenemos que aguantar amenazas de muerte y a reporteros entrometidos!

—¿Los han amenazado de muerte? —Mercedes abre los ojos de par en par—. Entonces esta es su oportunidad de contar su versión, para que el mundo sepa que ustedes no son como su padre.

—Sin comentarios. Y ahora, por favor, salgan de nuestra propiedad.

—Tuvo que ser difícil para una adolescente delatar a su propio padre.

—Sin comentarios —repite Nora.

Mercedes le hace un gesto al cámara y ambos salen del jardín. Nora se fija en que el hombre de la cámara graba la pintada escrita con grandes letras rojas —*HILTZAILEAK*— en el muro de la casa, pero sabe que no puede impedírselo.

—Te has manejado muy bien con ese par. Yo le hubiera dado una patada en el trasero si no hubiera sido una mujer —comenta Beñat con las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Tengo experiencia tratando con los medios; en mi trabajo, algunas veces es necesario. ¿Vienen a menudo por aquí?

Nora los estudia desde el pórtico del caserío mientras terminan de grabar y se marchan por la calle desierta.

—Ese par de pájaros son nuevos, pero sí, de vez en cuando, aparece algún periodista o reportero para husmear. Todos quieren hablar sobre *aita*: cómo era nuestra familia antes de que le detuvieran, si era violento con nosotros o con *ama*, cosas por el

estilo. Me parece que quieren saber si nosotros tres somos..., ya sabes —Beñat hace una pausa—. Quieren saber si somos como él.

—No lo somos. No está demostrado científicamente que el comportamiento criminal se transmita en el ADN; hay algunos estudios que sugieren que los asesinos en serie pueden tener rasgos psicopáticos desde su nacimiento, pero... —Nora guarda silencio al ver la expresión de su hermano—. Perdona, ya me callo. Si esos dos vuelven por aquí, no respondas a ninguna de sus preguntas ni provocaciones. Limítate a decir que vas a llamar a la Guardia Civil.

—Ya, como si yo fuera a hacer semejante cosa.

—Yo lo sé y tú también, pero ellos no lo saben.

Nora le sigue hasta dentro de la casa y se da cuenta de que el aire de la cocina huele a café recién hecho.

—¿Te importa si me tomo un café antes de marcharme?

—Sírvete tú misma. Tienes una pinta horrible, por cierto —comenta él con una pequeña sonrisa.

—Es que no estoy acostumbrada a beber y trasnochar. Normalmente, mi vida es bastante predecible. Por si no lo recuerdas, me gustan las rutinas, me ayudan a estar centrada.

—No lo he mencionado antes, pero pareces estar mucho mejor que cuando eras una cría... De tus manías, quiero decir —apunta él con suavidad—. Te veo más centrada.

—Las ciencias del comportamiento me han enseñado a entender mi propia conducta.

—Entonces..., ¿ahora puedes controlar tus manías?

—No, sigue obsesionándome el comportamiento de las personas, pero aplico esos conocimientos sobre mí misma, cosa que me ayuda mucho.

—Eso es genial, pero ¿qué pasa cuando no puedes mantener tus rutinas?

—Mejor que no lo sepas.

Nora prefiere no contarle a su hermano lo que sucede cuando no es capaz de regular sus emociones.

—Me alegro de que estés mejor, de niña siempre fuiste muy sensible: siempre preferías estar sola, aún recuerdo cuando *ama* tuvo que cambiarte de colegio cuando estabas en segundo porque algunos críos se metían contigo por eso; la pobre no sabía cómo tratarte, solo *aita* te entendía.

Se fija en que todavía quedan magdalenas en el plato; aunque nunca desayuna otra cosa que no sean copos de avena —es parte de su rutina—, coge una magdalena y después se sirve café en una taza.

—¿No tienes que ir a trabajar?

—Es domingo. Además, ayer tus amigos de la Guardia Civil se presentaron en el taller. Emilio ha llamado hace un rato; parece ser que lo dejaron todo patas arriba, así que va a recoger antes de abrir mañana.

—¿La policía estuvo ayer en el taller? No me lo habías contado, ¿qué buscaban?

—No lo sé, pero no es la primera vez que van por allí; cada vez que pasa algo en la zona, ese fantoche de pelo grasiento, Gómez-Moreno, se presenta en el taller.

Beñat se estremece al mencionar al sargento y tiene que sujetar la taza con fuerza para ocultar el temblor de sus manos, pero a Nora no le pasa desapercibido el gesto.

—¿Gómez-Moreno estuvo en el taller?

—¿No lo sabías? Pensé que trabajabais juntos en el caso de Lea.

Nora evita responder y le da un trago a su café.

—¿Vendrás a comer después? Oliver tenía que hacer no sé qué y no podrá acercarse; nuestro hermanito es el más ocupado de los

tres. Pero si vienes, puedo preparar algo especial y comprar gelatina de fresa para ti, si es que aún tomas esa guarrada.

La toma, pero solo cuando tiene una crisis o está a punto de perder el control.

—No hace falta que compres gelatina de fresa, estoy bien —responde ella—. Y puede que traiga a alguien a comer.

Beñat levanta una ceja.

—¿Irving?

—No, claro que no es Irving.

Pero Nora siente que sus mejillas se calientan al pensar en él.

—¿Entonces?

—He quedado con la cabo Bermejo para seguir una pista..., la joven agente que estaba aquí la otra noche. Vendrá a buscarme dentro de unos minutos.

—Estás tensando mucho la cuerda, Nora, ¿quieres traer un *picoleto*[1] a comer a casa?

—Te he dejado el número de mi teléfono móvil apuntado, por si tienes que localizarme; siempre lo llevo encima, aunque por aquí no hay mucha cobertura —responde ella ignorando su comentario.

Después sale de la casa y se fija en que el cámara de Mercedes Godoy ha regresado; está al otro lado del murete que cerca su jardín. No deja de observarla hasta que se mete en el apartamento.

21

Domingo, 8 de marzo

La cabo Bermejo conduce en silencio por la carretera de la costa. El coche patrulla salta en los baches y se asoma peligrosamente sobre el mar en cada curva.

—Gracias por venir a buscarme tan temprano en domingo.

—No es problema, señora..., quiero decir, jefa Cortázar. Lamento mucho lo de su madre, no tuve oportunidad de decírselo ayer. Recibimos por fax la información sobre Lea Odell. El sargento ya lo ha leído y conoce el contenido del archivo.

Nora ya contaba con eso; en cuanto lo conoció, intuyó que Gómez-Moreno quiere un destino diferente, y resolver un caso importante —como el asesinato de Lea— puede ayudarle a conseguirlo.

—No se preocupe por eso, Bermejo, todos estamos en el mismo equipo. Mi ayudante ya me ha dado los detalles pertinentes, solo quiero comprobar un par de cosas.

La policía de Aberdeen había considerado a Lea una «persona de interés» en un caso de asesinato. No ha conseguido quitárselo de la cabeza desde que Elio se lo contó la noche anterior.

—Por cierto, ¿ha tenido más avisos extraños, cabo? —Toman una curva y la carretera se vuelve más estrecha—. Parecido al que me describió: el matrimonio que vio un lobo caminando a dos patas.

Bermejo se retuerce dentro de su uniforme antes de responder:

—No, aunque sí que hemos recibido la denuncia de unos señores de Santander. Parece ser que sustrajeron su caballo, un purasangre que cuesta un ojo de la cara, del centro de hípica que hay de camino a Munguía.

«Lucky», piensa Nora.

—La propietaria del centro de hípica asegura que alguien se coló durante la noche y se llevó al animal.

Nora todavía tiene el lazo de color rojo que Arantxi encontró anudado en la puerta del establo vacío. Lo guarda en una bolsa de pruebas en el bolsillo de su gabardina hasta que decida qué hacer con él.

—¿Cree que se trata de un robo?

Bermejo duda.

—Yo... no puedo asegurarlo, jefa, es un animal bastante caro, casi tres millones de pesetas.

—Pero...

—Pero el compañero que ha redactado el atestado dice que no han encontrado huellas de un tráiler para caballos, y eso que ha estado lloviendo. Debería haber marcas de neumáticos en el barro, ¿no? Sería lo normal. Alguien roba el animal y se marcha del lugar montando el caballo. Es raro.

Nora la mira de refilón, Bermejo es tan espabilada como le había parecido cuando la conoció.

—Desde luego, es extraño, sí. Me gustaría que me avisara si encuentran al animal o al responsable del robo, ¿le parece bien?

La cabo asiente.

—¿Necesitará que la lleve después a San Sebastián, jefa?

—No será necesario, me acompañará un amigo de la víctima. Su familia vive en Sudáfrica y él es la persona más cercana..., para

identificar el cadáver. Así el juez podrá dar el visto bueno a la repatriación del cuerpo.

Le había pedido a Elio que hablara con Exteriores para que se ocuparan de acelerar la repatriación del cuerpo de Lea, para que sus padres, en Johannesburgo, lo tuvieran en cuanto la investigación concluyera.

—Ya hemos llegado. Tendrá que anotar el número de sus credenciales y dejar su arma en la entrada, por seguridad —le recuerda Bermejo.

—No voy armada.

El agente en el *checkpoint* las saluda. Nora le da sus credenciales, para que pueda anotarlas en el registro de visitas. Un guardia se acerca con un espejo extensible y revisa los bajos del coche patrulla, mientras su compañero rodea el vehículo con un enorme pastor alemán sujeto por una correa. Un momento después, el agente del espejo hace un gesto afirmativo y el otro abre la puerta para dejarlas entrar en el recinto.

—He oído que ayer, en el funeral de su madre, las cosas se pusieron un poco tensas. Vi a su padre en las noticias de la noche, da un poco de miedo.

Nora recuerda a Balbea levantando los brazos al cielo nocturno y su aullido de lobo.

—Sí, es parte de su numerito: le gusta meter miedo, tiene que ser el centro de atención. Es un tipo de personalidad narcisista.

—Imagino que estará harta de que se lo pregunten —comienza a decir Bermejo mientras aparca el coche patrulla—. Pero ¿cómo era su padre antes de...? Ya sabe, antes de que usted descubriera que era un asesino.

Sí, Nora está harta de responder a esa pregunta, pero la cabo no tiene la culpa.

—Mi padre era un padre normal, bastante bueno, en realidad. Nos leía cuentos antes de dormir, preparaba arroz con chipirones los domingos, enseñó a mi hermano a montar en bici... Todas esas cosas que hacen los padres normales, pero el caso es que mi padre mató a dieciocho personas. Y no siente remordimiento ni culpa por lo que hizo. Si tuviera la oportunidad, volvería a matar, sin dudarlo.

—Tal y como lo describe, parece más un asesino en serie que..., bueno..., que un terrorista.

Nora se quita el cinturón de seguridad.

—En mi segundo año en la Interpol, entrevisté a varios presos del IRA en la prisión de The Maze. Algunos han colaborado para esclarecer atentados, otros se muestran arrepentidos... y otros no. Cada uno es diferente, pero todos tienen algo en común: forman parte de una organización. En el juicio, se descubrió que, algunas veces, Balbea mataba en solitario; él mismo escogía a las víctimas sin autorización de la banda y los acechaba durante un tiempo. Los criminalistas llamamos a eso «fase de depredación». Finalmente, los asesinaba.

—Eso es cuando los asesinos en serie seleccionan a sus posibles víctimas, ¿verdad? —dice Bermejo, sonando más entusiasmada de lo que sin duda pretendía—. ¿Usaba la banda como excusa para asesinar? ¿Le ha hecho un perfil criminal a su padre?

Nora no responde.

—Lo lamento, no he debido preguntar, jefa.

—A Balbea se le da bien ocultar su verdadero rostro. Hasta que lo descubrí, era solo mi padre. Ni Balbea ni la Muerte.

«Solo que esa no es toda la verdad, Nora. Tú ya sospechabas que había algo malo en él antes».

22

Domingo, 8 de marzo

Nora camina junto a la cabo Bermejo hasta el barracón que sirve de oficina a Gómez-Moreno.

—Buenos días, sargento. Gracias por atenderme en domingo.

Gómez-Moreno está sentado en el borde del escritorio con una carpeta en la mano.

—Descuide, nunca cerramos. Ha llegado el archivo con la información de Lea Odell. Ya me dijo que en su Interpol eran rápidos, pero no esperaba que cuarenta y ocho horas después supiéramos hasta qué talla de calzado usaba la muerta.

—Sí, es una de las ventajas. ¿Puedo verlo?

Gómez-Moreno le dedica una sonrisa y Nora sabe que está a punto de decir algo que no le va a gustar.

—¿Por qué no me contó que la muerta y usted eran amigas de infancia?

—Fue hace mucho tiempo y no es relevante para el caso. ¿Quién se lo ha contado, sargento?

—Oh, tengo mis contactos en el pueblo, no todo el mundo por aquí nos odia. Su amiga aparece muerta y usted se involucra en el caso. Parece que hay un conflicto de intereses.

—En absoluto.

«Mentirosa, sabes muy bien por qué te has inmiscuido en la investigación del asesinato de Lea». Nora mete la mano en el bolsillo

y juguetea con su bolígrafo.

—También se le olvidó contarme que es usted una superdotada, una cerebrito llena de extrañas manías. ¿Va a ser eso un problema para la investigación?

Toda su vida la han llamado cosas parecidas: rara, maniática, anormal... Nora está acostumbrada —pocos de los que la insultan serían capaces de hacer su trabajo como ella—, pero odia la sonrisita de satisfacción en los labios del sargento.

—¿Me deja ver el informe? —dice con frialdad.

Gómez-Moreno le entrega la carpeta.

—Tenga. Su amiga era guapa y, como suelen hacer las chicas guapas, se divertía mucho: dos arrestos en Sudáfrica y una amonestación grave durante una manifestación.

En la carpeta hay una fotografía ampliada de Lea —la del pasaporte, seguramente—; en ella, se ve a una mujer atractiva con el pelo rubio y los ojos azules, muy diferente de las fotografías *post mortem* con su rostro desfigurado.

—Lea Marie Odell, treinta y cuatro años. Licenciada por la Universidad de Cambridge, doctorada en Ingeniería de Petróleo, Gas y Energía. Ha viajado por medio mundo. Hace ocho años, Scotland Yard la interrogó en relación con un asesinato.

Nora lee el informe de antecedentes y pasaportes.

—Su prima, Clara Munroe, desapareció. Encontraron su cuerpo meses después.

—Sí —asiente el sargento—. Scotland Yard la interrogó dos veces y la consideró una «persona de interés».

El expediente trata sobre Lea, así que apenas hay detalles de Clara Munroe, pero Nora puede deducir lo suficiente para rebatir la insinuación de Gómez-Moreno:

—Lea vivía con su prima en Aberdeen mientras trabajaba en una de las plataformas petroleras del mar del Norte. Clara Munroe fue asesinada, y Scotland Yard la interrogó porque era su pariente más cercana, pero nunca llegó a ser sospechosa.

—Puede que no, pero su amiga tiene un historial más largo que el de Al Capone: protestas, manifestaciones, dos arrestos, una denuncia contra un compañero y lo de su prima. En fin, yo no soy detective ni criminalista, pero hay un patrón: le gustaba meterse en líos.

—¿Ha podido hablar con el superior de Lea en la plataforma? —Nora levanta la vista del informe para mirarle.

—Todavía no sabemos nada. Desde las oficinas de la empresa en tierra no sueltan prenda. Les hemos preguntado discretamente si había algún problema en la plataforma, pero nos dan largas. Siento decirlo, pero creo que se marchará de aquí sin descubrir quién ha matado a su amiga. —Por la expresión de su cara, no lo siente en absoluto—. Yo sigo pensando que ha sido la banda, es la explicación más sencilla.

—Tal vez. Quiero ir a la plataforma para llevar a cabo un interrogatorio informal; hoy mismo.

Gómez-Moreno se ríe.

—¿Lo dice en serio? —Ahora ya no se ríe—. No es algo que yo pueda conseguir, Cortázar. Está muy por encima de mi nivel.

—¿No puede conseguir que me den permiso para subir a bordo? Si la plataforma es el escenario del crimen, su asesino aún podría estar allí.

—¿Sospecha de un compañero? Aunque..., bueno, viendo su historial, no me extrañaría que alguno de sus compañeros en la plataforma se la tuviera jurada.

«Algunos de sus compañeros le hacían la vida imposible porque ella era casi la única mujer en la plataforma», había dicho Irving.

—¿Puede conseguir que me inviten oficialmente a la plataforma? Si no, lo tramito por mi cuenta...

—No es tan sencillo. La plataforma pertenece a una empresa estratégica, así que hay que ir con mucho cuidado. No podemos cabrearlos ni presentarnos allí sin que nos hayan investigado. El combustible debe llegar a tierra sin que nada lo impida, ¿comprende?

—Perfectamente.

Nora saca el móvil de su bolsillo y llama a Elio.

—Hola, sí, ya sé que es domingo... Habla con el Departamento de Relaciones entre Agencias: necesito una invitación oficial de la empresa propietaria de la plataforma marina. Sí... —Nora espera la respuesta del otro lado y mira su reloj—. Antes de comer, sí. Te paso el número de identificación de mi acompañante, la cabo Andrea Bermejo. Ahora te envío sus credenciales para que tramites la autorización. Perfecto, gracias.

Intercambia un par de frases más con Elio antes de colgar; en todo ese rato, no ha dejado de notar la mirada de Gómez-Moreno clavada en ella.

—¿Ha conseguido que la inviten a la plataforma solo con una llamada? —le pregunta cuando termina de hablar.

—Ventajas de ser jefa de departamento.

—Ya, pues le deseo mucha suerte intentando que esos hombres hablen con usted. Son una piña, nadie de allí le contará una mierda. —El sargento se sienta detrás de su escritorio y finge que lee unos papeles—. Tengo un par de cosas que resolver antes del cambio de turno, así que si no le importa...

—Desde luego, gracias por su tiempo, sargento. —Nora se vuelve hacia Bermejo, que la mira con los ojos abiertos de par en par—. Nos vemos dentro de una hora en el aeropuerto, un helicóptero nos llevará a la plataforma.

23

Domingo, 8 de marzo

El viento en el aeropuerto sopla tan fuerte que Nora se recoge la melena en una coleta. Bermejo ya está esperándola cuando llega y, por la expresión de su rostro, está encantada con su pequeña excursión.

—Menudo viento. ¡El piloto dice que no nos preocupemos, que podremos aterrizar en la plataforma! —grita la cabo por encima del sonido de las aspas del helicóptero—. Gracias por dejar que la acompañe, le prometo que estaré a la altura, jefa.

Nora sabe que necesitará a alguien de su parte cuando lleguen a la plataforma y empiece a hacer preguntas. Gómez-Moreno hubiera sido la opción más lógica, pero aún no sabe si puede confiar en él. El piloto les hace un gesto para que suban y se abrochen los cinturones de seguridad. El ruido de las aspas se amortigua cuando se colocan los auriculares. Bermejo se inclina para ver mejor el paisaje, sus ojos centellean.

—Es increíble, ¡menuda vista!

El cielo tiene un amenazante color gris, pero el trayecto hasta la costa es tranquilo. El helicóptero se interna mar adentro y el viento sacude la cabina, que salta un par de veces. Nora se fija en que Bermejo se sujeta con fuerza a su asiento. La Gaviota se alza en el mar como una enorme araña de metal apoyada sobre sus largas patas. Aterrizan en el helipuerto de la plataforma. Al salir, se

agachan para evitar las aspas mientras un hombre —vestido con un mono de trabajo naranja— se acerca a ellas.

—Buenas, soy Ramón Arráez, el jefe de turno a bordo de la plataforma, ¡bienvenidas! —grita por encima del ruido del helicóptero.

—¡Gracias! Yo soy la jefa de departamento Nora Cortázar y ella es mi asistente, la cabo Bermejo.

—Vamos, será mejor que entremos. Hablaremos en la sala de recreo. ¿Qué tal el vuelo? ¿Movidito?

—Bastante, la verdad. Debe de ser complicado vivir aquí.

—No nos aburrimos. Hoy el día está tranquilo, pero, cuando hay mala mar, la cosa cambia. Alguno ha tenido que ser evacuado de urgencia después de vomitar hasta los hígados.

Atraviesan el helipuerto siguiendo a Arráez y entran por una puerta metálica que se cierra de golpe tras de ellas.

—Los trabajadores que no están operativos se encuentran reunidos en la sala, por si quieren hablar con ellos. En cuanto a los que están en sus puestos, bueno, eso ya es otro asunto; puedo pedirle a alguien que las acompañe si quieren hablar con ellos, es peligroso moverse por algunas áreas de la plataforma sin tener la preparación adecuada. Si es posible, lo mejor será que se queden en el módulo residencial.

—Se lo agradezco, Arráez.

—Sin problema. La empresa me ha ordenado que colabore en todo, pero ya le adelanto que aquí nadie sabe lo que le ha pasado a Odell.

Recorren un pasillo estrecho hasta llegar a una puerta doble. La sala de recreo es una habitación con las paredes revestidas de madera: tiene un televisor encendido, unos sofás bien cuidados, una

estantería con algunos libros, juegos de mesa y revistas sobre una mesita.

—He tenido que despertar a varios que han estado de guardia el turno anterior.

Nora se fija en los rostros de las doce personas que hay en la salita antes de empezar a hablar: son once hombres y una mujer.

—Buenos días, gracias por aceptar hablar con nosotras. Les prometo que no tardaremos mucho. Soy Nora Cortázar, jefa de departamento de la Interpol, y ella es la cabo Bermejo. Estamos investigando la muerte de su compañera Lea Odell.

Un pequeño murmullo recorre la sala de descanso.

—Así que la han matado, no ha sido un accidente mientras hacía surf, como he oído por ahí —dice un hombre sentado en uno de los sofás.

—No ha sido una muerte accidental —aclara Nora—. Todavía estamos investigando los detalles, así que les pido que no compartan esta información con nadie en tierra.

Varios asienten en silencio.

—¿Ha sido...?

El hombre no termina la pregunta, aunque Nora sabe bien cómo iba a acabar. Casi nadie se atreve a pronunciar esa palabra en voz alta, y aún menos delante de otras personas. Siempre es «la banda» o algún otro eufemismo.

—Ahora mismo, todas las líneas de investigación están abiertas —responde Nora.

—¿Somos sospechosos?

Una risita nerviosa recorre la sala.

—Estamos aquí para una entrevista informal por cortesía de la empresa propietaria de la plataforma, nada más.

—¿Y qué pasa si no queremos responder a sus preguntas, señora? Tenemos derecho, ¿no?

Es el mismo hombre otra vez. Nora ya se había fijado en su lenguaje corporal: brazos cruzados, ceño fruncido, sentado lejos del resto de sus compañeros... Por su acento, le parece que es del País Vasco francés.

—¿Cómo se llama, señor?

Duda, pero al final responde:

—Immanol Larcevau, jefe de mantenimiento.

—Bien, señor Larcevau. Es mi deber informarlos de que no tienen ninguna obligación de hablar con nosotras ni de responder a nuestras preguntas, pueden marcharse si quieren. No estamos aquí para detener a nadie.

—Bueno, al cocinero que ha preparado las lentejas hoy sí que podrían detenerle, estaban quemadas y se ha pasado con la sal —dice Larcevau.

Se oyen risas en la sala y el ambiente se relaja.

—De todos los que están aquí, ¿quién conocía más a Lea Odell?

Ramón Arráez señala a un hombre que está de pie cerca de la ventana. Tiene el pelo castaño muy corto y lleva una camiseta de manga larga de color azul oscuro.

—Él, nuestro ingeniero de sistemas electrónicos: Gaspar Ramos.

24

Domingo, 8 de marzo

—¿Este era el camarote de Lea Odell? —pregunta Nora mientras avanzan por el pasillo del módulo de dormitorios—. ¿Lo compartía con alguien más?

—No, todas las habitaciones tienen una litera, pero no solemos compartirlas.

Gaspar Ramos abre la puerta del camarote. Es una habitación pequeña pero agradable; las cosas de Lea todavía están allí. Nora abre el armario, que está en un rincón; dentro hay un mono de trabajo de color naranja y unas botas de seguridad. En la litera de abajo, una manta de cuadros bien doblada y un libro en la mesita de noche: *Carrie*, de Stephen King.

—Le gustaban las novelas de terror y las de misterio; también le encantaban los crímenes reales y esas cosas. Siempre estaba leyendo algo —recuerda Gaspar.

Nora ve que en la estantería de la pared hay una edición de su libro *El Carnicero de Milwaukee*. Está muy manoseada, pasa las páginas deprisa para asegurarse de que no hay nada escondido entre ellas.

«Leyó tu libro, quería entender la mente de los asesinos en serie. ¿Por qué?».

No tienen autorización para llevarse nada, así que después le pedirá a Bermejo —que se ha quedado en la salita anotando

nombres y datos personales— que elabore una lista de las cosas que hay en el camarote, por si puede serles de ayuda. Sobre el escritorio ve una fotografía de Lea, sonriente junto a Gaspar Ramos.

—Parece una foto reciente.

—La hicimos el verano pasado, en las fiestas de Bermeo.

—¿Lea y usted estaban muy unidos?

—No tanto como a mí me hubiera gustado —admite Gaspar—. Lea era una chica muy guapa y divertida, pero solo éramos amigos, nada más. Podía ser muy reservada con su pasado y creo que estaba colada por un tipo en tierra, un americano.

«Irving, estaba colada por Irving, claro».

—¿Cómo estaba Lea últimamente? ¿Le preocupaba algo? Imagino que ser casi la única mujer en la plataforma sería difícil para ella, ¿lo llevaba bien?

Gaspar Ramos se tensa, oculta algo.

—Bueno, siempre hay algún cretino al que no le hace gracia trabajar con mujeres, pero, en general, no tenía problemas con nadie. Estaba normal.

Está mintiendo. Nora puede asegurarlo por cómo se cruza de brazos. Además, según Irving, Lea estaba asustada porque pensaba que alguien la seguía.

—Era buena en su trabajo, la mejor, ¿sabe? Se fijaba en todo, no se le escapaba nada; eso es importante, porque en un sitio como este puede salvarte la vida, también la de tus compañeros. Se preocupaba por los demás, por las injusticias y todo eso.

Nora abre el cajón del escritorio, donde ve algunas monedas de varios países, un neceser y una matrioska; cuando la ve, se le acelera el pulso. La muñeca parece del mismo juego de la que recibió días atrás en Lyon —esa que se llevaron junto con el informe del caso de Lea hace un par de noches—; tiene los mismos colores y

el estilo es idéntico. La abre, casi esperando encontrar otra nota en su interior, pero está vacía.

—Lea viajaba mucho por el mundo —le cuenta Gaspar—. Le gustaba coleccionar recuerdos de los países que visitaba. Me contó que compró esa muñeca en un viaje a Rusia, hace un par de años.

Otra mentira. Recuerda perfectamente el informe del pasaporte de Lea: nunca había estado en Rusia. Vuelve a guardar la muñeca en el cajón y lo cierra, no puede llevársela sin permiso: sabe que no serviría como prueba, pero se le ha ocurrido una idea.

—¿Hay algún sitio en el que Lea pasara el rato cuando no estaba trabajando?

—Bueno..., además de la salita, la cantina y el gimnasio, hay un sitio, pero se supone que no debemos salir sin autorización.

—Lo que me cuente quedará entre nosotros —le anima ella.

—Está prohibido, pero algunos salen a fumar a una de las terrazas traseras. Es un sitio tranquilo y el viento no consume los cigarrillos. Lea salía a fumar allí de vez en cuando.

Nora echa un último vistazo a la habitación para asegurarse de que no se le escapa nada.

—¿Puede llevarme?

—... Sí, claro.

Recorren el pasillo hasta la salida, las paredes se vuelven más oscuras y los techos más bajos cuando llegan al siguiente módulo. Uno de los teléfonos de servicio interno en la pared comienza a sonar, tiene una pequeña luz blanca intermitente que se enciende con cada tono.

—Discúlpeme un momento, tengo que responder, pero no tiene pérdida: siga por este pasillo, baje un piso por la escalera metálica y se dará con la puerta de la terraza en las narices.

Nora se aleja por el pasillo, a su espalda oye a Gaspar hablar por teléfono. Cuando llega al final de ese corredor, baja las escaleras empinadas, abre la puerta y se topa con la inmensidad del océano, casi le parece que está a punto de caer al agua, pero sale a una pequeña terraza metálica. Se cierra la gabardina —inútil contra el viento gélido— y mira alrededor; no hay muchos sitios donde poder ocultar algo: una escalera de servicio exterior, las cajas de circuitos que alimentan las luces de seguridad, la barandilla de mecano-tubo y después el mar.

—Tenías miedo, algo te preocupaba y ya no confiabas en tus compañeros. ¿Qué era? ¿Lo escondiste, Lea?

Nora se acerca más al borde, la estructura de patas de araña se sacude con el oleaje. Se inclina con cuidado sobre la barandilla de seguridad y algo llama su atención: oculto debajo de una de las cajas eléctricas hay un paquete de cigarrillos; cuando lo coge, ve que está abierto, aunque no hay ningún mechero por allí.

—Eras deportista, estabas en buena forma, hacías senderismo y surf, no fumabas; lo del tabaco era solo una excusa para venir aquí. ¿Para qué salías aquí, en realidad?

Nora ve la costa e intuye el altísimo muro de contención y los reactores de la central nuclear.

—¿Venías aquí para ver la central abandonada? —murmura—. ¿Era por nostalgia de cuando vivías en Lemóniz? ¿O era por algo más?

El paquete de cigarrillos pesa bastante —ha dejado de fumar, pero recuerda detalles como ese—. Mira en su interior y descubre que oculta otra matrioska, la más pequeña de todas las que forman el juego. Es la última, la única que no guarda otra muñeca dentro.

—¿Me enviaste tú la matrioska? ¿Qué querías decirme?

Sabe que ha dado con algo importante, así que se la guarda en el bolsillo de la gabardina; no quiere que desaparezca, como la de su apartamento.

Su mente busca una conexión; el viento sopla tan fuerte en los oídos de Nora que no oye la puerta abriéndose a su espalda ni los pasos que se acercan. Siente un golpe seco en la nuca; un momento después, su cara se estrella contra el suelo metálico.

25

Domingo, 8 de marzo

Nora sueña que tiene diez años y camina por el bosque. Sigue a su padre, que avanza unos cuantos pasos por delante; es otoño, puede saberlo por cómo las hojas secas crujen bajo sus botas.

—*Aita*, espérame... No quiero quedarme sola en el bosque —dice ella con su voz infantil.

Su padre se vuelve para mirarla, y es solo su padre; no es Balbea, ni la Muerte, ni un asesino. Solamente es *aita*.

—No le tengas miedo al bosque. El bosque y sus criaturas deben tener miedo de ti, por eso estamos aquí, para que entiendas lo que eres en realidad. Tú eres la cazadora, *otsoko.* [1]

Pero Nora mira alrededor y solo ve los árboles y el cielo de la tarde, tiene frío y le pesan los pies dentro de las botas. Oye un grito que brota de las mismas entrañas del bosque.

—¿Hay lobos en este bosque?

Su padre la mira con una sonrisa torcida.

—Sí, hay un lobo en este bosque.

Nora abre los ojos y por un momento todavía puede oír los sonidos del bosque al atardecer. Tarda un instante en darse cuenta de que está tumbada en una camilla, el aire huele a desinfectante, la luz es fuerte y hay varios carteles de colores en las paredes; de fondo, oye el viento y las olas.

—Despacio, señora Cortázar. Ha recibido un buen golpe en la cabeza.

Una mujer de unos cuarenta y cinco años con el pelo recogido en una coleta tirante le ofrece un vaso de plástico con agua.

—¿Quién es usted?

—Soy Helena Castro, la sanitaria de a bordo. Está en la enfermería de la plataforma.

Nora mira los pósteres en las paredes y se detiene en uno que alerta sobre la importancia de vacunarse contra la gripe y de la seguridad a bordo.

—¿Qué me ha pasado? —pregunta con voz pastosa.

—Se ha mareado por el vaivén de las olas; al caer al suelo, se ha golpeado la cabeza. Es normal, mucha gente se marea después de pasar un rato en la plataforma, vomitan o se desmayan; estar a bordo es parecido a ir en barco, pero cien veces peor.

Sin embargo, Nora recuerda el golpe seco en la cabeza antes de caer al suelo.

—Miente. Ambas sabemos que no me he desmayado por el vaivén de la plataforma. Alguien me ha golpeado. —Está aturdida, así que su habitual control desaparece y solo queda la Nora desagradable—. ¿Por qué no me cuenta lo que ha pasado?

Helena da un paso atrás.

—Yo..., mire, no sé nada..., y tampoco quiero meterme en líos. La mujer policía que ha venido con usted la encontró fuera en una de las terrazas, estaba inconsciente. Eso es todo lo que sé.

—No...

Nora entiende qué está pasando: Helena Castro tiene miedo.

—Lo que me cuente no saldrá de aquí. —Nora se sienta despacio en la camilla, pero el dolor de cabeza le da náuseas—. ¿Qué es lo que sabe?

—En su lugar, evitaría hacer demasiados esfuerzos en las próximas horas. Además, puede que tenga sueños extraños un par de noches por el golpe. —Castro evita responder a su pregunta—. Tenga, tómese uno de estos antes de que el dolor empeore y empiece a ver borroso. Le daré un par más para después.

Helena le da un paracetamol y Nora se lo toma con la ayuda del agua.

—Gracias. —Le dedica una pequeña sonrisa y cambia de táctica —. ¿Conocía a Lea Odell? Imagino que estando aquí, lejos de casa y en un ambiente tan masculino, dos mujeres podrían contarse secretos, hacerse amigas.

Helena tarda en responder.

—Lo siento... Ya le he dicho que no quiero meterme en líos, no sé nada. Hay cosas de las que es mejor no hablar en voz alta.

—Yo conocía a Lea, éramos inseparables de niñas —continúa Nora —. Ya de pequeña ella sentía debilidad por ayudar a los demás; si encontraba un pájaro herido o un animal que necesitaba ayuda, Lea se lo llevaba a casa para cuidarlo. Siempre pensaba en los demás, luchaba enteramente contra las injusticias.

Por fin parece ver una grieta en la expresión de Helena Castro.

—Me caía bien. Como ha dicho, no somos muchas mujeres a bordo, y al final acabamos hablando entre nosotras.

—En mi trabajo sucede algo parecido: muchos hombres. —Nora consigue arrancarle una sonrisa a Helena—. He oído que hacía semanas que Lea se comportaba de manera diferente. ¿Sabe qué la preocupaba?

—El aislamiento puede ser demasiado para algunas personas. Pasamos semanas a bordo viendo las mismas caras, y hay gente a la que se le cruzan ideas extrañas por la cabeza. Cuando una se siente sola, le da por pensar demasiado y hacer planes; eso es lo que le

ocurría a Lea, se pasaba el día escribiendo en esa libreta suya, no era sano.

—¿Una libreta?

—Sí, como un diario; un cuaderno con las tapas negras, de esos baratos que venden en cualquier tienda. Lea lo llevaba a todas partes, lo leía una y otra vez de forma obsesiva, sobre todo al final.

La libreta no ha aparecido. Hablará con Gómez-Moreno por si alguno de sus agentes la ha registrado como prueba, aunque lo duda: Lea no la llevaba encima cuando encontraron su cuerpo y tampoco la ha visto al registrar su camarote.

—Quise recetarle algo a Lea para que estuviera más tranquila, algo que la ayudara a dormir, pero se negó; me dijo que no quería nada que le atontara la cabeza, porque tenía mucho en que pensar.

Nora sabe bien que algunos medicamentos pueden aturdir la mente —ella misma ha probado casi todos para mitigar los síntomas de su aspérger— y también prefiere no medicarse, aunque eso suponga tener que controlar sus emociones sin ayuda.

—¿Qué escribía Lea en esa libreta? ¿Alguna vez le habló de ello?

—¿Ya sabe lo que le pasó a su prima? —le pregunta la doctora.

Ella asiente.

—Por cómo hablaba de Clara, parecía que era más una hermana pequeña para Lea. Vivían juntas en Escocia mientras Clara estudiaba. Fue terrible lo que le hicieron a esa pobre chica... y nunca encontraron al culpable. Eso la consumía. —Helena hace una pausa —. Hace un par de meses vino a la enfermería muy nerviosa, me contó que había descubierto al asesino de Clara. Dijo que lo había visto con sus propios ojos, le seguía y estaba reuniendo pruebas para denunciarlo, pero no se fiaba mucho de la policía en general por su pasado en Johannesburgo, pensaba que no la tomarían en serio. Le advertí que tuviera cuidado, porque, si el asesino descubría

que le estaba siguiendo, podía ir a por ella. Alguien que hace eso, bueno..., yo creo que es porque le gusta hacer daño.

Helena ha resumido perfectamente uno de los pilares de la psicología criminal que Nora enseña a sus alumnos: un asesino en serie mata porque le gusta.

—¿Le dijo el nombre del presunto asesino de Clara Munroe?

—No, y yo tampoco quise saberlo, bastante difícil puede ser la convivencia aquí, ¿me comprende? —Nora asiente—. Solo me contó que había pasado el tiempo, pero que era él. Lea estaba segura, ya sabe lo cabezota que era, resultaba imposible hacerla cambiar de opinión.

—Sí, nunca conocí a alguien tan tozudo.

«Apuntaba en su libreta todo lo que creía saber sobre el asesinato de Clara. En una libreta que se ha esfumado». Su prioridad es encontrarla.

—Tiene sentido, ¿no? La misma persona que asesinó a su prima ha matado a Lea para evitar que la descubran. Bueno, al menos eso es lo que me imagino —termina Helena.

—Ese cartel de la pared... ¿qué significa? —pregunta Nora.

—Oh, es un cartel oficial de sanidad sobre vacunación y seguridad en el trabajo...

—No, el de los números —dice, señalando uno más pequeño y sin colores.

—Ese es un calendario solunar con la tabla de mareas de la zona, por seguridad.

Son los mismos números que había en la nota de la matrioska que Lea le envió. Nora se levanta despacio de la camilla. La cabeza le da vueltas, pero no es por el golpe, conoce muy bien esa sensación: la caza. Las ideas tomando forma en su mente, trazando nuevas conexiones que solo ella puede ver, buscando pistas.

«Sigue las pistas, *otsoko*», le decía siempre su padre.

—En fin, no sé... Yo creo que Lea buscaba algo y, por desgracia, lo encontró —dice Helena.

Nora sabe bien que, cuando se buscan monstruos, tarde o temprano los monstruos te encuentran a ti.

26

Domingo, 8 de marzo

Por fin ve aparecer el edificio de la Facultad de Medicina después de una curva. Tras conducir hasta Donostia con el coche de Oliver, Nora puede confirmar que es una absoluta chatarra y que subirte a él te acerca a la muerte, pero al menos ha llegado (aunque dos horas más tarde). El vuelo desde la plataforma hasta el aeropuerto se le ha pasado como un sueño.

«Menos mal que está bien, señora..., digo, jefa. Cuando la he encontrado tirada ahí fuera, pensaba que estaba muerta», le ha dicho Bermejo, entre emocionada y preocupada.

Antes de marcharse, ha regresado al camarote de Lea para coger la matrioska del cajón, pero ya no estaba, aunque lleva en el bolsillo la muñeca más pequeña que ha encontrado oculta en el paquete de tabaco. Le duele la cabeza. La pastilla que le ha dado Helena Castro ha aliviado el dolor, pero se le está pasando el efecto; los largos pasillos de la facultad están iluminados con fluorescentes, cosa que le hace entornar los ojos. Empuja la puerta del laboratorio y el olor a desinfectante le llena la nariz.

—Ya pensaba que no iba a llegar, jefa Cortázar. —Un hombre menudo, con gafas de montura metálica y una pajarita de color azul la saluda con la cabeza—. Soy el doctor Francisco Javier Estrada.

Nora extiende la mano y él se la estrecha.

—Encantada, doctor Estrada. Y gracias por quedarse para atenderme, ha sido muy amable.

—Oh, nada de amabilidad, me temo. Admito que siento curiosidad por todo este asunto, y más aún después de estudiar el cuerpo de la señora Odell —responde él—. Aunque no vaya a pensar que me aburro; de hecho, últimamente, estoy bastante entretenido: mis alumnos y yo participamos como apoyo forense en la autopsia de la misteriosa princesa que han descubierto en el yacimiento de Urízar. —Al ver que Nora no le interrumpe, continúa con sus explicaciones —: Colaboro en investigaciones históricas y enseño ciencia forense: soy especialista en muertes violentas. Asesinatos.

—Como yo.

No es una broma, pero Estrada sonríe.

—Algún día, la ciencia forense tendrá la importancia que merece en la resolución de crímenes, igual que sucede en su campo, las ciencias del comportamiento.

—Eso espero, de lo contrario, nuestros alumnos tendrán que buscarse otra especialidad.

El ambiente frío del laboratorio se relaja un poco.

—¿Y cómo va la autopsia de la misteriosa princesa celta?

—Fascinante. Hasta donde he podido determinar, se trataba de una mujer joven, de entre diecinueve y veinticinco años a juzgar por las piezas dentales que se conservan. Se fracturó el brazo derecho en algún momento de su vida y dio a luz al menos una vez. — Estrada debe de darse cuenta de que parece demasiado feliz hablando de cadáveres, porque añade—: Hay quien encuentra morbosa mi profesión, pero a mí me gusta pensar que la curiosidad sana ayuda a superar los peores momentos de este trabajo, ¿me entiende?

Nora lo entiende, desde luego que sí. Pero se limita a asentir. Luego, sin más rodeos, le explica:

—Finalmente, Irving Westland no podrá hacer la identificación oficial del cadáver, como estaba planeado.

Irving la ha llamado antes para decirle que su madre y su padrastro no podían cuidar de Maddi, así que tampoco podrán visitar juntos el yacimiento.

—¿Se encargará usted de la identificación del cuerpo, en su lugar?

—Sí, y si le toma unas fotografías discretas al rostro para que la autoridad de pasaportes pueda confirmar su identidad, le estaría muy agradecida.

—Intentaré que las fotos sean lo más discretas posibles, pero ya sabrá que la señora Odell sufrió importantes heridas. Sobre todo, en la zona del rostro y del cuello, no hay mucho que fotografiar.

Nora le sigue hacia una camilla en el centro del laboratorio que está cubierta con una sábana de color blanco. Estrada enciende la potente lámpara encima de la camilla.

—¿Está preparada?

—Sí. Cuénteme, ¿qué le pasó a Lea Odell?

27

Domingo, 8 de marzo

Nora ha visto las fotografías del escenario —que hizo el propio Estrada—, pero es mucho peor de lo que pensaba. En las imágenes no se aprecia bien la profundidad de los cortes en el abdomen, la carne rajada que asoma entre los músculos y los tendones rasgados en su cuerpo. Su cara está horriblemente desfigurada, la cuenca de su ojo, vacía, y la mandíbula le cuelga en un gesto antinatural.

—¿Qué puede contarme, doctor?

—Bueno, para empezar, le diré que la causa oficial de la muerte es asesinato; ni accidente ni suicidio. También le confirmo que la muerte se produjo por exanguinación debido al shock por un traumatismo masivo. —Estrada se coloca los guantes de látex con un chasquido—. La señora Odell no hubiera conseguido salvar la vida estando en un hospital ni siendo atendida por el mejor equipo médico del mundo, las heridas son tan brutales que no se hubiera podido hacer nada.

—¿Restos de pólvora o signos de herida de bala?

—Es difícil saberlo con seguridad por las heridas de la cabeza; la carne de su rostro parece haber sido desgarrada y, como puede observar, el globo ocular izquierdo ha desaparecido, pero he encontrado lo que parecen restos de un proyectil en el cráneo de Odell.

—¿Un proyectil? Una bala —dice Nora—. ¿Significa eso que le dispararon en la cabeza?

Ambos intercambian una mirada, saben muy bien lo que eso quiere decir.

—¿Ha sido un asesinato de la banda?

—Yo... no puedo decirlo con seguridad. —Estrada señala las marcas en el estómago de Lea—. Solo esta herida ya es suficiente para causar una muerte casi instantánea. Estos cortes abrieron todos los tejidos hasta llegar a los intestinos.

—¿Qué sentido tendría dispararle en la cabeza, entonces? ¿Por qué haría el asesino ambas cosas? No lo entiendo...

Nora cierra los ojos y respira profundamente. Cuenta: «Uno, dos, tres...». Intenta recuperar el control de su propia mente. Mete la mano en el bolsillo de su gabardina y siente el tacto familiar de ese bolígrafo del que nunca se separa, aprieta el mecanismo varias veces y vuelve a abrir los ojos.

—¿Sabe qué fue lo que causó esas heridas? —Nora señala las tres marcas verticales—. Parecen hechas con un arma o algún tipo de cuchillo muy afilado con varias hojas.

—No, no puedo ayudarle con el arma homicida, me temo, aunque mis alumnos de último curso han pasado la mañana entusiasmados probando diferentes armas sobre cerdos muertos y arcilla buscando algo que cause heridas parecidas —responde él—. Hemos probado con un martillo de garra, un rastrillo de jardín e incluso con unas garras de barbacoa para deshilachar la carne, pero nada de eso encaja.

—Y si tuviera que apostar por algo, ¿qué diría?

Estrada coloca los brazos en la espalda y sus ojos azul oscuro la estudian detrás de las gafas. Nora sabe que está decidiendo si puede contarle algo que le hará quedar como un loco.

—Doctor..., no voy a asustarme: en mi trabajo, he visto de todo.

—Yo soy científico, enseño medicina y pensamiento racional a mis alumnos para que lleven algo de luz a los últimos momentos de vida de la gente. Pero también he crecido en Valcarlos, Navarra, ¿lo conoce?

Nora le mira sin comprender.

—No, no lo conozco.

—¡Oh, es un sitio precioso! Un pueblo realmente encantador, como sacado de una postal, especialmente en invierno, cuando nieva. Mis padres todavía viven allí en una casa de piedra.

—Lo siento, pero no comprendo qué tiene eso que ver con el asesinato de Lea Odell.

—Es una zona bastante aislada, parecida a esta: bosques y montes, ¿comprende? Y hay una historia, una leyenda local, más bien. Antes de la guerra, hubo varios asesinatos... raros; algunos vecinos juraban haber visto un enorme lobo negro, *otsobeltza.* Un momento era un animal, pero al instante siguiente se convertía en un hombre. Según los testigos, el responsable de los asesinatos era un lobo que podía caminar sobre las patas traseras. La criatura aparecía solo después de medianoche, nunca antes. Gaueko.

Nora siente un escalofrío al oír ese nombre. Incluso su madre, católica devota, se estremecía ante la sola mención de Gaueko.

—No se debe pronunciar ese nombre a la ligera, doctor.

—Conoce la leyenda, entonces.

—Claro que conozco la historia, como todo el mundo: Gaueko es el dios de las tinieblas; la criatura más aterradora de la mitología. Se oculta en las sombras, tiene ojos brillantes y garras en lugar de manos.

—Así es, *gau* es noche, en euskera, así que su nombre se traduciría algo así como «el señor de la noche» —añade Estrada—.

Su reinado dura desde la medianoche hasta el amanecer; durante ese tiempo, Gaueko reina con su propia ley. Puede cambiar de forma y a menudo se le representa como un gran lobo negro que se levanta sobre sus patas traseras.

«Hay que creer en el lobo para poder encontrarlo». Nora recuerda las palabras de la pequeña Maddi.

—Pero solo son cuentos, leyendas —dice, disimulando el nudo que se le ha formado en la garganta—. ¿Esa es su teoría, doctor? ¿Que un dios antiguo asesinó a Lea Odell?

El forense se encoge de hombros.

—Usted me ha preguntado y yo le respondo. Cualquiera que examine las heridas en el cuerpo de la señora Odell, le dará la misma respuesta que yo..., o una muy similar.

—Pero a Lea no la mató un animal, ¿qué hay de los fragmentos de bala en su cráneo? Los animales no disparan.

—Lo sé, y ojalá tuviera una explicación mejor —admite el forense colocándose las gafas—. Pero, en mi opinión profesional, las heridas en su cuerpo las causó un animal de gran tamaño.

El sargento Gómez-Moreno ya le había advertido de que el doctor Estrada era un hombre peculiar.

—Pues lamento desilusionarle, doctor, pero el asesino no es un lobo gigante y desde luego no es Gaueko. Lo que persigo es algo muy humano, porque sigue algún tipo de ritual para matar, y solo los humanos tenemos rituales.

—He descubierto que en este mundo existen más cosas de lo que podemos ver a simple vista.

«Sigue las pistas, *otsoko*».

—¿Algo más, doctor? ¿Agresión sexual?

—No, no la hubo —dice, más serio ahora—. Tampoco mantuvo relaciones sexuales en las horas previas a su muerte. No estaba

embarazada y nunca dio a luz, era una mujer sana, en buena forma y no fumadora. Entre sus objetos personales había unas llaves, un sobre grande vacío y algunos sellos. —Estrada le enseña una bandeja médica con los objetos de Lea—. Se lo enviaré todo al sargento Gómez-Moreno cuando termine el informe oficial. Estamos intentando unir los fragmentos del proyectil para tener una idea del calibre y el modelo del arma, pero una herida de bala y el lugar donde apareció el cuerpo apuntan a un asesinato de la banda.

Nora inspecciona las pertenencias de Lea en la bandeja.

—¿Qué es esto?

—Oh, es otro de los misterios de este caso. No puedo decirle mucho, salvo lo que usted ya intuye: es un lazo de color rojo. Está hecho de poliéster y es casi imposible de rastrear ni saber dónde se vendió; además, los lazos de ese color son muy habituales aquí: el rojo es uno de los colores del equipo de fútbol de Bilbao; cuando juegan, pueden verse lazos parecidos a ese por todas partes. La señora Odell lo tenía anudado alrededor de la muñeca izquierda, como si se lo hubiera atado para recordar algo. —Estrada mira el cuerpo con compasión—. Aunque supongo que eso ya da igual.

Nora observa el lazo; está segura de que es idéntico al que había anudado en el establo vacío del caballo desaparecido, de Lucky, y que ella aún lleva en el bolsillo de su gabardina.

—Doctor, ¿ha encontrado una libreta entre sus pertenencias? Una agenda con las tapas de color negro.

—Me temo que lo que llevaba encima es lo que hay en la bandejita; nada más y nada menos.

«¿Te asesinaron por esa libreta, Lea? ¿Encontraste lo que estabas buscando y por eso ahora estás en esa camilla?», piensa Nora mientras mira la cara desfigurada de su amiga.

—¿Y qué es lo que tiene en el cuello? Ahí la carne no está desgarrada. Esas heridas parecen diferentes al resto.

—Lo son. Nunca había visto algo así con mis propios ojos, he tenido que desempolvar mis apuntes para confirmarlo. —Estrada se quita las gafas y las guarda en el bolsillo de su bata—. Las heridas de su cuello son mordiscos, también aparecen en la zona de los hombros. Y he encontrado marcas de mordiscos en la parte del intestino delgado que todavía se conservaba.

Nora frunce los labios asimilando lo que Estrada acaba de decir.

—Encontraron su cuerpo en la central nuclear. Es una zona boscosa y puede que un perro o un zorro haya...

—No. Las marcas de los mordiscos son humanas.

28

Domingo, 8 de marzo

Cuando Nora sale de la Facultad de Medicina, es noche cerrada. Tendrá que conducir el coche que Oliver le ha dejado ahí de vuelta hasta Lemóniz a oscuras. Según cuentan las leyendas, Gaueko se esconde en las sombras; puede estar en un rincón oscuro, en una carretera una noche sin luna o debajo de la cama... Gaueko es la oscuridad misma.

«Las historias que él te contaba de niña son solo eso: historias para asustar a los críos. No hay ningún dios antiguo de la noche acechando en la oscuridad».

Pero su conversación con el forense, un tipo tan peculiar, no la ayuda a calmarse; mientras atraviesa el silencioso aparcamiento, casi puede sentir los ojos brillantes de Gaueko entre las sombras. Camina deprisa para llegar al coche de Oliver. Los mordiscos humanos en el cuerpo de Lea indican que el asesino está fuera de control y que tal vez sufra algún delirio o una enfermedad mental grave... Nora está perdida en sus pensamientos cuando dos sombras aparecen frente a ella. Por un instante, cree que el todopoderoso Gaueko ha ido a buscarla, pero son solo los dos reporteros que merodeaban por el caserío esa mañana.

—Jefa Cortázar, ¿está investigando el asesinato de la chica de la central nuclear? ¿Ha sido la banda?

—Sin comentarios.

—Estamos en *Después de las diez* hablando con Nora Cortázar del que es sin duda uno de los crímenes más sangrientos de los últimos años.

Mercedes Godoy le coloca el micrófono con el logotipo de la cadena en la cara, mientras la antorcha de la cámara ilumina el aparcamiento.

—El cuerpo de una mujer ha aparecido destripado en la antigua central nuclear de Lemóniz, ¿algún sospechoso de este horrible crimen?

—Sin comentarios. —Nora se muerde la uña, ya en carne viva.

—¿Tiene esto algo que ver con su padre? ¿Cree que es justo para las familias de las víctimas que él tenga un permiso penitenciario tan pronto? Y con dieciocho asesinatos a sus espaldas.

El coche ya está cerca y Nora busca las llaves en su bolsillo.

—Sin comentarios.

No es la primera vez que Nora trata con periodistas, sucede a menudo en los casos con mucha repercusión. Cada vez que el Príncipe Azul asesina, media docena de periodistas montan guardia en la puerta de la Interpol, puede manejarlo; pero ahora, después de ver el cadáver destrozado de su amiga y de estar otra vez en el lugar en el que creció, las insistentes preguntas de Godoy la desbordan; tampoco ayuda la luz brillante de la antorcha de la cámara, que la deslumbra. Empieza a marearse y está a punto de perder el control.

—¿Es verdad que la chica estaba sola en el bosque por la noche? —insiste Godoy—. ¿Han descartado ya que se trate de un atentado?

Empieza a llover cuando alcanza el coche, se sienta dentro y cierra la portezuela, pero aún puede oír a Mercedes Godoy fuera.

—Ya lo han oído. El asesinato de la central nuclear está siendo investigado por la hija de Balbea, el famoso asesino. Estamos en

Después de las diez hablando del asesinato en Lemóniz, un pueblo marcado por la tragedia... —continúa Godoy, que sujeta el micrófono con sus uñas perfectamente pintadas y mirando a la cámara—. Este extraño caso tiene en vilo a la Guardia Civil. Según algunas fuentes consultadas, el cuerpo de la joven estaba destripado. Hay quien ya habla de rituales satánicos.

En el espejo retrovisor ve como Mercedes Godoy y el cámara terminan su pieza, apagan la antorcha y caminan hacia una furgoneta con el logo de la cadena en un lado. El aparcamiento se queda a oscuras, pero el operador de cámara la mira una vez más antes de cerrar la puerta lateral de la furgoneta, arrancar y marcharse del aparcamiento.

Sentada tras el volante, Nora cuenta: «Uno, dos, tres...». Se muerde la herida del dedo e intenta todos los trucos que conoce —y que ha ido perfeccionando con los años— para mantener el control de su mente, pero es demasiado, todo es demasiado: volver a Lemóniz, ver a Balbea, sus hermanos, Irving, la central nuclear, Lea, los mordiscos humanos... Nora grita, sujeta con fuerza el espejo retrovisor y lo arranca del parabrisas, vuelve a contar: «Uno, dos, tres...». Pero sabe que no es suficiente. Mete la mano en el bolsillo de su gabardina y saca su bolígrafo. Desenrosca con los dedos temblorosos el mecanismo y saca unas pastillas amarillas de dentro. Ahí está uno de sus secretos en la palma de su mano. Se traga el Katovit [1] sin pensar y siente como baja por su garganta. Vuelve a cerrar el bolígrafo y lo guarda en el bolsillo de la gabardina.

29

Lunes, 9 de marzo

La derrota es algo que Nora Cortázar conoce bien. El regusto amargo que deja en el paladar le es familiar, lo saborea mientras se despide de sus hermanos en la puerta del *baserri*. Odia las despedidas, nunca sabe qué hacer.

—Ha estado bien estar juntos otra vez, a pesar de lo de *ama* —dice Oliver con una pequeña sonrisa.

La niebla humedece todo lo que toca y Nora se estremece dentro de su gabardina. Ha perdido: no ha resuelto el asesinato de Lea, apenas ha logrado limar asperezas con Beñat y ver otra vez a Irving ha sido devastador; demasiado para ella, odia sentir que no tiene el control de su mente y de sus emociones, nada de lo que sabe sobre ciencias del comportamiento puede ayudarla con eso.

—Ha sido interesante volver a juntarnos los tres. Te llamaré si hay alguna noticia sobre el caso de Lea —dice Beñat con las manos en los bolsillos de sus vaqueros desgastados.

—Nuestra hermana es jefa en la Interpol, seguro que ella se entera de cualquier novedad antes que nosotros. —Oliver le da un pequeño codazo a su hermano.

Nora lleva el maletín con su ordenador portátil colgado de un hombro y su bolsa de viaje en la otra mano.

—¿Has podido despedirte de Irving?

—Algo parecido. Hemos hablado por teléfono dos minutos esta mañana.

Irving la ha llamado a primera hora para despedirse y disculparse por no haber podido acompañarla a identificar el cuerpo de Lea. El día anterior, Nora había confirmado que se trataba de su vieja amiga y Estrada le había tomado las huellas dactilares para la comprobación oficial.

—Te vamos a echar de menos —dice Oliver, que le da un abrazo.

—Habla por ti —bromea Beñat.

Su hermano mediano apenas ha dicho dos palabras en toda la mañana, aunque ha vuelto a preparar esas magdalenas que tanto le gustan a Nora y le ha dado un par para el viaje. Ahora la mira al borde de las lágrimas, pero es incapaz de abrazarla.

—Será mejor que te vayas ya o perderás el avión. ¿Estás segura de que no quieres que te lleve al aeropuerto? —vuelve a preguntar Oliver.

—No, ya he visto cómo conduces; te pagaré un nuevo retrovisor, por cierto; se cayó en un bache —dice Nora, que no le ha contado cómo se ha roto en realidad.

En ese momento, oyen el motor de un coche acercándose por la carretera.

—Ahí está mi taxi.

Les echa un último vistazo a sus hermanos y se vuelve; entonces ve que no es un taxi lo que se detiene delante de la casa: es un coche de la Guardia Civil, y detrás le sigue otro.

—Sargento, buenos días, ¿qué sucede? —pregunta Nora cuando lo ve bajarse del primer coche.

El sargento lleva el uniforme impecable, como siempre; su pelo, castaño oscuro, bien peinado hacia atrás.

—Lo siento, jefa Cortázar, pensé que ya se habría marchado; quería evitarle este mal trago, pero no podemos esperar más.

La cabo Bermejo se baja del segundo coche y la saluda formalmente.

—Cabo..., no comprendo. ¿Algún avance en el caso de Odell?

—Sí, desde luego.

Gómez-Moreno pasa frente a ella y se detiene frente a sus hermanos. Beñat se ha puesto pálido, parece a punto de desmayarse.

—Oliver Cortázar, debe acompañarnos. Le detenemos como responsable del asesinato de Lea Odell.

—¿Qué? No. Mi hermano no es el asesino de Lea.

Un agente ya está registrando a Oliver mientras su compañero saca las esposas que lleva en el cinturón.

—Sargento, le exijo que me enseñe qué pruebas tienen en su contra.

—Usted no puede exigirme nada. Mire, la he dejado pasearse por aquí como si fuera Jessica Fletcher porque pensé que podía ayudarnos, pero han pasado tres días y no ha conseguido nada —responde él—. Le recomiendo que se marche, súbase a su avión para volver a su bonita oficina y deje que nosotros nos ocupemos. Si se llega a saber que el culpable ha estado delante de sus narices mientras usted perseguía gamusinos en el bosque, quedará muy mal en su expediente; en el mejor de los casos, parece una inepta; en el peor, podría parecer que encubre a su hermanito. No más libros, ni ascensos, ni más conferencias para usted. Será su final, Cortázar.

Sabe que Gómez-Moreno tiene razón; ya es complicado para una mujer conseguir un puesto de jefa de departamento; más aún teniendo en cuenta quién es su padre y el síndrome de Asperger. Además, el éxito que han tenido sus libros. Sabe que hay varios

compañeros y jefes de otros departamentos deseando verla cometer el más mínimo error que arruine su carrera.

—Le agradezco que se preocupe tan sinceramente por mi carrera, sargento, pero mi hermano es inocente. Esto es un error. —Se vuelve hacia Oliver y le dice—: Tú ni pío. No hables con nadie, ni con un médico ni con ningún agente hasta que yo llegue, ¿entendido?

Oliver asiente en silencio. Dos agentes le sujetan de cada brazo y lo conducen hasta el coche patrulla.

—¿Adónde se lo llevan? ¿A los calabozos en Bilbao?

—No. Al puesto de la Guardia Civil, hasta que lleguen los de la policía vasca para hacerse cargo. Después será problema de ellos. —Gómez-Moreno está disfrutando con su pequeña exhibición de poder después de que ella le humillara al conseguir el permiso para visitar la plataforma—. Debería haberse marchado de aquí, Cortázar. Esto va a ponerse muy feo.

30

Lunes, 9 de marzo

Nora aparca el Renault 19 de Oliver en el margen de la carretera. Ha conducido tan deprisa hasta el puesto de la Guardia Civil que ha estado a punto de despeñarse por el precipicio un par de veces. Se para ante el *checkpoint*, donde un agente se refugia como puede del viento del norte que sopla esa mañana.

—Soy la jefa Cortázar, vengo a ver al sargento Gómez-Moreno.

—Sí, ya estoy informado. Me han dado orden de dejarla pasar. ¿Conoce el protocolo, señora? El coche y el arma se quedan fuera.

Nora masculla un «sí» entre dientes y pasa de largo el puesto de control hasta la zona de aparcamiento. Avanza por la explanada hasta el barracón donde Gómez-Moreno tiene su despacho, llama dos veces a la puerta y abre sin esperar a que la inviten a pasar.

—Sargento, quiero ver a mi hermano, por favor. Ahora —dice a modo de saludo.

No está de humor para cortesías ni para los jueguecitos de poder de Gómez-Moreno. Ya le cuesta mucho controlar sus modales cuando trata con los demás en los días buenos, así que aún menos después de ver la mirada perdida de Beñat después de que se hayan llevado a Oliver. Puede imaginar las cosas terribles que su hermano está reviviendo en ese momento, sentado él solo en la cocina del *baserri*.

—Cortázar, antes, con todo el jaleo, no he podido decirle que la vi anoche en la televisión con Mercedes Godoy, en *Después de las diez*. «Sin comentarios», estuvo muy bien.

Nora intuye que haber aparecido en televisión le va a complicar la vida, incluida la investigación.

—Mi hermano, sargento, ¿dónde está? Quiero verle.

—Mire, para mí, esto tampoco es plato de gusto. Dios sabe que usted y yo hemos tenido nuestras diferencias, pero nunca es bonito arrestar al familiar de un compañero, sobre todo a un sacerdote...

—Conozco bien la técnica del «poli bueno»: se la enseño a mis alumnos en primero de interrogatorio, no funciona conmigo —le corta ella—. Ahora quiero ver a mi hermano o empezaré a hacer llamadas.

Gómez-Moreno se cruza de brazos.

—Su hermano está en un buen lío, lo mejor que puede hacer por él es no interferir en la investigación y conseguirle un buen abogado, el mejor que pueda pagar. Ya hemos avisado a la policía vasca: dentro de unas horas, vendrán desde Bilbao para llevárselo al calabozo y después verá al juez, ya conoce el procedimiento en los casos de terrorismo.

—¿Terrorismo? ¡Mi hermano no pertenece a la banda!

—Hace años hubiera dicho lo mismo de su padre. Mire, he llamado al forense y aún no tiene el informe definitivo, pero me ha confirmado que a Lea la mataron de un tiro en la cabeza —continúa Gómez-Moreno—. No necesito ser criminólogo para saber que fue la banda: tiro en la cabeza y cadáver en la central nuclear. De libro.

Nora toma aire mientras intenta recuperar el control.

—Si ha arrestado a Oliver, tendrá alguna prueba contra él. Me gustaría saber qué es. ¿Han encontrado el arma?

—No voy a contarle nada. Por lo que yo sé, podría haber estado encubriendo a su hermano todo este tiempo. Lo cierto es que no me ha dado ni un solo motivo para confiar en usted.

Nora sabe que tiene que ceder en algo, así que mete la mano en el bolsillo de su gabardina.

—Este lazo de color rojo apareció anudado en el establo vacío de un caballo, en la finca hípica camino de Munguía. El caballo ha desaparecido. —Nora lo coloca sobre el escritorio—. ¿Le resulta familiar?

—Se parece al que había anudado alrededor de la muñeca de Lea Odell.

—Mi teoría es que el responsable del robo del caballo es también culpable del asesinato de Lea. Es un tipo de metodología criminal que no he visto antes, pero este lazo rojo conecta los dos hechos: el asesinato de Odell y el robo del caballo, forma parte de su ritual..., de su patrón. ¿Y por qué iba mi hermano a robar un caballo? No tiene sentido, a Oliver ni siquiera le gustan los perros.

Sin embargo, Gómez-Moreno no parece convencido.

—Por si no lo sabe, hay cientos de lazos rojos como ese por la zona; el Athletic usa ese color en su uniforme. No es ninguna prueba, ha podido conseguirlo usted en cualquier parte.

—Lo sé, pero tengo algo más... —Nora coloca la pequeña matrioska sobre el escritorio—. Encontré esto en la plataforma marina. Lea lo había escondido dentro de un paquete de cigarrillos.

El sargento mira la muñeca con los ojos como platos.

—Se ha estado guardando pruebas de un caso. ¿Cuánto hace que tiene esto en su poder?

—No se lo conté porque tampoco me ha dado motivos para confiar en usted, sargento —responde ella—. Hace unos días recibí en mi despacho de Lyon una muñeca del mismo juego, lo sé por el

patrón de los dibujos y la pintura. Me la enviaron en un sobre sin remite ni señas. Lea Odell llevaba un sobre grande y unos sellos encima cuando encontraron su cuerpo, el doctor Estrada me los enseñó ayer.

—¿Cree que Odell le envió la matrioska?

—Todavía no lo sé —admite Nora—. Pero dentro de la muñeca había un mensaje con una serie de números: es una tabla de mareas. Lea practicaba surf y sabía leer esas tablas. La ayudaban a mantenerse a salvo de las corrientes del Cantábrico.

—¿Una tabla de mareas? Me está tomando el pelo, ¿qué relación tienen las mareas con su asesinato? A la banda no le importan esas cosas.

—No creo que sea cosa de la banda. Había una muñeca del mismo juego en el camarote de Lea, una más grande. Sin embargo, cuando volví a buscarla, ya no estaba, alguien la cogió. Algo sucede a bordo de la plataforma marina.

Gómez-Moreno da un paso hacia ella invadiendo su espacio personal.

—Tenga cuidado, ya la advertí de que la plataforma pertenece a un sector estratégico, y dudo que suceda nada extraño a bordo.

—Me noquearon para asustarme y que dejara de hacer preguntas —le recuerda Nora—. Lo que pasa está relacionado con la plataforma, por eso sé que Oliver es inocente.

—Tenemos un testigo.

Nora parpadea sin comprender.

—¿Qué? ¿Un testigo?

—Sí. Vieron a su hermano con la chica la tarde en que esta desapareció; los vieron cerca de la carretera que lleva a la central nuclear.

—Bueno, no es tan raro... Oliver y Lea se conocían, a lo mejor solo estaban charlando.

—¿Qué ha dicho él cuando le han preguntado? —dice con la boca seca.

—Ni pío. Le ha hecho caso y no ha soltado prenda desde que le hemos traído.

—¿Qué tiene, además del testigo? ¿La zapatilla perdida de Lea?

—No, la zapatilla sigue sin aparecer. Mire, Cortázar, una persona de confianza nos ha contado que vio a su hermano con Odell el último día de su vida. Discutieron, su hermano la siguió hasta el bosque y la mató.

—¿Quién es ese testigo? Quiero hablar con él. Hay muchas formas de determinar si el testimonio de una persona es auténtico, si se lo está inventando o adornando con detalles...

—¡No va a hablar con esa persona! Su testimonio es creíble y no tiene motivos para inventarse lo que vio. Es alguien que, de vez en cuando, nos da información valiosa. Nada más.

—Entiendo, tienen alguien del pueblo en nómina que les pasa información sobre la banda, por eso no quiere decirme quién es.

Él suspira, frustrado.

—Todo lo que puedo contarle es que esa persona afirma que vio a su hermano discutiendo con la víctima y que después ambos entraron en el bosque, hacia donde están esos hippies de la excavación arqueológica.

Nora se siente agotada, le duele todo el cuerpo; siempre le pasa después de tomarse un Katovit. Ha perdido su vuelo y tiene un día menos para preparar su entrevista con el psiquiatra, en la que se juega su trabajo, su carrera.

—Oliver conoce esta zona muy bien: ha vivido aquí toda su vida —dice, mordisqueándose la uña—. Si quisiera abandonar un cadáver,

no lo haría en la central nuclear. Hay muchos sitios en el bosque donde un cuerpo tardaría meses en ser descubierto; quien dejó el cuerpo de Lea en la central nuclear quería meter miedo.

—Ya, pues lo ha conseguido. Todo lo relacionado con la central nuclear es una puñetera pesadilla. Yo no soy detective ni inspector, pero admito que hay algo raro aquí..., y esto... —señala el lazo y la pequeña matrioska sobre su escritorio—, esto hace que todo este asunto sea aún más raro.

—A mí me gusta lo raro.

La radio de Gómez-Moreno los interrumpe; la voz al otro lado llega distorsionada por los montes y los árboles, pero las palabras son claras:

—Sargento, necesitamos refuerzos de inmediato. Unos críos han encontrado el cadáver de una mujer en el bosque. Es esa reportera de la televisión, Mercedes Godoy.

31

Lunes, 9 de marzo

El antiguo nido de ametralladora está en el lado norte del monte Urízar. Para llegar allí, hay que caminar unos minutos bosque a través. Ha llovido y Nora siente que sus zapatos se hunden en el barro con cada paso. Bermejo la acompaña, apenas ha dicho dos palabras desde que han salido del puesto de la Guardia Civil después del aviso. Sospecha que la cabo se siente incómoda —puede que incluso algo culpable— por haber colaborado en el arresto de Oliver, pero ahora ambas tienen cosas más urgentes de las que ocuparse.

—Es increíble que Mercedes Godoy esté muerta. Ayer mismo la vi en la televisión, y también a usted. A mi madre le encanta ese programa, nunca se pierde *Después de las diez* —comenta Bermejo con el aliento entrecortado por la caminata.

—¿Hace mucho tiempo que es fumadora, cabo?

—Desde que tenía dieciséis. Estas Navidades le prometí a mi abuela que lo dejaría, como propósito para el año nuevo, ya sabe: 1992, el año de oro, todo es posible. Pero al estar lejos de casa, es un poco difícil, me está costando horrores dejarlo.

—Ya. Perdone, no es asunto mío.

Nora sabe que no está en posición de juzgar los vicios de los demás.

—Nunca fumo cuando estoy de servicio, ¿cómo lo ha sabido? —pregunta la chica, impresionada—. ¿Es por lo que mencionó el

sargento el otro día? Dijo que era usted superdotada, ¿es verdad?

—Me gustan las rutinas, soy obsesiva, pienso de manera más imaginativa que los demás, miro fijamente a los ojos y tengo problemas para controlar mis emociones, pero no soy anormal ni superdotada.

—¿Las rutinas? ¿Como no pisar las rayas entre las baldosas y todo eso?

—Algo así —responde Nora—. Todos tenemos rituales y manías: comer antes las patatas o la carne, guardar la cartera en un bolsillo o en otro... Yo tengo mis propios rituales. A algunos les interesan los crucigramas, el ajedrez o la música, a mí me interesan los asesinos en serie.

—Por eso es tan buena leyendo a los demás, ¿porque se fija en los pequeños detalles que nadie más puede ver? —pregunta la cabo.

—Puedo ver los patrones en todo, todo el tiempo, también en las personas, así es como funciona mi mente.

—Lo siento, jefa, no he debido preguntar. Este sitio está bastante escondido, ¿no? —dice la chica, para cambiar de tema.

—Sí, los excursionistas vienen por aquí para curiosear las ruinas de la guerra y admirar las vistas desde la cima, pero poco más. No hay carreteras para llegar.

El camino no es escarpado, pero hay que avanzar por un sendero estrecho entre árboles; en los días oscuros —como ese— la luz apenas roza el suelo del bosque.

—Eso significa que ha sido alguien de la zona, ¿no? Quiero decir, para conocer este lugar tan apartado hay que vivir aquí.

Bermejo suena entusiasmada, ha oído a varios de sus alumnos hablar así antes.

—Sí. —Nora se mordisquea el índice de la mano derecha—. Hace falta un conocimiento profundo de la zona; planear cómo traer un

cuerpo hasta aquí no es fácil, sin carreteras ni caminos.

Los ojos castaños de Bermejo chisporrotean de la emoción.

—¿Cómo llaman a eso los criminólogos...? ¿Perfil territorial?

—Perfil geográfico, sí —la corrige Nora—. Se basa en la teoría de que los asesinos en serie actúan en un lugar que tiene un significado especial para ellos, así podemos determinar la zona en la que es más probable que el asesino viva.

Desde donde están en ese momento, ya pueden oír las voces de los demás agentes en la escena. Dejan atrás un cartel escrito a mano en el que se lee en grandes letras mayúsculas: FINCA PARTICULAR. PROHIBIDO EL PASO.

—¿Es un asesino en serie, entonces? Quiero decir, espero que no lo sea, claro, pero sería algo increíble. Aunque hacen falta tres asesinatos para que se considere asesino en serie, ¿verdad? Eso es lo que he visto en la televisión y lo que he leído en sus libros —dice Bermejo, hablando deprisa.

—Aún es pronto para determinar si es un asesino en serie. Primero tenemos que establecer si existe algún tipo de ritual en sus crímenes.

El olor de la carne en descomposición les llena los sentidos sin avisar; es un olor único y espeso que baja por la garganta y se impone al aroma del bosque. Hay cuatro agentes con el uniforme de la Guardia Civil; uno de ellos habla por radio, otros dos están en un lado con la cara pálida, el cuarto toma notas con la ayuda de una carpeta.

—Dios mío... —murmura Bermejo.

El cuerpo de Mercedes Godoy —o más bien lo que queda de él— está en el suelo del bosque, medio cubierto por hojas secas y barro. Pero lo más llamativo es el gran árbol que crece muy cerca del

cuerpo. Lucky, el caballo negro desaparecido, cuelga por el cuello de una de las ramas, inclinada peligrosamente por el peso del animal.

—Es un asesino en serie.

32

Lunes, 9 de marzo

El doctor Estrada se coloca mejor las gafas. Ha examinado el cadáver de Mercedes Godoy y ha tomado fotografías de los detalles relevantes, como el lazo de color rojo anudado alrededor de su muñeca.

—Buenas tardes, jefa.

—Doctor Estrada.

—Parece que Gaueko ha vuelto a atacar —dice él con gesto serio —. El caso se complica. No la envidio, en cuanto se filtre quién es la fallecida, esto se convertirá en una pesadilla de relaciones públicas.

De momento, solo media docena de agentes y Gómez-Moreno —que se ha quedado en el puesto de la Guardia Civil para informar a sus superiores— conocen la identidad de la víctima, pero Nora sabe que es cuestión de tiempo que salga a la palestra. Mira el cuerpo mutilado de Mercedes Godoy.

—Era insistente, ayer mismo tuve que darle esquinazo porque estaba esperándome en el aparcamiento cuando salí de su laboratorio. No sé qué pasó después, pero puede que yo fuera una de las últimas personas en verla con vida.

—Usted y la mitad del país que veía sus conexiones en directo. Es terrible, pobre chica —dice Estrada—. En lo que se refiere estrictamente al crimen, ya puedo decirle que la señora Godoy presenta las mismas marcas en la zona central del cuerpo: tres

heridas paralelas de unos seis centímetros de profundidad que rasgaron sus tejidos y llegaron hasta el intestino y los órganos internos. Igual que en el caso de la señora Odell, la muerte era inevitable.

—¿Sabe si le han disparado igual que a Lea? ¿Ha encontrado restos de pólvora?

—Nada de momento, aunque es difícil decirlo a primera vista, porque el cuerpo está en malas condiciones y hay huellas de animales en la escena. Al tratarse de una zona boscosa, es normal, pero buscaré signos de un disparo o restos de proyectiles cuando estemos en el laboratorio. La llamaré con lo que encuentre.

—Gracias, ¿cuánto tiempo calcula que lleva muerta, doctor?

Nora piensa en Oliver, encerrado en uno de los barracones del puesto de la Guardia Civil desde hace horas.

—Por la cantidad de sangre que hay bajo el cuerpo y por la temperatura de su hígado, diría que murió hace unas cinco o seis horas.

Cinco o seis horas, al menos eso descarta a Oliver como sospechoso.

—¿Está seguro de sus cálculos, doctor?

Estrada se coloca mejor las gafas.

—Bastante seguro, sí. El caballo, sin embargo, ya estaba muerto antes de que lo colgaran del árbol, seguramente un par de días antes, aunque yo no soy experto en necropsias de animales.

—Y las heridas del cuello, ¿son como las de Lea?

—A simple vista, tiene las mismas marcas de mordiscos humanos en la zona de las mejillas, el cuello y los hombros. Por supuesto, haré unos moldes en escayola de la dentadura para estar seguros. Mis alumnos estarán encantados.

El doctor Estrada se quita los guantes y los guarda con cuidado en el bolsillo de su chaquetón de color azul marino.

—Me gustaría que me hiciera llegar una copia de esas fotografías, si no es mucha molestia. Hay alguien a quien quiero enseñárselas. —Nora está pensando en Arantxi, la veterinaria rural que descubrió a las ovejas destripadas.

—Cuente con ello. —Estrada la mira y añade—: Espero que atrape al indeseable que ha hecho esto.

—Lo haré.

—Bien. Caballeros, díganle a su superior que le enviaré mi informe completo cuando termine con el cuerpo de la señora Godoy. Gracias.

Estrada termina de guardar el material en su maletín, se despide de ella y se aleja del claro. Justo en ese momento, Bermejo aparece al lado de Nora y le pregunta:

—¿Cree que ese es el caballo que desapareció hace algunos días?

—Sí. Es Lucky, aunque no sé si ese nombre es muy acertado, viendo su final —murmura ella.

La cabo clava los ojos en la escena y después la mira.

—¿Por qué ha hecho esto? Es... grotesco, muy diferente a cómo encontramos a Lea Odell.

—Su violencia está escalando. Quiere causar impacto, asustarnos.

—Ya. Pues lo ha conseguido —dice Bermejo.

—Sé que es algo terrible, pero dé un paso atrás y piense como lo haría un detective, un criminalista. ¿Qué es lo que ve?

Bermejo duda.

—La escena parece... un cuadro. Uno de esos cuadros antiguos, como los que se ven en museos o en libros de arte sobre rituales o sacrificios: poco iluminados, con animales muertos, sangre, vísceras y miembros desperdigados por todas partes.

—Lo ha explicado de maravilla, cabo: un ritual o un sacrificio. Este escenario está mucho más elaborado que el anterior; a Lea la dejó en la central nuclear, pero aquí la disposición del cuerpo y el caballo ahorcado en el árbol... Es todo muy dramático, teatral. Y la localización, cerca del viejo nido de ametralladora, me hace pensar que buscamos a un individuo familiarizado con la zona.

—¿Y qué pasa con el lazo rojo? Es su *firma*, ¿verdad? He leído que los asesinos en serie suelen tener una, algo que no es necesario para el crimen, pero que repiten en todos sus crímenes.

—Una firma refleja la necesidad de fantasía que el asesino tiene sobre sus víctimas. El lazo rojo y las heridas significan algo para él, es importante, son su patrón. Si descubrimos por qué lo hace, le cazaremos.

Bermejo mira el animal ahorcado en el roble.

—¿Y cómo subiría el caballo hasta ahí? Hay que ser muy fuerte para hacer eso: ese animal pesará unos cuatrocientos cincuenta kilos, aproximadamente.

Nora la mira con curiosidad.

—Oh, mi abuelo era pastor y algunas veces se ayudaba de perros o caballos para hacer el trabajo; de vez en cuando, me dejaba hacerle compañía y me hablaba de los animales, incluso pensé en hacerme veterinaria durante un tiempo, pero la universidad no era para mí.

El sargento Gómez-Moreno llega acompañado por un agente, intercambia un par de palabras con sus hombres en la escena y se acerca a ellas.

—Joder, eso del caballo es nuevo. Es un verdadero chiflado.

Uno de los agentes le entrega el informe del escenario —horarios, nombre de agentes presentes...—, pero Gómez-Moreno apenas

masculla un «gracias»; sus ojos siguen fijos en el caballo suspendido sobre el cuerpo de Mercedes Godoy.

—Bien, ¿tiene alguna explicación, Cortázar? Ahora mismo, cualquier cosa me vale. Tengo encima al subteniente pidiéndome explicaciones. Además, espero una llamada del brigada y no sé qué voy a decirles. Esto es muy gordo.

—Parece que buscamos a un asesino de tipo ritualista; las heridas, la disposición de los cuerpos, la violencia en aumento y este escenario tan preparado indican que el asesino cree estar llevando a cabo algún tipo de ritual.

—Vamos, que es un asesino en serie. Lo que nos faltaba. Y encima ha matado a una famosa. La prensa se va a poner las botas con esto. —Gómez-Moreno sacude la cabeza, pero enseguida recupera su tono seco habitual—: A los críos que se han saltado las clases y han encontrado el cuerpo más les vale que no se vayan de la lengua: no quiero verlos en directo esta noche dando detalles escabrosos.

Eso hace que Nora se dé cuenta de algo.

—¿Y el cámara? El operador de cámara que trabajaba con ella, siempre estaban juntos, ¿alguien lo ha visto?

—¿Por qué?

—Hace un par de días, Godoy y él se plantaron en nuestro jardín. Les pedí que se marcharan, pero él regresó y se quedó observándome de un modo extraño. Busquen la furgoneta, la unidad móvil en la que viajan: tiene el logotipo y los colores de la cadena. Alguien la habrá visto por ahí, no es precisamente fácil de esconder.

—¿Sospecha del cámara?

—Nunca se sabe —admite Nora—. Pero tenemos que encontrarle. Si no es el asesino, puede que sea un testigo o que corra peligro.

—A lo mejor está asustado y se ha escondido por ahí; la gente hace cosas raras cuando ve la muerte tan de cerca —sugiere Bermejo.

—Bien. Les diré a mis agentes que pregunten en el pueblo y busquen al cámara, a ver si hay suerte, y también la furgoneta. —Gómez-Moreno la mira—. Usted es la loquera de asesinos, «la mujer que sabe lo que asusta al hombre del saco», ¿qué opina? ¿Buscamos a un pirado? El típico rarito que mataba gatos y les levantaba las faldas a las niñas. Un resentido de manual, vamos.

—Yo... no estoy tan segura, creo que aquí hay algo más. —Sabe que algo se le escapa y aún no comprende la relación de los asesinatos con las matrioskas—. El patrón no encaja.

Se muerde la uña del dedo índice y nota el sabor de la sangre cuando se arranca la cutícula; cierra el puño para ocultarlo.

—El patrón, claro —masculla él.

—Hay otro asunto, sargento...

—Ya, con usted siempre hay algo más.

—El doctor Estrada ha confirmado que la señora Godoy murió asesinada en algún momento de esta mañana, hace unas cinco o seis horas, está bastante seguro de sus cálculos —dice Nora, ignorando su comentario.

—¿Y?

—Oliver estaba detenido en su calabozo, no ha podido ser él. Es imposible que haya tenido tiempo de asesinar a Godoy y preparar toda la escena.

—Me da igual, no pienso soltarle hasta que el forense no me confirme en persona que Godoy murió cuando él dice. No me fío un pelo de su hermanito.

—Oliver es inocente.

—De inocente no tiene nada —responde él de mala gana—. Su querido hermano oculta algo. Reconozco a un mentiroso cuando lo veo, y me sorprende que usted no se haya dado cuenta, con lo lista que es.

Ella también se ha dado cuenta de que Oliver oculta algo.

—Cuando Estrada le confirme la hora de la muerte de la señora Godoy, ¿dejará libre a Oliver? —pregunta Nora manteniendo la calma.

—Me lo pensaré; pero su hermanito no ha querido responder a mis preguntas sobre dónde estaba cuando asesinaron a Odell. Dice que tiene una coartada sólida, pero no quiere decirnos cuál es.

Por ahora eso le basta, aunque Nora decide que más tarde tendrá una conversación con Oliver.

—Bien, agentes —el sargento se dirige ahora a sus hombres—, bajen el caballo de ahí con cuidado y nos lo llevamos todo. Hay un camión en la carretera esperando para trasladarlo a la universidad.

Dos agentes cortan la cuerda que sostiene al animal mientras otros tres lo sujetan con cuidado para evitar que caiga de golpe. El árbol se agita y se queja deshaciéndose de varias de sus hojas que caen sobre ellos y el cuerpo mutilado de Mercedes Godoy, como si de una suerte de otoño sangriento se tratara.

«Estás cazando a un monstruo», se dice Nora.

—Nunca pensé que diría esto, Cortázar —murmura el sargento cerca de ella—. Pero me alegro de que esté en Lemóniz.

33

Lunes, 9 de marzo

Oliver abre la puerta del *baserri* pasadas las ocho de la tarde. Nora y Beñat corren por el pasillo y los tres se abrazan por primera vez desde hace diecisiete años.

—No ha sido para tanto. Me asusté cuando vi aparecer a la Guardia Civil y me llevaron esposado en el coche, claro... Pero después de eso, nada: un par de preguntas y mucho aburrimiento.

Los tres están sentados a la mesa de la cocina. Nora ha preparado café, pero ninguno de ellos ha tocado su taza.

—No te han hecho daño, ¿verdad, *anaia*? —la voz de Beñat se rompe.

Las últimas horas han sido duras para Beñat: ver como la policía arrestaba a Oliver le ha hecho revivir la pesadilla de lo que le sucedió años atrás. Apenas ha dicho dos palabras en todo el día y sus manos tiemblan cuando rodea la taza de café. Nora reconoce los síntomas del estrés postraumático —angustia, irritabilidad y ataques de rabia— desencadenado por una situación aterradora; lo ha visto antes en algunos agentes y teme que, como ellos, Beñat pueda sufrir pesadillas o incluso le puedan asaltar ideas suicidas.

—No me han hecho daño, aunque solo me han dado agua y un Huesitos. Me muero de hambre. —Oliver la mira con sus ojos verdes, como los suyos—. Gracias, Nora. Supongo que ha sido cosa tuya que

me hayan dejado salir sin cargos, seguro que Gómez-Moreno no te lo ha puesto nada fácil.

—No, pero las pruebas y la hora de la muerte le han convencido.

—Igualmente, gracias. Aunque siento que hayas perdido tu vuelo a Lyon.

—No pasa nada. Mi ayudante ya ha reservado otro vuelo para el miércoles. —Con menos de veinticuatro horas, no podrá prepararse para su entrevista con el psiquiatra tan bien como le gustaría, pero Oliver está libre—. Lo importante es que ya estás en casa y que todo ha sido un malentendido.

—¿Tú sabes qué tenían contra mí? No me han dicho gran cosa: solo querían saber dónde estaba yo cuando Lea desapareció, poco más.

—Alguien asegura que te vio discutir con Lea la tarde en que ella desapareció. Esa persona afirma que le gritaste, que después ella huyó hacia el bosque y que tú la seguiste.

Los tres se miran un instante.

—¿Alguien se lo dijo? Te refieres a un...

—Chivato, un confidente, sí —termina Beñat—. Alguien del pueblo les pasa información..., bastardos.

—Vaya, pero es mentira, eh, ¿quién se inventaría algo así?

—Tú sabrás, ¿has cabreado a alguien últimamente, Oliver? —le pregunta Beñat—. Más de lo normal, quiero decir.

«Pregúntaselo; sabes que hay algo que no te cuenta. Lo sabes desde que llegaste. Sigue las pistas, *otsoko*».

—¿Dónde estabas la tarde del asesinato de Lea? —le pregunta por fin—. Gómez-Moreno asegura que tienes una coartada, pero que no has querido decir nada.

—Me dijiste que no hablara con la policía.

—Sí, pero ahora te lo pregunto yo: ¿dónde estabas esa tarde?

—Mi hermana la detective, tú nunca descansas, ¿eh? Ya sé que es tu manera de ser, pero, algunas veces, puedes resultar un verdadero incordio. —Sonríe nervioso—. Mira, solo quiero olvidar este asunto, ¿podemos celebrar que estoy de vuelta y que todo ha quedado en un malentendido?

—Desde que estoy aquí has tenido varias reuniones y «cosas que hacer», pero nunca dices nada concreto. Puedo ver el patrón.

—Tú y tus dichosos patrones, Nora.

—Al principio, pensé que te sentías incómodo conmigo aquí, después de lo que pasó, y que eran excusas para darme esquinazo —continúa ella—. Pero es otra cosa.

—¿Lo pregunta la jefa Cortázar o mi hermana mayor?

—Las dos —responde ella—. No es habitual que alguien con una buena coartada no quiera hablar.

—Dios, Nora, eres como un perro con un hueso. Nuestro hermano acaba de salir de la cárcel y tú no dejas de machacarle —protesta Beñat.

Pero Nora le ignora y mantiene la mirada en su hermano pequeño.

—¿Dónde estabas, Oliver?

Él tarda un momento en responder:

—Hace un año que organizo unas reuniones discretas para algunos chicos.

—¿Qué clase de reuniones?

—Reuniones para chicos que quieren salirse o para algunos que están pensando en entrar en la banda. Los ayudo y les hago entender que entrar en la banda es una mala idea.

—No me jodas, Oliver... Pensé que eras más listo que eso —murmura Beñat—. ¿Sabes lo que te pasará si se enteran de que

estás metiéndote en sus asuntos? Por eso nos dejaron la llave de casa, no era por Nora, es por ti. Es a ti a quien están amenazando.

Oliver se remueve en su silla.

—Yo solo ayudo a chicos con problemas para que no se metan en líos más gordos: les explico lo que les pasará si los cogen, el daño que hacen a otras personas y que provocarían a sus propias familias. Intento evitar que se conviertan en alguien como nuestro padre. Las reuniones son secretas, las celebramos en un local propiedad de la diócesis en Bilbao, pero nadie sabe que pertenece a la Iglesia.

—¿Tus superiores saben lo que haces? —pregunta Nora, aunque por la expresión de su hermano ya intuye la respuesta.

—No, si lo supieran, me echarían. Dentro de la Iglesia también hay gente que está a favor y gente que está en contra. Por eso no podía decir dónde me encontraba la tarde en que desapareció Lea: estaba con esos chicos. Prefiero pasar un par de días en el calabozo antes que descubrir todo el asunto, sería muy malo para mí y para ellos.

—Tienes que dejar de organizar esas reuniones. Es peligroso, una estupidez —dice Beñat—. Mira, lo siento por esos chicos, de verdad, pero no es cosa tuya ayudarlos.

—¡Pues claro que es cosa mía! Nuestro padre hizo algo terrible y yo quería aliviar mi culpa, para eso me hice sacerdote. Pensé que podría hacer algo para ayudar, como haces tú, Nora, pero está claro que la he cagado. Soy un idiota; tú eres la hermana lista.

—Desde luego que soy la hermana lista.

Se ríen y la tensión que flota en la cocina se aligera.

—Tenéis que guardarme el secreto: si esto se descubre, me echarán, y a saber lo que les pasará a esos chicos...

Nora va a responder, pero entonces suena el teléfono en la pared y se levanta para cogerlo. Por el rabillo del ojo, ve a Beñat dándole

un cachete cariñoso a Oliver.

—Diga.

Una voz de hombre habla al otro lado de la línea. Nora sujeta el teléfono con tanta fuerza que sus nudillos se le ponen blancos. Cuelga y camina de vuelta a la cocina igual que en un sueño. Sus hermanos todavía están riéndose, pero se callan cuando ven la expresión en su cara.

—Nora..., estás pálida. ¿Qué pasa? —pregunta Oliver.

—¿Te han dicho alguna barbaridad? Siempre esperamos a que el teléfono suene más de tres veces para responder, ya sabes, para estar seguros de que no sea alguno que quiere tocarnos las pelotas...

—No es nada de eso —le corta ella—. Es…

34

Lunes, 9 de marzo

Álvaro Prieto ha parado justo después de haber estado a punto de salirse de la carretera en una curva. La furgoneta de la cadena está aparcada en el arcén. Tiene miedo; cuando ha llegado al claro, ha visto la sangre y el caballo colgando del árbol. Mercedes está muerta. Lo que ha visto en el bosque no se le va de la cabeza, lo ve en cada parpadeo: esa criatura —ese monstruo— acechando entre los árboles.

«He intentado ayudarla». Álvaro se lo repite una y otra vez mientras se seca los mocos con la manga de su sudadera negra. «De verdad que he intentado ayudarla». Eso es lo que les dirá a sus jefes, a la familia de Mercedes y a todo el mundo cuando se lo pregunten —porque, inevitablemente, se lo van a preguntar—, y también tendrá que hablar con la policía.

—Mierda...

Mira la parte trasera de la furgoneta: los libros, las fotografías y todo lo demás está ahí, entre las marañas de cables, baterías de cámaras y objetivos de repuesto. A Mercedes no le hacía gracia su obsesión con Nora Cortázar, pero aceptó llevarle con ella cuando los enviaron a Lemóniz para el reportaje sobre Balbea —nadie más en la productora quiso ir—. Sabe que debe esconder los libros y las fotografías antes de hablar con la policía. No quiere levantar sospechas, así que guarda los dos volúmenes —firmados y

dedicados por Nora—, las fotografías que ha sacado sin permiso de ella y de sus hermanos durante estos días y todo lo demás en una caja de cables, confiando en que la Guardia Civil no busque ahí. De repente, se pregunta si hablar con ellos es una buena idea.

«Tal vez sea mejor conducir hasta Bilbao; dejar atrás este pueblo y este maldito bosque».

Oye pisadas fuera y deja de respirar, convencido de que esa criatura puede oír los latidos acelerados de su corazón. Pero entonces llaman a la puerta lateral de la furgoneta. «Bien. Los monstruos no llaman a la puerta», se dice. O eso, al menos, es lo que él se cree. Así pues, abre.

—Menos mal que eres tú —dice aliviado—. Mercedes está muerta, yo...

Entonces ve el cañón de un revólver y oye dos disparos; tarda un instante en entender que la vida se le escapa.

35

Martes, 10 de marzo

Gómez-Moreno entra en el taller de reparaciones Peña sin llamar. Emilio está hablando por teléfono, pero cuelga en cuanto le ve aparecer.

—Buenas, sargento, no sabía que se pasaría hoy...

—Me juraste que habías visto al pequeño de los Cortázar discutiendo a gritos con la chica muerta en la carretera de la central nuclear. Dijiste que estabas seguro de que era el cura porque os conocíais de toda la vida.

—No sé qué decirle, *jefe*..., a lo mejor me equivoqué.

—Me diste un soplo falso y arresté al hermano de esa poli de la Interpol. Por tu culpa, he quedado mal con mis jefes y con ella.

Emilio niega con la cabeza.

—Fue un error sin mala intención, estaba seguro de que era él, pero supongo que me equivoqué. Ya sabe que puede fiarse de mí, usted y yo no guardamos secretos.

—Claro, somos amigos —responde el policía con una media sonrisa—. Pero si, como dice Cortázar, estamos ante un asesino en serie, los reporteros empezarán a investigar y a hacer preguntas. Pero, si juego bien mis cartas y resuelvo este caso, tengo el traslado asegurado. Siempre que nadie descubra nuestro pequeño acuerdo.

—Por mí no se preocupe, jefe, sé tener la boca cerrada.

Gómez-Moreno camina despacio, el suelo manchado de aceite seco cruje bajo sus zapatos, se detiene muy cerca de Emilio.

—No sé qué más escondes, pero no me fío un pelo de ti ni de tu padre. Por lo que a mí respecta, los dos sois unos oportunistas —dice entre dientes—. Por cierto, Balbea se ha fugado durante el traslado de regreso a la cárcel. ¿Sabes algo de eso?

—No, claro que no —responde Emilio con la boca seca—. Tampoco he oído nada en la radio.

—Eso es porque todavía no lo hemos hecho público, hace solo unas horas que lo sabemos. El muy cabrón se ha fugado del furgón de la policía nacional a la altura de Logroño. Al parecer, ha sido cosa de unos amigos del preso que iba con él en el traslado, un narco gallego muy famoso.

—¿Balbea está libre?

Esas palabras asustan a cualquiera que lo conozca.

—Te has puesto pálido, Peña —dice con una media sonrisa—. Sí, Balbea está libre, así que yo que tú tendría mucho cuidado. No le gustará saber que has estado pasándonos información. Duerme con un ojo abierto. Y que tu viejo haga lo mismo. No creo que Balbea le haya perdonado lo de la carta al periódico.

—Y sobre el cura...

—Te lo voy a dejar pasar por esta vez porque no sueles fallar cuando nos pasas información, pero que no se repita.

—Gracias, la próxima vez me aseguraré bien antes de decirle nada.

Los ojos oscuros del sargento le estudian un momento.

—No sé qué más ocultas, Peña, pero más te vale que no me estropees los planes.

—No oculto nada, *jefe*, se lo juro. —El sargento camina hacia la puerta—. Espere, ¿no hay sobre esta vez?

—¿Sobre? Las cinco mil pesetas por soplo son solo si cumples tu parte. Da las gracias de que no te lleve a rastras hasta el calabozo.

Gómez-Moreno le da un manotazo a la bandeja con las herramientas, que caen con un estrépito metálico. Emilio mira todos sus utensilios desparramados por el sucio suelo del taller.

—¿Algún problema?

Peña evita mirar al sargento cuando responde:

—Ninguno, *jefe*. Todo bien.

—Ya, eso pensaba. Dale recuerdos al viejo.

36

Martes, 10 de marzo

Nora apenas ha dormido desde que el encargado de prisiones llamó para comunicarles la fuga de Balbea. Ha intentado avanzar algo más de su libro, pero ha sido incapaz de escribir más de un par de párrafos. Resignada, a las cinco de la mañana ha cerrado su ordenador portátil. Ahora está sentada a la mesa de la cocina de la casa principal.

—¿Crees que vendrá aquí? ¿*Aita*? —Oliver se ha quedado a dormir en el *baserri* por precaución.

—Lo más lógico sería que intentara escapar del país, pero los asesinos como Balbea son los más difíciles de predecir, porque sus actos responden únicamente a sus deseos internos y motivaciones —responde ella.

Sabe que las ciencias del comportamiento no siempre pueden explicar los patrones de los hombres como su padre. Se mordisquea la herida del dedo índice.

—Y si le da por venir a casa, ¿qué tenemos que hacer? —Oliver mira por la ventana de la cocina casi como si temiera ver aparecer a su padre entre la niebla.

—No hagas nada y no te enfrentes a él. Si le ves, lo más seguro es que me llames inmediatamente. Los dos tenéis el número de mi teléfono móvil; lo llevo encima casi siempre. Si veis a Balbea, me llamáis.

Sus hermanos asienten en silencio. Desde que se enteraron de la fuga, ninguno ha dicho gran cosa, pero han cerrado todas las puertas y ventanas de la casa.

—No llevas pistola, ¿verdad? —pregunta Oliver.

Nora piensa en su Glock, guardada bajo llave en su despacho en Lyon.

—No, no voy armada, pero no creo que vaya a necesitar un arma si se le ocurre venir a la casa.

Lo dice para tranquilizar a sus hermanos, pero no está convencida: dieciocho asesinatos —demostrados— son muchos, y ella conoce bien a su padre —de la misma manera que su padre la conoce bien a ella, mejor que nadie—. Nora sacude la cabeza intentando apartar esos pensamientos.

«No, concéntrate, ahora no es momento de pensar en eso. Piensa en el patrón».

Quedan pocas pastillas de Katovit dentro del bolígrafo del que nunca se separa; anoche, tras recibir la llamada de prisiones, pensó en tomárselas, pero prefiere tener la mente despejada para pensar en el caso.

—Yo creo que se largará a Portugal o a Francia, y puede que ahí coja un barco para Latinoamérica, al menos es lo que yo haría. Desde luego, no iba a quedarme en el país esperando a que me pillen —dice Beñat, que ya va por el tercer café.

El móvil de Nora protesta sobre la mesa y los tres dan un respingo.

—¡Jesús! Esa cosa nunca deja de sonar —protesta Oliver—. Vives pendiente del teléfono.

—Es el futuro. —Nora ve el número en la pequeña pantalla en blanco y negro, y responde sin dudar—. Buenos días, Elio, ¿qué tal va todo por ahí?

—Todo bien, jefa. Ya te he enviado una copia del perfil y he mandado los antecedentes de Lea Odell al FBI, por si ellos tienen algo que pueda ser útil; estoy esperando su respuesta, pero ya sabes cómo son los norteamericanos..., les encanta darse importancia para todo lo que hacen, así que no me hago muchas ilusiones.

—Gracias, Elio. El jueves nos vemos y me pones al día.

—Sí, oh, ya me he enterado de lo de tu padre, los del Departamento de Fugitivos me han preguntado si quieres que lo incluyamos en la lista de los más buscados de la Interpol. Podemos hablar con un juez para que emita una orden internacional de detención si lo consideras necesario.

Nora lo piensa un instante: desde luego, a Balbea le encantaría verse en la lista de los diez más buscados por la Interpol, casi puede imaginar su media sonrisa de lobo al ver su rostro en el cartel.

—No, de momento, vamos a tratarlo como algo interno: la policía en España tiene su descripción y le está buscando. No le demos más atención de la que ya tiene, a los narcisistas como él les encanta la atención.

—Como consideres, jefa... ¡Ah!, y antes de que se me olvide, ha llegado un paquete para ti a la oficina. Lo envían desde Lemóniz, curioso.

Nora se levanta de la silla.

—Elio, escúchame con mucha atención: no toques ese paquete, ¿me has oído? No lo toques, no te acerques a él por nada del mundo.

—Bueno, es que lo tengo en la mano ahora mismo. Es un paquete envuelto con papel de estraza.

Beñat y Oliver miran a su hermana, no oyen toda la conversación, pero son conscientes de que algo grave sucede.

—¿Lo tienes en la mano ahora mismo?

—Sí.

—Vale. Que nadie se acerque ni utilicen sus teléfonos móviles en la planta, saca a todo el mundo de los despachos cercanos, ¿puedes hacer eso, Elio?

Nora piensa en el paquete que alguien había dejado en la puerta del *baserri* el día del funeral de su madre. También le había parecido inofensivo, pero recordaba la rata y la llave de su casa: una amenaza de muerte nada sutil.

—Elio, quiero que me prestes atención, haz que avisen al equipo de artificieros, diles que tienes un posible paquete bomba y que procedan con precaución.

Ahora sí, los dos hermanos han oído las palabras más temidas: «paquete bomba». Se levantan de la mesa.

—Ha llegado con el resto de tu correo, y como yo me ocupo de clasificarlo, pues... *merda*.

—No hagas ningún movimiento brusco, ¿has pedido la ayuda ya?

Elio tarda un instante eterno en responder:

—Sí, y he puesto el teléfono de tu mesa en altavoz.

Se oyen voces y gritos ahogados al fondo, la gente del departamento saliendo. Nora imagina su despacho, muy cerca de las aulas de formación donde imparte clase; piensa en los alumnos, en sus compañeros terminando el café en sus oficinas o en las reuniones de seguimiento...

«No. Concéntrate, Nora».

—Elio, ¿sigues ahí?

—No me he ido de paseo con esta cosa, eso está claro. —Su ayudante deja escapar una risita nerviosa.

—¿Los artificieros están de camino?

—Sí, los han avisado. Tardan cinco minutos en llegar. Ahora mismo estoy solo en tu despacho con la puerta abierta, puedo ver el Departamento de Ciencias del Comportamiento vacío, ya no queda nadie por salir. No volveré a organizar tu correo nunca.

—Me parece justo, yo me ocuparé de hacerlo de ahora en adelante. Dime lo que puedas leer de la dirección del remitente, pero, sobre todo, no te muevas.

—No pone gran cosa, solo: «Lemoiz, Bizkaia», todo en euskera, y un apartado de correos. Nada más. Está dirigido a la atención de «Nora Cortázar, jefa del Departamento de Ciencias del Comportamiento. Lyon, Francia». —Su voz tiembla al otro lado de la línea.

—Genial, lo estás haciendo muy bien, Elio.

—Deja ya de repetir mi nombre.

—Lo siento. Son tácticas básicas de negociación de rehenes.

—Tal vez no debería mencionarlo, pero estoy sudando y el paquete empieza a resbalarse de mi mano izquierda. ¿Eso es malo? Noto que pesa cada vez más.

—Es solo tu mente, Elio. El paquete pesa exactamente lo mismo que cuando lo has cogido, mantén la calma y no lo muevas. Yo estoy contigo y vamos a seguir hablando hasta que lleguen los artificieros.

Nora coloca los brazos en jarra, la pose que adopta cuando tiene que dar órdenes.

—No creo que pueda hacerlo...

—¡Claro que puedes! Has hecho cosas mucho más difíciles, ¿recuerdas cuando yo no podía salir de casa después de romper con Anthony? Solo comí gelatina de fresa durante dos semanas. Me ayudaste a salir de esa crisis. Eso fue mucho más difícil.

—Anthony siempre me pareció un idiota.

—Sí, a mí también —dice Nora.

—Se me está empezando a dormir el brazo, lo que es ridículo, porque es un paquete pequeño; el sudor en mi mano empieza a emborronar las palabras en el papel.

—¿Puedes ver algo más, Elio? Concéntrate, necesito que te fijes muy bien en todo lo que pone, por si acaso...

—Por si acaso esta cosa hace estallar en pedacitos tu oficina, yo incluido.

—Eso no va a pasar. Tenemos el mejor equipo de intervención táctica y de explosivos del mundo, mucho mejor que el de esos estirados del FBI. Tú siempre lo dices.

Elio suelta algo parecido a una risa baja.

—Es verdad que lo digo siempre.

—¿Qué más pone en el paquete? ¿Puedes leerlo sin moverte y sin que se te caiga?

—Está el sello. La fecha del franqueo está un poco borrosa y no puedo leerla bien. Pone tu nombre, la dirección de la sede...

Nora oye las voces del equipo de intervención y explosivos de fondo.

—Ya han llegado los artificieros, por fin —anuncia Elio.

—Bien, tú haz todo lo que ellos te digan, pero no cuelgues, ¿vale? Sigue hablando conmigo.

Al otro lado suenan una serie de pitidos, hace un rato que Nora ha puesto el teléfono en altavoz y los tres hermanos escuchan conteniendo la respiración. Más sonidos metálicos; después, cinco segundos de silencio absoluto que parecen una eternidad.

—Ya está, jefa. Los artificieros han traído el escáner portátil de rayos X y también lo han pasado por el detector de artefactos incendiarios; no han detectado nada.

—¿Están seguros? ¿No hay nada peligroso?

—Nada.

Nora se ríe aliviada. Al otro lado del teléfono, también hay risas de alivio y voces en inglés.

—Menos mal. ¿Estás en condiciones de abrir el paquete? ¿O prefieres que se lo pida a otra persona?

—¡Ni hablar! Quiero saber qué hay dentro: casi me mata de un susto. Espera...

Oye el crujido inconfundible del papel de estraza al romperse y después una pequeña exclamación de sorpresa.

—Oh, bueno... Desde luego, esto no es una bomba.

—¿Qué es?

—Parece un diario. Un cuaderno normal, con las tapas de color negro.

El diario de Lea. El corazón de Nora se acelera.

—Hay varias entradas y algunos dibujos y números. Le faltan páginas. Es como si se las hubieran arrancado —continúa Elio—. Está escrito en una mezcla de español e inglés, por lo que puedo ver. Tiene una nota dirigida a tu atención: «Te envío esto y la matrioska para que hagas lo que yo no puedo hacer, ojalá lo consigas. P. S.: Él está aquí, cázalo. Lea».

37

Martes, 10 de marzo

El yacimiento arqueológico de Urízar está a unos veinte minutos de la central nuclear. De vez en cuando, Nora mira de refilón a Irving, que tiene los ojos fijos en el camino embarrado.

—Me alegro de que al final hayas tenido tiempo de visitar el yacimiento antes de marcharte, aunque siento lo de tu vuelo.

—No hay problema, y tampoco tenía otra cosa que hacer. —Nora lamenta sus palabras nada más pronunciarlas, sabe que algunas veces es demasiado brusca con los demás—. Quiero decir que hay momentos en las investigaciones criminales en los que solo se puede esperar, y este es uno de esos momentos.

—Me alegro de que quieras esperar conmigo. Por cierto, esta mañana han llamado de prisiones para explicarnos que Balbea se ha fugado. ¿Es cierto?

—Quería llamarte yo misma para contártelo, pero he tenido un problema con mi ayudante en Lyon. —El todoterreno se desvía en una curva y entra en el bosque por un camino sin asfaltar—. Se ha fugado cuando unos desconocidos liberaban al preso que trasladaban en el furgón con él. Balbea ha aprovechado la oportunidad y se ha largado.

—Y no saben dónde está, genial... —Irving sujeta el volante con más fuerza.

—No creo que se le ocurra venir por aquí, pero te diré lo mismo que a mis hermanos: si le ves, tienes mi teléfono; llámame y después avisa a la Guardia Civil.

—Soy un hombre adulto, pero aún me da miedo. Y eso es algo que odio. Balbea, la Muerte. Y no es solo porque asesinara a mi padre y a esas otras personas, es que parece casi como si fuera sobrenatural...

—El hombre del saco. —Para mucha gente, su padre es otra de las criaturas de pesadilla que rondan las leyendas—. A mis hermanos y a mí nos sigue afectando, pero no creo que volvamos a verle, lo más probable es que ya esté en Francia o rumbo a Brasil.

El camino se vuelve más estrecho y el Rover se asoma peligrosamente al acantilado, una furgoneta aparece detrás de una curva.

—No podré dormir bien hasta que vuelvan a detenerlo, no te ofendas.

—No me ofendo —responde ella.

El Range Rover se sacude en un bache, Nora mira el espejo retrovisor, la furgoneta está más cerca ahora.

—¿Es un camino con mucho tráfico?

—¿Esto? No, apenas viene nadie por aquí: en invierno, tan solo los que trabajamos en el yacimiento.

—Creo que esa furgoneta blanca nos está siguiendo, estaba en la carretera principal y ha tomado el mismo desvío que nosotros.

—¿Qué? —Irving mira por el retrovisor—. ¿Por qué crees que nos sigue?

—Desde que volví, han sucedido algunas cosas extrañas: ya sabes que alguien se coló en el apartamento y robó algunas cosas de trabajo; también he recibido una amenaza por correo.

—¿Son ellos? ¿La banda?

—No lo sé, pero en este pueblo está pasando algo y el responsable no quiere a una agente de la Interpol haciendo preguntas.

Ahora la furgoneta está más cerca. Nora intenta distinguir al conductor, pero lleva la cabeza cubierta con un pañuelo y gafas de sol.

—No tiene matrícula, viene a por nosotros. Acelera, ¡vamos!

Irving pisa el acelerador y el Rover vuelve a asomarse al acantilado.

—Si acelero más, nos saldremos del camino.

El conductor de la furgoneta hace ráfagas con las luces para deslumbrarlos. Irving ajusta el espejo retrovisor interior.

—Quiere echarnos de la carretera.

—Nora, ¿qué hago? Tú estás entrenada, ¡dime qué hago!

La furgoneta sigue haciéndoles ráfagas, se acerca a ellos y los embiste; el sonido del golpe en la chapa es ensordecedor.

—¿Freno?

—No, no voy armada y no tendremos ninguna oportunidad si bajamos del coche. ¡Ahí! Hay un recodo.

Irving tiene el tiempo justo de frenar, apenas un par de metros de tierra fuera del camino. Nora consigue sujetarse para no golpearse contra el salpicadero. La furgoneta pasa a toda velocidad por detrás y continúa por el camino hasta que desaparece de su vista.

—¿Estás bien? —A Irving le falta el aliento y le arden las mejillas —. Nora... ¿estás bien?

—Sí, sí, estoy bien —responde por fin.

Pero su corazón late deprisa, necesitará unos minutos para retomar el control de sus emociones.

—Maldito psicópata...

Irving no puede evitar romper a reír. Nora sabe que es una reacción natural después de un shock; hay personas que ríen, algunos lloran, otros se desmayan...

—Menudo susto. ¿Seguro que estás bien? —insiste él, y la mira igual que cuando eran adolescentes: como si no hubiera nadie más en el mundo.

—Sí..., perfectamente —murmura Nora—. Será mejor que nos marchemos antes de que decida regresar.

Irving da marcha atrás y vuelven a la carretera.

38

Martes, 10 de marzo

El Range Rover deja atrás un pinar e Irving frena al llegar a una ladera.

—Creo que tendré que hacer una visita al taller, me temo que la mecánica no es lo mío —comenta Irving mientras se bajan del vehículo—. Vaya susto, aún me tiemblan las manos.

—Es por la adrenalina —responde ella.

—Ya, pues el corazón me late como si se me fuera a salir del pecho.

Nora sabe que es solo una frase hecha, pero aun así no puede evitar colocar la mano sobre su pecho, justo encima de su corazón; le parece que ahora late un poco más deprisa.

—Y dime, ¿has visitado un yacimiento arqueológico antes? —pregunta Irving con suavidad.

—No, aunque mi exnovio estaba obsesionado con las ruinas romanas y celtas que hay en Lyon; solíamos visitarlas casi todos los fines de semana.

Nora aparta su mano, está segura de que ha detectado una pequeña chispa de celos en los ojos castaños de Irving cuando ha mencionado a Anthony, pero no comprende bien por qué; a la mejor analista del comportamiento de la Interpol la confunden las señales más cotidianas.

—Ya, bueno, esto no es como las ruinas de Fourvière, ni el Odeón de Lugdunum. No es para turistas. Es una excavación en curso, así que ten cuidado con dónde pisas.

Desde donde están ahora, Nora puede ver dos carpas de color blanco y unas mesas en una explanada un poco más abajo. Cuenta casi veinte personas trabajando en la zona, todos bien abrigados y con botas de agua. Ella, sin embargo, aún lleva su gabardina totalmente inútil para el bosque.

—Es impresionante.

—Sí, aunque estaría mucho mejor si tuviéramos más fondos para contratar más personal. Alexander y yo hemos tenido que convencer a cuatro universidades diferentes para poder montar un equipo. Lo que descubramos aquí cambiará la visión que tenemos de los enterramientos en los pueblos antiguos. Esta puede ser la necrópolis más antigua de Europa —dice con vehemencia—. Perdona, me entusiasmo demasiado cuando se trata de mi trabajo.

—Lo entiendo, a mí también me pasa. Algunas veces mi trabajo me obsesiona.

«El trabajo es lo único que ordena mi mente y silencia el caos». Piensa, pero no se lo dice a Irving.

La zona del descubrimiento está señalada en el suelo con diferentes banderines de color rojo y algunos listones medidores con franjas de colores, parecidos a los que se utilizan para calcular el nivel de nieve. En el suelo embarrado hay una enorme franja de tierra excavada y reforzada con tablones; dentro, ocho personas trabajan con pequeñas herramientas.

—Cuidado, esa zona es más resbaladiza.

Irving baja con agilidad —es evidente que está acostumbrado— por una rampa de madera y extiende la mano para ayudarla a bajar. Nora siente las tablas hundiéndose en el barro al caminar sobre ellas

y se le acelera el corazón cuando se acerca a Irving antes de que él le suelte la mano.

—Ya está —dice él con una pequeña sonrisa—. Fíjate, en esta zona de aquí es donde tuvo lugar el primer hallazgo hace un año, fue por pura casualidad; un hombre de la zona paseaba buscando restos de la guerra, ya sabes: balas, monedas y cosas así, pero encontró las primeras piedras. Llamó a la Universidad del País Vasco para dar parte y ellos se pusieron en contacto con nosotros, y, menos mal, porque es un crómlech completo.

Nora se fija en las enormes piedras afiladas que se levantan hacia el cielo cubierto de nubes.

—Es parecido a Stonehenge.

Siente que ha dicho una verdadera estupidez; después de todo, ella no tiene ni idea de historia megalítica, pero el rostro de Irving se ilumina.

—¡Sí, eso es! —responde entusiasmado—. Un crómlech es un tipo de monumento funerario; es habitual encontrar tumbas importantes en los alrededores de esta clase de construcciones.

Por la disposición y la separación entre las piedras, es evidente que es obra del ser humano y no un capricho de la naturaleza.

—Me hablaste de una princesa.

—Sí, estamos muy emocionados. Es la tumba ritual más importante que hemos encontrado nunca, pero es un misterio, tenemos más preguntas que respuestas. Desde el Departamento de Arqueología nos están presionando para que demos una rueda de prensa con los primeros resultados. Esto no se paga solo y los arqueólogos siempre estamos buscando fondos para poder seguir excavando.

Nora avanza con cuidado vigilando bien dónde pisa para no estropear las marcas que el equipo ha trazado en el suelo. Un par de

jóvenes —de unos veinte o veinticinco años— con gruesos jerséis de lana se vuelven al verla pasar, pero sin mucha curiosidad.

—Estas personas que trabajan aquí, ¿son tus estudiantes?

—Algunos sí, otros son estudiantes de las otras facultades que forman la expedición, otros son voluntarios o están preparando sus tesis. Estoy seguro de que cuando publiquemos los resultados tendremos más ayudantes.

La franja excavada en la tierra se vuelve más ancha, las paredes están contenidas por tablones de madera. Ahí el olor a bosque y a turba es más intenso, y Nora piensa en esos paseos que daba con su padre por ese mismo bosque cuando era una niña.

«Hay un lobo en este bosque».

—Eso es el altar de sacrificios. Tiene una inscripción y aún pueden verse diferentes animales tallados: un buey, una oveja y un caballo.

La roca a la que se refiere Irving es tan grande como la mesa de la cocina del caserío de los Cortázar; está cubierta de musgo en la parte superior, pero en la zona excavada pueden apreciarse unas formas talladas en la piedra. Nora se acerca y distingue las figuras de una oveja y un caballo. Su corazón se acelera y roza con los dedos la silueta del caballo sujeto por el cuello, colgando de lo que parece una rama de árbol.

—Esto..., este dibujo del caballo, ¿qué representa?

Ya se ha publicado en la prensa que Mercedes Godoy ha sido asesinada en Lemóniz mientras cubría la historia de la joven de la central nuclear, pero el detalle del caballo colgado del árbol todavía es secreto.

—Es un sacrificio. Son habituales en inscripciones funerarias del norte de Europa; he visto inscripciones parecidas en Gales y en Escocia —explica él—. Los celtas sacrificaban animales en altares como este para obtener la protección de sus dioses durante fiestas

importantes. Seguro que has visto películas en las que un druida barbudo y con túnica le corta el cuello a una oveja y derrama su sangre sobre una piedra; no es muy exacto históricamente hablando, pero es algo parecido a esto.

Nora acaricia una vez más la silueta del caballo tallado en la piedra hace miles de años y lo siente tan presente como si acabara de suceder. Su mente traza las conexiones que solo ella puede entender.

—¿También realizaban sacrificios humanos? —pregunta de repente.

—Sí. Hemos encontrado pruebas de ello por toda Europa: enterramientos, restos humanos con signos de tortura. También era habitual el canibalismo ritual.

—¿Canibalismo ritual? En mi trabajo también es habitual encontrar individuos con esas tendencias.

—Ya, me lo imagino... —responde él con una media sonrisa—. Ahí está la tumba de la princesa, ¿quieres verla? Aunque te advierto que, después de estar un rato dentro, alguno de mis estudiantes se ha vuelto un poco obsesivo: empieza a correr el rumor entre el equipo de que la princesa tiene poderes sobrenaturales.

—¿Poderes? —Nora parpadea sorprendida.

—Sí, ya sé que suena raro, pero los arqueólogos no somos inmunes a creernos las leyendas y el folklore, forma parte de nuestro trabajo. Y más aún estando aquí, tan cerca del bosque en un lugar con tantas historias sobrenaturales; hay quien dice que Gaueko campa a sus anchas después de medianoche.

—Ya has oído el rumor, entonces.

Él asiente.

—Y para algunos es más que un rumor: una estudiante jura que ha sentido los ojos brillantes de Gaueko en la habitación del

albergue donde duermen —dice divertido—. El dios oscuro más poderoso del panteón vasco, Gaueko. Puede convertirse en cuervo o en una corriente de aire helado; si sales de casa después de medianoche, Gaueko se te llevará. De crío me daba un miedo de muerte.

—El dios antiguo en busca de almas después de la medianoche; todos los niños crecemos con miedo a Gaueko.

De momento, prefiere no recordarle a Irving el parecido entre Gaueko y la criatura que Maddi asegura ver en el jardín por las noches. Dejan atrás la piedra de sacrificio y bajan una pendiente. Están muy cerca de la excavación, pero Nora se siente aislada tan cerca del bosque y rodeada de árboles. Mira por encima de su hombro para asegurarse de que los estudiantes y el resto del equipo arqueológico todavía están allí.

—Mi teoría —explica Irving— es que escogieron este lugar para enterrarla porque es tranquilo y está alejado de otros poblados de la zona. Para que pudiera descansar en paz..., o porque les daba miedo.

—¿Miedo?

—Sí. En la tumba hay símbolos y dibujos que hacen referencia al movimiento del sol y a las estaciones del año. Le hemos enviado las fotografías a un colega experto en escritura antigua y jeroglíficos para que nos dé su opinión. —Irving hace una pausa y luego añade —: Cuidado al pisar ahí.

Nora le sigue a lo que parece ser el centro de la Tierra. La tumba es una fortificación con las paredes de piedra gruesa; en el interior del recinto, hay una habitación rectangular. El aire es frío y no llega la luz del sol, hay un plástico extendido en el suelo con distintos objetos colocados encima.

—¿La enterraron con todo esto? —Su voz rebota en las paredes de la tumba.

—Sí, cuernos de ciervo, algunas cerámicas para guardar lociones, una garra ceremonial de metal, plumas de cuervo, varios dientes de lobo y otros restos animales que aún no hemos podido identificar. Por eso fui a visitar a Arantxi: para pedirle su opinión.

—No sé si tu princesa se habrá sentido muy cómoda aquí durante casi tres mil años... Parece más una celda.

—El profesor Byrne cree que era una princesa temida y admirada por sus vecinos, por eso le construyeron esta tumba y la llenaron de tesoros: para que le acompañaran en la otra vida. Los antiguos celtas creían en el alma y en el más allá.

—El doctor Estrada, de la Universidad del País Vasco, me contó que está participando en la autopsia de vuestra princesa.

—Sí, es habitual en los yacimientos que despiertan mucha expectación, de hecho... —Irving hace una pausa, como si no se atreviera a terminar la frase—. Cuando encontramos a la princesa, nos pareció que había algo extraño en ella.

—¿Extraño? ¿A qué te refieres?

De repente, el olor a turba descomponiéndose y el frío del aire se hace más intenso, pero Nora intenta mantenerse centrada.

—Hemos tenido que trasladar parte del ajuar funerario a un lugar más seguro; creo que ya te expliqué que en la tumba encontramos joyas de bronce, tobilleras y un torque de oro. Sufrimos un par de robos las primeras semanas, así que al final lo trasladamos todo, pero eso no es lo más raro. —Irving señala una piedra en el centro de la tumba—. Es la estela funeraria de la princesa, su lápida. Hay un símbolo tallado, espera... Siempre dejamos una linterna aquí, por si acaso. —Coge una linterna del suelo e ilumina la piedra—. Es el dios Lug, uno de los dioses más poderosos para los celtas y otros

pueblos antiguos. Se le rindió culto por toda la península y media Europa. Fue tan importante que muchos lugares modernos aún llevan su nombre; por ejemplo, la fortaleza de Lug es la actual...

—Lyon —termina Nora.

—Sí, eso es, Lyon. ¿Cómo lo sabías?

—Oh..., mi ex..., con el que visitaba las ruinas, siempre me repetía que la ciudad había sido levantada sobre un antiguo asentamiento celta y romano.

—Lug representa la guerra, las cosechas y los cambios estacionales. Su nombre significa algo así como «el que brilla», aunque los académicos no terminamos de ponernos de acuerdo. —Irving se ríe en voz baja—. Es muy raro que aparezca en una estela funeraria. Esta mujer debió de ser muy respetada... o muy temida.

Nora piensa deprisa, su mente encaja las piezas desperdigadas como solo ella es capaz de hacer.

—¿Qué tenía ese dios de especial? Háblame de él.

—Bueno, a Lug se le relacionaba con los espíritus y las criaturas del bosque. Y también podía transformarse en lobo.

Nora se acerca para ver mejor el dibujo en la estela funeraria: parece un lobo que camina sobre sus patas traseras; es alto, con los brazos muy largos y lleva la cabeza de algo parecido a un lobo sobre los hombros. Su corazón late deprisa, sabe que ha descubierto una cosa importante.

—Tu princesa... ¿cómo murió? ¿Qué le pasó?

—En un sacrificio humano. La asesinaron.

39

Martes, 10 de marzo

Nora respira aliviada fuera de la tumba, el aire fresco del bosque la ayuda a recuperar el control de sus ideas. Piensa en la criatura de la estela funeraria —de pie sobre sus patas traseras—, en los sacrificios humanos, el canibalismo, el caballo ahorcado del árbol... Las piezas comienzan a encajar.

—Mira, ahí está Alexander, te lo presentaré. Él puede responder tus preguntas sobre enterramientos y ritos funerarios, es todo un experto. Ha publicado varios libros sobre el tema.

En la zona principal de la excavación hay una mesa protegida por un toldo que se balancea por el viento. Dos hombres discuten debajo de la carpa; lo hacen a un volumen tan alto que algunos estudiantes dejan lo que están haciendo para volverse hacia ellos.

—Ya estamos otra vez... —murmura Irving.

Los dos hombres suben el tono de la discusión.

—¡Esto es un error! Estamos perturbando un antiguo santuario, un sitio sagrado de enterramiento —protesta el más joven de los dos —. ¡Nuestro deber es protegerlo! Y en vez de eso, vamos a cortar árboles y asfaltar el camino para que los turistas puedan llegar hasta aquí con sus bocadillos y sus latas de cerveza. Y, para colmo, me entero de que planeáis trasladar algunas piezas y distribuirlas entre varias universidades como si fueran chatarra.

El otro hombre, rubio y de más edad, deja escapar un suspiro. Nora intuye que no es la primera vez que tienen esa discusión y recuerda que Beñat le habló de unas protestas relacionadas con el yacimiento.

—Le repito, profesor Acosta, que procedemos con el máximo respeto y solemnidad cuando se trata de una tumba.

Acosta sacude la cabeza.

—¡He visto Stonehenge! Se ha convertido en un parque de atracciones.

—Usted trabaja para la universidad, sabe bien que para conseguir fondos hacen falta resultados, y si estos van acompañados de publicidad y buena prensa, no veo el problema. Debemos hacer concesiones para poder seguir investigando: es el mal de los arqueólogos.

Los dos hombres se quedan en silencio, un momento que Irving aprovecha para decir:

—Nora, te presento al doctor Alexander Byrne; dirige los trabajos de excavación conmigo.

Alexander Byrne no parece haber cumplido los cincuenta —aunque es difícil saberlo con seguridad, porque es de esas personas que mantienen un aspecto juvenil—; su piel tiene el bronceado de quienes trabajan al aire libre y su pelo rubio está aclarado por el sol. Lleva unas gafas negras de montura redonda que resaltan sus ojos claros.

—Nora Cortázar, un placer. Irving me ha hablado mucho de usted.

Byrne le tiende la mano.

—Encantada.

—Lo mismo digo —responde con una sonrisa—. Irving, tienes mala cara.

—Ya, hemos tenido un pequeño percance en la carretera: un lunático nos ha perseguido.

Los ojos azules de Byrne se agrandan.

—¿Qué? ¿Y estáis bien?

—Sí, el Rover se ha llevado la peor parte.

—Serán los mismos que nos han robado algunas piezas de la excavación —se lamenta Byrne—. Precisamente ahora manteníamos una discusión académica al respecto. Le presento a Eduardo Acosta, profesor titular de Arqueología en la Universidad Autónoma de Madrid.

—Mucho gusto.

Nora estudia sus encendidos ojos castaños, sus pobladas cejas y la barba que asoma en su mandíbula. Calcula que rondará los cuarenta años.

—Se supone que la excavación no está abierta al público —protesta Acosta—. ¿Es usted otra de las admiradoras del doctor Westland que viene a hacer el *tour* privado?

—Ninguna de las dos cosas —responde Nora con frialdad—. Soy profesora.

Prefiere que Acosta no sepa por el momento que es agente de la Interpol.

—El profesor Acosta es uno de nuestros colaboradores más experimentados, ha trabajado en yacimientos por media Europa y Latinoamérica —interviene Byrne—. También es un ferviente defensor de mantener los hallazgos arqueológicos intactos, aunque eso signifique que no puedan visitarse en museos.

Acosta hace un gesto con las manos.

—¡Ya vale, Alexander! No estamos hablando de museos. Queréis desmontar esta tumba piedra a piedra y llevárosla de gira como si fuera Mick Jagger. ¿Qué pasaría si voy a un cementerio y decido

llevarme los cadáveres y las lápidas? Sería un escándalo. —Da un paso amenazante hacia Alexander—. Esto no quedará así, Byrne. Los muertos deben descansar en paz.

Acosta se aleja hasta donde están aparcados los coches y las furgonetas, se sube a uno de los autos dando un portazo y arranca haciendo derrapar las ruedas en el barro al salir.

—Espero que el profesor Acosta sea más paciente con sus alumnos —murmura Nora, pensando en los suyos de Criminología Avanzada.

—Acosta es un gran profesor, de los mejores, pero puede resultar un poco...

—¿Tosco?

—Apasionado —termina Alexander con una media sonrisa—. Está convencido de que caerá sobre nosotros una maldición si perturbamos a los muertos. Creo que se ve a sí mismo como una especie de Indiana Jones.

—Byrne responderá mejor que yo a tus preguntas sobre enterramientos, pero, si no te andas con cuidado, te hará comprar su libro, igual que a sus alumnos —interviene Irving.

—Me interesa la criatura tallada en la estela funeraria, la que tiene cabeza de animal.

—Es el antiguo dios Lug —responde Byrne—. Incluirlo en la estela funeraria indica que la princesa estaba relacionada con los lobos o con los espíritus de la noche. Por eso decidieron añadirlo a su tumba, como un recordatorio.

—¿Un recordatorio de qué?

Byrne le dedica una pequeña sonrisa.

—De que ahí descansa alguien poderoso. Y la princesa no es la única, no soy experto en folklore y leyendas, como Irving, pero en

esta zona abundan las historias sobre lobos, dioses antiguos y *cambiaformas*... En el País Vasco lo llamáis...

—Gaueko —termina Nora.

«Hay un lobo en este bosque». De repente, las palabras de Balbea parecen más que una casualidad.

—Seguramente, Gaueko, el temible dios de la noche de los vascos, es un equivalente de Lug. —Alexander hace un gesto con la cabeza cuando unos alumnos le llaman desde la excavación—. Perdóneme, el deber me llama. Encantado, profesora Cortázar.

Ella le observa bajar la rampa con su andar despreocupado para reunirse con sus alumnos en la franja excavada de tierra.

—El profesor Byrne parece agradable —comenta cuando están solos.

—Sí, es coordinador de estudios de historia antigua en Oxford. Nos conocimos allí hace varios años. Tengo suerte de compartir la dirección del yacimiento con él; este trabajo no siempre es fácil, el presupuesto es pequeño y no todo el mundo comprende la importancia de los hallazgos arqueológicos.

—Lo que ha dicho Eduardo Acosta sobre ser una de tus admiradoras...

—Lo lamento, ha sido bastante incómodo.

—No lo digo por eso. —Ella hace un gesto con la mano, ahora está centrada en el caso—. Lo que quiero saber es: ¿trajiste a Lea a la excavación? Sé que pasabais tiempo juntos, pero... ¿visitó Lea el yacimiento?

—Sí, Lea estuvo una vez, sentía curiosidad. Su prima Clara estudiaba Arqueología en Aberdeen. Creo que la arqueología y los yacimientos hacían que se sintiera más cerca de su prima. Lea era hija única; Clara era como su hermana pequeña.

—Sé que han pasado muchas cosas, pero ¿recuerdas el día que Lea visitó el yacimiento? ¿Cómo estaba? Cualquier detalle puede ser importante.

Irving frunce el ceño pensativo.

—Ahora que lo pienso, fue un poco raro... Al principio, todo fue normal: le gustó la tumba de la princesa y el altar, pero enseguida empezó a actuar de forma extraña.

—¿Cuándo fue eso, más o menos?

—Hace unos dos meses. ¿Por qué lo preguntas?

Nora piensa deprisa. Según Helena, la doctora a bordo de la Gaviota, Lea afirmó haber visto al asesino de Clara hacía dos meses. Si Lea visitó la excavación por esa misma época y comenzó a actuar raro justo después, es posible que viera algo extraño allí..., o que viera a alguien.

«Sigue las pistas, *otsoko*».

—Ahora tengo que marcharme.

—Oh, tan pronto —hay un tono de decepción en su voz—. ¿Quieres que te lleve? No me importa acercarte.

—No es necesario, iré caminando hasta el puesto de la Guardia Civil, no está lejos y necesito pensar, pero... me gustaría volver a verte antes de regresar mañana a Lyon —dice Nora. Siente que siempre se está despidiendo de él, y eso le rompe el corazón.

—Me encantaría. Ven a casa antes de marcharte y tomamos un café.

—Prometido.

Nora se aleja. A su espalda, las voces y los sonidos de la excavación se funden con el murmullo del bosque ayudándola a pensar; de repente está segura de algo: Lea vio al asesino de su prima en la excavación.

40

Martes, 10 de marzo

Nora está en el apartamento terminando el informe preliminar del caso. No es su trabajo, pero mañana se marcha de Lemóniz y quiere asegurarse de que Bermejo —o quien se haga cargo de la investigación— tenga todas las pistas. Ha añadido también un perfil psicológico provisional del asesino de Lea y de Mercedes Godoy:

> Hombre, con antecedentes violentos —puede que en su juventud o adolescencia—, impulsivo y oportunista; escalada de violencia en aumento: primero animales y ahora personas. Seguramente, ha tenido problemas de desarrollo emocional o físico en su infancia. Obsesionado con un ritual muy específico —lazo rojo y mordiscos—. Preferencia por un tipo concreto de víctima: mujer, joven. Conoce bien la zona y el bosque, actúa de noche. No es un agresor sexual —aunque puede haberlo sido en el pasado—. No tiene miedo de que lo atrapen y no se detendrá hasta que lo arresten.

Su Motorola protesta sobre la mesa.

—Investigué las denuncias y atestados relacionados con furgonetas blancas por la zona como me pidió, jefa —le dice Bermejo al teléfono.

Después de que una furgoneta de color blanco casi los haya matado, le ha pedido a la agente que consulte los expedientes de tráfico.

—¿Ha encontrado algo?

—No hay multas ni denuncias de robos que encajen con el color y el modelo que me dio, y sin la matrícula es casi imposible encontrar nada... Sin embargo, un compañero hizo una advertencia verbal que después anotó en el parte: hace unas noches le dio el alto a una furgoneta blanca porque el vehículo circulaba muy deprisa por la carretera de la costa.

—Es él, seguro. ¿Qué pasó?

—El conductor dijo que no era de la zona y que no sabía lo peligrosa que era esa carretera. Al agente le extrañó comprobar que había varias mujeres en el interior de la furgoneta, pero el hombre dijo que eran un grupo musical y que regresaban de dar un concierto en las fiestas de un pueblo cercano.

—¿Tomó nota de la matrícula o del nombre del conductor?

—No, jefa. Incluyó el aviso en el parte de esa noche, eso es todo.

—Maldita sea... —suspira frustrada, antes de recordar que Bermejo sigue al teléfono—. Gracias, cabo, lo ha hecho bien.

Cuelga. Cuando va a cerrar el portátil de mala gana, ve que tiene un mensaje de Elio:

> He pasado la lista con los nombres de la excavación al Departamento de Antecedentes y Pasaportes. Aún nada. El diario ha salido rumbo a Bilbao en el correo de la tarde, debería estar allí mañana a primera hora. Yo estoy bien, aunque todavía tiemblo del susto. Vuelve pronto, jefa. E.

Nora le pidió a su ayudante que le enviara el diario cuanto antes para poder empezar a leerlo de camino a Lyon. Esta tarde, también le ha pedido que haga una búsqueda de antecedentes de todas las personas relacionadas con el yacimiento de Urízar. Está segura de que Lea vio al asesino de su prima en la excavación.

Se quita las gafas y se frota el puente de la nariz; está cansada, siente que pierde el control de sus emociones y eso le hace cometer estupideces.

«Respira, dentro de quince horas te habrás marchado... Te habrás marchado sin descubrir la verdad, menuda cazadora estás hecha...».

Ella sabe mejor que nadie —y así se lo enseña a sus alumnos— que algunos casos nunca se cierran. Hay crímenes que tardan años o décadas en resolverse, hasta que la ciencia forense o las técnicas policiales avanzan y los investigadores dan con una pista que los conduce por fin al culpable. Aunque no siempre sucede. El caso del Príncipe Azul consume cada minuto de su vida desde hace tres años, y empieza a temer que los asesinatos de Lemóniz se conviertan en otro caso sin resolver.

Oye algo y sale del apartamento en pijama; fuera está oscuro y la niebla cubre el jardín trasero. Camina hasta la línea invisible que separa la propiedad familiar del bosque; no hay una valla para dividir el terreno conquistado del salvaje, pero Nora se detiene justo en ese punto. Siempre le ha dado miedo el bosque, lo evita desde que era una niña —y también desde que regresó—, por eso mismo su padre la obligaba a ir con él en sus paseos: para que dejara de tenerle miedo.

«Los lobos no tienen miedo, *otsoko*».

Pero hay otro motivo.

«Él estaba justo aquí esa noche, cuando le viste salir de entre los árboles con el arma con la que después mató a Fred Westland. Así descubriste que tu padre es un asesino, aunque ya lo sospechabas, ¿verdad, Nora? Lo sospechabas, porque tú también eres un lobo, una cazadora como él».

El tono de llamada en su móvil interrumpe sus pensamientos.

—¿Hola?

La voz tarda un momento en responder.

—Jefa Cortázar, soy el doctor Estrada, el forense de la universidad del País Vasco. ¿Me recuerda?

Imposible olvidar a Estrada, con su pajarita y sus gafas.

—Sí, claro, doctor. ¿Qué sucede?

—Oh, bueno, sé que es un poco tarde, pero no hay paz para los malvados. —Estrada deja escapar una risita—. Perdone que la llame sin avisar, pero, mientras realizaba la autopsia a la señora Godoy, he encontrado algo que podría ser relevante para la investigación. Sé que se marcha mañana y quería contárselo, porque intuyo que para usted este asunto es algo personal. No lo digo como algo negativo: las cosas personales hacen que todo nos importe más; yo estoy a favor de las cosas personales.

Nora sonríe en la oscuridad; ese excéntrico forense le resulta simpático.

—Dígame, ¿qué es lo que ha encontrado?

—Verá, ¿recuerda que estuvimos hablando de la princesa? Trajeron sus restos a la universidad para que le realizáramos algunas pruebas. No quiero aburrirla con los detalles, pero mi opinión profesional es que la princesa murió asesinada.

—Bueno, su caso es un poco antiguo como para que yo me haga cargo de la investigación, me temo —responde ella—. Pero, sí, ya estaba al corriente de que la joven de esa tumba había sido víctima de un crimen violento. Fue víctima de un sacrificio humano, según Westland. ¿Qué es lo que le preocupa?

—Es el modo en que la mataron...

—Puede hablarme con total libertad, he visto todo tipo de cosas raras en mi trabajo.

«Y fuera de tu trabajo también, ¿verdad Nora?».

Sacude la cabeza para apartar esos pensamientos.

—Verá, hemos hecho radiografías y fotografías de los restos de la princesa —comienza a decir—. La joven fue asesinada de la misma manera que la señora Mercedes Godoy y la señora Lea Odell. Las

heridas de las tres mujeres coinciden: tres cortes profundos en la zona del abdomen con arma desconocida. Aún pueden verse las marcas que el arma dejó en sus costillas.

—¿Las tres fueron asesinadas con el mismo tipo de arma? —pregunta ella.

—Sí. Y hay algo más: hemos encontrado marcas de mordiscos en su clavícula, igual que en las dos víctimas actuales. Son dientes humanos.

—Las tres mujeres fueron asesinadas siguiendo el mismo ritual. ¿Cómo es posible que una joven de hace tres mil años tenga las mismas heridas que dos mujeres asesinadas en el presente? ¿Qué pasa con la bala que encontró en el cráneo de Lea?

—Pertenece a un arma pequeña, un revólver, seguramente. He adjuntado las fotografías de los restos del proyectil en mi informe para que puedan compararlo con las bases de imágenes, por si acaso aparece el arma. No hemos encontrado ninguna herida de bala en el cadáver de la señora Godoy.

—Pero eso no tiene sentido. A menos que... —El cerebro de Nora trabaja a toda velocidad—. ¿Cree que alguien disparó a Lea y después le hizo esas heridas para ocultarlo?

—Ese misterio se lo dejo a usted. Lo mío son las pruebas científicas, aunque me encantaría llegar al final de este enigma —admite él—. En fin, buenas noches.

Nora se despide del forense y cuelga el teléfono, pero sabe que algo se le escapa.

«No. Algo no está bien. Esto no tiene sentido. El patrón no coincide». Lo sabe igual que si viera una serie de números desordenada o un puzle al que le faltan piezas. Su mente busca el orden en el caos.

«Sigue las pistas, *otsoko*».

Toma una bocanada de aire oscuro y da media vuelta para volver a entrar en la casa. Justo en ese instante, desde el bosque le llega el aullido de un lobo.

41

Martes, 10 de marzo

Esa noche, Nora sueña que vuelve al bosque. Está de pie al final del jardín y Estrada le cuenta por teléfono que los restos del proyectil en el cráneo de Lea pertenecen a un revólver. Su mente se ha quedado atascada en la conversación, justo cuando las piezas dejan de tener sentido y ella pierde el control. Los patrones no están claros. El sueño es tan real que puede sentir el frío que sale del bosque y la niebla enredándose en sus pies descalzos. El bosque le da miedo —siempre lo ha temido—, pero ve a su padre caminando entre los árboles un poco más adelante. Balbea es joven otra vez, pero viste igual que en el funeral de su madre —con ese largo abrigo negro—, y le dedica una media sonrisa de lobo. Es la sonrisa de un monstruo o de un cazador, igual que la propia Nora.

—*Aita*..., no, no entres en el bosque. Él está ahí —dice con voz de niña.

—No tengas miedo, *otsoko*. Él no te hará daño porque tú eres especial. Vamos: entra en el bosque.

Nora da un paso hacia los árboles, pero duda: tiene miedo. Junto a su padre ve a una mujer con el pelo largo y rubio; le falta la mitad del rostro, pero reconoce a Lea, su mejor amiga de la infancia..., su única amiga.

—Lea, no entres en el bosque, él está ahí y te matará. Mira lo que te ha hecho...

—Sigue las pistas, *otsoko*. Encuéntrale —le pide su amiga.

Después Lea la mira una última vez con su rostro de pesadilla y se adentra en el bosque con su padre.

Se despierta en la cama del pequeño apartamento; respira deprisa, busca la luz a tientas, pero, cuando la habitación ya está iluminada, aún puede sentir la niebla helada en el rostro.

42

Miércoles, 11 de marzo

En el taxi que la lleva al aeropuerto suena una canción en español, el taxista la tararea, pero Nora no la reconoce.

«Demasiado tiempo viviendo fuera», piensa mirando por la ventanilla. Se aleja de Lemóniz y la silueta de la central nuclear se hace pequeña en el horizonte. Se ha despedido de sus hermanos —otra vez— en la puerta del caserío familiar. Oliver le ha asegurado que irá a visitarla en verano para conocer Lyon y Beñat ha prometido llamarla por teléfono cada semana. Es un avance.

«No veías el momento de largarte y ahora has tenido que contener las lágrimas al despedirte de tus hermanos. Presta atención, *otsoko*. Tú no lloras, tú eres la cazadora». Otra vez esa voz en su cabeza. Suena como la de su padre cuando paseaban por el bosque y él le enseñaba a cazar, a encontrar el rastro de una presa siguiendo sus huellas, pero no solo animales; su padre también le enseñó a cazar monstruos.

«*Otsoko*, tú eres especial. Mi pequeña loba».

Nora baja la cabeza. Las imágenes de la pesadilla de anoche todavía revolotean en su mente: Lea pidiéndole justicia con su rostro desfigurado, su padre llamándola desde el bosque... No ha podido dejar de pensar en ello, de intentar encontrar el orden en el caos.

Tiene el diario de Lea sobre su regazo. Lo ha recibido a primera hora de la mañana y lleva hojeándolo desde que se ha subido al

taxi. En el sobre, junto con la libreta, había una nota de Elio: por lo visto, un error en el reparto de paquetería interna había hecho que el envío se separase en dos —el paquete con la matrioska, por un lado, y el que llevaba el diario, por otro, días después—. Además, como ya le había avisado su ayudante, al diario le faltan algunas páginas, que parecen arrancadas.

«¿Por qué arrancaste estas páginas, Lea?».

Es evidente que estaba obsesionada con el asesinato de Clara. La libreta rebosa de pistas, mapas, teorías y algunos recortes de prensa relacionados con el caso. Avanza hasta las últimas páginas e intuye el cambio en Lea del que todos hablan: su escritura se vuelve pequeña y casi ilegible. Y ya no escribe sobre Clara o Aberdeen: ahora las páginas están repletas de tablas de mareas, fechas, calendarios solunares, series de números y palabras escritas en lo que parece alfabeto cirílico, aunque Nora no es experta y necesita un traductor para darle sentido a las anotaciones de Lea, alguien experto en escritura y códigos. Pero hay una frase en español que se repite: «Él está aquí».

«Encuéntrale», le decía Lea en su sueño.

En la última página del diario, hay un dibujo; su corazón se acelera al verlo: es una matrioska.

—Ayúdame a entenderlo, Lea. ¿Qué es lo que querías decirme? —murmura en el asiento trasero del taxi.

El taxista la mira por el espejo retrovisor.

—¿Todo bien, señora?

—Sí, todo bien.

Pero Nora no está bien; su madre ha muerto sin que ambas hayan podido perdonarse, tiene una entrevista que podría retirarla para siempre de su trabajo —un trabajo que adora y que es toda su vida—, y para colmo siente que huye de Lemóniz otra vez, y sin

haber resuelto el asesinato de su amiga. Está muy lejos de encontrarse bien.

La carretera se vuelve más ancha y su teléfono móvil suena.

—Elio, estoy de camino al aeropuerto. Mañana estaré en la oficina...

—Jefa, ¿todavía estás en la zona? Escucha, ha llegado el informe de antecedentes que solicitaste sobre los trabajadores de la excavación.

«Él está aquí». ¿Se refería Lea a alguno de los trabajadores del yacimiento?

—Casi todos son de familias con dinero, buenos estudiantes y muchos son extranjeros, así que ha sido sencillo dar con sus fichas de pasaporte y sus antecedentes —continúa Elio—. Tu amigo, Irving Westland, está limpio.

Nora suspira aliviada. Sabe que Irving es el mejor sospechoso del asesinato de Lea, lo ha sabido todo el tiempo: es un hombre con un pasado traumático, una vida nómada, experto en antropología y folklore, familiarizado con la zona; además, conocía a la víctima.

—Su colega, el profesor Alexander Byrne, también está limpio, aunque tiene varias multas de tráfico sin pagar...

—Las multas de tráfico no son competencia de la Interpol. ¿Qué más has descubierto?

—Bueno, algunos estudiantes y voluntarios tienen los típicos delitos de jóvenes: un par de protestas pacíficas, cargos menores por alteración del orden y uno por exhibicionismo... Parece que los arqueólogos sí que saben divertirse —murmura Elio—. Pero hay uno que destaca; me pediste que buscara a alguien con un pasado con delitos violentos. Eduardo Acosta es profesor adjunto en la Universidad de Madrid.

—Le conozco, ayer estaba discutiendo con su jefe de un modo muy vehemente. ¿Qué pasa con él?

Elio tarda un instante en responder:

—Intentó matar a su madre.

43

Miércoles, 11 de marzo

El taxi se detiene en el arcén, cerca del camino que baja hasta la central nuclear.

—¿Está segura de que quiere que la deje aquí, señora? —pregunta el taxista—. Si es solo para unos minutos, puedo esperarla en el coche, no me importa.

—Sí, aquí está bien, gracias.

—Sabe lo de esas chicas que han matado en la zona, ¿verdad? Hay un asesino en serie suelto.

Nora asiente a su pesar.

—Sí, ya lo sé.

Se baja del coche, coge su bolsa de viaje y ve cómo el taxi se aleja por la carretera. Dispone de una hora más antes de que sea demasiado tarde para embarcar rumbo a Lyon, y la llamada de Elio sobre los antecedentes de Eduardo Acosta le ha dado una idea; además, no quiere marcharse sin despedirse de Irving. Otra vez. El taxi la ha dejado frente a la casa de los Westland. Está tal como la recordaba, aunque las ventanas son modernas, el tejado está arreglado y el jardín lateral ya no está lleno de zarzas. Por lo demás, apenas ha cambiado. Siente que tiene dieciséis años otra vez y que Irving Westland está a punto de darle su primer beso.

Ve a la pequeña Maddi sentada en las escaleras de entrada.

—¿Está tu padre en casa?

La niña no responde, pues está ocupada dibujando algo, sus dedos manchados de pinturas de ceras.

—¿Qué estás dibujando? Es muy bonito.

Siempre se ha sentido extraña hablando con niños, pero la pequeña es diferente de una manera que Nora solo puede intuir. Maddi levanta la vista de su obra de arte.

—*Otsoa*. Volvió a visitarme la otra noche. Mira: aquí está de pie en el jardín y después se marcha de vuelta al bosque, pero antes me saluda haciendo «así» con la mano, porque ya somos amigos... —Maddi habla de esa forma en la que se explican los niños, en la que todo parece real—. Es como un dibujo que hay en los libros de *aita*. Se supone que no puedo mirar esos libros porque me dan pesadillas, pero él lo dejó abierto en el sofá un día y yo lo vi sin querer.

—Entiendo, no se lo contaré a tu padre si tú no lo haces.

Maddi se lleva el dedo a los labios para hacer el gesto de «silencio», ella la imita y las dos cierran una promesa.

—¿Puedo ver mejor tu dibujo?

La pequeña le entrega el papel garabateado. En el dibujo distingue una criatura antropomórfica levantada sobre sus patas traseras. Se parece mucho a la talla en la estela funeraria de la misteriosa princesa.

—¿Le has visto aquí, en el jardín? ¿Puedes contarme cómo es?

—Es muy alto, más que *aita*. Sus brazos son largos y los lleva colgando así. Le llegan casi por las rodillas. ¿Lo ves? Igual que en mi dibujo. Y lleva algo en una mano.

Siente un escalofrío al ver la figura dibujada con trazo infantil; es anormalmente alto, los brazos muy largos, la espalda encorvada y cubierto de pieles de animales. No es la primera vez que Nora lo ve.

«No tengas miedo, *otsoko*...». Nora sacude la cabeza para apartar ese recuerdo de su mente. «No, ahora no», se dice.

Maddi se coloca un tirabuzón rubio detrás de la oreja y se mancha la mejilla de color azul sin querer.

—Lo veo desde la ventana y a veces también en mis sueños. Viene a verme por las noches. Hay que creer en el lobo para verlo, pero *aita* no cree. ¿Tú crees en el lobo?

—Sí, yo creo —responde Nora—. Creo en el lobo porque yo también lo he visto.

«Hay un lobo en este bosque».

La puerta de la casa se abre e Irving sonríe, sorprendido al verla.

—Nora, hola. ¿Has venido a despedirte?

—Oh, sí... —admite ella—. Y también quería hablar contigo de un asunto antes de marcharme.

—Claro, entra y charlamos. Y, si tienes tiempo, podemos tomarnos ese café que me prometiste.

—Me encantaría.

44

Miércoles, 11 de marzo

Desde el jardín de los Westland se ve el mar y los reactores de la central nuclear. Nora ha tenido que armarse de valor para entrar en la casa, así que ahora agradece estar al aire libre, a pesar del frío de marzo.

—Así que alguien de mi excavación tiene un pasado criminal, pero ¿no puedes decirme quién es?

—Eso es. Esa persona tiene un delito violento en su expediente, pero no puedo revelar su nombre mientras la investigación esté abierta, va contra las normas.

Contarle que Eduardo Acosta tiene antecedentes iría contra la ley (y también contra la ética profesional de Nora). Además, aún queda mucho por corroborar; entre otras cosas, Elio le ha asegurado que el pasaporte de Acosta nunca ha pasado por la frontera en el Reino Unido.

«Si Acosta asesinó a Clara en Aberdeen hace ocho años, ¿cómo cruzó la frontera sin que conste en su pasaporte?». Nora no deja de pensar en ello.

—Supongo que eso explica lo de los robos. —Irving la saca de sus pensamientos—. Como te conté, después de que desaparecieran varias piezas, tuvimos que trasladar parte del tesoro a un lugar seguro: un aula de formación de la universidad, pero esta mañana he descubierto que esas piezas nunca llegaron allí. Alguien las robó.

—¿Son objetos valiosos?

—Algunas piezas de oro, bronce, ámbar y cerámicas... Su valor es académico, sobre todo. Ah, y también ha desaparecido la garra ceremonial de la que te hablé, era la pieza más interesante de todas.

—¿Has hablado con la policía de esto? Con el sargento Gómez-Moreno.

Irving le dedica una media sonrisa.

—No te ofendas, pero, después de todo lo que pasó con nuestros padres, no confío mucho en la policía.

—Ya...

—¿También me has investigado a mí? —pregunta él de repente.

—Sí, y a tu colega Byrne, los dos estáis limpios. Aunque Alexander tiene algunas multas; será mejor que no se acerque por Bélgica si no quiere tener que abonar una fortuna en multas de aparcamiento.

Se ríe despreocupado.

—La casa ha quedado genial, muy bonita —comenta ella—. Cuando éramos pequeños, este jardín era...

—Era un absoluto peligro, no hace falta que lo suavices —termina Irving—. Ahora todo está arreglado, gracias a Manuel; ha hecho un buen trabajo con las reparaciones.

—¿No te cae bien el marido de tu madre? —Nora se muerde la lengua, no tenía que haber dicho nada—. Lo siento, es que me he dado cuenta de que no te gusta mucho, por la manera en la que has dicho su nombre.

—Sí que eres buena leyendo a las personas, ahora entiendo por qué se te da tan bien pillar asesinos. —Irving mira a su hija, que parece entretenida con algo que ha visto en el suelo.

—¿Qué te preocupa?

—Maddi, claro. Cuando se trata de ella, me preocupa todo. Cuidar de una niña es lo más difícil que he hecho nunca, y ella es... especial, y no solo por su problema en el oído.

Nora ya ha notado que hay algo diferente en la pequeña Maddi, aunque todavía no puede decir qué es.

—No sé mucho de niños, pero a mí me parece que es bastante feliz. —Hace una pausa para preguntarle lo que quiere saber—. Me ha dicho que el lobo ha vuelto a visitarla. ¿Sabes qué noche fue?

Irving la mira de refilón.

—Tú siempre persiguiendo monstruos, qué idiota soy: de verdad pensaba que habías venido a despedirte de mí. —Irving se aparta de ella—. Fue hace dos noches; lo recuerdo porque Maddi vino a mi habitación de madrugada y me lo contó. Dijo que lo había visto aquí, en el jardín. Me asomé a la ventana, pero no vi nada, había niebla y Manuel todavía no ha instalado los focos automáticos.

Hace dos noches asesinaron a Mercedes Godoy.

—¿He respondido ya a todas sus preguntas, agente?

Le ha molestado, puede ver el dolor en sus ojos. Nora mira su reloj: tiene media hora para llegar a tiempo al embarque de su vuelo.

—¿Tienes que marcharte ya? —pregunta Irving, más suave ahora.

—Dentro de cinco minutos.

—Lo siento, no he debido hablarte así —se disculpa él—. Sé que es tu manera de entender el mundo, igual que siempre vistes con algo de color verde.

Ella se mira el suéter fino de color verde que lleva puesto. Irving es casi la única persona en su vida con la que nunca se ha sentido incómoda; a él jamás le ha molestado su extrañeza, sus manías o que ella le mire intensamente en cada conversación. Siempre le gustó que Nora fuera diferente.

—No quiero que nos despidamos estando enfadados; no otra vez.

—Yo tampoco quiero —admite ella, casi en un susurro. No es buena con los sentimientos—. Y ojalá hubiera podido hacer algo más por Lea, me habría gustado detener al culpable.

Recuerda su sueño —Lea pidiéndole justicia entre la niebla—, pero todo se desvanece cuando Irving le coge de la mano.

—Sé que vas a atraparlo. Eso es lo tuyo: capturar a los monstruos; lo haces desde que eras una niña.

No siempre le gusta el contacto físico, pero con él es diferente; mira su mano y no tiene el valor de contarle la verdad, que pudo haberle salvado la vida a su padre.

—Hay una cosa en la que no dejo de pensar —comienza a decir ella—. El dibujo en la estela funeraria de tu princesa se parece mucho a los dibujos de tu hija.

—Lug era uno de los dioses más populares. Ya te lo dije: lo más probable es que Maddi lo haya visto en uno de mis libros y que por eso lo dibuje.

—Tengo más preguntas sobre sacrificios humanos; no es que abunden los especialistas en folklore. ¿Podríamos hablar la semana próxima? Le diré a mi ayudante que organice una llamada, también con tu colega, Byrne.

—Encantado de ayudar, y seguro que Alexander también: ha leído tus libros, me extraña que no te haya pedido que se los dediques. —Irving se pone serio y añade—: ¿Crees que los asesinatos están relacionados con antiguos rituales paganos?

—Los lazos de color rojo, ¿tienen algún tipo de significado en esos rituales? —pregunta ella, evitando responder.

—Sí, se han encontrado lazos en lugares de sacrificio. Los pueblos antiguos daban mucha importancia al cambio de estación y usaban lazos de color rojo para marcar sus sacrificios. Después ingerían las

vísceras de sus sacrificados: creían que al hacerlo podían predecir el futuro.

—Ingerían las entrañas de sus víctimas para ver el futuro —murmura Nora. Eso encaja demasiado bien con los detalles del caso —. ¿Y cuándo llevaban a cabo ese ritual? Los lazos rojos, ingerir las vísceras, los sacrificios humanos...

—Sobre todo durante la celebración *Ostara*.

—¿*Ostara*? ¿Eso qué es?

—*Ostara*, *Eostre* o *Easter* es como llamamos ahora a la Pascua en inglés, la primavera. El equinoccio de primavera —dice él—. Representa el fin de la noche. Los pueblos antiguos sacrificaban humanos y animales para celebrar el fin de la noche y el regreso de la luz.

Nora piensa deprisa en todo lo que Irving acaba de decir: los sacrificios humanos, el equinoccio, el lazo rojo...

—El equinoccio, ¿qué día es?

—Lo determina la posición de la Tierra respecto al Sol: no tiene una fecha fija, suele ser entre el 19 y el 21 de marzo. La primavera comienza con el equinoccio. Equinoccio significa «igualación con la noche». Ese día, la oscuridad y la luz duran lo mismo. Este año en concreto, será el 21 de marzo.

—El 21 de marzo, eso es...

—Dentro de diez días —termina Irving.

—Eso es lo que está haciendo: sacrifica a sus víctimas para el *Ostara*. Es su ritual, lo que le motiva para matar.

Nora habla deprisa. Sabe cuándo ha encontrado el patrón de un asesino en serie y siente que acaba de hacerlo.

—El asesino mata siguiendo el ritual antiguo del sacrificio para la fiesta de *Ostara*: las heridas, los mordiscos, el lazo rojo... El mismo

ritual con el que fue sacrificada tu princesa. Se mueve por el cambio de estación.

—Pero eso significa... —dice Irving.

—Que debo darme prisa. Es muy posible que tras el equinoccio desaparezca hasta la siguiente estación. —Hace una pausa y después sentencia—: Tengo diez días para cazarle.

45

Miércoles, 11 de marzo

Llega tarde. Nora le ha pedido al taxista que conduzca tan deprisa como pueda hasta el aeropuerto, pero empieza a lamentar sus palabras; han estado a punto de salirse de la carretera en una de las curvas que serpentean entre colinas y bosques.

«El equinoccio es el 21 de marzo. El asesino ya debe de estar buscando otro sacrificio».

Está tan oscuro que el taxista ha encendido los faros; llueve y los limpiaparabrisas trabajan a destajo.

—Menudo tiempecito, ¿eh? Ya llevo ocho años viviendo en Bilbao y no me acostumbro a la lluvia y la niebla, yo soy de Málaga. Lo mismo..., aunque llegue a tiempo al aeropuerto, su vuelo no puede salir; cuando llueve así, no suelen aterrizar ni despegar aviones, por seguridad —comenta el taxista sin apartar los ojos de la carretera.

—Tengo que estar en Lyon esta noche. Es un asunto de vida o muerte.

Suena melodramático, pero su carrera y su futuro dependen de que llegue a Lyon a tiempo para la entrevista de mañana con el psiquiatra.

—*Ostara...* —murmura, y busca esa palabra en la libreta manoseada de Lea—. ¿Eso es lo que descubriste? ¿Viste el patrón del asesino antes que nadie?

Sabe que existen «los naturales», personas que sin ningún tipo de formación son capaces de comprender los impulsos de los demás, incluidos los asesinos en serie; puede que Lea fuera una natural, una de esas personas que sienten instintivamente cuando alguien es un peligro para ellos o para los demás.

—*Ostara*...

—¿*Otsaila*? Significa febrero en euskera —dice el conductor del taxi sacándola de sus pensamientos.

Nora levanta la vista de la libreta y mira al conductor.

—No, no..., quería decir *Ostara*, es una palabra celta antigua.

—Pues será celta si usted lo dice, pero se parece mucho a la palabra *otsaila*. Verá, mi hijo pequeño va a la ikastola. Yo no estaba convencido, pero mis suegros insistieron... El caso es que a los niños les enseñan los meses en euskera y yo le ayudo con los deberes cuando puedo. *Otsaila* es el mes de febrero; sería algo así como «el mes de los lobos». Creo que es porque aún está oscuro antes de que llegue la primavera, ¿comprende?

El mes de los lobos. Un escalofrío le baja por la espalda.

Le ha prometido a Irving que seguirá el caso desde Lyon, pero sabe que depende de las autoridades españolas. Nora solo puede ofrecerles su ayuda, nada más.

«Es la segunda vez que te marchas de este pueblo con el rabo entre las piernas y un asesinato a tus espaldas; dos asesinatos. Has fracasado. A lo mejor no eres una cazadora después de todo, no eres *otsoko*».

El taxi frena de repente. Los neumáticos chirrían y derrapan varios metros sobre la carretera mojada. El coche colea y el conductor suelta un grito aterrorizado; todo sucede muy deprisa. Nora lleva el cinturón de seguridad, pero se golpea la cabeza contra

el marco de la ventanilla. Cuando todo termina, solo oye el sonido de la lluvia martillando contra la carrocería, un clic-clic-clic incesante.

—¿Está bien, señora? —pregunta el taxista con la voz ahogada—. Es que se me ha cruzado y no he podido hacer nada por esquivarla, ha salido de la nada... Usted también la ha visto, ¿verdad?

Nora se quita el cinturón de seguridad, le tiembla la mano por la adrenalina que corre por su cuerpo. Tiene que salir del coche, está mareada y necesita aire.

—No ha sido culpa mía...

La voz del taxista le llega desde muy lejos.

Nora sale del coche y siente la lluvia. Se toca la cabeza, donde se ha golpeado, y entonces la ve. El taxista tiene razón, la ha esquivado de milagro. Hay una mujer en la carretera, el pelo empapado le cae sobre la cara y lleva un vestido de color blanco. Por un instante, casi le parece que está soñando con Lea otra vez, pero la mujer extiende su brazo pálido hacia ella; sus ojos están muy abiertos, como salidos de sus órbitas. No dice nada, solo se desmaya y cae contra Nora.

46

Miércoles, 11 de marzo

La carretera que sale de Lemóniz está cortada; hay tres coches de la Guardia Civil, uno de la policía autónoma y una ambulancia atravesados en la calzada. No ha dejado de llover y las luces de los vehículos iluminan las gotas de agua. Nora ha perdido su vuelo a Lyon, otra vez. Tendrá que hablar con sus superiores y explicarles por qué no se ha presentado a la entrevista obligatoria con el psiquiatra, pero tiene un buen motivo. La mujer —que han estado a punto de atropellar— está sentada en la parte trasera de la ambulancia; un enfermero le ha colocado una manta sobre los hombros, pero tiembla como una hoja. La cabo Bermejo le sirve café caliente del termo —el que Nora ha visto escondido en el coche patrulla—. La mujer duda antes de aceptar la taza y coloca las manos alrededor, tratando de entrar en calor. Tiene las uñas rotas y los dedos ensangrentados.

Acto seguido, Bermejo se dirige hacia Nora, que está algo alejada de todo el bullicio.

—Menudo susto, ¿se encuentra bien, jefa? Tiene mala cara.

Nora asiente despacio, pero enseguida lo lamenta; le duele la cabeza por el golpe contra la ventanilla.

—Nada grave. Una aspirina y me sentiré mejor. —No es verdad, pero no quiere preocupar a la cabo, que parece inquieta.

—Me alegro, ¿y qué le ha pasado a la chica?

—No lo sé, no he conseguido que diga nada.

Hay varios agentes repartidos por la zona preguntando casa por casa, pero en esa zona los *baserris* están demasiado lejos como para que alguien haya visto algo. Gómez-Moreno también está allí y habla con el intendente por teléfono en un lado de la carretera; por su expresión, no parece contento. Se vuelve para mirar a Nora un par de veces.

—Pobrecilla, parece que está hipnotizada, igual que en esos programas de la tele —dice Bermejo.

La mujer solo ha dejado que ellas dos se le acerquen; con todos los demás —incluidos los enfermeros—, se ha echado a gritar y patalear, aunque ahora parece más tranquila.

—Da un poco de miedo. ¿Ha visto antes algo parecido, jefa?

—Sí, por desgracia. Algunas personas entran en una fase de disociación después de sufrir un gran trauma; su mente se fractura, por así decirlo, para poder hacer frente a lo que han vivido.

—El sargento querrá tomarle declaración cuando termine de hablar con el intendente, pero, si quiere contarme lo que ha sucedido, tal vez yo pueda ayudarla a recordar, como me enseñó usted cuando encontré el cuerpo de Odell en la central nuclear.

—No hay mucho que contar —admite Nora—. No he visto a la chica hasta que he salido del coche después del frenazo. Ha dado un paso hacia mí y se ha desmayado.

—¿Cree que tiene relación con el asesinato de Odell y Godoy?

—Hasta ahora, el asesino nunca ha secuestrado a nadie: acecha y mata en el bosque. Esto no casa bien con su *modus operandi*.

Bermejo lanza una rápida mirada a la joven.

—¿Por qué cree que la han secuestrado?

—Le molesta la luz de los coches, está pálida y desnutrida. Y, por sus manos, parece que ha luchado para escapar de algún lugar.

—Si se trata de un secuestro, ¿cree que ha sido la banda? A Lea Odell le dispararon en la cabeza.

—No..., no se parece a los otros asesinatos. Algo no encaja. El patrón no tiene sentido. —Nora se muerde la uña, la herida le vuelve a sangrar—. ¿Hay algún secuestro notificado?

—Nada que yo sepa. —Hace una pausa y añade—: Pero a veces las familias no denuncian por miedo, ya sabe: «Páganos y te devolveremos a tu hijo o a tu marido sano y salvo, pero si lo cuentas a la policía o a los periódicos, lo encontrarás con dos tiros en la nuca tirado en algún camino».

Se acercan a la ambulancia. Bermejo se inclina para ponerse a la altura de la chica, que sigue sentada en la parte trasera.

—Hola. Me llamo Andrea. Ella es Nora. Estamos aquí para ayudarte. ¿Qué te ha pasado? —Habla despacio, pero la chica ni siquiera levanta la mirada.

Nora y Bermejo vuelven a alejarse un poco; cuando está segura de que la chica no puede oírla, la cabo habla de nuevo.

—Es muy raro. Su ropa, su pelo, la expresión de su cara... Me asusta un poco.

«Ha visto más cosas en los últimos días que muchos agentes a lo largo de toda su carrera», piensa Nora.

—No tenga miedo, Bermejo —le dice—; su aspecto es extraño, pero no hay nada sobrenatural en lo que le ha pasado a esta chica.

—¿Y qué va a ser de ella ahora?

—La llevarán al hospital para hacerle un examen médico; después, los psicólogos intentarán que hable, pero puede que no sepamos nunca de dónde ha salido.

—¿Es posible?

—Sí —responde con suavidad. Bermejo es lista; puede soportar la verdad—. Algunos misterios jamás se resuelven.

Gómez-Moreno se detiene a una distancia prudencial de la ambulancia y estudia a la chica cubierta con la manta.

—Intuyo que va a quedarse en Lemóniz más de lo que había pensado. Los problemas la siguen allá donde va, Cortázar.

—¿Alguien de la zona la ha reconocido? ¿Hay alguna denuncia por mujer desaparecida? —pregunta Nora, que no está de humor para los juegos del sargento.

—Nada. Hemos preguntado a la policía autónoma vasca, y a ellos no les consta ninguna denuncia de desaparición, ni secuestro, pero vaya usted a saber. Van a enviarnos refuerzos mañana, pero de momento estamos solos, toda ayuda es bienvenida; usted es la experta en cosas raras. ¿Qué le ha pasado a esta chica?

Nora observa su postura encorvada intentando protegerse dentro de la manta, hacerse más pequeña.

—No puedo decirlo sin hablar con ella y sin el examen médico, pero parece que está profundamente traumatizada. Las heridas en sus manos indican que ha intentado huir de algún sitio. También está muy delgada y pálida; ese vestido es de verano, demasiado fino para esta época del año, sobre todo aquí.

La propia Nora no ha dejado de temblar desde que ha salido del taxi por la mezcla de la adrenalina y la lluvia.

Sin añadir más, Gómez-Moreno da media vuelta y se acerca un poco más a la ambulancia.

—Soy el sargento Gómez-Moreno —comienza a decir con tono profesional—. Ya está a salvo, señora, puede contarnos lo que ha pasado, sin miedo.

Da un paso hacia ella, pero la joven deja caer la taza de café y grita. Los paramédicos se acercan. Ella extiende los brazos y las manos ensangrentadas como si quisiera arañar la niebla.

—La última vez que vi a alguien tan traumatizado fue durante mi primer año en la Interpol; trabajé con personas que habían sido expulsadas de sus tierras en la frontera de Bosnia...

—¡*Bosna!* ¡*Da, da*! —exclama la joven.

—¿*Bosna*? —repite Nora.

La joven asiente con los ojos muy abiertos.

—Da. Upomoć, upomoć...

—¿Sabe qué está diciendo? —pregunta el sargento.

—Creo que ha dicho «socorro», aunque no estoy segura. Me parece que habla en bosnio.

—Bueno, al menos ahora ya sabemos por qué no nos responde: no nos entiende.

—Tenemos que buscar a un traductor para poder hablar con ella.

—¿Y dónde narices vamos a encontrar un traductor de bosnio? Bastante lío tenemos aquí ya con el euskera.

—La embajada de Yugoslavia está en Madrid. Llámelos. Es tarde, pero con la guerra en los Balcanes seguro que hay gente de guardia toda la noche.

Para su sorpresa, el sargento asiente en silencio y se aparta de ellas; le oye hablar con uno de los agentes para que contacte con el consulado.

—Jefa —empieza Bermejo—, hay una cosa que no entiendo: si la chica ya está a salvo..., ¿por qué nos ha pedido ayuda?

—Es una buena pregunta.

La joven tiembla y se encoge dentro de su vestido sucio. Nora se agacha para recoger la manta del suelo —que no se ha mojado todavía— y devolvérsela. Entonces se fija en algo en el interior de su muñeca derecha. No se atreve a tocarla —sabe que una persona traumatizada puede responder de forma violenta por puro instinto de supervivencia—, pero le señala para que ella se lo enseñe. La

chica duda, pero al final se lo muestra. Incluso en la oscuridad y bajo la lluvia, Nora distingue la silueta tatuada de una matrioska.

47

Jueves, 12 de marzo

El primer cuerpo llega a la playa de Armintza el jueves al amanecer. Después dos más, luego cinco más y después tres más. Así hasta que la pequeña cala amanece cubierta de bolsas blancas para cadáveres. Nora lleva allí desde que la cabo Bermejo la ha llamado a primera hora. No ha desayunado, aún le duele la cabeza por el accidente y tiene tanto frío que apenas puede sentir las manos. Observa en silencio cómo sacan el cuerpo de otra mujer de entre las olas; tiene algas enredadas en el pelo y la piel azulada como las demás.

—Nos hemos quedado sin bolsas para cadáveres, a la siguiente vamos a tener que taparla con una manta. —Gómez-Moreno está de pie a su lado, ambos han visto la salida del sol de invierno desde la orilla—. Hace dos días, una vecina que paseaba con su perro encontró unos zapatos en la orilla. Hay un camping aquí y pensó que serían de un excursionista o de unos surfistas que habían dejado su ropa demasiado cerca del agua.

—Han sacado doce cuerpos, de momento; todas con el mismo tatuaje de una matrioska en el interior de la muñeca derecha —dice Nora—. Y todas están descalzas, perdieron el calzado al caer al agua.

—Igual que la chica que casi atropellan en la carretera.

—Se llama Rada. Se lo ha dicho a la intérprete del consulado por teléfono desde el hospital.

—¿Qué más le ha dicho? —pregunta el sargento.

—Viajaba en un contenedor a bordo de un carguero con otras veintinueve mujeres, todas ellas procedentes de los Balcanes. Huían de la guerra, pero todas tienen el mismo tatuaje en la muñeca.

—Una matrioska.

—Sí, creo que el tatuaje es la marca de unos traficantes de personas —dice Nora con voz neutra—. Por eso he hablado con la agencia de personas desplazadas por conflictos bélicos, creen que hemos descubierto una red de tráfico de mujeres. Ahora la Interpol está trabajando con aduanas y fronteras: buscan cargueros que hayan salido desde los Balcanes en los últimos días.

—¿Y qué pasa con las muñecas? ¿De dónde han salido? —pregunta él.

Entre las olas flotan cientos de matrioskas que observan el amanecer con sus ojos de muñecas; todas se parecen a la que Lea tenía escondida en su camarote de la plataforma y a la que envió a su oficina.

—Sospecho que las muñecas iban en el contenedor con las mujeres, lo he visto antes: las matrioskas son la carga que aparece en el manifiesto del barco. Su tapadera.

—¿Sabemos el nombre de la empresa de transporte?

—No, debemos buscar una empresa de importación de Yugoslavia, o puede que de Rusia.

—¿Por qué de esos dos países en concreto?

Nora recuerda las palabras escritas en cirílico —alfabeto *vukovica* — en el diario de Lea. Sospecha que es el nombre del carguero que transportaba a las mujeres, pero no se lo dice al sargento.

—Según Rada, el contenedor cayó al mar y se llenó de agua. Solo ella logró salir. Una lancha rápida de la policía autónoma vasca rastrea la zona, pero el agua está a seis grados. No vamos a encontrar supervivientes.

Hace un rato, algunos vecinos se han acercado para ofrecer ayuda y mantas a los supervivientes, pero han regresado cabizbajos a sus casas cuando los agentes en la playa les han dicho que no esperan encontrar a nadie con vida.

—Bueno, sabremos algo más cuando aparezca el contenedor y tengamos la referencia para rastrearlo —apunta Gómez-Moreno—. Intentaremos que nos den acceso al manifiesto de carga, pero, hasta entonces, sin el nombre del barco y tratándose de una empresa extranjera, ya le digo que será difícil convencer al juez. ¿Cómo ha pasado esto?

—Dígamelo usted.

Gómez-Moreno se vuelve para mirarla.

—No sé qué insinúa.

—Es el superior al cargo del destacamento, lleva años sobre el terreno y tiene informantes entre la población, ¿nunca ha oído rumores? ¿Nunca nada sobre el tráfico de personas? Un barco tan grande cerca de esta costa llamaría la atención de vecinos, surfistas o de cualquiera que salga a pescar... o que esté a bordo de la plataforma marina.

Desde donde están pueden intuir la silueta de la plataforma entre la niebla.

—Si tiene algo que decir, hágalo, tengo una llamada con el intendente dentro de media hora.

—Creo que Lea descubrió la red de tráfico de personas: ella escondía una matrioska, así que tiene sentido creer que sabía algo. Aún no sé cómo, pero ató todos los cabos. Ya de niña era muy

buena con los detalles... —Recuerda que Gaspar Ramos dijo algo parecido cuando hablaron en la plataforma.

—Pero su amiga tenía un disparo en la cabeza. Ambos sabemos quién mata así. ¿Ahora la banda trafica con personas? Y —continúa el sargento, antes de que ella pueda siquiera abrir la boca—, suponiendo que no hayan sido ellos, sino un asesino en serie como parece sugerir la muerte de Mercedes Godoy..., ¿de verdad cree que esa periodista estaba en el ajo con su amiga Lea y no sacó la información en uno de sus reportajes? Una noticia así la habría hecho de oro...

—No lo sé... Algo no está bien. Esto no encaja. El patrón está mal.

Los crímenes y la investigación criminal son como un puzle; normalmente, Nora puede ver cómo las piezas encajan con facilidad, pero esta vez apenas puede vislumbrar la imagen general. Hay demasiados hilos de los que tirar: el asesinato de Clara Munroe, Gaueko, la princesa y los crímenes rituales... Y ahora esto, una red de tráfico de personas. Y en medio de todo ello, de algún modo, Lea.

—Recojan algunas matrioskas de la orilla, nos servirán para compararlas con la que encontré en la plataforma. Si podemos demostrar que son de la misma partida y del mismo tipo, probaremos que Lea descubrió la red de tráfico. ¿Todavía la conserva? —pregunta ella, de repente—. La pequeña matrioska que le entregué.

—Sí, estamos esperando el visto bueno del juez para enviar todas las pruebas al juzgado de Bilbao. La muñeca está en mi despacho, en una caja de pruebas junto con todo lo demás de este maldito caso.

—Asegúrese de que aún está ahí. Hay alguien más implicado en el tráfico de mujeres: alguien de la zona esperaba ese contenedor.

—¿Qué...?

—Piénselo —le corta Nora—. Debía de haber alguien en tierra para recogerlas y enviarlas con papeles falsos a sus destinos definitivos, así es como operan estas mafias. —Nora mira a los equipos de televisión instalados frente a la playa—. Quien esté implicado en el tráfico intentará borrar sus huellas, por eso tiene que asegurarse de que las pruebas siguen bajo custodia.

—Sé cómo hacer mi trabajo —masculla él—. He oído por ahí que su carrera en la Interpol necesita un empujoncito: no hay avances en el caso del Príncipe Azul y algunos dudan de que pueda atraparle antes de que vuelva a asesinar. Se comenta que ya no es usted la estrella más brillante de la policía internacional, Cortázar.

—El caso del Príncipe Azul es confidencial, no puedo comentar los avances con usted.

Pero no hay ningún avance en el caso.

—Sé que ha estado hablando con los mandos aquí, en España, haciendo llamaditas a mis espaldas para conseguir robarme este caso, y lo entiendo: es muy jugoso. Si lo resuelve, será un buen impulso para usted, la ayudará a vender muchos libros y volverá a ser la niña bonita de la Interpol. —Se regodea un momento antes de añadir—: Pero yo tengo amigos en antiterrorismo y me han contado algo curioso: está suspendida. No puede trabajar sobre el terreno, no tiene autoridad fuera de su aula para cerebritos. Está acabada, Cortázar.

—Pues, ¿sabe?, hay una cosa que sus amigos no le han contado: desde las cinco de la mañana hora española tengo permiso para investigar el caso de las matrioskas; mis superiores han insistido.

Gómez-Moreno se pone pálido.

—¿Cómo?

—Sí. Los mandos en Lyon creen que puedo ser de más utilidad sobre el terreno; tengo experiencia en la trata de blancas y conozco bien la zona.

No presentarse a una entrevista con el psiquiatra representa la baja administrativa automática, pero el caso de las matrioskas es competencia de la Interpol y Gómez-Moreno tiene razón en una cosa: es un gran caso; si Nora consigue resolverlo, todos sus problemas en la central se solucionarán.

—Así que ahora está usted al mando.

—Eso es.

Los agentes en la orilla se hacen señas y levantan los brazos; el cuerpo de otra mujer llega a la playa arrastrado por las olas. Nora observa como sacan el cuerpo y lo colocan al lado de las demás.

«Ya van trece», se dice mientras ve cómo cubren el cuerpo con una manta.

—Y bien, *jefa*. ¿Cuál es el siguiente paso? —pregunta Gómez-Moreno con sarcasmo.

—Tengo que volver a la plataforma.

48

Viernes, 13 de marzo

Nora rebusca entre las cosas de su madre. Le resulta extraño estar en el dormitorio de sus padres, aún recuerda cuando sus hermanos saltaban en la cama o el aroma de la leña seca apilada junto a la chimenea en invierno.

«Hay un lobo en este bosque».

Esas palabras han cobrado una importancia escalofriante en los últimos días; en el fondo, sabe que es resultado de las anfetaminas, el estrés y los dos golpes en la cabeza, pero, aun así, intuye que algo se le está escapando, algo que no ve. Y Nora odia esa sensación.

«Sigue las pistas, *otsoko*».

Recuerda la sonrisa afilada de su padre durante esos paseos por el bosque, el miedo de una niña de siete años al sentir los ojos brillantes de los animales salvajes observándola entre los árboles. Balbea veía algo más que esa niña extraña y solitaria. Nora le adoraba, ciegamente y con devoción, como suelen hacer los críos. Ella era especial, no como Oliver —que se limitaba a seguirlos a todas partes—, y desde luego no como Beñat —que era invisible para su padre—. Nora era la más parecida a Balbea, la única digna de su tiempo y su atención. Tardó años en comprender que no era por el aspérger ni porque Nora necesitara un poco más de cuidado; ella también es un lobo, y solo su padre fue capaz de intuirlo. Con el

paso de los años se convenció de que el lobo del que hablaba su padre era, en realidad, él mismo —el lobo con piel de cordero—, pero ya no está tan segura.

«Hay algo en el bosque, y ha matado a tu amiga», se dice.

Su móvil suena en el bolsillo de sus vaqueros.

—Nora Cortázar.

—Jefa, han denunciado un asesinato cerca de Niza; la policía local nos ha llamado porque creen que puede ser obra del Príncipe Azul.

Nora deja de rebuscar en los cajones, hace meses que no actuaba.

—¿Aviso al grupo especial? —pregunta Elio.

—Todavía no, ¿están seguros de que ha sido él?

—La han apuñalado varias veces y le han arrancado el corazón; eso encaja con sus otros crímenes, pero aún no han encontrado el corazón de papel...

—No es él, no es el Príncipe Azul —dice muy segura—. Su *modus operandi* es muy específico: apuñala, se lleva el corazón y en su lugar deja un corazón recortado de papel de seda; no cambiaría su modo de actuar sin más.

Elio tarda un momento en responder.

—¿Estás segura, jefa? Han hecho una carnicería con la chica...

—No es el Príncipe Azul, el patrón no encaja —le corta ella—. Su perfil criminal indica que es un asesino de tipo organizado con complejo de deidad narcisista, nunca olvidaría colocar su firma, el corazón de papel.

Elio guarda silencio antes de preguntarle:

—¿Cómo va todo por ahí? ¿Qué tal tu viaje al pasado?

—Hablamos después.

Nora le cuelga el teléfono a su ayudante —no es la primera ni la última vez que lo hace— para concentrarse en lo que estaba

haciendo.

—Sé que tiene que haber un jersey por aquí... —murmura mientras hunde las manos en el segundo cajón de la cómoda.

—¿Qué haces en el cuarto de *ama*? —le pregunta Beñat desde la puerta.

—La ropa que me traje no es suficiente y está empapada. Necesito algo abrigado para cambiarme. Estoy harta de pasar frío.

—Ya, esa ropa pija servirá para la ciudad, pero no para corretear por aquí. Aún hay algunas cosas antiguas de *ama* en el armario. Pensaba dárselo a Oliver para que se lo done a la parroquia. Mira a ver si hay algo que te sirva.

—Tiene que ser de color verde. Si no es de color verde, no puedo llevarlo —le recuerda ella.

—Seguro que hay algo verde.

Nora abre el armario. Siente el olor de los saquitos de lavanda que su madre colgaba para ahuyentar a las polillas y casi puede ver desvanecerse el fantasma de Petra en el rincón.

—Cuidaste muy bien de ella. Tú siempre fuiste su favorito. —Beñat abre la boca para protestar, pero Nora añade—: No pasa nada, lo entiendo: tú eras el que más se parecía a ella. Cuando se descubrió todo, *ama* se refugió en la religión y en ti. Yo me marché y Oliver, bueno..., es Oliver. Tú eras su hijo preferido, no hay más que ver las fotografías en su cómoda y en la mesilla de noche: solo apareces tú, ni Oliver ni yo; ni desde luego *él*.

—Yo... Creo que no fue justo que tuvieras que marcharte como lo hiciste, esta también era tu casa. —Es la primera vez que Beñat se pone de su parte—. *Ama* no siempre fue justa contigo. Incluso antes de que contaras lo de *aita*, ella ya te trataba de modo diferente.

—Es por el aspérger, mi trastorno no era tan conocido cuando era una niña y *ama* no sabía muy bien cómo criarme.

«Pero no es solo por eso; incluso Beñat puede intuir la verdad debajo de las excusas, igual que hizo ella. Tu madre sabía que hay algo malo en ti, algo diferente».

—¿Sabéis algo sobre *aita*?

La voz de su hermano la saca de sus pensamientos.

—No, nada todavía.

No hay noticias de Balbea desde que escapó del furgón policial. Interior está investigando a sus antiguos colegas y han avisado a la policía de la frontera con Francia, pero de momento su padre también es un fantasma.

Finalmente, Nora encuentra un jersey grueso de lana de color verde bosque.

—Esto servirá.

—Si vas a quedarte más tiempo por aquí, tendrás que comprarte un chubasquero y unas botas de agua.

—No es necesario. Solo serán un par de días más hasta que tengamos algo sólido en el caso de las matrioskas. No voy a quedarme más tiempo en Lemóniz.

—Ya lo veremos; las dos veces que has intentado marcharte ni siquiera has llegado al aeropuerto.

Su hermano le sonríe desde la puerta y se marcha al piso de abajo. Nora coge el jersey de su madre, vuelve a cerrar el armario y termina de ordenar los cajones.

Abajo, en la pequeña habitación que servía de dormitorio para su madre cuando ya no podía subir las escaleras, Beñat abre la *kutxa*[1] familiar. Su abuela le contó que escondió su ajuar dentro durante la guerra, pero ha estado vacía los últimos cuarenta años, hasta hace un par de días, cuando él mismo envolvió una matrioska en un trapo

de cocina y la escondió dentro. Mira para asegurarse de que la muñeca sigue allí y cierra la tapa del arcón sin hacer ruido.

49

Viernes, 13 de marzo

Dos surfistas han encontrado la furgoneta con la unidad móvil de televisión con la que solían trasladarse Mercedes Godoy y su compañero, el cámara Álvaro Prieto; está en un camino que baja hasta una cala cercana formada por piedrecillas. Han dado el aviso hace apenas un rato. Sin embargo, cuando Nora y Bermejo se personan en el lugar, un agente de la Guardia Civil ya está terminando de tomar declaración a los dos chicos.

—No estamos lejos de Lemóniz, siete minutos en coche desde Armintza; puedo ver la central desde aquí —dice Bermejo.

Los reactores nucleares asoman entre los árboles.

—La playa y los alrededores están desiertos, excepto por unos pocos surfistas. Todavía hace demasiado frío, por eso ha elegido este lugar para abandonar la furgoneta —comenta Nora—. No afecta al perfil geográfico del individuo en el que hemos estado trabajando: continúa siendo su territorio de caza.

—¿Aún cree que perseguimos a un asesino en serie, jefa?

Nora se agacha para recoger una piedra que llama su atención.

—Lo digo por el casquillo que encontramos en el cráneo de Odell —insiste la cabo—. Eso es típico de la banda.

—Lo sé —dice Nora guardándose la piedrecilla en el bolsillo; Bermejo la mira sorprendida—. Pero también sé que algunas cosas

son más de lo que parecen a simple vista. Nuestra obligación como investigadoras es pensar en todas las posibilidades.

La furgoneta tiene el inconfundible logo de la cadena en un costado. La puerta lateral está abierta, igual que la del conductor.

—No veo restos de sangre y todo parece en su sitio —comenta Bermejo—. No hemos descartado a Álvaro Prieto como sospechoso. Puede que abandonara aquí la furgoneta y se marchara sin más.

—O puede que no sea él y que el verdadero culpable lo atacara en otro lugar. Es un sitio poco habitual para llegar conduciendo: no hay carretera, solo un camino sin asfaltar. ¿Qué le dice eso, cabo?

—Quien ha dejado la furgoneta aquí conoce este sitio.

Nora se asoma a la parte trasera y no ve nada extraño: algunos cables, alargadores, bolsas para guardar material fotográfico... Finalmente, se fija en que debajo de la mesa de sonido hay una caja lo bastante grande como para guardar un televisor.

—¿Ha notado si falta alguno de los monitores, cabo?

—No, todo está en su sitio. Los compañeros lo han puesto en el informe.

Tal como ella suponía. Nora sigue ese instinto que su padre le enseñó a dominar y abre la caja.

—Jefa, son sus libros... Muchos... También hay fotografías. —Bermejo parpadea buscando las palabras adecuadas—. ¿Qué es todo esto?

En la caja hay cuatro ejemplares de cada uno de sus libros, todos están firmados por ella: «Álvaro, espero que caces monstruos». Es la frase con la que Nora acostumbra a dedicar sus libros a sus lectores.

—Le firmó sus libros, ¿no recuerda a este hombre?

—Tengo muy buena memoria, pero he dedicado cientos de libros, seguramente se acercó a mí en diferentes momentos para que se los firmara. Me preocupan más las fotografías.

Son recientes, hechas en Lemóniz, y Nora aparece en todas. En algunas está en la puerta del caserío hablando por su teléfono móvil; en otras, con Oliver —puede distinguir el perfil del bar Etxeko al fondo—. Hay una fotografía cerca del yacimiento y un par con Bermejo.

—Este tío está obsesionado con usted, tiene sus libros y la ha estado siguiendo desde que llegó. —Bermejo mira las fotografías—. Parecen hechas con teleobjetivo... No tenía que acercarse demasiado... Más le vale estar muerto...

—Álvaro Prieto no es la primera persona que se obsesiona conmigo —dice Nora para tranquilizarla, aunque funciona a medias —. La historia de mi padre, sus asesinatos, y mis libros despiertan mucha curiosidad en alguna gente. Supe que pasaba algo extraño con él cuando vi cómo me miraba el día que se coló en nuestra casa con Godoy...

—¿Cree que Prieto tiene algo que ver con la red de tráfico de personas?

No muy lejos —en la cala de Armintza—, la Ertzaintza y los guardacostas continúan sacando del mar cadáveres de mujeres.

—Aún no lo sé, pero tenemos que encontrarle. Si no es sospechoso, entonces es otra posible víctima.

50

Viernes, 13 de marzo

Nora está sentada en la cama, tiene la libreta de Lea abierta en el regazo. Ahora que, en realidad, las series de números son tablas de mareas, horarios y fases de la luna, sospecha que Lea descubrió el patrón de los traficantes: el día que hacían el trasvase del carguero a un barco más pequeño para llevar a las mujeres a tierra sin tener que atracar en un puerto vigilado. Pasa las páginas y comprende la angustia que sintió su amiga los últimos meses de vida al saber que las mujeres seguirían llegando sin poder hacer nada por ayudarlas. Al final, Lea no confiaba en nadie, por eso le envió a ella la matrioska y el diario.

Nora es la mejor siguiendo las pistas y ahora busca una respuesta entre los garabatos de Lea cuando oye un crujido; el caserío de los Cortázar es muy antiguo —casi seiscientos años— y la madera cruje algunas veces —cuando hace frío o hay niebla—, pero con el rabillo del ojo ve una silueta en el rincón más oscuro del apartamento. Deja caer la libreta al suelo. Casi espera ver a Gaueko observándola con sus brillantes ojos, listo para abalanzarse sobre ella y hacerla pedazos con sus garras, pero no hay nada.

—Estás bien, todo está bien... —murmura, aunque sabe que es mentira.

El dios de la noche no existe, pero las historias que su padre le contaba cuando era niña todavía viven en su imaginación. Se levanta

de la cama y sale al jardín trasero. En el límite del bosque ve a Lea —con su pelo rubio ondeando en la oscuridad y la cara desfigurada —. Hay una mujer junto a ella: está descalza, tiene algas enredadas en el pelo, y su piel y sus labios son de color azul: es una de las mujeres que han sacado del mar esa mañana. Nora abre la boca para prometerles que encontrará a su asesino, pero, cuando lo hace, en vez de palabras de su boca sale un torrente de agua salada. Tose con fuerza y se da cuenta de que no está en el jardín. Se ha quedado dormida leyendo el cuaderno de Lea. Tose un par de veces más, todavía puede sentir el sabor del agua salada en la lengua.

—Era una pesadilla. Estás bien, todo está bien... —se repite.

Sin embargo, mira de refilón hacia el ángulo oscuro del apartamento para asegurarse de que Gaueko no se esconde entre las sombras.

51

Lunes, 16 de marzo

El lunes por la mañana el helicóptero aterriza en la plataforma marítima. El supervisor a bordo, Ramón Arráez, las espera al final del helipuerto.

—¡Hola otra vez! Desde la empresa en tierra me han dicho que vienen a interrogar a uno de nuestros trabajadores.

—Así es. Hay un avance en el caso y tenemos preguntas más concretas —responde Nora, gritando.

—Si hay un mal bicho a bordo de mi plataforma, quiero saberlo cuanto antes.

—Habríamos venido ayer, pero el piloto no estaba disponible.

—Les he preparado la sala de reuniones para que puedan hablar tranquilas, lejos de miradas indiscretas.

Le siguen adentro de la estructura metálica; el sonido de las aspas del helicóptero se amortigua cuando cierran la puerta. Atraviesan el pequeño laberinto de pasillos bajos, tuberías y luces fluorescentes.

—¿No han traído refuerzos? ¿Están solo ustedes dos?

Ellas se miran un momento.

—No se preocupe, los refuerzos en tierra esperan nuestra llamada para actuar —responde Nora, acostumbrada a que algunos la subestimen—. Prefiero proceder con discreción, solo nosotras dos,

sin uniformes: este lugar puede ser peligroso si los ánimos se calientan, no queremos crear una situación problemática a bordo.

—Si arrestan a alguien, será un alivio; las cosas por aquí se han puesto muy feas desde su visita anterior —comenta Arráez mientras avanzan por un pasillo estrecho—. Normalmente, el ambiente a bordo es bueno: hay compañerismo y buen rollo, pero pensar que estás encerrado en alta mar con un asesino... Bueno, imagínese. Hemos tenido peleas y un par de técnicos han pedido el traslado. Los nervios están a flor de piel, así que, cuanto antes terminen con esto, mejor para todos.

Se detiene frente a una puerta y se hace a un lado para que ellas pasen primero.

—Aquí es. Nadie les molestará.

Es una sala de reuniones pequeña con una mesa larga en el centro y ventanas desde las que se ve el mar.

—Esta sala servirá, gracias.

—¿Necesitan algo más? No pueden sustituirme mucho tiempo más en la sala de control.

—Por favor, avise al ingeniero Gaspar Ramos. Queremos hablar con él.

Nora observa la reacción de Arráez cuando pronuncia el nombre de Ramos; no le ha sorprendido.

—Claro, tenía que ser él... Menudo bicho raro, siempre me ha dado mala espina. Ahora le digo que venga —dice antes de marcharse.

Bermejo se vuelve para mirar el mar al otro lado de las ventanas.

—Hay que ser fuerte para estar a bordo pensando que uno de tus compañeros es un asesino. Para esta gente, los últimos días han tenido que ser muy difíciles.

La cabo ha estado callada todo el viaje, algo poco habitual en ella; normalmente, es entusiasta, charlatana y muy curiosa.

—¿Se encuentra bien, Bermejo? Sé que no es asunto mío, pero parece un poco distraída esta mañana.

—Es que hace algunas noches que no duermo bien, desde mi barracón no se oye nada: ni voces ni tráfico... Tan solo el bosque que rodea el perímetro. Nunca lo había notado antes de empezar con este caso y ahora no puedo dejar de pensar en ello —admite sin mirarla—. Además, los rumores sobre los asesinatos de Lea Odell y Mercedes Godoy ya han empezado a volar, y últimamente los compañeros no dejan de mencionar a esa criatura mitológica suya... Gau... no sé qué.

—Gaueko.

—Eso es, sí. Y la otra noche me pareció ver algo entre los árboles, sentí que alguien me observaba desde el bosque.

—Gaueko no es real: perseguimos a un asesino de carne y hueso, no a un dios antiguo.

—Lo sé, pero esa criatura tiene garras, en lugar de manos. ¡Eso podría haber causado unas heridas como las de Odell y Mercedes! Piénselo, y siempre mata por la noche.

Parte de su labor como profesora es enseñar a sus alumnos a afrontar los momentos más difíciles de su trabajo.

—Sé bien que algunos casos pueden ser devastadores —dice Nora —. Sería totalmente comprensible que le hubiera impresionado nuestro encuentro con Rada y ver los cadáveres de esas mujeres ahogadas. No es agradable. Sé que cuando nos conocimos me contó que ya había visto asesinatos antes, pero este caso es algo...

—Esto es diferente —termina Bermejo—. Pensé que podría con esto, de verdad que sí, pero ya no estoy tan segura. Algunos

compañeros no ven un muerto en toda su carrera y yo he perdido la cuenta de los que llevo en la última semana.

—Es usted una buena agente, Bermejo. He trabajado con muchos oficiales jóvenes y puedo reconocer el talento cuando lo veo: es honesta y observadora. No se rinda todavía.

—Descuide, jefa, no la dejaré tirada en mitad de una investigación. Pienso quedarme hasta el final.

—Bien, porque quiero que investigue una cosa para mí y me gustaría que quedara entre nosotras.

—¿Sin incluir al sargento?

—Solo usted. Necesito que consiga diccionarios de serbio y bosnio, también una guía de alfabeto cirílico; pruebe en la biblioteca o en una librería especializada. Cuando lo tenga, quiero que traduzca estas palabras y me diga qué significan. Y no lo comente con nadie.

Nora le entrega un papel anotado con palabras escritas en alfabeto *vukovica*, las ha sacado del diario de Lea.

—¿Solo eso?

—Sí, solo eso. —Hace una pausa para buscar la forma de decir lo que lleva un par de días pensando—. Como jefa del Departamento de Ciencias del Comportamiento, tengo autoridad para recomendar a futuros agentes de la Interpol. Trabajando con usted he podido verla en acción y...

Pero Nora no termina la frase porque en este momento la puerta se abre y Gaspar Ramos entra en la sala.

52

Lunes, 16 de marzo

Gaspar Ramos lleva puesto un mono de trabajo, cuyo color naranja brillante acentúa sus ojeras. Debe de llevar varias noches sin dormir.

—Buenos días, señor Ramos. Gracias por atendernos —dice Nora.

—Tampoco tenía otra opción, ¿no? El jefe ha dicho que querían verme y desde la empresa tenemos órdenes de colaborar en la investigación.

—¿Por qué no se sienta y charlamos? —dice Nora con una sonrisa profesional.

Sin embargo, él cruza los brazos en una postura defensiva que Nora reconocería en cualquier parte.

—Como prefiera, entonces. Seguro que ya sabe que un contenedor con treinta mujeres procedentes de los Balcanes se ha hundido no muy lejos de aquí. La última vez que hablamos, usted me dijo que Lea había traído esa matrioska que guardaba en su camarote de un viaje a Rusia. ¿Lo recuerda, Gaspar?

—Sí... Supongo, no me acuerdo bien.

—Yo sí lo recuerdo. También me dijo que Lea salía a fumar a escondidas a una terraza, pero ella no fumaba. Ustedes eran muy amigos, tenía que saber que Lea no fumaba. No solo porque va contra las normas de seguridad a bordo de la plataforma, sino porque Lea hacía surf, era deportista y cuidaba mucho de su salud.

—¿Qué quiere que le diga? Las chicas buenas también se saltan las normas de vez en cuando, señora Cortázar.

—Jefa Cortázar —le corrige ella—. Le diré lo que creo: Lea vio algo mientras estaba en esa terraza, solo que no iba a fumar; salía a mirar la central nuclear, por nostalgia, supongo, pues vivió en el pueblo de niña. Pero una noche vio algo más.

Gaspar no dice nada, pero su nuez sube y baja deprisa.

—No fue solo una vez; lo vio varias veces, porque ató cabos e investigó por su cuenta. A Lea le gustaban las novelas de misterio, ¿recuerda? Usted mismo me lo dijo. Había leído mis libros y seguro que leyó otros de investigación criminal; sabía mucho sobre crímenes y métodos policiales, por eso comprendió que estaba sucediendo algo.

—Lea tenía mucha imaginación; siempre estaba rumiando alguna idea. Y a mí también me gusta leer para pasar el rato aquí, eso no prueba nada.

—Yo creo que Lea descubrió el tráfico de blancas y se lo contó a usted, su amigo a bordo, sin saber que estaba confiando en la persona equivocada: uno de los traficantes.

—No, ni hablar. Yo nunca haría nada semejante...

—Me golpeó cuando estuve aquí —le corta Nora, que sabe que no tiene pruebas y que necesita que confiese—. Intentaba asustarme para que dejara de hacer preguntas, por eso me habló del lugar secreto de Lea y me envió allí para dejarme fuera de combate; pensó que si me daba un buen susto, dejaría el asunto. ¿Qué hizo cuando Lea le contó lo que había descubierto?

—Yo no le hice nada a Lea. Ella me gustaba, me gustaba de verdad.

—Seguro que le gustaba: era muy guapa, pero también era obstinada —recuerda Nora—. Lea siguió investigando, así que usted

le contó a su cómplice en tierra que los había descubierto.

Gaspar se encoge dentro de su uniforme; Nora siente la emoción de la caza bombeando en sus venas.

—No sé cómo pudo averiguarlo... Ella lo supo, sin más —murmura.

—Movían a las mujeres las noches sin niebla y con luna llena, igual que hacen los traficantes de droga, pero era cuando Lea salía a ver la central nuclear: los vio llevar a tierra a las mujeres, así es como lo supo —le explica Nora—. Era buena investigadora, llevaba un registro de horarios, tablas de mareas, fases lunares... Lo tenemos todo documentado.

Gaspar parece un niño pequeño descubierto en una travesura, su labio inferior tiembla.

—Yo... tuve que hablar con él. Le conté que una mujer de la plataforma nos había descubierto, ¡pero yo no hice nada! «Sin pruebas no hay delito». Él dijo que se ocuparía de solucionarlo.

—Y se ocupó: hizo que arrojaran el contenedor con las mujeres al mar para que el agua se las tragara.

Gaspar niega con la cabeza, pero está a punto de confesar:

—No he ido a tierra desde hace días, no puede acusarme de nada.

—Veintinueve mujeres muertas... Eso son veintinueve cargos de homicidio. ¿Por qué no se ayuda a sí mismo? Dígame el nombre de su cómplice en tierra.

—Me matará. Si le digo algo, me matará. Prefiero ir a la cárcel; no sabe de lo que es capaz. Ha engañado a todo el mundo con su juego; incluso tiene a los maderos comiendo de su mano. Es un psicópata. —Ramos empieza a sollozar y se limpia los mocos con la manga—. Se gana mucho trabajando aquí, pero tengo un problema con el juego, con las tragaperras... ¡Necesitaba el dinero! Y era tan

fácil: solo debía informarle de las condiciones del viento, la niebla, la visibilidad, o de si había otros barcos por la zona. No soy una mala persona. Le conté que Lea tenía una de esas muñecas rusas; la encontró en mi camarote cuando vino a buscar un libro y se la llevó.

—Pero ¿por qué la tenía? Eso le implicaba.

—Robé un juego de muñecas de un cargamento hace un par de meses. —Más o menos, cuando Lea comenzó a actuar diferente; después de todo, tal vez el cambio en su actitud no se debiera solo a su posible encuentro con el asesino de Clara, su prima—. Quería dejar el asunto, salirme del negocio, pero él no me lo hubiera permitido, así que cogí una de las muñecas por si las cosas se ponían feas, como un seguro de vida. A menudo se pasaban mensajes dentro de las muñecas. Así tendría una prueba contra él.

Eran pruebas; por eso, después de encontrar las matrioskas, Lea ocultó la más pequeña dentro del paquete de cigarrillos y le envió otra a ella a Lyon.

—¿Qué hizo con la muñeca que yo encontré en el camarote de Lea? Cuando regresé para buscarla, ya no estaba.

—La tiré al mar. No estoy orgulloso, pero me entró miedo cuando empezó a hacer preguntas. Yo intenté salvarla, de verdad que sí, hasta le ofrecí dinero para que se olvidara del tema, pero ella lo rechazó y me miró como si yo fuera un monstruo.

Nora piensa en lo que había escrito Lea en su libreta: estaba llena de anotaciones y pistas sobre el asesinato de Clara Munroe. Eso fue antes de descubrir la red de tráfico de personas. Lea conocía el dolor que produce un crimen sin resolver, nunca hubiera aceptado ese dinero.

—Fue entonces cuando a él se le ocurrió una idea para convencerla.

—¿Qué idea, Gaspar?

—Él da miedo, miedo de verdad, y le gusta presumir de amistades; tiene el tipo de amigos que pueden volarte el coche o enviarte un paquete que te arranque las manos al abrirlo, ¿comprende?

—¿Fue la banda? ¿Ellos mataron a Lea?

Ramos no responde, así que Nora añade:

—¿Qué idea?

—Le dimos a Lea lo que más quería en el mundo.

Bermejo abre la boca para preguntar algo, pero Nora le hace un pequeño gesto —confía en sus habilidades como interrogadora—, pero ya sabe la respuesta.

—Le ofrecieron información sobre el asesinato de su prima, Clara Munroe.

—Sí. Lea estaba obsesionada con ese asunto, no hablaba de otra cosa. Y estaba convencida de que el asesino de su prima andaba por la zona. Me lo dijo, incluso me contó que tenía un sospechoso con nombre y apellido.

—¿Le contó de quién sospechaba? —El corazón de Nora se acelera.

—No, nunca. Y cuando descubrió lo que hacíamos dejó de hablar conmigo, pero yo se lo conté todo a mi socio y él... usó sus contactos para confirmar la identidad del asesino de Clara —responde Gaspar—. Luego convenció a Lea para que se reuniera con él en el bosque.

Nora sabe que Lea hubiera ido hasta el mismísimo infierno de la mano del diablo si le hubiera prometido acercarse al asesino de Clara.

—Lea esperaba que mi socio le confirmara sus sospechas, así que aceptó reunirse con él en tierra. Supe que algo malo había pasado cuando no se presentó a su turno. La mató.

Gaspar se deja caer en la silla y se cubre el rostro con las manos.

—Llame por radio, Bermejo. Dé aviso para que nos envíen el helicóptero y un par de agentes: vamos a escoltar al señor Ramos a tierra. —Nora le mira mientras Bermejo habla por la radio—. Gaspar Ramos, le informo de que vamos a arrestarle como sospechoso en la investigación del asesinato de Lea Odell. También va a ser interrogado en relación con el tráfico de personas, ¿lo comprende?

Él asiente en silencio.

—Su cómplice, el hombre que transporta a las mujeres desde el carguero hasta tierra... Dígame su nombre.

—Si le doy su nombre, me matará, o lo hará alguno de sus amigos.

—No le matará porque yo voy a detenerle, acabaré con él, tiene mi palabra —le promete Nora—. Dígame su nombre, hágalo por Lea... Ella le gustaba: le debe eso, cuando menos.

Finalmente, Ramos la mira y responde:

—Emilio Peña.

53

Lunes, 16 de marzo

Ya han trasladado a Gaspar Ramos a tierra para que declare. Ahora Bermejo y Nora acompañan a Gómez-Moreno y a cuatro agentes más al taller de Peña. Dejan los coches en la puerta después de atravesar el camino embarrado. Al llegar, ven el Corsa de Beñat aparcado en la puerta del taller.

—Déjeme intervenir a mí, sargento. Conseguiré que Emilio Peña colabore con nosotros, tengo experiencia en interrogar a mentirosos.

—Ni lo piense. Ese bastardo me ha estado tomando el pelo los últimos años, el muy cabrón ha fingido ser un chivato y pasarnos información mientras se cubría las espaldas para desviar la atención de sus negocios.

Nora ha visto el gesto tenso en la mandíbula del sargento: sabe que va a ser un problema. Llama a la puerta del taller y entra antes de que los inviten.

—Emilio Peña, le informo de que vamos a interrogarle en calidad de sospechoso en una investigación abierta —anuncia ella con voz calmada.

Beñat está trabajando en una furgoneta blanca; se queda de piedra al ver a la policía aparecer en el taller.

—Beñat, vete a casa. Luego hablamos.

Él le lanza una mirada rápida a Emilio y evita pasar cerca de Gómez-Moreno al salir. Un momento después, oyen su coche

alejarse por la carretera.

Peña se dirige a Gómez-Moreno al hablar:

—Ya se lo dije el otro día, jefe: no todo lo que pasa en este pueblo es culpa de mi familia. Yo solo intento levantar un negocio.

Nora sabe que conseguirá más si ella es la que habla.

—Tenemos motivos para creer que está envuelto en actividades que incluyen: retención ilegal, tráfico de personas y falsedad documental. —Nora se fija en su expresión: no cambia, ni siquiera parece preocupado, algo no va bien—. Mi obligación es informarle de que son cargos muy graves que acarrean pena de cárcel. Además, le hago saber que es sospechoso del asesinato de Lea Odell y de otras veintinueve mujeres que han muerto ahogadas.

—Mira, Nora, no tengo ni idea de qué te han contado, pero llevas mucho tiempo fuera y...

—Jefa Cortázar está bien, gracias —le corta ella.

—Jefa Cortázar, claro —responde él con ironía—. Las cosas por aquí son un poco más complicadas que cuando te marchaste; no sé de qué hablas, yo llevo un negocio honrado que no me deja tiempo para dedicarme a otros asuntos. No soy como mi viejo.

Conoce a Emilio Peña desde niño, nunca le ha gustado, ni siquiera esas tardes interminables de lluvia en las que jugaba con ellos al parchís o a las cartas en el caserío; ya entonces podía intuir al hombre en el que acabaría por convertirse.

Pero Nora sabe qué teclas tocar cuando se trata de individuos como él.

—Debe de ser complicado ser hijo de Vicente Peña.

—No tanto como ser la hija policía de Balbea.

—Tu padre era un histórico de la banda. —Nora ignora su comentario—. Pero pide perdón por sus crímenes y, de repente, tú dejas de ser el hijo de Peña, el pistolero, para convertirte en lo que

eres ahora: un don nadie. Ya no hay que temer a tu padre, es solo un viejo enfermo, y tú acumulas rencor contra él y contra todos los que ya no te temen. En el pueblo ya nadie se cambia de acera cuando te ven o te invitan a unos vinos en el bar, nadie te respeta.

—Beñat tiene razón, eres una loquera muy buena. Pero me temo que no puedo ayudarte con el asunto de las chicas ahogadas, solo sé lo que se comenta por ahí; no todos podemos ser superdotados como tú, yo soy un fracasado, un don nadie.

—En mi opinión, no eres ni la mitad de fracasado de lo que te gusta fingir. Y creo que te has aprovechado de eso para engañar al sargento. —A su lado, Gómez-Moreno se tensa—. Eres el testigo que vio a Oliver con Lea la tarde en que ella murió; lo hiciste para apartar las sospechas de ti, sabías que el sargento te creería. Manipulas y mientes para aprovecharte de los demás, eres lo que llamamos «un narcisista encubierto». —Nora deja pasar un momento para ver el impacto de sus palabras, pero Emilio ni parpadea—. Pensé que tenías algún arreglo ilegal con mi hermano y que él te encubría, pero Beñat no sabe cómo eres en realidad, no tiene ni idea.

—Tu hermano es un cagón, ve aparecer a un uniformado y se queda congelado como un conejo cuando los faros del coche le iluminan antes de pasarle por encima ¡PUM! —Emilio golpea la mesa con la mano para enfatizar la última parte—. Podéis daros una vuelta por mi taller sin orden ni nada, como en las películas; no vais a encontrar una sola prueba que me relacione con esas mujeres.

Gómez-Moreno les hace un gesto a los agentes y ellos se despliegan por el taller abriendo cajones, armarios metálicos.

—Esa furgoneta blanca en la que Beñat estaba trabajando. —Nora hace un gesto con la cabeza—. Hace unos días una del mismo color y modelo intentó sacarnos de la carretera.

—Qué casualidad, espero que apuntaras la matrícula. —Él sonríe, sabe que no había matrícula que anotar—. Estás tan perdida, *otsoko*...

—¿Por qué me has llamado así? Has estado en contacto con él, con Balbea, ¿sabes dónde está?

Nora se pone pálida, mete la mano en su gabardina y siente el tacto familiar del bolígrafo con el Katovit.

—¿Lo ves? Yo también sé cosas sobre ti, no olvides que nos conocemos de toda la vida —dice él con una media sonrisa—. Puede que sepa más sobre ti y sobre tu familia que tú misma. Lo tienes delante, siempre lo has tenido delante, y ni siquiera sospechas lo más mínimo. Vaya detective estás hecha...

—Tú retienes a las mujeres hasta que consigues los papeles falsificados, ¿verdad? Es a ti a quien vieron llevando esa furgoneta llena de mujeres por la carretera de la costa. ¿Dónde las escondes? Encontraremos huellas o imágenes de una cámara de seguridad. Ya hemos solicitado tus antecedentes, las entradas y salidas del país, tus llamadas de teléfono, y estamos investigando esa licencia de embarcación que te permite gobernar un barco lo bastante pequeño como para trasladar a las mujeres del carguero a tierra. Eso son pruebas. Tic-tac, Emilio.

Por primera vez, nota una grieta en su expresión.

—Dicen que hay muchas formas de entrar y salir del país sin que quede registrado en el pasaporte. Tu viejo y el mío lo saben bien, y no son los únicos...

Gómez-Moreno se lanza sobre él y le empuja contra la mesa de las herramientas; le da un puñetazo antes de que Nora pueda detenerle.

—¿Qué está haciendo? ¡Cómo se le ocurre agredir a un sospechoso!

—No me venga con remilgos. —Respira deprisa, su pecho sube y baja dentro del uniforme—. Salga a tomar el aire si no quiere ver lo que va a pasar. —Coge una de las llaves inglesas que hay sobre la mesa mientras sujeta a Emilio por el cuello—. Este desgraciado se ha estado riendo de mí, me ha dado soplos de rivales en sus chanchullos para que yo se los quitara de encima.

—Y ha sido usted muy útil, sargento. Me ha ayudado mucho.

Emilio se ríe, un hilillo de sangre le cae entre los dientes; Gómez-Moreno levanta la llave inglesa para golpearle, pero Nora le detiene.

—¡Basta! O yo misma informaré al juez y presentaré cargos contra usted. —Recuerda el horror en los ojos de su hermano cuando le contó qué le hicieron en el sótano de aquella comisaría—. Suéltele o me aseguraré de que usted y sus hombres nunca vuelvan a llevar ese uniforme.

Los agentes que los acompañan ni siquiera se han vuelto al oír los gritos y los golpes, pero Gómez-Moreno baja la llave inglesa.

—¿Lo haría? ¿Ensuciaría el buen nombre de mis agentes y el de Bermejo por este asqueroso?

—No, no lo haría por él. Lo haría por usted... y por Bermejo.

Deja ir a Emilio, que se limpia la boca con el dorso de la mano y se ríe al ver la sangre.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? Vas a ir a la cárcel. Además, en cuanto se sepa de quién eres hijo, los de un lado y los de otro querrán matarte.

—Me río porque tú vas a ocuparte de que me mantengan separado de los demás presos, jefa Cortázar... Puede que hasta testifiques a mi favor cuando llegue el juicio.

Ahora es Nora la que sonríe.

—¿Y por qué iba a hacer semejante cosa?

—Hay otro contenedor lleno de mujeres, Cortázar. Tic-tac.

54

Martes, 17 de marzo

El puesto provisional de la Guardia Civil es un hervidero: teléfonos, el ruido del fax, conversaciones de radio y voces de agentes. Nora está en el barracón que sirve de despacho a Gómez-Moreno, acaba de hablar por teléfono con Elio; en el pasaporte de Emilio Peña no hay registradas entradas ni salidas del país. Nada. El caso de las matrioskas es ahora una prioridad para la Interpol y la policía española, y sus superiores la han autorizado a utilizar todos los medios a su alcance para encontrar el segundo contenedor con mujeres procedentes de los Balcanes. Vuelve a estudiar los documentos y las fotocopias del diario de Lea sobre el escritorio; hay mapas de la costa, tablas de mareas, calendarios lunares... También están las pruebas que ha recopilado hasta el momento: la pequeña matrioska que Lea escondía en el paquete de cigarrillos, los lazos rojos, las fotografías de la escena del crimen de Mercedes Godoy. Aún no sabe cómo, pero todo está relacionado, de algún modo.

«Vamos, piensa... Sigue las pistas, *otsoko*».

—Hola, jefa ¿alguna novedad? —Bermejo ha traído dos tazas de café y coloca una en el escritorio para Nora.

—Nada. Estamos igual que hace una hora. ¿Ha podido hablar con salvamento marítimo?

Bermejo asiente.

—Están coordinándose con la policía vasca y con nosotros, pero, de momento, nada, solo tienen disponibles un par de lanchas rápidas. Aunque no todo es malo; he podido hablar por teléfono con una librería especializada en libros de texto, diccionarios y enciclopedias como me pidió, y tenía razón: las palabras en cirílico significan «el viajero nocturno». Es el nombre de un carguero que zarpó del puerto de Rijeka hace varios días, se ha retrasado en su ruta por culpa del mal tiempo. Es increíble, jefa, no sé cómo se le ocurrió.

—Fue Lea quien lo descubrió: ella anotó el nombre del carguero en su diario, yo solo lo adiviné.

—Pues gracias al nombre del barco el juez nos ha dado permiso. Con el número del contenedor hundido que encontraron los buzos que siguen en el lugar, hemos confirmado que la carga en el manifiesto del barco eran matrioskas importadas de Rusia. Dos contenedores enviados por Sueños de Medianoche S. L. Es una empresa de suvenires y recuerdos especializados en productos rusos y de los Balcanes. No hay mucha información sobre ellos en el Registro Mercantil español.

—Es una empresa tapadera, usan los suvenires para encubrir la red de trata de personas, lo he visto antes. Le pediré a Delitos Financieros que rastree su actividad y su sede fiscal. Hace falta mucho papeleo para crear y mantener una empresa pantalla. Buen trabajo, Bermejo.

—¿Cree que esas mujeres aún están vivas?

—Eso espero, aunque no les queda mucho tiempo: Emilio Peña está bajo arresto, y sin nadie que les lleve comida o agua, no durarán mucho.

—Pobrecillas... pero no consigo entenderlo, ¿por qué Peña nos ha hablado del segundo contenedor? Podía habérselo callado y evitarse

más cargos.

—Quiere negociar —dice Nora—. La idea de ir a prisión, igual que su padre, le aterra; nos lo ha contado para presionarnos. Emilio es el único que sabe dónde están esas mujeres.

«Tic-tac, Cortázar».

—¿Cree que Gaspar Ramos dice la verdad sobre no saber nada del segundo contenedor?

El día anterior, en cuanto salieron del taller de Peña, fueron directos a interrogar a Ramos, pero fue como entrar en un callejón sin salida. Aseguró no saber nada del otro contenedor, y Nora estaba bastante segura de que decía la verdad.

—Sí. Emilio Peña es el dominante de esa relación, no le daría a su cómplice ningún detalle, solo lo necesario para que hiciera su parte.

—¿Y qué pasa con el asunto de los sacrificios humanos y Gaueko...?

—Alguien se aprovecha del miedo que provoca la leyenda de Gaueko para cometer sus crímenes —dice Nora—. Gaueko no existe, es solo una historia de miedo para enseñar a los niños a temer a la oscuridad.

«Pero algunas historias de miedo son reales, Nora, tú lo sabes bien».

—Es que no puedo dejar de pensar en Mercedes Godoy, en el caballo colgado y en todo lo demás. —Bermejo se estremece dentro de su uniforme—. Tengo un mal presentimiento.

—¿Cree en esas cosas, cabo?

—No, bueno... Un poco, sí —admite—. Mi abuela suele decir que, si algo te da mala espina, debes seguir tu instinto.

—Los presentimientos son solo miedos de nuestro subconsciente.

«¿Estás segura de eso, *otsoko*? Hazle caso a tu instinto, deja salir al lobo».

Su teléfono móvil se ha quedado sin batería; está enchufado a la corriente y tiene una llamada sin responder del *baserri* —seguramente será Beñat—, pero ahora su prioridad es encontrar a las mujeres. Oye el sonido de las botas de Gómez-Moreno en el barro un momento antes de que abra la puerta.

—Me alegra ver que se han puesto cómodas las dos —ironiza, pero cambia el tono al ver los papeles sobre la mesa—. ¿Qué hace todo esto aquí?

—Todo empezó con Lea, con lo que vio desde la plataforma. De alguna manera, todo está relacionado. Solo tengo que unir las piezas, encontrar el patrón —murmura Nora; su mente trabaja deprisa para encontrar orden en el caos; es lo que mejor se le da.

—¿Esto qué es? ¿Un calendario?

Nora ha marcado la fecha del 21 de marzo con un círculo rojo.

—Sí, el equinoccio de primavera.

—¿El equinoccio?

—Marca el cambio de estación, el paso del invierno a la primavera. En latín, *aequinoctium,* «noche igual».

—¿Latín, eh? ¿Y eso es el 21 de marzo? Dentro de cuatro días.

—Sí. Creo que el asesino sigue un ritual relacionado con la antigua celebración de *Ostara*, donde se realizaban sacrificios humanos. Todavía no sé cómo, pero el hallazgo de la tumba de la princesa ha sido el detonante para sus asesinatos.

Gómez-Moreno mira la fecha marcada en el calendario.

—¿Y qué pasa si no le atrapa antes de cuatro días?

—Entonces, según el patrón, se ocultará hasta el siguiente cambio de estación y será casi imposible que le encontremos.

—Ya, pues espero que se equivoque —sentencia Gómez-Moreno —. En fin, yo venía a contarle que Salvamento Marítimo dice que

podemos disponer de un helicóptero para la búsqueda por mar dentro de cuatro horas.

—Cuatro horas...

Nora se muerde la herida del dedo y mira los mapas desplegados sobre el escritorio.

—¿Qué está pensando, jefa? —pregunta Bermejo.

—Esas mujeres llevan varios días en tierra, sabemos que Emilio las trasladó antes de que arrestáramos a Ramos; necesitan comida, agua, pasaportes y transporte... No es una carga fácil de ocultar: hace falta un lugar discreto para esconderlas antes de trasladarlas a su destino final.

—Lo lógico es que estén retenidas en algún lugar por la zona.

—¿Hemos comprobado ya las propiedades de Emilio Peña? —pregunta Nora de repente.

—Sí, no tiene nada a su nombre. La casa familiar está a nombre del padre, igual que el taller y los terrenos anexos.

«Lo tienes delante, siempre lo has tenido delante, y ni siquiera sospechas lo más mínimo», le había dicho Emilio.

—Peña, el viejo, está medio muerto, pero he hecho que dos agentes vayan a buscarle y le traigan para hablar con él —dice el sargento—. Lo mismo sabe algo, pero se ha callado para proteger a su hijo, o puede que esté metido en el ajo. No me extrañaría, es un mal bicho. Emilio ha aprendido de su padre.

«Sigue las pistas, *otsoko*».

—Su padre... —murmura Nora—. Tiene razón: somos lo que nuestros padres nos enseñan.

55

Martes, 17 de marzo

La niebla de la tarde es tan densa que se enreda entre sus piernas. Solo cuando sale del puesto de la Guardia Civil se da cuenta de que no lleva su teléfono móvil y de que no le ha dicho a Bermejo —ni a nadie— a dónde va, pero ya ha dejado atrás la carretera para adentrarse en el bosque.

«Sigue las pistas, *otsoko*. Eres una cazadora, mi pequeña loba. Puedes encontrarlo».

«Puedo encontrarlas», se dice.

La silueta de la central nuclear la acompaña mientras camina entre los árboles durante veinte minutos. Ha empezado a llover hace un rato, el agua atraviesa la tela de su gabardina y le empapa el jersey de lana verde, que se ha vuelto pesado y tiene un extraño olor animal por la lana.

«En este bosque hay un lobo», le había dicho su padre cuando era una niña y le seguía por los mismos caminos que ahora recorre a oscuras, guiándose solo por su memoria y por el instinto animal que late bajo su piel; ese instinto animal que solamente su padre fue capaz de intuir.

«En este bosque hay un lobo. Y ya lo conoces, lo has visto antes».

El golpeteo de la lluvia en los árboles invade sus ideas, le cuesta centrarse, pero sabe dónde están las mujeres. La niebla se enreda

en las árgomas a su paso y, por fin, detrás de un bosquecillo lo ve: el tejado de una casa. Está en la zona más oscura del bosque.

«Cuando los monstruos entran en tu mente, lo hacen para quedarse», suele decirles Nora a sus alumnos. Es un aviso, como una de esas señales en los mapas antiguos que señalan lo desconocido: «A partir de aquí, monstruos». Pero hace mucho tiempo que Nora dejó entrar a los monstruos, por eso recuerda ese lugar: solía ir con su padre cuando era su pequeña loba. Juntos subían el monte de Urízar, dejaban atrás el nido para ametralladoras de la guerra y el río hasta llegar a la espesura de los árboles, y después a la casa del monstruo. Su padre le enseñó dónde estaban las mejores presas —conejos o ciervos—, y ella, la pequeña loba, los cazaba. Fue su padre quien le enseñó a cazar.

«Emilio ha aprendido de su padre», había dicho el sargento, y tenía razón. Igual que Nora había aprendido del suyo.

Se detiene frente a esa casa medio derruida que recuerda de su infancia; todavía la asusta —por eso ha evitado adentrarse en el bosque desde que regresó—. No va armada, así que se acerca con cautela. Es un antiguo caserío, pero lleva décadas vacío..., o casi vacío. El lateral de la fachada sur se derrumbó hace mucho tiempo y todavía pueden verse las enormes piedras cuadradas que lo formaban esparcidas por el suelo del bosque. El tejado a dos aguas tiene un agujero por el que asoma la copa de un árbol que ha crecido dentro de la casa. Nora ya ha estado antes allí y ha visto a Gaueko. Siente unos ojos fijos en su espalda y se vuelve deprisa, casi esperando ver los ojos brillantes del dios de la noche acechando entre los árboles.

«Estás bien, todo está bien», se repite.

Al entrar en las ruinas, lo primero que le llama la atención es el olor, un olor ácido que no tiene nada que ver con la vegetación del

bosque: es un olor muy humano. Dentro de la casa hace frío porque la niebla se acumula entre las gruesas paredes de piedra.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Soy agente de policía.

Se siente un poco tonta, pero entonces oye un murmullo en el rincón. Está oscuro y apenas puede ver un poco más adelante.

—Me llamo Nora Cortázar. Estoy con la policía. ¿Hay alguien ahí?

Avanza con cuidado hasta el enorme árbol en el centro, sus ramas salen por el tejado derruido hacia el cielo nocturno.

—¿Hola?

Detrás del árbol algo se mueve. Su primer instinto es buscar su arma —se lleva la mano al costado—, pero oye un llanto.

—No, no pasa nada, ya está. Ya está. —Nora habla despacio y suavemente.

Rodea el tronco del árbol y ve a las mujeres. Están acurrucadas en un rincón intentando darse un poco de calor. Ve la cadena alrededor de sus tobillos despellejados —que las ata unas a otras— clavada a la pared con un gran clavo de hierro. Se estremecen cuando ella se acerca. Nora observa sus rostros demacrados, sus ojos desorbitados, la ropa rasgada... Tienen el mismo aspecto que Rada cuando la encontraron en la carretera.

—No pasa nada, ya está, estáis bien. Se acabó.

Sabe que no la entienden, pero un par de ellas asienten con la cabeza.

Nora respira y sus sentidos de loba vuelven a esconderse bajo su piel. Sabe que sin su afilado instinto de cazadora —ese que su padre la ayudó a controlar— y el recuerdo de ese lugar nunca las hubiera encontrado. Su padre conocía esa casa. La llevó allí hace muchos años para conocer a Gaueko. Mira a las mujeres acurrucadas contra el muro de piedra y comprende por fin que es la hija de su padre —la pequeña loba— para bien o para mal.

«Bien hecho*, otsoko*».
Las ha salvado. Puede vivir con eso.

56

Miércoles, 18 de marzo

Todavía no ha amanecido. Las luces de los coches de policía y las ambulancias iluminan el cielo del bosque. La intérprete de la embajada de Yugoslavia está al teléfono intentando ayudar a redactar una lista provisional con los nombres y las edades de las mujeres. Después de encontrarlas en el viejo caserío, Nora ha tenido que dejarlas para desandar el camino hasta encontrar un teléfono con el que llamar a Bermejo y pedir refuerzos. Ahora lleva una manta de aluminio sobre los hombros —igual que ellas— y está de pie frente al caserío abandonado.

—No sé cómo lo ha hecho, jefa, pero ha salvado la vida a esas chicas, a esas treinta mujeres.

—Ha sido trabajo en equipo, Bermejo.

Pero la cabo no parece convencida: echa un vistazo alrededor del claro y Nora la observa por si acaso ella también siente algo oculto en el bosque, más allá de las luces de las ambulancias y los coches patrulla.

—Este sitio es muy difícil de encontrar, ¿cómo supo que estaban aquí?

No quiere contarle que fue su padre quien le enseñó ese lugar; en esa casa vio al monstruo por primera vez.

—Lo deduje, nada más.

«Mientes: lo encontraste porque ya habías estado aquí antes, cuando Balbea te trajo hace muchos años».

—Los traficantes tienen que esconder a las mujeres en algún lugar hasta reunir los pasaportes falsos para poder moverlas y llevarlas a sus destinos definitivos. Emilio ha crecido aquí, así que él debía de conocer este sitio. Es un buen escondite, lejos de miradas indiscretas, nadie se adentra tanto en el bosque. Y las chicas no tienen a donde ir si consiguen huir, porque el bosque es muy espeso en esta zona.

Bermejo estudia la silueta del caserío entre la niebla.

—A mí este sitio me da escalofríos. Se puede sentir que algo terrible sucedió aquí, ¿sabe que la gente que visita los campos de concentración asegura que aún pueden sentirse las malas vibraciones? Pues algo parecido.

—Sí, ya lo había oído. —No le dice que ella también siente algo perverso flotando en el aire del claro—. Este sitio lleva abandonado mucho tiempo, así que tenga cuidado donde pisa cuando entremos en las ruinas. Puede que haya daños en la estructura.

—Los compañeros han dicho que es seguro pasar.

—Bien, ¿lista?

Bermejo intenta sonreír, pero fracasa miserablemente.

—La sigo, jefa.

Dentro de la casa hay un equipo de obtención de huellas de la policía autónoma vasca que se ha desplazado hasta allí; sus potentes lámparas iluminan el suelo y las paredes, cosa que da a las ruinas un aspecto fantasmal; por todas partes hay agentes con chaquetas repelentes de agua y linternas.

—Por dentro es igual de terrorífico —murmura Bermejo—. No hay mucho que ver: algunas revistas viejas y ropa, supongo que los chicos de la zona vienen aquí a beber y a pasar el rato.

Pero Nora no está tan segura.

—No hay botellas vacías ni latas de cerveza en el suelo, y esas revistas no parecen de las que leen los chicos... —Camina hasta la pared donde estaban atadas las mujeres.

—El clavo de ferrocarril en la pared es viejo, lleva muchos años aquí igual que la cadena. Supongo que Emilio aprovechó lo que encontró en la casa para atar a las mujeres.

—Tal vez, pero ¿cómo supo que todo esto estaba aquí? El clavo, la cadena...

—Ya había estado aquí antes. Dentro, quiero decir. No solo conocía el caserío por fuera; también sabía lo que escondía en su interior —termina Bermejo, emocionada.

Nora le dedica una pequeña sonrisa de aprobación antes de volver a examinar el clavo.

—Medirá unos veinte centímetros. Está bien incrustado en la piedra y parece mellado —murmura ella—. La cadena es gruesa, los eslabones están oxidados, pero, a pesar del tiempo y la humedad, no se ha roto.

—Esas marcas que hay en el hierro, jefa, ¿cree que las mujeres intentaron escapar? ¿Soltarse de la cadena tirando? Y por eso el clavo tiene esos arañazos.

Nora lo ilumina con su linterna.

—Las marcas parecen antiguas y hay oxidación en ellas, no son recientes.

—Pero la red de tráfico de personas lleva funcionando un año largo, como mucho. Gaspar Ramos nos ha dado la fecha en la que empezó a controlar las mareas y el tráfico marítimo para Peña. Eso quiere decir que...

Nora traga el nudo que se le ha formado en la garganta, la cadena en el suelo parece una enorme serpiente de hierro.

—Había algo atado ahí antes que esas mujeres, algo que luchaba por soltarse —dice por fin.

—¿Cree que lo consiguió? —la voz de Bermejo tiembla.

—Mañana quiero que investigue los registros históricos de la zona —dice Nora—. Vaya al registro, a la biblioteca y al archivo parroquial. Quiero que averigüe todo lo que pueda de la familia propietaria de esta casa: nacimientos, bautizos, bodas, funerales... Todo lo que encuentre.

Fuera, en la pequeña explanada, ya solo quedan dos coches patrulla —uno de ellos las llevará de vuelta al pueblo cuando terminen—, y un puñado de agentes que comienzan a recoger sus cosas; las ambulancias con las mujeres se han marchado también. Cuando salen de entre las ruinas, ven en la fachada de la casa un escudo de piedra; Nora no lo ha visto antes porque estaba oscuro, pero ahora se detiene frente a él y lo ilumina con el haz de su linterna.

—Eso es un escudo familiar, ¿verdad? —pregunta Bermejo—. Un escudo de armas o como se llame.

—Sí, debe de ser el escudo de la familia propietaria de la casa, por eso está en relieve sobre la puerta principal.

—¿Y qué son esas figuras? No las veo bien desde aquí.

La linterna tiembla en la mano de Nora cuando distingue las figuras de las que habla la cabo, talladas en el escudo.

—Es un castillo o una casa torre. También hay un animal de pie a dos patas junto al castillo. Es un lobo.

57

Miércoles, 18 de marzo

Nora está sentada en el suelo del salón frente a la chimenea encendida. Todavía tiene frío, pero algo ha cambiado en ella. Siente que ha empezado a asimilar quién es en realidad: *Otsoko*, la hija de la Muerte.

«Balbea te enseñó bien. Él te enseñó a cazar y caminar por el bosque, eres su pequeña loba».

—¿Qué tal? ¿Ya vas entrando en calor?

Beñat aparece en el salón con dos tazas humeantes en la mano.

—Un poco, aunque casi no siento los dedos de los pies.

Su hermano se sienta a su lado frente al fuego y coloca las dos tazas en el suelo.

—Ese teléfono tuyo no deja de sonar, por cierto. Está en la cocina.

—Bueno, después de todo lo de hoy, creo que me he ganado poder dormir un par de horas antes de reincorporarme.

—¿Te van a dar una medalla o algo así? Yo creo que deberían, has salvado la vida de esas mujeres.

—No lo creo, no.

Todavía tiene pendiente la entrevista con el psiquiatra, pero intuye que, después del éxito en el caso, sus superiores le permitirán posponerla un poco más.

—Lo de Emilio es horrible —dice él de repente.

—Tú no sabías nada, ¿verdad? Sobre lo que hacía con esas mujeres.

Beñat frunce los labios.

—Claro que no, ¿cómo se te ocurre? Algunas veces, Emilio tenía lo que él llamaba «clientes especiales». Eran unos tíos de Bilbao; me contó que movía piezas de coches robados y los ayudaba a deshacerse de ellos después. Yo no quería saber nada de eso porque pensaba que ellos trapicheaban con drogas; ahora todo el mundo toma éxtasis y es fácil pasar las pastillas en piezas de coche —dice él—. Emilio es mi amigo..., o eso creía yo, por eso no te dije nada. Me daba miedo que lo arrestaras y lo que pudiera pasarle por ser el hijo de Peña.

Por fin, Nora comprende por qué su hermano no ha dicho nada antes: no quería que a su amigo le pasara lo mismo que a él.

—Vi que trabajabas en una furgoneta blanca cuando aparecimos en el taller; un vehículo como ese intentó sacarnos del camino a Irving y a mí. Estoy bastante segura de que es la misma.

—¿Qué? No, Emilio me dijo que el conductor de la furgoneta se había dado un golpe aparcando..., y yo le creí. Joder, soy idiota, lo hago todo mal.

Prefiere no contarle que Emilio usaba esa furgoneta para trasladar a las mujeres desde el barco al *baserri* abandonado y que, sin saberlo, le ha ayudado a destruir pruebas. No se necesita ser criminalista para darse cuenta de que su hermano sufre depresión —sin diagnosticar— y no quiere que cometa alguna estupidez.

—Los investigadores forenses y los expertos en contabilidad están ahora mismo estudiando sus libros de cuentas y revisando el ordenador del taller. También tenemos el nombre del carguero gracias a Lea, así como el de la empresa tapadera que utilizan para

transportar a las mujeres. Es solo cuestión de tiempo que podamos montar un gran caso con Emilio y los demás.

—¿Crees que hay más personas involucradas en el tráfico?

—Sí, una red tan grande con empresas pantalla y cargueros no se organiza desde un garaje; hacen falta contactos, dinero y gente a sueldo en los diferentes países. Emilio Peña es solo un eslabón de la cadena. A saber cuántas mujeres más hay por ahí de las que no sabemos nada...

—Hoy has salvado a esas mujeres, Nora; *ama* estaría muy orgullosa de ti, yo estoy muy orgulloso de ti.

—Ha sido una labor de equipo. —Repite la misma mentira que le ha dicho Bermejo.

«En este bosque hay un lobo».

—¿Puedo hacerte una pregunta rara, Beñat?

—Tú siempre haces preguntas raras —responde él con una sonrisa—. Dime.

—Cuando eras un crío, solías ir con la moto de trial por el bosque, ¿alguna vez viste algo que no pudieras explicar?

—Bueno, una vez un jabalí salió del bosque a toda velocidad y te juro que llevaba puesta una camiseta del Athletic...

—No, no me refiero a eso... Algo más misterioso.

—Ya sé lo que quieres decir, hablas de cuentos de hadas y leyendas: gigantes, lamias y *sorginas*.[1] Medio pueblo está convencido de que Gaueko acecha entre las sombras —dice él—. Y después me dirás que coloquemos un *eguzkilore* en la puerta del *baserri* para protegernos de los demonios nocturnos.

—Bueno, no sería tan raro, muchas casas y *baserris* lo tienen. Forma parte de la cultura de esta zona.

—No me obligues a ser el hermano sensato, porque lo odio. —Beñat sonríe—. Los duendecillos y los demonios no me asustan, son

las personas a las que hay que temer, Nor.

—Con todo lo que veo en mi trabajo, sé mejor que nadie las cosas terribles que las personas se hacen las unas a las otras, pero es que últimamente he estado recordando las historias que él nos contaba cuando éramos niños: sobre Gaueko, los demonios de la noche y otras cosas que viven en el bosque.

«Has hecho algo más que recordar, ¿verdad, Nora? Ahora empiezas a creer».

«Hay que creer en el lobo para poder encontrarlo».

—¿Has visto tú algo raro en el bosque? —le pregunta Beñat después de un momento de silencio.

—Puede. No lo sé —admite ella por fin.

No quiere contarle que lo vio cuando era una niña, en las mismas ruinas del *baserri* donde ha encontrado a las mujeres. Su padre nunca los llevó a él ni a Oliver en sus paseos por el bosque —apenas les prestaba atención entonces—, y no quiere que Beñat se sienta ignorado como cuando eran niños, sabe que aún le duele la indiferencia de Balbea.

—Mira, lo que pasa es que estás acostumbrada a vivir en una gran ciudad rodeada de edificios, gente y luces por todas partes. Aquí no hay nada de eso, y con el bosque tan cerca estás empezando a volverte majareta.

—Hay algo en este lugar, en este bosque, que se te mete dentro, debajo de la piel. De niña también podía sentirlo: aquí todo parece posible, hasta los cuentos de hadas. —Nora rodea la taza caliente de la que sale el olor inconfundible de la manzanilla—. Cuando he encontrado a las mujeres, me ha parecido que allí había alguien más. O algo más.

—Si crees que has visto algo raro en el bosque, deberías hablar con Oliver; cuando era un crío, decía que había un monstruo en el

bosque.

—¿Un monstruo?

—Sí, estaba seguro. Tú no lo sabes porque tenías una habitación para ti sola, pero nosotros compartíamos dormitorio. Oliver tenía pesadillas y venía a dormir a mi cama cuando se asustaba. Yo le fastidiaba, por supuesto, pero él insistía en que un monstruo se colaba en el jardín por las noches para mirarle. Según él, tenía cabeza de animal, era muy alto y...

—... con los brazos largos —termina ella.

—Sí, ¿cómo lo has sabido?

Nora recuerda las palabras de la pequeña Maddi describiendo al extraño lobo que la saluda desde el jardín.

—Lo he adivinado, sin más.

—A *ama* no le gustaban las historias de brujas, lamias y duendes, así que él solo hablaba del tema conmigo; después se supo lo de *aita* y todas esas cosas dejaron de importar. Oliver nunca más volvió a mencionarlo.

—El caserío donde hemos encontrado a las mujeres, ¿crees que es posible que los chicos de la zona vayan por allí a beber y a pasar el rato?

—No, no lo creo. Está muy apartado y dicen que la casa está embrujada, hay una especie de leyenda o maldición... Historias de pueblo, ya sabes cómo son esas cosas. Creo que allí se cometió un crimen antes de que nosotros naciéramos. —Beñat se acomoda mejor—. *Ama* era la que tenía buena memoria para todo lo que pasaba en la zona, creo que los que vivían allí se llamaban... —Beñat frunce el ceño intentando recordar— López de algo, ¡López de Ochoa!

Un escalofrío le baja por la espalda: Ochoa. La manera en español de escribir *otsoa*, es decir, «lobo».

58

Miércoles, 18 de marzo

El teléfono móvil de Nora protesta en la cocina y se levanta para responder.

—¿Hola?

—Soy Arantxi, la veterinaria de Munguía. Hablamos hace algunos días sobre unas ovejas que habían sido atacadas. ¿Te acuerdas? Viniste a verme con Westland.

—Ah, sí, claro, Arantxi, perdona. Siento no haberte llamado yo, he estado un poco ocupada estos días.

Nora vuelve al calor de la chimenea en el salón. Arantxi se ríe con suavidad al otro lado del teléfono.

—Algo he visto en la tele, sí. No te preocupes, por eso te llamo: hablé por mi cuenta con la doctora Hill. Marianne Hill, te hablé de ella cuando vinisteis a verme; la jefa de veterinarios de grandes cánidos.

—Lo recuerdo. ¿Qué te ha contado?

—Para empezar, me ha confirmado lo que ya sabíamos: los lobos no atacan a las personas. Eso solo pasa en los cuentos de hadas y en las historias de algunos cazadores. Tampoco suelen atacar rebaños de ovejas, eso es más bien cosa de los perros salvajes. Pero entonces pensé en lo que se comenta en el pueblo sobre Gaueko, en las historias acerca de cómo ese demonio es capaz de cambiar de forma y convertirse en lobo. Hill me contó que en los parques

nacionales que hacen frontera con la Nación Navajo hay leyendas sobre los *skin-walker*, los *cambiapieles* —explica Arantxi—. Los navajos y otras naciones antiguas creen que hay hechiceros capaces de convertirse en lobos; un minuto son personas, pero al siguiente son un enorme lobo que camina a dos patas, como nuestro dios de la noche.

Nora guarda silencio.

—¿Te ayuda esto en algo?

—Ya lo creo —responde—. ¿Puedes contarme algo más sobre esas leyendas?

—Bueno, en Estados Unidos es un tema sensible, como todo lo relacionado con los nativos, pero según ciertas historias puedes convertirte en *cambiapieles* al beber de la misma agua de la que ha bebido un lobo, por dormir al raso bajo la luna llena, por cubrirte con la piel de un lobo y por un mordisco, claro. Curiosamente, esas también son formas en las que puedes contagiarte de rabia, toxoplasmosis u otros virus animales que transmiten los lobos.

—Tiene sentido. A menudo, las leyendas sirven para explicar enfermedades o alteraciones graves de la conducta. —Una idea empieza a tomar forma en su mente.

«El asesino está enfermo. Un estado alterado de conducta explicaría su identificación con un lobo». Nora piensa deprisa.

—En fin, hasta que detengas a Gaueko, yo dormiré con el cerrojo echado y la escopeta de postas cerca, por si acaso.

Nora no puede evitar sonreír, le gusta la sinceridad de Arantxi. Se despiden y cuelga el teléfono. La voz de Beñat le llega desde la cocina. Se imagina que está hablando con Oliver, así que camina hasta la cocina, pero al entrar no le ve por ningún lado. El cable rizado del teléfono está estirado y Beñat se esconde dentro de la despensa.

Nora oye algo que suena como «hora» y después una palabra que reconocería en cualquier parte: *aita*.

59

Miércoles, 18 de marzo

Atraviesa la cocina y abre la puerta de la despensa. Lo que ve en la mirada de su hermano no le deja lugar a dudas: está hablando con Balbea.

—Sí, está aquí, espera.

Beñat le entrega el auricular, y Nora se pone al aparato.

—Bien hecho, *otsoko*. Estoy orgulloso de ti, aún recuerdas las cosas que te enseñé. Sigue las pistas, pequeña loba.

Sin decir nada, Nora cuelga el teléfono.

—¿Cómo se te ocurre hablar con él? Si la policía descubre que le estás ayudando de alguna manera...

—¡No le estoy ayudando! Y, antes de que me lo preguntes, no tengo ni idea de dónde está, ya sabes cómo es *aita*; no dice ni pío, y menos a mí.

—Si vuelve a llamar, convéncelo para que se entregue, aquí o en Francia, pero tiene que entregarse.

—A mí no me hará caso, yo era invisible para él cuando éramos niños, y Oliver... Bueno, Oliver siempre estaba tratando de llamar su atención siguiéndole a todas partes. Tú eras su favorita, a ti te escuchará, Nora; tú eres la que más se parece a él.

«La mitad de ti es malvada, la mitad que se parece a él».

—Nos destrozó la vida. —Nora se muerde la herida del dedo índice—. Destrozó a esta familia y le hizo daño a muchas personas.

No puedes volver a hablar con él, Beñat. No puedes creer una palabra de lo que dice. Tienes que intentar ser objetivo en esto.

—No puedo ser objetivo, ¡es mi padre!

—También es un fugitivo y un asesino. —Nora suspira frustrada—. Es un manipulador, y muy bueno. Ahora te presta atención porque eres el único de sus hijos que aún le dirige la palabra; te utiliza, Beñat, dirá y hará cualquier cosa para mantenerte bajo su control, no se lo permitas. Si alguien empieza a sospechar que le has ayudado a escapar, no podré hacer nada para protegerte.

—¡No necesito que me protejas! Y ya sé que tú siempre cumples la ley. Eres Nora, la policía. Nora la perfecta.

—Sigo las normas y cumplo la ley, porque, si no me desvío del camino, me aseguro... me aseguro de no terminar siendo como él. La mitad de mí es malvada —admite en voz alta por primera vez—. Tú mismo lo has dicho: soy la más parecida a Balbea. Hay más de él en mí de lo que me gusta aceptar, por eso tengo que esforzarme el doble; por eso debo tener tanto cuidado para no convertirme en alguien como nuestro padre.

Beñat asiente despacio, como si por fin comprendiera a su hermana.

—Tú no eres como él, Nor. Y siento haberlo dicho. Ya sabes que soy un poco burro, perdona —le dedica una pequeña sonrisa—. Hoy has salvado a esas chicas y lo has hecho tú sola porque eres lista, valiente y una buena investigadora. No ha tenido nada que ver con nuestro padre.

—No estoy tan segura de eso. Balbea me enseñó el bosque, me enseñó a perseguir presas, y eso es lo que hago en mi trabajo: cazar. Es lo que mejor se me da en el mundo: cazar monstruos, porque yo soy la hija de un monstruo.

—Todo el mérito es tuyo, eres una buena policía. Y no les digas a los *picoletos* nada sobre *aita*, ha llamado porque estaba preocupado por ti después de verte en las noticias. Su pequeña loba.

—No tiene derecho a preocuparse por mí ni por ti.

—Te prometo que no volveré a hablar con él, ¿vale?

—Si Gómez-Moreno se entera de esto, estamos acabados: Oliver, tú y yo. Me tiene ganas porque cree que le he quitado el caso de las matrioskas y solo necesita una excusa para complicarnos la vida.

—No es por eso.

Nora le mira sin comprender.

—Claro que es por eso, me odia desde que llegué...

—Te digo que no es por eso. Gómez-Moreno estaba en ese sótano cuando nos detuvieron. Él fue uno de los agentes que me torturó.

60

Jueves, 19 de marzo

El aire es frío, pero a Nora el fresco le viene bien para despejar la mente. No puede dejar de pensar en lo que Beñat le contó ayer, que Gómez-Moreno estaba presente cuando unos agentes de la Guardia Civil le torturaron a él y a su amigo Julen, en una comisaría cerca de San Sebastián: «No era tan chulito como ahora y todavía no era sargento. Le ascendieron después, pero te juro que era él. Nunca me olvidaré de sus ojos. Le pedí ayuda, le supliqué que hiciera venir a un médico para Julen, porque estaba muy mal, pero él se marchó y nos dejó allí».

Nora lleva puesto el jersey verde de su madre, se frota los brazos para entrar en calor. No tiene su bolígrafo, pero sabe que está a buen recaudo en el bolsillo de su gabardina con las últimas pastillas de Katovit esperándola, llamándola.

«No. Estás en mitad de un caso, concéntrate».

A pesar de los años que han pasado, podría hacer el camino hasta la casa de los Westland con los ojos cerrados. Las luces están encendidas, así que llama a la puerta. Espera ver a Irving —o puede que incluso a Joy—, pero el profesor Alexander Byrne le dedica una pequeña sonrisa de sorpresa cuando abre la puerta.

—Jefa Cortázar. Buenas tardes. —Byrne tiene un acento marcado cuando habla en español.

—Hola. Solo quería comentar un asunto de trabajo con Irving... Con el profesor Westland, quiero decir.

No termina la frase porque Irving se asoma por la puerta. Lleva puesto un jersey de lana de color claro que hace juego con su pelo y resalta sus ojos.

—¡Nora! No te esperaba, pero..., vamos, pasa. Mi madre y Manuel no están, y Alexander ya se va... Le he traído desde el yacimiento y me ha dejado un ejemplar de su libro para ti.

—*Enterramientos y rituales funerarios. El viaje hacia la otra vida* —dice Alexander—. El título es un poco pomposo, pero fue idea de mi editor. ¡Y ya va por la tercera edición! Un placer verla otra vez, jefa Cortázar.

Nora le agradece el gesto con una sonrisa y se despide de él.

Ya a solas con Irving, le confiesa:

—Perdona que haya venido sin avisar, pero es que no sabía a dónde ir, y siempre me sentí bien en esta casa hasta que..., bueno... —se interrumpe mientras trata de decidir cómo continuar—. La central nuclear, el caso, Balbea y todo lo demás... ¿Cómo lo soportas? Son demasiados recuerdos, yo no puedo controlarlos. —Tiene que hacer una pausa para respirar—. Lo siento, no he debido venir aquí.

—No pasa nada. Desde que regresé he tenido que aprender a convivir con ese monstruo de hormigón en la playa; hacer las paces con el pasado no es fácil, pero lo intento cada día, por Maddi. No quiero que el pasado la marque a ella igual que ha hecho con nosotros. Lo que sufrimos termina con nosotros.

Nora le estudia un momento: el chico del que se enamoró hace tantos veranos aún está ahí; a pesar de todo lo que ha pasado, puede verlo en sus ojos.

—Tienes pinta de que te vendría bien un café o una cola. —Entra en la casa e Irving cierra la puerta—. ¿Sigues bebiendo solo en tazas?

—¿Aún te acuerdas?

—Claro —responde él como si fuera evidente—. Y no hace falta que charlemos del caso, ya sé que no puedes hablar de una investigación abierta.

Coge dos tazas del armario mientras ella se sienta a la mesa. Es la misma cocina en la que besó a Irving Westland por primera vez.

—Balbea ha llamado por teléfono, quería saber si yo estaba bien, después de verme en los informativos —dice Nora de repente.

Irving se sienta despacio a su lado y roza su rodilla sin querer. Ella siente que vuelve a tener catorce y que se ha enamorado de ese chico larguirucho, con el pelo claro y de acento extraño.

—Hay algo que quiero contarte hace mucho tiempo, sobre tu padre y el mío. —La voz de Nora tiembla—. Yo..., yo le vi salir del bosque antes de que matara a tu padre. Llevaba puesto un pasamontañas y tenía un arma en la mano; ya tenía edad suficiente para comprender lo que significaba. Podría haberle denunciado entonces y así no habría matado a tu padre. Murió por mi culpa.

Ese es el secreto que los mantiene separados: ella podía haber salvado la vida de su padre. No se atreve a mirar a Irving para no ver el dolor o el enfado en sus ojos; sin embargo, él extiende la mano sobre la mesa y coge la suya.

—Lo que Balbea hizo es solo culpa suya, Nora. Tú eras una cría, hiciste lo que pudiste en una situación terrible. Espero que le arresten pronto y que vuelva a la cárcel.

Nora se fija en la mano de Irving sobre la suya, la siente tan natural como si no hubieran pasado los años. Él es casi la única

persona cuyo contacto físico siempre le ha gustado, se da cuenta de cuánto le ha echado de menos.

—Ojalá todo hubiera sido diferente, pienso en ello todos los días —dice ella de repente—. Pienso en nosotros y en lo que podríamos haber sido.

—Yo también he estado pensando en ti; verte otra vez ha sido demasiado, no estaba preparado. Creía que había superado lo nuestro, pero ya no sé qué creer.

—Recuerdo que siempre hablabas demasiado cuando te ponías nervioso.

Irving le dedica una sonrisa tímida.

—Tú me ponías nervioso, aún lo haces.

—Bien.

Nora se inclina despacio, duda un instante y le besa en los labios. Ha querido hacerlo desde que volvió a verle. Es un beso superficial, pero enseguida se vuelve más intenso; él le acaricia la mejilla y la atrae más cerca. En ese momento, Maddi entra en la cocina jugando con un bloque de construcción de color rojo y tienen el tiempo justo para separarse.

—Ya no llueve, ¿puedo salir? —pregunta la niña.

—Sí..., pero no salgas del jardín, ¿vale? —dice su padre—. Y si empieza a llover otra vez, entras.

La pequeña asiente y se marcha por donde ha venido.

—Ha faltado poco. —Irving aún tiene las mejillas encendidas por el beso—. Ya que estamos haciendo confesiones, creo que es mi turno: el padre de Emilio era la fuente de mi padre dentro de la banda. Así es como mi padre escribía esos artículos tan precisos sobre ellos, los artículos por los que le mataron.

—¿Qué? ¿Vicente Peña era la fuente de tu padre?

—Sí, Vicente vino a verme hace algunos meses; cuando le vi, no sabía si estaba aquí para matarme o para pedirme perdón, pero me lo contó todo. Me confesó que hacía tiempo que quería dejar el ala más violenta de la banda porque él cree de verdad en la causa. Se le ocurrió que, siendo periodista y además extranjero, una voz independiente, mi padre podría ayudarle a salir. Con el tiempo, se hicieron amigos.

—Los artículos de tu padre en el periódico...

—Sí. Los artículos que escribió sobre la banda le hicieron muy famoso, pero también muy odiado. Vicente me dijo que guardaba una copia de las conversaciones y de las entrevistas que mantenían; lo había guardado durante todos estos años. Mi padre solía grabar a sus entrevistados, ya sabes, cosas de periodistas; mi madre y yo no encontramos esas grabaciones por ningún lado.

Nora intenta procesar toda la información.

—¿Te contó algo más? El arma que utilizó Balbea en el asesinato de tu padre nunca apareció, una Browning 35.

—No, no hablamos sobre eso: yo no quería detalles sobre su asesinato. Creo que Vicente se siente culpable y quería liberarse de ese peso; no le queda mucho tiempo, está muy enfermo.

Nora se pregunta si tal vez vale la pena hablar con Vicente Peña, aprovechando sus remordimientos y las ganas de limpiar su conciencia antes de morir.

—¿Qué es lo que te ha dicho Balbea cuando te ha llamado?

—Ah, nada útil para la investigación; las tonterías suyas de siempre.

Nora ya le ha confesado uno de sus mayores secretos a Irving, no va a confesarle otro.

—Pasado mañana es 21 de marzo, el equinoccio de primavera.

—Lo sé, no estoy más cerca de atrapar al asesino de Lea que la última vez que hablamos —admite ella—. Y quizás, antes de dos días volverá a matar.

—Te conozco, Nora; eres la mujer que sabe lo que asusta al hombre del saco. Sé que vas a cogerle. —Irving se levanta de la silla —. Voy a preparar ese café. Mientras... ¿por qué no me cuentas el motivo por el que, de repente, todo el pueblo cree haber visto a Gaueko?

—Siento desilusionarte, pero descarto que el asesino sea un dios oscuro que se dedica a corretear por el bosque después de medianoche. Eso solo es una leyenda.

—A los arqueólogos nos encantan las historias, y tienes que admitir que la de Gaueko es una gran historia: el dios de la noche, con garras en lugar de manos, se aparece como un enorme lobo negro o como un monstruo de ojos brillantes. —Irving se pone serio un momento—. Bromas aparte, da bastante miedo.

—De niños, mis hermanos y yo creíamos tanto en Gaueko que jugábamos a ver quién aguantaba más tiempo en el bosque después de medianoche. Éramos un poco bobos.

Fue Balbea quien les habló de Gaueko por primera vez y les enseñó ese juego. Nora ganaba siempre, pero eso no se lo cuenta.

—¿Alguna vez le has hablado a Maddi de Gaueko?

—No, es demasiado pequeña, se asustaría. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que esa criatura de la que habla, el lobo que la visita, se parece bastante a Gaueko —dice ella con cautela.

—No irás a decirme que mi hija de cuatro años es amiga del dios de la noche, ¿verdad? —Irving sonríe, pero Nora no dice nada—. Lo más probable es que mi madre se lo haya contado, o puede que

oyera la historia de otros niños; aquí se crece creyendo en demonios y dioses antiguos.

—Sí, es posible que lo oyera por ahí —admite Nora—. Mientras preparas ese café, voy a por el libro de Byrne, puede que haya algo de utilidad para el caso.

También quiere dejar de pensar en Gaueko y en sus ojos brillantes.

—Claro, está en el Rover. En el asiento trasero.

Nora camina hasta el coche, que está aparcado enfrente de la casa. El libro la espera en el asiento. Lo coge, pero entonces se fija en algo más.

—¿Todo bien? —grita Irving desde la casa.

Sin embargo, Nora apenas oye sus palabras, sus ojos están fijos en la zapatilla manchada de barro en el suelo del vehículo: es la que perdió Lea. Ha visto las fotos del cadáver, se sabe el expediente de memoria y es consciente de que Lea solo llevaba una de sus zapatillas cuando encontraron su cuerpo: unas Adidas de color azul con cordones blancos.

En ese momento, Irving se asoma por la puerta de la casa.

—Nora, ¿estás bien? Te has puesto pálida.

Nora aparta la vista de la zapatilla y se vuelve para mirarle.

—Irving Westland, le informo de que voy a proceder a su arresto como sospechoso del asesinato de Lea Odell.

61

Jueves, 19 de marzo

Hay tres coches patrulla aparcados en el camino de la casa de los Westland. Irving está esposado mientras uno de los agentes habla con él.

—Y bien, Cortázar, ¿hay alguien más en el pueblo a quien quiere que arreste? ¿El panadero? O tal vez la mujer que lleva el autobús escolar..., a mí me parece bastante sospechosa —dice Gómez-Moreno con ironía—. ¿Está segura de que es la zapatilla que perdió Lea Odell?

—Sí, la reconozco de las fotografías del informe: una zapatilla Adidas azul con cordones blancos como la que llevaba cuando la encontraron, el número también coincide; en el lado, hay restos de algo que parece sangre —responde Nora, mordisqueándose la uña en carne viva.

—Se ha subido al Range Rover varias veces, ¿no lo había visto antes?

—No, claro que no había visto la zapatilla antes, o lo habría denunciado como acabo de hacer.

—¿Primero su hermano y ahora su novio? Menuda casualidad, cómo se le ha podido pasar por alto...

—Igual que a usted se le ha pasado por alto la red de tráfico de personas que opera bajo sus narices desde hace un año y medio. —Nora recuerda lo que Beñat le ha contado sobre el sargento—.

Quiero que sus hombres registren la casa y busquen algo que relacione al señor Westland con el asesinato de Lea y de Mercedes Godoy. Miren en cada cajón, debajo de las camas, en cada libro y dentro de la cisterna si es necesario. Buscamos lazos de color rojo como los que se encontraron en las escenas del crimen, un revólver de calibre pequeño o cualquier prueba que nos sirva ante un juez. Y documenten la diligencia debidamente, nada de ir por libre, ¿me he explicado bien?

—¿Descartamos definitivamente que la banda esté detrás del asesinato de su amiga? ¿O cree que Westland está metido en líos políticos?

—Ahora mismo estoy abierta a cualquier teoría. Haga su trabajo, sargento.

Para su sorpresa, Gómez-Moreno no protesta, asiente con la cabeza y se marcha para dar indicaciones a sus agentes.

—Lo siento, jefa, sé que Westland es amigo suyo, y parecía un tipo bastante majo —comenta Bermejo a su lado.

—¿Ha pasado por mi casa, como le pedí? —la corta Nora; no le apetece hablar de Irving.

—Sí, estaba su hermano, tal y como me dijo; gruñó un poco al verme aparecer con el coche patrulla, pero me dio su gabardina, su teléfono móvil y el resto de las cosas que quería que le trajera.

Bermejo le entrega sus cosas. Nora se pone la gabardina y guarda el teléfono móvil en su bolsillo; al meter la mano, siente el tacto de su bolígrafo.

—¿Cómo va la búsqueda en bibliotecas y registros parroquiales? ¿Sabe algo ya sobre la familia López de Ochoa?

—Nada de momento, pero ahora la prioridad es Westland y su implicación en los crímenes...

—No es una tarea complicada, Bermejo: se presenta en una iglesia o en una biblioteca y pide que le dejen ver las actas de matrimonio.

—Lo sé, pero algunos párrocos no quieren hablar conmigo si me ven con el uniforme. Me dan largas o directamente me cierran la puerta en las narices.

—Necesitamos saber más sobre esa familia para comprender por qué Emilio Peña eligió precisamente esa casa para esconder a las mujeres. Tiene que haber una relación, un patrón..., algo que se nos está escapando. Siga con ello.

Bermejo baja la cabeza.

—Claro, jefa.

Sabe que ha sido demasiado brusca, pero no puede dejar de pensar en Irving, en la mano de él sobre la suya, en el beso y en la zapatilla de Lea manchada de sangre en su coche.

«Felicidades, esa zapatilla ha estado ahí todo el tiempo y tú no te has fijado porque estabas demasiado ocupada con Irving, intentando descifrar el único patrón que no puedes comprender. Buen trabajo, jefa Cortázar».

—No he sido yo, Nora. Tú me conoces, ¡me conoces! —grita Irving, esposado junto al coche patrulla.

Ella cierra los ojos. Sí, le conoce, y por eso sabe que todas las piezas encajan: él conocía a Lea y la zona, sufrió una pérdida traumática en la adolescencia... Se ha convertido en una de esas mujeres —de las que suele hablarles a sus alumnos— que nunca sospechan que los hombres con los que comparten su vida son, en realidad, unos monstruos. Igual que le pasó a su madre.

«Cómo has podido estar tan ciega, Nora. Puede que no seas una cazadora, después de todo. No eres su pequeña loba».

Sin pensarlo, mete la mano en el bolsillo de la gabardina, saca el bolígrafo y se toma las últimas tres pastillas de Katovit. Siente cómo bajan por su garganta. Pronto empezará a notar los efectos de la anfetamina.

«Lo tienes delante, siempre lo has tenido delante, y ni siquiera sospechas lo más mínimo», le había dicho Emilio Peña. ¿Se refería a Irving y a su relación con él? No era un secreto que habían sido novios de adolescentes. Todo el mundo lo sabía, sobre todo después de lo que hizo su padre; eran como los puñeteros Romeo y Julieta.

Oye los vehículos policiales y a Gómez-Moreno dando órdenes. Cierra los ojos; cuando los abre de nuevo, el mundo es mucho más brillante por los primeros efectos de las drogas. Tres pastillas es una dosis más alta de la que suele tomar; bien, quiere olvidarse de Irving y de todo lo demás, volver a controlar sus emociones.

—Y mi hija, ¿dónde está Maddi?

Irving mira alrededor buscando a la niña, los agentes se miran entre sí confundidos.

—Este hombre tiene una hija pequeña, ¿la han visto? —pregunta Nora.

—No. No había ninguna niña en la casa cuando hemos entrado.

Recuerda entonces que la pequeña había pedido permiso para jugar en el jardín. Nora vuelve a entrar en la casa. Sube al piso de arriba, pero no hay ni rastro de Maddi. Ningún agente en la escena ha visto a la pequeña.

—¡Atención! Buscamos a una niña de unos cuatro años, Maddi Westland —dice Gómez-Moreno a sus agentes—. La niña tiene el pelo rubio, lleva un jersey de color rojo y pantalones vaqueros. Tiene problemas de audición, así que puede que no los oiga cuando la llamen. Seguramente, se habrá asustado con todo el jaleo y estará escondida por ahí.

Irving grita su nombre mientras le meten esposado en el asiento trasero de uno de los coches patrulla y cierran la puerta, pero golpea la ventanilla llamando a su hija.

—Está muy unida a su padre, no se marcharía sin más. Y no es de la clase de niñas que se asustan. —Nora recuerda cómo Maddi habla del lobo, sin miedo ni angustia—. No se ha marchado por propia voluntad. Alguien se la ha llevado.

—Mire a su alrededor, Cortázar: aquí solo estamos nosotros. Si alguien se hubiera llevado a la niña a rastras, nos habríamos enterado. Lo más probable es que se haya asustado y esté escondida en algún sitio llorando a moco tendido. La encontraremos, ¿de acuerdo? No empiece con sus ideas raras.

Pronto dejará de poder pensar con claridad; sabe que tiene que encontrar a Maddi antes. En el jardín ve un bloque de Lego de color rojo, el mismo con el que la niña estaba jugando al entrar en la cocina. Se agacha para recogerlo y entonces ve unas huellas en el barro húmedo. Las huellas son extrañas y grandes, el tamaño se correspondería a un número cuarenta y seis o cuarenta y siete.

Corre hasta el final del jardín y grita su nombre:

—¡Maddi! ¡Maddi!

Nada. Los árboles devuelven el sonido de su propia voz. Sabe que tiene que regresar al bosque. Se mordisquea la herida del dedo con más fuerza y siente cómo la uña se despega de la carne. Contiene un gemido de dolor y ve la sangre resbalándole por la mano. Nora respira hondo y se adentra en el bosque.

62

Jueves, 19 de marzo

Los dos hermanos Cortázar miran la matrioska sobre la mesa de la cocina.

—¿Nora sabe algo de esto? —pregunta Oliver.

—¿Estás loco? Si Nora ve esto, me pone las esposas ella misma. No la ha visto, pero ahora, con Emilio detenido y el taller precintado, no sé qué hacer. He pensado en quemarla en la chimenea, pero me da miedo que ella lo descubra.

—Está bien, sé lo que podemos hacer. Desaparecerá y Nora no lo sabrá nunca. —Oliver le mira con sus ojos verdes encendidos—. ¿Cómo se te ocurre traerte esto a casa?

—La he cagado, hermanito, ya lo sé. Pero si me encuentran con ella me llevarán detenido. —Beñat tiene náuseas solo de pensarlo—. No puedo volver a estar encerrado, no puedo dejar que me arresten, cualquier cosa antes que eso...

Algunas veces, Beñat fantasea con la idea de suicidarse; piensa en lanzarse al mar desde un acantilado o en usar las pastillas que le daban a su madre para dormir.

«Un momento de coraje y se acabó —suele pensar—. Se acabó sufrir, se acabaron los recuerdos, las pesadillas, el dolor en la pierna... Todo».

—Descuida, nadie va a arrestarte, yo me encargo de esto —le asegura su hermano.

—Es que no sé lo que haría si volvieran a encerrarme. No podría soportarlo... Creo que me mataría.

Oliver le da unos golpecitos en el hombro.

—No digas esas cosas, venga. Tú no te preocupes, yo sé qué hay que hacer. La enterraremos en el jardín y se acabó, tengo un sitio secreto.

—¿Es donde enteraste la caja de puros que birlaste de crío?

—Ese mismo sitio, sí. Y después no volveremos a mencionarlo nunca. Haremos como si no hubiera pasado.

—Como si no hubiera pasado —repite Beñat.

—Eso es. Tú céntrate y no vuelvas a pensar en hacerte daño, ¿vale? ¿Me lo prometes?

Beñat asiente, pero las pastillas de su madre están guardadas en su mesita de noche. Sabe que solo tiene que extender la mano una madrugada y acabar con todo.

—Bien, así me gusta.

Oliver coge la matrioska envuelta en el trapo de cocina y sale al jardín lateral del caserío.

—El suelo está húmedo por la lluvia, así que no será difícil cavar un agujero. Tú trae la pala del trastero, está debajo de unas lonas azules viejas, al fondo —le dice a Beñat—. Cavamos un agujero, enterramos la muñeca y ya está. Nadie lo sabrá nunca.

—Nadie lo sabrá nunca.

Ambos trabajan en silencio. Cuando terminan, vuelven a cubrir el agujero con tierra y regresan dentro de la casa para entrar en calor. Sin embargo, Beñat se vuelve un momento antes de entrar; siente que algo los observa desde el bosque.

63

Jueves, 19 de marzo

Nora corre colina abajo, en esa zona el terreno es resbaladizo y el barro se hunde bajo sus pies. Hace un rato que ha dejado atrás la casa de los Westland y la carretera en dirección a Munguía. Ahora corre entre los árboles intentando no tropezarse con las raíces que sobresalen del suelo. Recuerda por qué siempre le ha dado miedo adentrarse en el bosque. Está agotada, se detiene un momento para recuperar el aliento.

—¡Maddi! —grita, pero no obtiene ninguna respuesta.

Empieza a anochecer. Faltan dos días para el equinoccio de primavera.

«El asesino se la ha llevado para que sea su próxima víctima. La encontrarás con un lazo rojo anudado alrededor de la muñeca. Encuentra a la niña, *otsoko*».

Ya empieza a sentir los mareos, la falta de aire y el dolor en el pecho que le provoca la anfetamina. Sabe lo que viene después: visión borrosa, confusión y alucinaciones. Un poco más adelante, intuye el horizonte y el mar entre los árboles: está cerca de la central nuclear. Camina con la mano en el costado derecho por el dolor de la carrera; entonces lo oye: un aullido. Mira alrededor, pero las sombras del bosque empiezan a alargarse y apenas puede distinguir nada.

«Las criaturas del bosque son tus presas, pequeña loba. Tú eres la cazadora», decía su padre. Nora recuerda todo lo que le enseñó. «No tengas miedo, *otsoko*. Tú los cazas».

—Tú los cazas —se recuerda Nora.

Oye otra vez el aullido de un lobo; parece estar delante de ella, justo entre los árboles. Por fin lo ve. Se le erizan los pelos de la nuca de puro terror. Un monstruo de dos metros de altura camina erguido y está cubierto con pieles de animales; tiene una gran cabeza de animal sobre los hombros. Es muy real y está tan cerca que puede ver su pecho hundido subiendo y bajando con cada respiración.

«Hay que creer en el lobo para poder encontrarlo».

Nora da un paso atrás, pero tropieza con una rama y cae al suelo del bosque.

—Gaueko... —murmura el nombre del dios antiguo.

El monstruo lleva a Maddi de la mano; Nora le hace un gesto a la niña para que se acerque a ella y la pequeña obedece. Entonces ve la garra con afiladas uñas al final de sus largos dedos. Nora intenta hablar, pero su boca está seca y las palabras no llegan a sus labios, aunque sí consigue sujetar a Maddi del brazo para evitar que vuelva con él. Le cuesta respirar; si no tiene cuidado, perderá el conocimiento y ambas quedarán a merced del monstruo. La criatura da un paso hacia ellas. Nora está en el suelo, por lo que el monstruo parece todavía más alto.

—No puedes hacerme daño. Yo soy *otsoko.* Yo soy la loba. Yo te cazo a ti.

El monstruo está tan cerca que Nora siente el olor acre de las pieles en descomposición que cubren su cuerpo. La criatura se agacha y olfatea su pelo, castaño y desordenado, el olor de su cuello, el sudor frío que le provoca la anfetamina y el miedo... Después da media vuelta y regresa a lo más profundo del bosque.

Nora lo ve desaparecer entre los árboles. La pequeña Maddi se sienta a su lado. Alrededor de la muñeca, tiene un lazo de color rojo.

64

Jueves, 19 de marzo

Nora sueña que tiene once años y que camina por el bosque con su padre. Conoce bien ese lugar: los árboles, las hierbas altas que le hacen cosquillas en las manos, las rocas que sobresalen del suelo aquí y allá, el olor de la turba; suelen ir hasta allí, pero esta vez se alejan un poco más. Solo su padre y ella. Sus hermanos nunca los acompañan, aunque Oliver les suplica que le lleven con ellos. Nora siente que es especial: la favorita de su padre.

«Tú eres la que más se parece a mí, *otsoko* —le dice su padre mientras llegan a un claro escondido—. Por eso te enseño a cazar: sé lo que tienes dentro. Es importante que aprendas a controlarlo».

Hay una casa en ruinas en el claro y un árbol se asoma por el tejado derrumbado.

«No tengas miedo, pequeña loba. Tú eres el mejor depredador de este bosque. No tengas miedo».

Entran en la casa. Nora lo ve encadenado a la pared: el monstruo. Gaueko. Es alto, con los brazos largos y las costillas hundidas; su pelo sucio le cubre el rostro. La criatura se revuelve y ella oye el sonido de la cadena golpeando contra el suelo; está intentando arrancar el clavo de ferrocarril que lo ata a la pared de piedra. Nora grita.

«No tengas miedo, pequeña loba. Yo siempre estoy contigo».

Nora se despierta. Por un instante, cree que tiene once años y que su padre le está dando la mano, pero no es la de su padre la mano que siente, sino la de Maddi. Ambas están tumbadas en el suelo del bosque como si hubieran estado haciendo ángeles de nieve en las hojas secas. La cabeza le da vueltas. Se levanta y camina como puede con la pequeña de la mano. Avanzan unos diez minutos hasta que la central nuclear desaparece del horizonte y enseguida distingue las luces azules de los coches de la policía. Oye voces masculinas gritando su nombre un poco más adelante. Nora cojea, se ha torcido el tobillo cuando se le ha enredado el pie en una raíz. Tiembla, el efecto de la anfetamina se está pasando y sabe que pronto tendrá el mayor dolor de cabeza de su vida.

—Señor... Señor, ¡están aquí! ¡Aquí! —grita uno de los agentes, que corre hacia ellas.

Enseguida le siguen dos más y Gómez-Moreno corre hasta ellas.

—Unas mantas... ¡Y que vengan los de la ambulancia! —grita el sargento.

Nora distingue a Joy —la madre de Irving— y a su marido en el grupo de búsqueda. La pequeña Maddi ya se ha soltado de su mano y ahora está en los brazos de su abuela mientras un enfermero la examina. Joy llora cuando pasa la mano por el pelo de la niña para quitarle los restos de barro y hojitas que se le han quedado pegados. Un enfermero se acerca a Nora y le examina las pupilas con la linterna.

—¿Cómo se encuentra, señora? ¿Sabe qué año es?

—1992 —responde ella con la boca seca.

—Muy bien, ahora mire hacia arriba, hacia abajo... Puede que tenga una conmoción, sus pupilas no se contraen con normalidad.

—No, estoy bien.

No puede decirle al paramédico que no es una conmoción, sino los efectos de la metanfetamina.

—Le pondré algo en la herida del dedo, pero, si le duele la cabeza, acuda inmediatamente al médico.

—Sí, gracias.

El paramédico le coloca un apósito en el dedo índice, sin uña, y se aleja hacia su compañero, que aún está examinando a Maddi.

—Ha encontrado a la niña sana y salva, menos mal. ¿Cómo se encuentra, Cortázar? —pregunta el sargento.

—¿La niña está bien? —dice ella sin mirarle.

—Sí, parece que ha salido ilesa. Ahora, ¿quiere contarme qué es lo que ha pasado?

Nora se ríe con aspereza.

—Si se lo cuento, hará que me pongan una camisa de fuerza.

Sabe que no puede fiarse de sus recuerdos, porque la anfetamina hace que su mente se vuelva confusa, para eso las toma: no siempre es fácil ser ella.

—Pruebe, he visto algunas cosas raras desde que estoy destinado aquí.

—He visto al monstruo.

Nora no le cuenta que ya lo había visto antes, cuando era una niña, encadenado en la casa abandonada en la que encontró a las mujeres.

—¿El monstruo? ¿Gaueko? ¿Espera que le diga al coronel que un dios antiguo se ha llevado a la pequeña Westland?

—Dígale lo que quiera, me da igual. —Se limpia la tierra húmeda de la barbilla—. ¿Qué dice la niña?

—No mucho, pero de momento no ha dicho nada sobre un monstruo.

—¿Y qué pasa con el lazo rojo? Lleva uno atado alrededor de la muñeca como las demás víctimas.

—No sé de dónde ha sacado la niña el dichoso lazo rojo, pero, si su padre es el asesino, tal vez la cría encontró el lazo en casa y se lo puso, como un juego. Mire, estamos a punto de cerrar el caso y apuntarnos todos un buen tanto; seguramente, ese Westland está perturbado por lo de su padre; no le dé más vueltas.

Pero Nora no puede ver el patrón en su mente.

—¿Cómo va la investigación de Eduardo Acosta? Intentó asesinar a su madre y estaba en la excavación arqueológica cuando Lea la visitó. Puede que ella lo reconociera de Aberdeen. Es un buen sospechoso.

—Hemos hablado con Acosta, afirma que lo de su madre sucedió cuando era un adolescente que fumaba demasiados porros y se juntaba con malas compañías —responde el sargento—. Su padre había fallecido poco antes, y se ve que el chico estaba pasando un momento difícil.

—¿Un momento difícil?

—Mire, aún no hemos descartado a Eduardo Acosta, aunque según su información, la de la Interpol, su pasaporte nunca ha pasado por la frontera de Inglaterra —le recuerda él—. ¿Cómo lo explica? No pudo asesinar a la prima de Odell en Escocia si nunca ha estado en el país.

«Hay muchas formas de entrar y salir de un país sin que quede registrado en el pasaporte», le había dicho Emilio Peña.

—Aún no lo sé —admite ella—. Tal vez salió del país sin que lo supiéramos, puede que entrara en Inglaterra con un nombre falso. Quiero que sigan investigando a Acosta y hablen con su madre, que ella nos cuente qué desencadenó el ataque.

—Sé hacer mi trabajo, hablaremos otra vez con Eduardo Acosta y haré que alguien en Madrid contacte con su madre para que nos cuente su versión, ¿de acuerdo? Pero desde ya le digo que no me parece que el tal Acosta tenga pinta de asesino. Yo sigo pensando que ya tenemos a nuestro culpable con Westland; no hace falta ser un lince para ver que él está detrás de los asesinatos. Tal vez Lea descubriera lo de las matrioskas y Westland llegara hasta ella antes de que pudiera hacerlo nadie de la mafia.

—No se fíe de las apariencias, he conocido asesinos que parecían inofensivos —responde ella—. ¿Y qué pasa con Álvaro Prieto? ¿Han podido localizarle?

—No. En la cadena en Madrid dicen que no ha pasado por el estudio a dejar el equipo; no saben nada de él, aunque nos han confirmado que se presentó voluntario para acompañar a Godoy para el reportaje sobre su padre. —El sargento hace una pausa—. La furgoneta de la cadena está en el depósito. He visto las fotografías y todo lo demás que ese bicho raro guarda sobre usted... Debo reconocer que es otro buen sospechoso.

—Sí, lo es. Maldita sea, odio este caso; tenemos varios buenos sospechosos y pocas pruebas.

Joy la mira desde el otro lado de la carretera.

—Si me admite un consejo, le recomiendo que se mantenga alejada de la abuela de la niña —dice el sargento adivinando sus pensamientos—. No son precisamente fans suyos.

—Ya, no puedo culparlos.

—Por cierto, ¿ha tenido contacto con su padre desde la fuga? Se lo pregunto porque, para ser alguien sin efectivo ni recursos, a Balbea se le da muy bien esconderse.

Recuerda a su hermano en la despensa hablando por teléfono con Balbea.

—No, no he sabido nada de él —miente—. ¿Ya hemos terminado? Me gustaría marcharme a mi casa para dormir un par de horas.

—Sí, claro. Descanse un poco, le vendrá bien. Tiene mala cara, Cortázar. ¿Sabe?, hace un par de años conocí a un agente que había estado trabajando con estupefacientes, drogas y todo eso —comienza a decir él—. Resulta que ahora hay una cosa muy de moda entre los jóvenes: metanfetamina. Es una droga sintética, de laboratorio; la toman en las discotecas para aguantar de fiesta toda la noche. Te fríe el cerebro, provoca confusión y alucinaciones; hace que te arranques la piel o que saltes desde un quinto piso pensando que puedes volar.

Nora no responde, no va a darle la satisfacción de admitir nada.

—¿Dónde está Bermejo? —pregunta sin más—. Hay algo que quiero decirle.

Desea disculparse con ella por haberle hablado mal antes. También quiere terminar de explicarle que planea recomendarla para el programa de nuevos agentes de la Interpol.

—Hace un rato que se ha marchado; desde que la tiene como su protegida, no me cuenta nada —responde él—. Mientras tanto, seguimos buscando en los puertos de la zona y registrando cada centímetro del taller de Peña. Pero, de momento, los técnicos y los contables no han encontrado nada útil.

—Bien. Llámeme si averigua algo, cualquier cosa.

Nora se aleja por la carretera. Pasa junto a Joy y Maddi. Al verla, la niña se lleva un dedo a los labios y le hace el gesto universal de silencio.

65

Jueves, 19 de marzo

Bermejo llega al pequeño cementerio de Urízar. No está muy lejos de la casa familiar de los Cortázar, apenas diez o quince minutos a pie. Hace un rato ha visto pasar coches patrulla con las sirenas y las luces encendidas por la carretera en dirección a la central nuclear, pero ella tiene otra cosa que hacer. La jefa le ha encargado buscar información en los registros eclesiásticos sobre la familia López de Ochoa —los propietarios de la casa donde encontraron a las mujeres —. Bermejo ya ha encontrado un par de viejos recortes de prensa en la biblioteca municipal de Bilbao, pero quiere tener algo más para impresionar a la jefa; sobre todo después del rapapolvo.

Avanza entre las tumbas, la gravilla del suelo cruje bajo sus botas. No hay farolas ni luces. Ha permitido que la historia de Gaueko se cuele en su mente y ahora mira las sombras casi temiendo que el dios de la noche esté escondido y listo para saltar sobre ella. Pero sabe que ha dado con algo importante y quiere confirmarlo antes de contárselo a la jefa, por eso le ha pedido las llaves al párroco esa tarde y ha ido al cementerio por su cuenta. La escarcha cubre las lápidas. Al fondo ve el pequeño edificio de color blanco donde se guardan los registros.

«Bien, ha merecido la pena pasar frío», piensa, mientras llega al final del camino.

Dentro del edificio, hace el mismo frío que fuera; enciende la linterna y ve su aliento flotando frente a ella; hay un archivador que parece muy viejo, y al lado, en el suelo, un par de cajas de madera que parecen aún más viejas. Sujeta la linterna con la boca para tener las manos libres y rebusca entre las cajas del suelo; son registros funerarios parroquiales antiguos, justo lo que ha ido a buscar. Las páginas están llenas de polvo y algunas son tan viejas que se deshacen cuando las toca. Oye un ruido fuera. Contiene el aliento, pero entonces oye un maullido lastimero: es solo un gato. Vuelve a concentrarse en los expedientes más antiguos hasta que por fin encuentra lo que ha ido a buscar; escrito con una impecable letra cursiva en una carpeta amarillenta: familia López de Ochoa. Saca el expediente y se lo guarda debajo del abrigo junto con los recortes de prensa que ha encontrado en la biblioteca esa misma tarde. Ya está, ahora podrá ir donde la jefa y contarle lo que ha descubierto.

No ha salido del pequeño edificio cuando vuelve a oír el ruido, pero no es un gato: es grande; algo pesado camina entre las tumbas. No puede verlo porque la oscuridad y la niebla hacen que apenas vea lo que tiene delante de sus narices.

—¿Hola?

Nada.

Bermejo tiene ese mal presentimiento que la acompaña desde que encontraron el cuerpo de Mercedes Godoy.

—Soy la cabo Bermejo. Si hay alguien ahí, identifíquense.

Su voz suena segura —recuerda su entrenamiento y todo lo que le ha enseñado Cortázar en los últimos días—, pero la linterna en su mano tiembla y la luz se pierde entre la niebla.

—¿Hay alguien ahí?

Algo enorme la tira al suelo. Su cabeza impacta contra la piedra y la sangre sale de la herida en su nuca derramándose hasta llegar al camino entre las tumbas. Bermejo abre la boca, pero él vuelve a golpearla, mucho más fuerte esta vez. Una sacudida de dolor baja por su espalda y un segundo después nota la sangre cálida que empapa su uniforme. No tiene tiempo de defenderse ni de ver a su atacante hasta que se inclina sobre ella y su cara aparece entre la niebla.

Piensa que su abuela tenía razón sobre los presentimientos: solo lo entiendes al final, cuando ya es demasiado tarde. Él la golpea otra vez y Bermejo ya no se mueve. Las ideas se vuelven borrosas en su mente: recuerda su comunión, unas vacaciones en la playa, el rostro de su madre... Y después solo la oscuridad.

66

Viernes, 20 de marzo

Nora se seca el pelo con una toalla. El agua caliente de la ducha le ha venido bien, igual que el café que se ha tomado después de dormir cinco horas seguidas. Fuera, oye la voz de Oliver, así que se viste y sale.

—Nora..., no sabía que estabas en casa —dice él a modo de saludo—. Tienes una pinta horrible, ¿qué te ha pasado?

—Ayer me caí en el bosque. ¿Qué haces aquí? Pensé que tenías cosas que hacer en Derio. ¿Has venido a ver a Beñat?

—Me he pasado a por algo de comida. Hoy tocan patatas con costilla y no iba a perdérmelo.

Pero Nora se fija en que su hermano parece nervioso. Viste con su ropa de seglar, tiene tierra debajo de las uñas y sus zapatos están sucios.

—¿Seguro que has venido solo a eso? Estás manchado de barro, y no creo que haya mucha tierra en el seminario.

Los ojos de Oliver —muy parecidos a los suyos— tiemblan un instante; Nora sabe que le ha mentido.

—Si estás metido en un lío por eso de los chicos del grupo de ayuda...

—No es nada, estoy bien —responde él—. Y ya te lo dije, solo intento hacer algo bueno para compensar lo de *aita.*

La puerta del *baserri* se abre y Beñat aparece en el umbral; tiene aspecto de haber dormido menos que ella: su pelo oscuro está revuelto y hay restos de barro en el bajo de sus desgastados vaqueros.

—Nora, han llamado al teléfono de casa, no te encontraban en ese teléfono móvil tuyo... —comienza a decir con gesto serio—. Tienes que llamar al cuartel, es urgente.

Su teléfono se quedó sin batería anoche.

—Me he quedado dormida, estaba agotada y olvidé cargar el teléfono. Siento que te hayan molestado llamando a la casa, les diré que... —Pero se calla al ver que su hermano está lívido—. ¿Beñat? ¿Qué pasa?

—Nor, lo siento mucho, de verdad. Ayer mismo se pasó por aquí para coger un par de cosas tuyas. Fue muy maja, aunque yo fui un poco capullo con ella... Hubiera llegado lejos en la policía, parecía una chica lista. *Goian bego*.

Nora contiene el aliento, su hermano no ha pronunciado las palabras en voz alta, pero ella ya sabe cómo termina esa frase.

—No..., no, no —murmura ella.

—Es la cabo Bermejo; han encontrado su cuerpo en el cementerio.

Nora rompe a llorar. Sus piernas no la sujetan y cae al suelo. Beñat la abraza mientras su hermana no deja de sollozar.

67

Viernes, 20 de marzo

El camino hasta el cementerio se le hace eterno. Nada más llegar, Nora ve los coches de patrulla, la ambulancia y al doctor Estrada con gesto lúgubre en la puerta.

—Buenos días, jefa Cortázar, por decir algo.

Nora saluda al forense con un gesto de cabeza; los ojos de Estrada la estudian detrás de sus gafas.

—Lo lamento mucho; no es igual cuando quien está dentro de la bolsa es alguien a quien conocíamos. No hay palabras de consuelo, lo sé por experiencia.

Nora respira el aire gélido de la mañana, le hace sentir que todo es real.

—¿Ha sido él? —pregunta por fin.

Estrada se coloca mejor las gafas sobre la nariz antes de responder:

—Todo apunta en esa dirección, sí. Las heridas son «coherentes» con las de sus dos víctimas anteriores: la señora Odell y la señora Godoy. No le daré los detalles más desagradables, pero, antes de que me lo pregunte: sí, hay una cinta roja anudada alrededor de su muñeca.

—¿Fue rápida? Su muerte, ¿fue rápida?

—¿Quiere tomar algo? —dice Estrada con suavidad—. Al llegar he visto una cafetería un poco más abajo, podemos ir...

—¿No responde a mi pregunta, doctor?

Estrada se cierra su elegante abrigo de paño para protegerse del frío y da un paso hacia ella.

—No tiene sentido mentir sobre lo que ambos sabemos: no, no fue una muerte rápida ni sin dolor, pero eso no la ayuda a usted, ni a ellos. —Hace un gesto con la cabeza hacia los agentes en el cementerio—. Hágame un favor: deténgalo.

El forense le da una palmadita amistosa en el hombro y se aleja con el maletín médico hacia su coche.

Nora entra en el cementerio. La tumba de su madre está al fondo, puede ver los claveles blancos que ha dejado Beñat.

—Siento mucho lo que le ha sucedido a la cabo Bermejo. Era una buena agente y una gran persona —dice Nora cuando llega hasta el grupo de agentes—. Tengan por seguro que mi compromiso personal es detener a su asesino.

Ninguno dice nada, pero un par de ellos asienten con la cabeza.

—Dicho esto, entiendo el dolor y la rabia que sienten ahora mismo, pero es importante que sigamos centrados en la investigación para detener a su asesino; eso significa: nada de ir por libre, nada de venganzas personales y, desde luego, nada de disparos por la espalda. Queremos atraparle con vida.

Más silencio, pero por sus caras Nora siente que los ha convencido. Se dispersan cuando ven aparecer al sargento. Gómez-Moreno no va tan arreglado como es habitual en él y su rostro está desencajado.

—¿Cuándo ha sucedido? —le pregunta ella a modo de saludo.

—Según Estrada, sucedió sobre la medianoche.

—Este escenario no se parece al de Mercedes Godoy. Aquí la puesta en escena es simple, le falta teatralidad... —Nora se

mordisquea la tirita que cubre la herida del dedo—. Esto no tiene sentido, está mal.

—Claro que algo está mal: detuvimos a su hermano y era inocente, arrestamos a su novio y resulta que también es inocente.

—El despliegue policial para buscar a Maddi —dice Nora de repente—. La presencia policial en la zona ayer hizo que el asesino no pudiera completar su ritual, por eso la escena del crimen es tan simple.

—¿Simple? Es un animal, no ha visto lo que le ha hecho a Bermejo.

—No es un animal y tampoco es un monstruo: es un hombre, y voy a cogerle.

—¿Ya se ha convencido? Ayer en el bosque no parecía tan convencida de que fuera un hombre, me dijo que había visto a Gaueko.

—Ahora ya estoy segura.

—Qué bien —dice él con ironía—. Y pensé que teníamos hasta el día 21 para atraparle. ¿No es eso lo que dijo? El equinoccio, se confundió en su teoría.

—Estamos en 1992, es un año bisiesto. La entrada de la primavera se adelanta un día: no es el 21 de marzo, es el 20.

Nora no se había dado cuenta de ese detalle hasta esa misma mañana, cuando ha revisado el calendario de su ordenador portátil y comprobaba otra vez la fecha de entrega de su libro.

—Un día antes..., joder. Usted es una cerebrito, ¿cómo se le ha pasado por alto algo así?

Es culpa suya. Ha estado tan centrada en sus hermanos, en Irving, en su padre, en Gaueko y en todo lo demás que ha perdido la perspectiva: persigue a un asesino en serie y ella es la cazadora;

ese era el único patrón que importaba, pero ha dejado que sus emociones la cieguen.

—¿Y ahora qué? Ya ha terminado su ritual de *Ostara*. ¿Significa eso que dejará de matar? El solsticio ha pasado, Bermejo ha sido su última víctima; ahora se esconderá y no podremos pillarle hasta el próximo cambio de estación, usted misma lo dijo...

—Sí, ya sé lo que dije, pero no ha tenido tiempo de terminar su ritual. Va a volver a matar, aún le falta una víctima para su sacrificio final.

—Genial —dice con sarcasmo—. ¿Y qué estaba haciendo aquí Bermejo, por cierto?

—Fue cosa mía. Envié a la cabo a reunir información sobre la familia propietaria de la casa abandonada en la que encontramos a las mujeres. Bermejo buscaba datos en los registros parroquiales de la zona...

—¿Cómo se le ocurre? Envió a mi agente sola a una misión que le ha costado la vida. Ella lo hacía para impresionarla, la admiraba, y usted se ha aprovechado de eso. Esto es por su culpa, pero como es una anormal ni siquiera es capaz de sentir remordimientos...

—¡Claro que siento remordimientos! Lo siento todo con más intensidad que otras personas, sé que esto es culpa mía. Yo la presioné, aunque sabía que lo estaba pasando mal con el caso. Ella intentó decírmelo, pero yo seguí presionando —admite Nora—. Bermejo era una buena investigadora, tenía instinto y era honesta, tanto que pensaba recomendarla para el programa de nuevos agentes de la Interpol.

—Ya, pues ahora yo voy a tener que llamar a su madre para contarle que su hija está muerta.

Gómez-Moreno empieza a caminar hacia la puerta del cementerio.

—Espere un momento, sargento.

—¿Y ahora qué quiere? —La fulmina con la mirada, pero a Nora le da igual.

—La puerta de la oficina está abierta, ¿han sido sus hombres?

—No, ya estaba así cuando hemos llegado. No hemos tocado nada, esperamos a los de policía científica de Bilbao. ¿Por qué?

Nora mira la bolsa para cadáveres, tiene una idea.

—¿Han registrado su cuerpo? —Se agacha y la grava se le clava en las rodillas a través de la ropa—. ¿Han registrado a la cabo o la han metido en la bolsa sin más?

Baja la cremallera de la bolsa para cadáveres.

—Pero ¿qué está haciendo? —El sargento trata de detenerla—. No quiere verla, hágame caso, la ha destrozado...

Pero Nora se suelta y termina de abrir la bolsa. No está preparada para lo que ve: Bermejo tiene un corte en la mejilla derecha tan profundo que le ha abierto la carne y hace que su ojo y su párpado resbalen en un gesto espantoso. Nora mete la mano debajo de su abrigo manchado de sangre y siente el tacto del papel.

—¿Qué es eso? —pregunta el sargento.

Nora lo lee por encima.

—Parecen páginas antiguas del registro parroquial. Creo que las encontró en la oficina justo antes de que la atacasen, por eso la puerta está abierta. Bermejo las escondió debajo de su ropa y su atacante no las vio. —Nora inspecciona con cuidado los documentos y ve que también hay un par de recortes de periódicos—. Es una noticia antigua, habla de unos asesinatos en la zona hace cuarenta años.

—¿Mi agente ha muerto por unos papeles viejos?

—¿Es la primera vez que pierde un agente en acto de servicio?

—Sí, y ha tenido que ser la más joven, solo veinticuatro años... —responde él con aspereza—. ¿Y usted? ¿Es la primera vez que un

agente muere bajo sus órdenes?

—No.

Nora no va a darle más explicaciones.

—Ya, no sé por qué me lo imaginaba. Que disfrute leyendo esos papeles viejos, Cortázar. Yo voy a llamar a su madre.

Los paramédicos vuelven a cerrar la bolsa con el cuerpo de Bermejo y la colocan sobre la camilla para llevarla a la ambulancia.

«Sigue las pistas, *otsoko*».

Nora aprieta los papeles contra su pecho. Ya sabe qué tiene que hacer.

68

Viernes, 20 de marzo

Gómez-Moreno responde al teléfono.

—Sí, esperaba tu llamada —dice con voz neutra—. Lo de las pruebas es posible, pero ella tiene una libreta que pertenecía a la chica muerta; resulta que anotó todo lo que vio desde la plataforma y lo que sabía sobre nuestros asuntos. —Hace una pausa mientras alguien habla al otro lado del teléfono—. No lo sé con seguridad, porque Cortázar nunca se separa de ella. No será fácil conseguirla sin una petición oficial, es una prueba de la Interpol: ellos la recibieron, no nosotros... Sí, lo intentaré. —Otra pausa—. Y sobre la otra cosa que me habéis pedido hacer... Me estoy jugando el cuello: si se descubre que he sido yo, estoy acabado. Sí..., ya sé que tenemos un trato, no hace falta que me lo recuerdes cada vez.

Cuelga el teléfono. Gómez-Moreno se alisa el uniforme y sale del barracón. La mayoría de los agentes no están; les ha dado unas horas libres para que vayan a beber y a llorar por Bermejo —de paso, así evita testigos—. Camina decidido hacia el barracón en el que están las celdas; en una, Emilio; en otra, Gaspar Ramos. Ambos separados como ha exigido la entrometida de Cortázar. No se han visto ni han podido hablar en este tiempo.

—Levanta. Ya estamos listos para llevarte a ver al juez.

Gaspar Ramos se acerca a los barrotes, ha estado llorando y tiene los ojos hinchados.

—Menos mal... No estoy a salvo aquí, ya se lo dije cuando me encerraron. —Su voz tiembla.

Gómez-Moreno ha apagado la cámara de la entrada y ha retrasado el cambio de guardia diez minutos —incluidos los agentes en los *checkpoints*—, para darse algo de tiempo. Nadie le ve salir en el coche con Gaspar Ramos detrás. Mira por el retrovisor cuando llegan a la carretera para estar seguro de que nadie los sigue: si le descubren, el próximo que acabará en una celda —o en un sitio peor — será él. Conduce por la carretera un par de kilómetros, pero enseguida se desvía por el camino que baja a la central nuclear.

—¿Por qué estamos aquí? Este no es el camino para ir a Bilbao. —En ese momento, Gaspar se da cuenta de lo que va a pasar—. No, por favor... Siento mucho haber hablado, pero esa policía me presionó. Yo no quería traicionarlos, pero no tuve otra opción.

El sargento frena cuando llegan a una zona lo bastante alejada entre árboles, sale del coche y abre la puerta trasera.

—Baja del coche.

Pero él se niega a moverse; el sargento le coge del brazo y le saca de mala manera. Ramos cae al suelo del bosque, llorando.

—No deberías haber contado nada. Sabías en lo que te metías cuando aceptaste su dinero, igual que yo; esos tipos no se andan con bromas —dice él—. Ahora me toca a mí limpiar tu desastre, o yo seré el siguiente.

—Por favor..., no tiene que matarme. Le juro que no hablaré con nadie.

Gómez-Moreno aprieta los labios.

—Si te marchas ahora y te escondes en el bosque una temporada, diremos que has huido de la custodia. Ellos no podrán tocarte..., y a mí tampoco. Los dos salimos ganando. Vamos, largo.

Gaspar se levanta del suelo y mira agradecido al sargento antes de echar a correr hacia los árboles. Apenas ha dado tres pasos cuando Gómez-Moreno saca su arma particular y no registrada —una pistola HK 9mm— de la guantera y le dispara dos veces por la espalda. Gaspar Ramos cae al suelo antes de entender lo que ha sucedido.

—Estamos en su coto de caza; esa cosa que vive en el bosque se ocupará de ti, igual que de ese cámara entrometido. Con un poco de suerte, nunca encontrarán tu cuerpo.

Gómez-Moreno guarda su arma, sube al coche y conduce de vuelta al puesto de la Guardia Civil.

69

Sábado, 21 de marzo

Beñat ha preparado café, aunque ya es la hora de comer; va por la segunda taza mientras lee los recortes de prensa y las fichas del registro que Bermejo encontró.

—Seguro que tienes gente cualificada para hacer esto, Nora, investigar no es lo mío.

—Sí, contamos con los mejores analistas en la central, pero necesito a alguien que conozca la historia de la zona. El contexto es imprescindible para comprender las pruebas. Tú eres el mejor para ayudarme a entender lo que encontró Bermejo, a darle sentido a todo esto. He de cogerle antes de que vuelva a matar.

—Vale —acepta Beñat—. Entonces, la respuesta... ¿está aquí? ¿En estos papeles viejos y fotocopias?

—Sé que está aquí. Bermejo consiguió unir los puntos, las migas de pan, por eso fue al cementerio sola para buscar en los registros; quería estar segura antes de contarme lo que había descubierto.

—Pobre chica —recuerda Beñat.

—El asesino estaba esperándola, o puede que merodee por el cementerio por alguna razón que aún no comprendo y necesito entender el patrón.

Beñat se coloca el trapo de cocina sobre el hombro.

—Ahora que hablas de merodear... La otra noche me pareció que había algo fuera, entre los árboles.

Nora le mira.

—¿Algo? ¿Como un animal?

No puede contarle lo que Oliver y él hacían la otra noche en el jardín del *baserri,* pero está seguro de que algo los vigilaba entre los árboles mientras enterraban la matrioska.

—No, bueno... Ya sabes, fue más bien esa sensación incómoda en los pelillos de la nuca cuando alguien te observa.

—¿Fue cuando Oliver y tú hacíais lo que sea que estuvierais haciendo fuera? ¿Por eso teníais tierra debajo de las uñas y los pantalones manchados de barro por la mañana los dos?

—Algunas veces se me olvida que eres una poli; no estábamos haciendo nada malo, ¿vale? Enterramos un pájaro que se estrelló contra la ventana. Por aquí eso se dice que es *begizko*, un mal presagio. Es una tontería, por eso no te lo contamos.

Nora sabe que está mintiendo, pero vuelve a concentrarse en los recortes de prensa y en los expedientes antiguos que tiene delante.

—Sabemos que la familia López de Ochoa vivió en esa casa durante casi trescientos años. Bermejo encontró registros que se remontan hasta esa época. Le preguntaré a Oliver si él puede encontrar algo en los archivos eclesiásticos —comienza a decir—. «La maldición de los López de Ochoa». Según los recortes de prensa, parece que esa familia estuvo marcada por una maldición: ruina económica, muerte, enfermedad... Todo empieza con el último matrimonio registrado. —Nora extiende los papeles sobre la mesa—. Se casaron y enseguida tuvieron a su primera hija, Edurne. Después tuvieron otras dos, Tomasa y Catalina. En 1934, nació el cuarto hermano: un varón, Blas López de Ochoa.

Nora le da un sorbo a su café mientras su hermano relee los archivos bautismales que encontró Bermejo.

—«Noviembre 1934, Blas López de Ochoa, bautizado en la iglesia de Santiago». El artículo dice que el niño nació enfermo, pero no aclara qué le pasaba; nueva tragedia para los López de Ochoa, su único hijo varón, impedido —lee Beñat—. ¿Qué significa «impedido»?

—En esa época podía significar que el niño padecía desde problemas en el desarrollo hasta escoliosis. No hay forma de saberlo con seguridad. Lo que sí sabemos es que, cuando Blas cumplió trece años, una niña de la zona desapareció. Eso fue en 1947. Apenas hay noticias del crimen; parece que le interrogaron porque ya había molestado a la niña antes, pero le descartaron al ser joven y de una buena familia. La niña apareció muerta una semana después cerca del límite del bosque, destripada.

Dice la última palabra en voz baja, pero su hermano hace un gesto de asco al oírlo.

—¡Menudo elemento! Mató a una niña con solo trece años. No me extraña nada lo que pasó después.

Nora coge la página más moderna del periódico fotocopiado por Bermejo y lee en voz alta:

—«Tragedia y sangre en la costa de Vizcaya: Joven de quince años asesina a sus hermanas y a sus padres mientras dormían: les cortó el cuello y después se sentó a desayunar tranquilamente. Un vecino, sorprendido porque la familia había dejado de ir a misa, se pasó por la casa y los encontró dos semanas después».

—Vivió dos semanas con los cuerpos de su familia descomponiéndose, joder...

—Este tipo de sujetos, los que matan siendo tan jóvenes, continúan haciéndolo a lo largo de su vida. No dejan de asesinar hasta que los arrestan o se mueren —aclara ella—. Y no los mató a todos: su hermana Catalina sobrevivió al ataque.

—¿Sobrevivió? Pero ¿cómo es posible? Parece que el ataque fue brutal.

—No hay mucha información sobre ella ni el ataque: solo cuenta que Catalina quedó malherida, pero él la cuidó durante ese tiempo y le salvó la vida. Nunca explicó por qué lo hizo.

—Mató a toda su familia: tenía que estar mal de la cabeza. Menudo lunático.

—Si fuera tan sencillo, mi trabajo sería mucho más llevadero —dice Nora—. Blas declaró que los asesinos de su familia fueron dos hombres misteriosos que salieron del bosque, su hermana nunca testificó contra él.

—¿Y qué fue de los dos hermanos?

—Era otra época, oficialmente el crimen quedó sin resolver, pero Blas López de Ochoa estuvo recluido en un sanatorio durante diez años, después regresó a la casa familiar al cuidado de su hermana; con el tiempo, se les perdió el rastro y ya no hay nada más sobre ellos hasta hace un año y medio. —Nora señala el registro del cementerio—. La esquela de Catalina López de Ochoa.

—Catalina López de Ochoa... ¡Ya me acuerdo! *Ama* fue a su funeral, quería presentar sus respetos a Catalina. Lo recuerdo porque ella ya estaba muy mal; esa fue la última vez que salió de casa. Llovía y la silla de ruedas se atascó en el barro, tuve que empujarla por el camino de tierra de la entrada del cementerio.

Sabe que Balbea conocía la casa de los López de Ochoa —la llevó allí de niña—; tiene sentido que su madre también supiera de la familia.

—¿Por qué lo haría estando ya tan enferma? —le pregunta a su hermano.

—No lo sé. *Ama* tenía sus propios secretos.

—Por eso él merodea cerca del cementerio donde atacó a Bermejo: es donde está enterrada su hermana —dice Nora de repente—. Ella era su última conexión con el mundo.

Beñat la mira confundido.

—¿Su hermana? No puede ser, si aún vive, Blas López de Ochoa tendrá ahora más de sesenta años; no puede ser el asesino de esas chicas y de tu agente. Es un hombre mayor, eso sin mencionar que tiene algún tipo de enfermedad congénita...

Pero Nora recuerda el perfil provisional del asesino que ella misma escribió: «Hombre, blanco, con antecedentes violentos —puede que en su juventud o adolescencia—, impulsivo y oportunista; problemas de desarrollo emocional o físico. De complexión fuerte. Conoce bien la zona y el bosque, actúa de noche. No es un agresor sexual —aunque puede haberlo sido en el pasado— y no se detendrá hasta que lo arresten».

—Es él. Es Blas López de Ochoa. Le vi en el bosque mientras buscaba a la hija de Irving. Pude haberle atrapado entonces y se me escapó, maldita sea... Si lo hubiera detenido, Bermejo seguiría viva.

Maldice el bolígrafo con las anfetaminas. De no haber estado colocada, podría haberle cazado.

—O podría haberte matado a ti también —dice Beñat, muy serio —. De todos modos, si Blas tiene unos sesenta años y está enfermo, impedido o lo que sea, ¿cómo pudo atacar a esas mujeres?

—Todavía no lo sé, pero es él. Y por algún motivo, está obsesionado con el equinoccio de primavera; eso le empuja a realizar el mismo ritual de sacrificio con sus víctimas que el que llevaron a cabo con la princesa de Urízar. —Nora habla deprisa, deja que su instinto de cazadora la guíe—. Creo que algo sucedió cuando descubrieron la tumba de la princesa y el asunto empezó a salir en

los periódicos. Algo se activó en su mente y le hizo querer imitar ese crimen una y otra vez, pero no comprendo cómo...

—Puede que alguien le diera la idea —murmura Beñat.

Mira a su hermano.

—Qué listo eres. Tienes razón, alguien le dio la idea.

70

Sábado, 21 de marzo

Es por la tarde cuando Nora entra en el puesto de la Guardia Civil. El silencio es absoluto y un par de agentes la fulminan con la mirada. Atraviesa la explanada hacia el calabozo; el agente que custodia la entrada la saluda con la cabeza y la deja pasar. Dentro del barracón está oscuro —el ventanuco apenas deja pasar la luz de la tarde—; Emilio Peña está sentado en un banco sin respaldo, en el suelo hay un plato con un bocadillo de salchichón y un vaso de agua, pero él no lo ha tocado.

—Buenas tardes, Emilio. ¿No tienes hambre? —pregunta señalando el plato.

Emilio le dedica una sonrisa, no parece preocupado, cosa que la inquieta.

—No mucha. He oído qué le ha pasado a esa policía que te seguía a todas partes como un perrito, pero no vas a poder cargármelo a mí: tengo la mejor coartada del mundo. —Señala a su alrededor—. No he salido de aquí desde que me detuviste. Han llevado a tu novio a ver al juez antes que a mí.

—Es cosa mía: he solicitado que no te trasladen a Bilbao aún, por si tenía que volver a hablar contigo.

—Qué suerte la mía, Rainman quiere hablar conmigo.

Nora finge que no le ha oído.

—Van a traer a tu padre para interrogarle, pensé que querrías saberlo. A lo mejor quieres ahorrarle el mal trago de venir hasta aquí; hace frío y pronto anochecerá, le convendría más estar en casa, es un hombre mayor y enfermo.

—El viejo me ha hecho lo que soy, me trae sin cuidado lo que le pase. Pero intuyo que la investigación no avanza, si vais a traer al viejo para que me ablande. Te lo veo en la cara, te conozco de toda la vida, Cortázar..., y también a tu familia. Sé cosas sobre ti que ni te imaginas.

Nora ya estaba preparada para su ataque y asiente con resignación fingida.

—Seguro que sí. Tu padre y el mío hicieron cosas terribles juntos. Los dos somos hijos de monstruos.

—Y así hemos salido. Tú tienes algo oscuro dentro, algo que no puedes explicar ni comprender; te has pasado media vida fingiendo, pero yo sé *lo queeres* en realidad.

—¿Lo que soy? ¿Te refieres al aspérger?

—No, *loqueeres* de verdad. Tienes algo diferente dentro, algo sobrenatural; tu padre lo sabía y tu madre también, y seguro que tú puedes intuirlo dentro de ti —dice, enigmático—. Por eso Balbea te llevó al bosque de cría. A mí también me llevó, como una especie de prueba para comprobar si yo era como él; tu padre quería saber si yo era un lobo, un cazador. No superé la prueba: me cagué de miedo en cuanto vi a ese monstruo encadenado a la pared, pero tú..., tú seguro que no te asustaste..., porque eres la hija de tu padre. Por eso no te has casado ni has tenido hijos, porque en el fondo sabes *lo que eres*... y te da miedo que pudieran ser como tú.

A pesar del escalofrío que baja por su espalda, Nora mantiene el gesto serio.

—La primera vez que vi a Blas López de Ochoa estaba encadenado a la pared. ¿Seguía allí cuando regresaste a la casa? —le pregunta ella—. Blas, ¿aún estaba allí?

—Regresé a esa casa hace más de un año, fue cuando buscaba un sitio provisional para ocultar a las mujeres, hacía mucho tiempo que no iba por esa zona del bosque, desde que era un crío. Al principio pensé que era un montón de ropa vieja o un animal muerto, pero entonces se movió y oí la cadena golpeando contra la piedra; no sé quién lo ató ni cuántos años llevaba encadenado a esa pared, pero nunca olvidé ese sonido.

Nora tampoco lo había olvidado.

—Tú le liberaste, y él volvió a matar.

—No podía arriesgarme a dejarlo ahí solo con la mercancía, ¿comprendes? Tuve que regresar al día siguiente con una cizalla para cortar la puñetera cadena. Pensé que ese engendro moriría en el bosque: solo era un saco de huesos, pellejo y pelo, no hablaba y no había comido caliente desde hacía años. No sé cómo podía seguir con vida...

—Su hermana Catalina cuidaba de él, ella le cuidó desde que salió del sanatorio, pero murió hace un año y medio. Los dos vivían solos en esa casa —responde Nora—. Catalina tenía cicatrices en el rostro y en el cuello, donde él le había atacado años atrás, por eso apenas iba al pueblo; ya nadie se acordaba de ellos.

Pero Petra sí se acordaba, por algún motivo su madre no se olvidó de esa familia.

—Catalina López de Ochoa se desmayó en la entrada de la tienda a la que iba una vez al mes y murió antes de llegar al hospital. Nadie supo que Blas aún seguía encadenado en esa casa hasta que tú lo encontraste.

—Alguien más lo sabía. Cuando le encontré, tenía libros, revistas y otras cosas modernas que alguien le había dejado allí para que se entretuviera. —Emilio se cruza de brazos—. Antes de seguir hablando quiero hacer un trato, como en las películas, cuando el detenido sabe algo que puede ayudar a la policía.

—Sí, ya sé lo que es un trato —le corta ella—. ¿Por qué crees que sabes algo que puede ayudar en la investigación?

—Yo lo sé todo, incluido eso que tú ya sabes, pero te niegas a creer. Puedo darte las respuestas que buscas, todo lo que siempre has querido saber sobre tu familia. Puedo hablarte de esa oscuridad que hay dentro de ti.

—¿Tienes información que pueda interesar a la fiscalía? —pregunta Nora con voz calmada.

—El viejo está enfermo y habla mucho de lo que hicieron aquellos días. Creo que busca el perdón divino antes de irse al otro barrio —empieza a decir—. Guarda papeles, cartas, grabaciones y otras cosas como una especie de seguro de vida, contra la policía y también contra sus antiguos compañeros. Cosas muy graves.

Irving le contó que su padre grabó sus entrevistas con Peña y que no había encontrado las cintas.

—¿Guarda pruebas de crímenes de la banda?

—Y también de otras cosas: no soy el único con un negocio en marcha por estos lares. El viejo no se fía de mí, pero sé dónde las guarda —dice—. Hay cosas que has creído toda tu vida y no son ciertas.

—Tú no sabes nada sobre mi familia, lo que pasa es que no quieres ir a la cárcel.

Emilio se revuelve.

—No, joder. ¡Claro que no quiero ir a la cárcel! He visto lo que la cárcel le ha hecho al viejo, no quiero pudrirme en una celda como él.

La información que tengo es valiosa, Cortázar, para ti y para más gente..., seguro. Pero tienes que impedir que vaya a la cárcel.

Su pasado, su infancia, las mentiras de su padre, los secretos de su madre... Todo eso es lo que ahora le está ofreciendo Emilio Peña.

—No depende de mí; legalmente, no puedo ofrecerte un trato. Eso tiene que hacerlo la fiscalía. Lo que sí puedo hacer es darles una recomendación por escrito.

—¡Bien! Pues haz eso entonces. Habla con el juez y el fiscal, y ven a verme; cuando lo tenga todo por escrito, te contaré lo que quieres saber.

—¿Y cómo sé que no te lo estás inventando? Necesito alguna prueba para convencerlos.

—Pregunta, entonces.

—Tú mataste a Lea Odell, dime cómo lo hiciste.

Emilio duda un momento, pero responde:

—Se me fue de las manos; no pensaba matarla, solo quería darle un susto para que no hablara. Fue un accidente.

—¿Un susto? Como cuando enviaste el sobre con la llave del *baserri* y revolviste mis cosas, ¿no? ¿Como cuando casi nos matas a Irving y a mí en la carretera? Te pusiste guantes para no dejar huellas y le quitaste la matrícula a la furgoneta para que no pudiéramos identificarte. Tú planificas antes de actuar, es tu impulso criminal. Lo de Lea fue premeditado.

Emilio hace un gesto de disgusto.

—Se me olvidaba que eres loquera —admite—. Sí, yo convencí a Lea de que sabía quién era el asesino de su primita para atraerla al bosque, discutimos y le disparé. La maté, pero no hice eso que dicen los periódicos: no la destripé, y desde luego no traté de comérmela. Hay un depredador suelto, pero no soy yo.

—Claro que eres un depredador: mujeres y adolescentes que huyen de la guerra, las encierras en un contenedor y las vendes como si fueran cosas.

—Te lo he dicho: los dos somos hijos de monstruos. Ellos nos hicieron como somos.

Nora cuenta mentalmente hasta cinco para recuperar el control de sus emociones.

—¿Cómo llegó el cuerpo de Lea a la central nuclear?

—Sabía que Ramos no iba a tener la boca cerrada si la policía le interrogaba, así que se me ocurrió una idea.

—Mover el cadáver —termina Nora—. Pero es imposible que la dejaras allí sin que te viera la Guardia Civil.

—Los túneles de servicio. Los conocía bien porque el viejo y yo reparábamos los camiones y autobuses que llevaban a los trabajadores a la central nuclear cuando la construyeron. Todos los vehículos grandes pasaron por nuestro taller en esa época, y los trabajadores hablan. Era un buen plan: llevar su cuerpo a la central y dejarla allí para que pareciera que había sido cosa de la banda. No es la primera vez que hacen algo parecido, y muchos de sus crímenes nunca se resuelven. Se montaría un buen revuelo al descubrirse el cuerpo en la central nuclear, pero todo el mundo los culparía a ellos.

—¿Cómo se llega al túnel de servicio?

—No podrás encontrarlo sin mi ayuda: la entrada está escondida por las malas hierbas. Hace años que dejaron de vigilarlo, los *picoletos* no saben ni que existe. —Emilio sonríe—. Odell era rubia y alta, era guapa, igual que la periodista. Seguro que él las vio y le gustaron, por eso las atacó; he leído en tus libros que los asesinos tienen un tipo favorito de víctima.

Nora enseña a sus alumnos que algunos asesinos en serie se obsesionan con una clase de víctima concreto —rubias, pelirrojas, enfermeras...—, por eso se parecen físicamente.

—Tic-tac, Cortázar. Mientras estás aquí charlando conmigo, él sigue por ahí buscando otra chica a la que destripar.

—Dime cómo encuentro el túnel de servicio para entrar en la central nuclear y puede que te crea.

Emilio sonríe.

—Dame una hoja de papel y un lápiz, Rainman. Dibujaré un mapa.

71

Sábado, 21 de marzo

Nora baja por la colina del monte Jata, el suelo está húmedo y resbala. Lleva una linterna y su móvil en el bolsillo de la gabardina; ni arma ni radio. Ya ha anochecido y el haz de luz de la linterna apenas ilumina un poco por delante de sus pies.

Deja atrás el embalse junto a la central y baja por la ladera escarpada; está a punto de caerse un par de veces, pero llega a una construcción de hormigón; es más alta que ella y está cubierta por vegetación.

Por lo visto, al mismo tiempo que se levantaba la central nuclear, se construyeron diferentes galerías y túneles para reconducir el agua de los ríos y los montes cercanos.

—El maldito Emilio tenía razón —murmura.

El túnel le devuelve el susurro de su voz.

No debería estar ahí, es una estupidez adentrarse en las entrañas de la central nuclear —sin refuerzos ni arma—, pero tiene que averiguar si lo que dice Emilio Peña es verdad, porque si es cierto, entonces también es verdad lo que ha insinuado sobre su familia y sus secretos. Nora tiene que saberlo.

Ilumina la entrada del túnel, pero está demasiado oscuro. En un lado hay una enorme tubería de color verde oxidada por la que sale agua sucia que le empapa los zapatos. Toma aire y se adentra en la negrura. La luz de la linterna es demasiado débil para guiarla, pero

da otro paso. De repente, siente que la oscuridad se la ha tragado viva.

El aire frío huele a turba del bosque, pero también a otra cosa: el olor inconfundible de la carne descomponiéndose. Arruga la nariz en un gesto automático y sigue avanzando. El túnel se ensancha en un recodo un poco más adelante; hay una cama de helechos en el suelo y cuatro cuencos de aceite encendidos alrededor, una cabeza de animal —un lobo— en el frente. La luz de la luna entra por una rejilla de ventilación y lo ilumina todo como en una pesadilla.

«Es el altar para *Ostara*, aquí planeaba traer a Bermejo».

Oye un susurro. Cree que es su propia respiración o el roce de su gabardina, pero vuelve a oírlo; viene de más adelante. Nora levanta la linterna y lo ve: Gaueko, Blas López de Ochoa. Mide casi dos metros de alto, lleva una cabeza de animal sobre los hombros y el pelo largo enmarañado; su pecho es estrecho y hundido. Está cubierto de pieles de animales mojadas que apestan; sus brazos son tan largos que le cuelgan hasta las rodillas, y en la mano derecha sujeta una extraña zarpa con largas garras afiladas.

—¡Alto! Estoy con la policía. No se acerque más.

Pero él deja escapar un gruñido terrorífico que retumba entre el hormigón de la central nuclear y se lanza sobre ella.

Nora cae de espaldas, siente el barro y el agua empapándole el pelo y la ropa, pero sobre todo le siente a él: su cuerpo huesudo y afilado encima, el olor pestilente de las pieles de animales. Se le ha caído la linterna y puede ver la luz proyectada contra el hormigón. Él respira muy cerca de su cara. Nora patea y se estira hasta que sus dedos rozan la linterna, la coge y le golpea con fuerza en la cabeza. No pasa nada. Le golpea otra vez y otra más hasta que por fin él gruñe de dolor y ella aprovecha para zafarse.

Nora corre por el túnel de la central nuclear. No puede ver la salida desde donde está, pero le oye correr detrás de ella con su enorme zancada, pronto la alcanzará. Le parece intuir el final del túnel, un poco más adelante, pero entonces algo la golpea en la espalda y cae de bruces al suelo.

72

Sábado, 21 de marzo

El dolor agudo en la espalda le corta la respiración. Nora tose contra el barro luchando por respirar. Es una agente formada, pero tiembla de miedo cuando siente su cuerpo afilado sobre ella; le hunde la cabeza en el barro, pronto se ahogará. Se inclina sobre su hombro y la muerde tan fuerte que le arranca un pedazo de carne. Nora deja escapar un grito de dolor contra el agua sucia. La herida palpita y la sangre baja por su cuello. Recuerda las marcas de mordiscos en el cuello y en la cara de Lea y Mercedes.

«No voy a morir así», piensa.

Pero él le anuda un lazo de color rojo alrededor de la muñeca. Es fácil confundirle con un enorme lobo o con el mismísimo Gaueko. Se fija en la extraña garra que lleva en la mano derecha mientras le anuda el lazo y recuerda la garra ceremonial robada... Eso es lo último que ve antes de que la luz de la linterna se vuelva demasiado brillante: la está ahogando en el suelo de la central nuclear. Horrorizada, se da cuenta de que nadie sabe dónde está, tardarán semanas o meses en encontrar su cadáver, si es que lo encuentran. Cierra los ojos y piensa en sus hermanos y en Irving... Oye unas pisadas acercándose, son pisadas muy humanas. Él también las oye, porque afloja la presión sobre su cabeza. Nora da una bocanada de aire fuera del agua sucia y el barro.

Desde donde está, puede ver unos zapatos de piel de color marrón, parecen caros. Blas se ha apartado de ella y ahora está de pie, encorvado para no rozar el techo del túnel con la cabeza.

—Ya está. Lo has hecho bien. Estoy orgulloso de ti, muy orgulloso. Donde todos veían a un monstruo, yo vi a un príncipe. Pero *Ostara* ya ha pasado; ella no es uno de tus sacrificios.

Es la voz de un hombre que ya ha oído antes, pero su mente va lenta; aún se está recuperando de la falta de oxígeno. Algo brilla en la luz de la linterna, un cuchillo. Lo demás sucede muy deprisa: el desconocido hunde el cuchillo en el pecho de Blas, una vez, dos, tres... Lo hace con la habilidad de quien ya ha matado antes. Blas deja escapar un quejido y se lleva las manos al pecho sin comprender lo que acaba de pasar. Se sienta con la espalda apoyada en la pared del túnel, acurrucado igual que haría un animal herido, pero el hombre le apuñala en el cuello. Nora oye el sonido de la sangre saliendo del cuerpo, bombeada deprisa por el corazón.

—Es una pena que esto haya acabado así, pero no podía dejar que te matara. Ese no es el plan. Le presté algunos libros y revistas para que cogiera algunas ideas; ha sido uno de mis mejores alumnos, tengo mis favoritos. Blas ya era un monstruo cuando le encontré encadenado en esa casa, solo tuve que guiarle en la dirección correcta. Me gusta enseñar a otros como yo.

Nora intenta levantarse, pero él le pisa la mano con la que trata de coger la linterna; le hace daño. Debe quedarse quieta si quiere vivir.

—Siempre he pensado que los monstruos terminamos por encontrarnos. —Sus palabras tienen un ligerísimo acento—. Te he visto por la tele y he leído tus libros, pero hasta que no nos vimos en persona no comprendí por qué eres tan buena persiguiendo monstruos. Ahora ya lo sé: hace falta un monstruo para cazar a otro.

—Eres él. El Príncipe Azul.

Se inclina hacia ella, le da un beso en la mejilla y le susurra al oído:

—Ahora tengo que marcharme, pero nos veremos pronto, Nora Cortázar. Tú eres mi última princesa.

73

Domingo, 22 de marzo

La carretera que lleva a la central nuclear está cortada, los coches patrulla y la ambulancia cierran el paso. Después de que el Príncipe Azul le haya salvado la vida en el túnel, Nora se ha arrastrado fuera para pedir ayuda. Ahora está sentada en el coche de Gómez-Moreno con la puerta abierta mientras el doctor Estrada termina de examinarla.

—Debería ir al hospital inmediatamente.

—No es necesario. Estoy bien —murmura ella.

—Es importante que le administren la vacuna del tétanos y le hagan un análisis de sangre cuanto antes. Ese mordisco en el hombro me preocupa, a saber qué ha podido contagiarle ese desalmado.

Los paramédicos ya le han curado la herida; una gasa cubre el lugar donde Blas López de Ochoa la ha mordido.

—Vale —concede Nora ante la insistencia del doctor—. Le prometo que iré al hospital en cuanto pueda.

—Además de eso y de unos cuantos moratones, incluido el que tiene en la espalda, yo diría que está bien; aunque el mordisco le dejará cicatriz. —Estrada le dedica una pequeña sonrisa de ánimo—. Confieso que mi trabajo es mucho más divertido desde que usted está en Lemóniz.

—Gracias, doctor, pero no voy a quedarme. Tengo que regresar a mi vida en Lyon.

—Igualmente, me alegro de que esté bien.

La ambulancia ya se ha llevado el cuerpo de Blas al laboratorio de la Universidad del País Vasco para que Estrada pueda hacerle un examen completo.

—A simple vista, puedo decirle que las heridas de las víctimas coinciden con el patrón de esa extraña garra de hierro que llevaba en la mano; por eso mis alumnos no pudieron identificar antes el arma del crimen.

—Creo que es una garra ceremonial, alguien la robó de la tumba de Urízar —recuerda Nora—. ¿Ha podido hacer un examen preliminar del cuerpo de López de Ochoa? ¿Sabe a qué se debe su extraño aspecto?

—Es un caso interesante, desde luego. Sospecho que padecía una enfermedad de nacimiento poco conocida llamada «síndrome de Marfan». Es un trastorno del tejido conectivo: hace que las personas que lo padecen tengan los brazos, las piernas y los dedos inusualmente largos; son individuos muy altos y delgados. Suele afectar a los ojos, el corazón, las manos o los pies —explica Estrada —. Supongo que eso, sumado a una personalidad perturbada y a pasarse varios años encadenado a una pared, le convirtió en lo que la ha atacado en ese túnel.

Pero Nora no está tan segura.

—Era fuerte y rápido. Soy una agente entrenada en buena forma física y me ha tirado al suelo como si fuera una ramita seca.

—Sí, es difícil estar seguro sin hacer la autopsia, pero sospecho que su condición física especial le hacía fuerte; de lo contrario, no habría sobrevivido estos años. El síndrome de Marfan es lo que le daba ese aspecto tan extraño, casi monstruoso.

—No era su enfermedad ni su aspecto lo que le hizo ser un monstruo, es lo que había dentro de él.

—Hay oscuridad dentro de todos nosotros, pero no por eso debemos rendirnos ante ella; vale la pena luchar, estoy convencido de ello. —Estrada se coloca bien las gafas y se cierra el abrigo—. Buenas noches.

Nora sabe que Estrada tiene razón: existen muchos tipos de monstruos y algunos viven dentro de nosotros.

—Lo ha resuelto, Cortázar. Pensé que estaba loca, pero al final tenía razón. —Gómez-Moreno se apoya en la puerta del coche y le ofrece un botellín de agua—. Tenga, beba un poco.

—Gracias. —Ella acepta el agua de mala gana, recuerda lo que su hermano le contó sobre el sargento—. Blas López de Ochoa asesinó a Mercedes Godoy y a la cabo Bermejo, y creo que en el túnel encontrarán el cadáver de Álvaro Prieto, el cámara que acompañaba a Godoy. He olido la carne en descomposición nada más entrar en el túnel.

—Nosotros no tenemos medios ni recursos para meternos ahí abajo. Estamos esperando a la Unidad Especial de Rescate de la policía para bajar a los túneles.

—Creo que López de Ochoa ha estado escondido en los túneles de la central nuclear desde que Emilio le liberó hace más de un año; he visto el altar ceremonial donde planeaba colocar el cuerpo de Bermejo. Los túneles llevan años abandonados y están lo bastante cerca del bosque como para que él se sintiera seguro en su zona de caza. Por eso algunos vecinos han visto a Gaueko o a un lobo enorme merodear por la zona desde hace meses. Era López de Ochoa.

—Chiflado... Se paseaba por ahí con el disfraz de lobo. ¿Y qué pasa con las ovejas destripadas? ¿Fue cosa suya?

—Eso creo. Sospecho que empezó atacando ovejas y otros animales, y después fue a por esas mujeres.

—¿También se llevó a la hija de Westland?

—Sí, le vi en el bosque cuando encontré a Maddi.

—Después de verle, no me extraña que le confundiera con un monstruo —dice él—. No voy a mentir: me alegra que el asesino de Bermejo esté muerto, pero ¿por qué mataba de esa forma tan retorcida?

—El Príncipe Azul le ayudó a identificarse con el antiguo dios Lug y con Gaueko: los lazos rojos, el altar, el canibalismo... Era solo una fantasía para dar rienda suelta a su instinto homicida. No pudo terminar su ritual con Bermejo, así que intentó matarme a mí en su lugar.

—Dios... ¿Y qué pasa con las pieles de animales, la garra y esa cabeza de lobo? ¿A qué viene ese siniestro disfraz?

—Muchos asesinos en serie se disfrazan para llevar a cabo sus crímenes, forma parte de su ritual. John Wayne Gacy se disfrazaba de payaso y Ed Gein usaba máscaras de piel humana que él mismo cosía.

—Vaya, ya veo por qué es experta en asesinos en serie... —dice el sargento con malicia—. Pero hay algo que no entiendo: ¿qué ganaba el Príncipe Azul con todo esto? ¿No se supone que el asesino famoso es él? ¿Por qué dejar que ese chalado le robe protagonismo?

Nora mira el lazo rojo que todavía rodea su muñeca.

—Mi equipo y yo trazamos un perfil criminal del Príncipe Azul hace algunos meses; concluimos que es un asesino en serie de tipo organizado y muy carismático, de los que incitan a otros a matar.

—¿Un profesor de asesinos en serie?

«Él le hizo, igual que tu padre te hizo a ti. Dos pequeños monstruos».

—Complejo de deidad narcisista —dice ella—. Le dejó libros y revistas a López de Ochoa para que tomara ideas y se obsesionara; el hallazgo de la princesa hizo el resto. Blas ya era un sociópata, sabemos que mató a su familia siendo adolescente, y cuando un asesino en serie comienza a actuar siendo tan joven, nunca se rehabilita. El Príncipe Azul supo que había dado con un asesino, un alumno aventajado.

—Vaya, es mucha casualidad —comenta el sargento.

—Sí... es mucha casualidad.

Nora siente que las piezas no terminan de encajar, el patrón no está claro.

—El Príncipe Azul le ha salvado la vida en ese túnel.

—Lo sé.

«Tú eres mi última princesa».

—¿Ha podido verle bien? Podemos llamar a un dibujante para que haga uno de esos retratos robot.

—No serviría de nada, no he podido verle la cara. —Nora intenta pensar, pero su mente está atascada, algo se le escapa—. Dentro de un par de horas, cuando los inspectores de la policía vasca se hagan cargo oficialmente del caso, le pediré que investiguen quién ha sacado de las bibliotecas de la zona libros sobre sacrificios humanos... —Nora se levanta deprisa, le duele todo el cuerpo, pero no le importa—. Los libros. Tengo que volver a hablar con Emilio Peña.

74

Domingo, 22 de marzo

La mayoría de los agentes aún están en la carretera o registrando la zona cuando Gómez-Moreno y Nora entran en el puesto de la Guardia Civil. Un único policía custodia la entrada del barracón donde está Emilio Peña.

—Con todo lo que ha pasado, estamos bajo mínimos —comenta el sargento con gesto preocupado—. He enviado al último agente para recoger a Vicente Peña.

—Me gustaría hablar a solas con Emilio, soy experta en interrogatorios y creo que su presencia sería contraproducente —dice Nora—. Y ya sé cómo interroga a los sospechosos.

—No soy yo quien toma anfetaminas durante una investigación abierta; la vi en el bosque cuando encontró a la cría, estaba totalmente colocada.

—No le debo ninguna explicación y no me fío de usted, sargento.

Él asiente, desafiante.

—Como quiera, *jefa* —pronuncia la palabra con lentitud—. Tampoco es que me muera de ganas de hablar con Emilio Peña. Todo suyo.

—¿Han trasladado ya a Gaspar Ramos? No le vi en los calabozos ayer.

Gómez-Moreno se queda quieto.

—Sí, lo trasladamos por la mañana —dice sin volverse para mirarla—. Con todo lo que ha pasado, el papeleo no está al día; yo me ocupo de llamar al juzgado en Bilbao.

—Bien, lo que Gaspar Ramos cuente sobre la red de tráfico de personas será de gran ayuda para montar el caso. Hay más responsables involucrados y no sabemos quiénes son. Su testimonio será clave.

—Estaré en mi despacho, que lo pase bien.

Emilio Peña está sentado en el banco del calabozo leyendo un diario deportivo.

—Nora, qué mala pinta que me traes. ¿Qué te ha pasado? ¿No habrás ido al túnel tú sola?

Hay una sonrisita de satisfacción en su cara; Nora recuerda a ese niño callado que los miraba con resentimiento cuando le invitaban a jugar con ellos.

—Se te olvidó mencionar que López de Ochoa vivía en el túnel. No sé cómo, pero tú lo sabías, ¿verdad? Y querías que fuera allí sola para que me matara.

—¿Cómo iba a hacer algo así a propósito? Beñat apenas puede sobrevivir sin su mamaíta, nunca le quitaría a su hermana mayor, es lo que le falta para decidirse a matarse por fin.

Nora sabe que no conseguirá sonsacarle nada si detecta que sus palabras le afectan, así que cambia de estrategia.

—Estoy preparando el escrito con mis recomendaciones para el fiscal, pero quiero repasar algunos detalles antes de enviarlo —comienza a decir—. Cuando encontraste a López de Ochoa en la casa, ¿seguía encadenado a la pared?

—Sí, ya te lo dije: igual que la primera vez que le vi, cuando tu padre me llevó de crío.

—Y afirmas que alguien le había llevado algunas cosas: revistas, libros...

Dice lo último como si no estuviera demasiado interesada en el asunto.

—Eso es. Cuando le encontré, estaba en los huesos; parecía un muerto viviente, pero tenía unas cuantas cosas modernas cerca, podía alcanzarlas a pesar de estar encadenado. Alguien lo encontró antes que yo; quien fuera no le llevó comida, pero sí que le dejó revistas y unos libros. Uno en concreto parecía que lo había leído una y otra vez, porque estaba manchado de barro y manoseado.

—Lo que pasa es que no había ningún libro cuando encontramos a las mujeres... Y no te ofendas, pero tú no tienes pinta de lector, así que no creo que los cogieras. ¿Dónde están esos libros?

Emilio se encoge de hombros.

—No tengo ni idea, pero te juro que estaban allí con todo lo demás. Tienes que hablarle bien de mí a la fiscalía. —Hace una pausa como si acabara de recordar algo—. El libro ese que te digo, el que estaba tan sobado, tenía un dibujo en la portada... Era como una lápida y estaba escrito por un tío de nombre pomposo, Alexander... *nosequé*.

—Byrne. El doctor Alexander Byrne.

Nora contiene la respiración; los zapatos caros de piel que vio en el túnel, la voz, el acento, el hecho de que Lea le reconociera tras verle en la excavación... «Él está aquí», había escrito Lea en la nota que le envió a la Interpol junto con su diario y la matrioska. Se refería al Príncipe Azul. Alexander Byrne es el Príncipe Azul.

La puerta se abre y Vicente Peña entra acompañado de un agente. Parece más encorvado que en el funeral de su madre, la piel arrugada le cuelga en la zona de las orejas y debajo del cuello, el pelo blanco escasea en la cabeza.

—Cinco minutos —le advierte el agente antes de dejarlos solos.

Vicente Peña no responde, arrastra su botella de oxígeno en un carrito con ruedas y lleva una sonda bajo la nariz para poder respirar.

—Nora, lamento mucho lo de tu madre, *goian bego*. No tuve oportunidad de darte el pésame en la iglesia.

Nora le mira, pero no responde; no tiene ninguna intención de hacerlo.

—Al final te han traído, viejo. —Emilio le dedica una media sonrisa —. No pensé que fueran a hacerlo considerando tu historia con ellos, pero están desesperados.

—Yo les pedí que me dejaran verte. Les pedí que me dejaran verte porque tengo algo importante que decirte.

La expresión de Emilio cambia cuando oye las palabras de su padre; ya no parece desafiante como hace un segundo, ahora está triste. Vicente Peña camina pesadamente hasta él y se agacha para susurrarle algo al oído. Saca algo del carrito, un revólver pequeño. Dispara dos veces en la cabeza a su hijo, que cae al suelo del calabozo, todavía con la expresión de sorpresa en el rostro.

—¡¿Qué has hecho, Vicente?!

A Nora le pitan los oídos. El sonido de los disparos retumba en las paredes del barracón. Peña deja el arma en el suelo y se sienta en el banco con gesto cansado.

—He hecho lo que había que hacer. Ya está, no hará más daño —dice con voz ronca.

El cuerpo de Emilio Peña se sacude en un último espasmo; la sangre oscura y los restos de masa cerebral cubren el suelo y manchan el bajo de los pantalones de su padre. El olor de la pólvora flota en el aire.

—Tenía que hacerlo, no estuvo bien lo que les hizo a esas mujeres. Las cosas terribles que yo hice le convirtieron en un monstruo. Es culpa mía.

Gómez-Moreno y el otro agente aparecen en la puerta del barracón alertados por el ruido de los disparos. Nora mira el cuerpo sin vida de Emilio.

—Es culpa mía —repite Vicente.

75

Martes, 24 de marzo

El cielo es de color azul brillante y los árboles vuelven a tener hojas en las ramas. Nora mira la tumba de la misteriosa princesa, el lugar donde ha dormido los últimos tres mil años.

—¿Has venido a despedirte de ella?

Nora se vuelve para mirar a Irving, que está de pie a su lado.

—Algo parecido, sí. No sé si ella era una poderosa hechicera o una druida, pero desde luego tu misteriosa princesa ejerce algún tipo de hechizo sobre todos los que la conocen. Me hubiera gustado resolver su asesinato también.

—Un poco fuera de tu competencia.

Nora sonríe.

—Sí, unos tres mil años, aproximadamente.

—Oh, casi se me olvida: esto es para ti, para tu colección. —Irving le da una piedrecilla de un extraño color marrón brillante—. Es una de las que encontramos en la tumba de la princesa, ha estado con ella durante tres mil años. Así no te olvidarás de ella ni de nosotros cuando estés en Lyon, aunque ya sé que técnicamente tú no olvidas nada.

Mira la piedra en su mano y después a él.

—Gracias. —Quiere decirle que sabe que está nervioso, porque habla mucho, pero en vez de eso le pregunta—: ¿Qué pasará ahora con la excavación?

—No está claro. Eduardo Acosta se ha despedido esta mañana alegando motivos personales, varios de mis estudiantes han vuelto a sus universidades y otros todavía están asimilando lo sucedido. Parece que la misteriosa princesa de Lemóniz seguirá siendo misteriosa un poco más. Yo me quedaré un tiempo para supervisar las labores de traslado de material y asesorar al nuevo equipo de arqueólogos cuando lleguen. El Departamento de Arqueología en Oxford insiste en que debe aclararse mi participación en los hechos.

—Tú eres inocente, fue Byrne quien colocó la zapatilla de Lea en tu coche para incriminarte. Él sabía que yo lo vería al coger su libro, es así de retorcido.

—Quieren estar seguros de que yo no sabía quién era Alexander en realidad, y no los culpo. Yo tampoco me creería —se lamenta él.

—Si necesitas que tus superiores hablen con la Interpol para aclarar lo sucedido, solo dímelo; te debo un favor, uno bien grande.

Es evidente que Irving Westland no le guarda rencor por arrestarle —igual que no le guarda rencor por lo que hizo su padre —, pero una parte de Nora preferiría que estuviera enfadado.

—¿Sabes cuándo podremos recuperar la garra ceremonial? Es una pieza única.

Fue el propio Alexander quien robó las piezas de la tumba, incluida la garra ceremonial. No fue difícil atar los cabos tras descubrir la verdadera identidad del Príncipe.

—Aún no lo sé, es una prueba en un caso abierto —responde Nora—. Byrne se la entregó a Blas para reforzar su vínculo con la fantasía de Gaueko y los sacrificios humanos. Es lo que él usó para causar las heridas de Lea, Mercedes Godoy, su cámara y la cabo Bermejo.

—¿Los mató usando la garra ceremonial?

—No podemos estar seguros al cien por cien. Emilio Peña dijo que mató a Lea con el revólver de su padre, el mismo que luego Vicente usó para matarle en el calabozo, pero las heridas en su cuerpo encajan con las marcas de la garra y también las de los demás cadáveres.

Irving sacude la cabeza.

—¿Cómo es posible? Alexander ha estado en mi casa, con mi hija, hemos trabajado codo con codo durante años y nunca sospeché nada de él. Creía que era mi amigo... y resulta que es un asesino en serie.

—No es culpa tuya, nos engañó a todos. Cuando mi ayudante os investigó, no encontró nada; sus antecedentes estaban limpios y su expediente no tenía nada sospechoso... Apenas unas pocas multas de tráfico y nada más.

—Soy un idiota por ver siempre lo mejor de las personas —dice él con amargura.

—No eres idiota por ver lo mejor de la gente; creo que eso te convierte en alguien muy valiente. No es fácil confiar en los demás.

—Pobre Lea. No imagino lo que debió de sentir cuando la traje aquí y le vio. Por eso no me contó nada, no sabía si podía fiarse de mí.

—No creo que Lea supiera que Alexander era el Príncipe Azul, pero, a juzgar por su diario, sí que sospechaba que Byrne asesinó a su prima —dice Nora—. También descubrió la red de tráfico de personas ella sola. Ha salvado muchas vidas, más de las que nunca sabremos.

—Así era Lea, siempre intentando hacer el mundo un poco mejor. —Irving se limpia una lágrima.

Ella no sabe cuán íntima era su relación con Lea, pero siente que no tiene derecho a preguntarle.

—Gracias a su diario, ahora sabemos más cosas sobre Byrne. Lea hizo un buen trabajo de investigación. Se nota que leía muchas novelas de misterio y de crímenes sin resolver. Creo que Clara Munroe fue una de las primeras víctimas de Byrne, así es como le cogeré.

Irving la mira sin comprender.

—Se llama «arqueología del crimen»: cuanto más retrocedemos en los crímenes de un individuo, más probable es que encontremos un error, una pista en su pasado que nos lleve hasta él en el presente.

«Sigue las pistas, *otsoko*».

—Lo que no consigo entender es por qué su ficha de antecedentes estaba limpia cuando tus colegas le investigaron.

—Multas de tráfico en Bélgica, eso fue todo lo que encontramos: el Príncipe Azul asesinó a una mujer en Amberes hace varias semanas. Ahora que sabemos la verdad sobre Byrne, hemos empezado a investigar más a fondo, no solo una rápida comprobación de pasaportes; el profesor Alexander Byrne era arqueólogo e investigador, pero murió misteriosamente hace doce años —explica Nora—. Creemos que el Príncipe Azul ya había robado la identidad a Byrne años antes de que os conocierais y antes de conseguir su plaza de profesor. Llevaba mucho tiempo haciéndose pasar por Byrne, por eso su ficha estaba limpia y no levantó sospechas. Aún no sabemos su verdadero nombre, pero te prometo que voy a cogerle.

—Sé que lo harás. Eres la mejor cazando monstruos.

Maddi corretea hasta ellos y tironea a su padre de los vaqueros para llamar su atención. Una mariquita corre por el dorso de su mano; se la enseña entusiasmada antes de volver a marcharse corriendo.

—¿Cómo está? ¿Alguna secuela por lo que pasó en el bosque?

—No me he separado de ella desde que el juez me soltó; las pesadillas han mejorado y ha dejado de ver al lobo. La psicóloga infantil que la trata dice que tal vez lo olvide todo... con el tiempo.

—Me alegro. Yo regreso a Lyon dentro de tres días, aunque todavía quedan cabos sueltos en la investigación; por ejemplo, no sabemos cómo escapó Gaspar Ramos de la custodia, aunque tengo mis sospechas.

El cuerpo de Ramos estaba en el túnel de servicio de la central nuclear —igual que lo que quedaba de Álvaro Prieto, el operador de cámara—. Estrada y su equipo aún no han entregado el informe oficial, pero el forense le ha confirmado por teléfono que han encontrado heridas de bala en ambos cuerpos. Nora sospecha que Gómez-Moreno le dejó ir, aunque aún no tiene pruebas contra él.

—Así que regresas a Lyon —dice, y hay algo de decepción en su voz.

—Sí. Tengo que volver a las clases y todavía le debo un libro a mi editor.

—¿Vas a escribir un libro sobre lo que ha pasado en Lemóniz? Será un éxito. Espero que me envíes un ejemplar firmado.

Nora sonríe.

—Cuenta con ello. Además, ahora ya conozco a un arqueólogo y folklorista para consultarle en mis futuras investigaciones. Puede que el próximo caso lo resolvamos juntos.

—Asesor de la Interpol, estaría bien —responde él—. Me ha gustado volver a verte después de estos años, aunque la parte en la que me arrestaste por asesinato después de besarme fue un poco...

—Sí, esa parte mejor la olvidamos.

—¿La del beso?

Sus ojos la estudian y ella siente que su corazón late más deprisa; sabe que nunca descubrirá el misterio que la une a Irving Westland.

—Los parques en Lyon son preciosos en primavera —empieza a decir Nora—. Creo que a Maddi le gustaría mucho.

Irving intenta contener una sonrisa, pero no puede.

—¿Nos estás invitando a visitarte?

Nora ha estado pensando en ello desde que casi muere en ese túnel.

—Sí. En mi nuevo piso hay una habitación libre; podríais venir un fin de semana, si os apetece.

Irving le da la mano.

—Nos encantaría.

76

Martes, 24 de marzo

Beñat está terminando de limpiar los restos de pintura del muro bajo que rodea la casa familiar. Alguien ha escrito con pintura blanca: *GORA BALBEA*. [1]

—Te ayudo. —Nora deja una taza de agua sobre el muro y coge una esponja; le disgusta su tacto húmedo, pero lo hace igualmente —. Todo lo que ha pasado las últimas semanas ha atraído mucha atención sobre nuestra familia.

—Ya se les pasará, se acabarán cansando, como hacen siempre. Dentro de poco habrá otra noticia y dejarán de escribir cosas en el muro de la casa.

Beñat frota las grandes letras de color blanco sin mirarla.

—Puedo quedarme en Lemóniz hasta que todo vuelva a la normalidad. —Han sido unas semanas difíciles y quiere asegurarse de que su hermano está bien—. El caso de las matrioskas sigue abierto. La Interpol está investigando Sueños de Medianoche, la empresa de suvenires que usaban como tapadera para traer a las mujeres desde Yugoslavia. El problema es que la sede fiscal está en Luxemburgo, por lo que llevará tiempo encontrar a todos los responsables de la red de tráfico. Tal vez nunca detengamos a todos los involucrados, pero podría quedarme aquí unos días más.

Beñat deja caer la esponja en el cubo de agua y se seca las manos en los vaqueros desgastados.

—Ufff, no sé si soportaría tenerte más tiempo por aquí...

Nora le da un empujón cariñoso.

—¿Puedo hacerte una pregunta? ¿*Ama* te dijo alguna vez algo sobre mí?

—¿Sobre ti? —La mira sin comprender—. Si es por lo que te dije acerca de que *ama* se avergonzaba de ti, no era verdad, ¿vale? Incluso tenía un álbum de recortes con noticias y casos en los que trabajabas.

—No, quiero decir si alguna vez te dijo que había algo diferente en mí. Algo extraño.

«*Lo que eres* de verdad. Tienes algo diferente dentro, algo sobrenatural», le había dicho Emilio Peña en el calabozo.

Beñat sonríe, pero se pone serio al ver la expresión de su hermana.

—No, claro que nunca me dijo nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Es solo que *ama* tenía sus secretos, tú mismo lo dijiste, y puede que...

Pero el teléfono móvil suena en el bolsillo de sus pantalones. Beñat coge el cubo con las esponjas y camina hacia la casa; un *eguzkilore* colgado en la puerta protege ahora el *baserri* Cortázar de los demonios de la noche.

Nora se mordisquea la tirita del dedo mientras habla por teléfono. Cuando termina, cuelga y sigue a Beñat al interior del caserío.

—Deduzco que no son buenas noticias —le dice él al verla entrar.

—La matrioska que encontré en la plataforma y las demás pruebas del caso han desaparecido. Todo. Advertí a Gómez-Moreno de que las pruebas podían desaparecer, pero no me hizo caso. El juez instructor va a abrir una investigación para aclarar cómo se han

perdido pruebas que estaban bajo custodia, pero llevará tiempo, igual que la investigación sobre la supuesta fuga de Gaspar Ramos.

—¿Y entonces qué va a pasar con el caso?

Nora suspira frustrada.

—La pequeña matrioska era la mejor prueba que teníamos, podíamos compararla con las que aparecieron en la orilla junto con las mujeres ahogadas: tipo de pintura, materiales, fabricación... Ahora va a ser muy difícil demostrar que Lea descubrió la red de tráfico y que por eso Emilio la asesinó; cuando se coló en el apartamento, se llevó la matrioska que Lea me envió y Gaspar tiró la otra al mar. Así pues, solo tenemos el diario, pero no es suficiente para montar un caso con la fiscalía europea. —Nora se deja caer en una silla—. Emilio Peña está muerto, igual que Ramos, y las mujeres que rescatamos están repartidas por diferentes centros de acogida y pronto les perderemos la pista.

—¿Tan grave es?

—Los técnicos contables han encontrado algunos documentos y facturas en el taller de Peña, pero aún no hemos podido relacionarlos con la empresa fantasma de suvenires. La matrioska unía a Lea con la red de tráfico y con Emilio Peña; sin la muñeca, no tenemos mucho que hacer...

—Creo que puedo ayudarte —dice Beñat.

—Ayudarme... ¿cómo?

—Antes de nada, tienes que prometerme que no te vas a enfadar.

77

Martes, 24 de marzo

—Sí, ya sé que fue una estupidez, no hace falta que lo repitas. Pero no sabía qué hacer —dice Beñat hundiendo la pala en el suelo del jardín.

Nora ha cavado antes, está cansada y tiene calor con el jersey verde de su madre puesto.

—¿Cómo se te ocurrió hacer algo así?

—Bueno, no lo pensé. Encontré la muñeca en el taller y me acordé de que tú tenías una igual y até cabos: supe que fue Emilio quien se coló en el apartamento y la robó.

—Y tú se la robaste a él. Pero ¿por qué no me lo contaste?

—Pensé que Emilio trapicheaba con drogas y que le arrestarías; solo quería ayudar a mi amigo a evitar la cárcel o algo peor, por eso no te lo conté. Robé la muñeca por si te daba por registrar el taller. —Beñat maldice entre dientes—. Pero te juro por la memoria de *ama* que no tenía ni idea de lo que hacía Emilio con esas mujeres.

Saca otra palada de tierra, en el agujero ahora se podría enterrar una maleta.

—Y decides contárselo a Oliver y pedirle que te ayude a deshacerte de la muñeca. Sois los dos igual de idiotas.

Beñat se frota las manos para limpiarse la tierra húmeda.

—Eso no te lo discuto —admite él—. Oliver me contó que enterró aquí la caja de puros que robó de crío. Ahora que sé lo que es, no

quiero esa cosa en el jardín; además, me recuerda a Emilio... y no quiero pensar más en ese pedazo de...

—No es culpa tuya, Emilio te manipulaba.

—Sí, sí, ya lo sé. Me has explicado mil veces eso de la manipulación emocional y el abuso psicológico, pero es que me cuesta entenderlo. Emilio era la única persona que era amable conmigo, joder, me decía que éramos como hermanos, por lo de nuestros padres, y que no podía fiarme de nadie más, solo de él.

—Lo decía para tenerte bajo su control, por eso te hacía creer que todo el mundo estaba en tu contra, incluida yo. Añádele a eso el trauma por lo que te sucedió en esa comisaría y eras la víctima perfecta para un manipulador como Emilio.

—¿Porque soy débil y patético? —Los ojos de Beñat tiemblan.

—No, porque estabas solo. Pero ya no lo estás —le promete ella.

Beñat da un golpecito con la pala y el trapo aparece entre la tierra húmeda.

—Aquí está, justo donde Oliver y yo la enterramos.

Nora se agacha y la saca de la tierra con cuidado. Aparta el trapo, limpia la tierra y enseguida ve los colores llamativos de la matrioska.

—Sí, es la misma que Lea me envió a Lyon. Le tomé fotografías y la registré como «correo indeterminado» cuando la recibí, así que será fácil certificar que es la misma muñeca. Seguramente, al llevártela, evitaste que Emilio la destruyera. La mandaré a la central, no quiero que desaparezca otra vez —dice ella—. Cuando llegue el juicio, tendrás que testificar que la cogiste del taller de Emilio para demostrar la procedencia.

—Sin problema.

Sin embargo, entonces ven que hay algo más enterrado en el mismo agujero; Nora aparta la tierra y saca una vieja caja de puros de madera.

—¿Qué es esto?

—Ya te lo he dicho: Oliver me contó que escondió aquí la caja de puros que birló del Etxeko.

Nora sostiene la caja de madera en sus manos.

—No, esto es otra cosa. Pesa demasiado.

—¿Otra cosa? ¿Qué más podía haber escondido Oliver?

Pero Nora ya lo sabe.

«Lo que ya sabes, pero no quieres creer», le había dicho Emilio Peña.

Abre la caja y ahí están, a salvo del tiempo y de la humedad: un pasamontañas de lana y una pistola, una Browning 35 igual que la que vio la noche que su padre salió del bosque.

Solo que no era su padre.

78

Septiembre de 1975

Oliver tiene catorce años la tarde que sigue a su padre al bosque. No es la primera vez que lo hace: le gusta hacerlo a hurtadillas; a veces le acompaña Nora, claro, su pequeña loba, pero hoy su padre está solo. Oliver le sigue con cuidado, tiene la precaución de ocultarse detrás de un árbol para que él no le descubra, pero en el fondo sospecha que ya lo sabe. Su padre es un cazador, un lobo; es imposible que no sepa que le están siguiendo. Y lo que Oliver desea por encima de todo es ser un lobo igual que su padre y que su hermana: ser un cazador. No quiere admitirlo, pero siente celos de Nora porque, a pesar de sus insoportables rarezas, su padre siempre está con ella; le enseña a seguir huellas en el barro, a pensar como las presas, le lee libros interesantes y salen juntos a pasear por el bosque. Su hermano Beñat no es así: él es una presa, no un cazador; de hecho, siempre será una presa. Oliver sospecha por qué Beñat es el favorito de su madre, pero no quiere pensar eso ahora.

Su padre llega a un pequeño claro. Vicente Peña, el dueño del taller de camiones, le espera allí. A Vicente no le acompaña su hijo Emilio —ese chico ceñudo que siempre anda con Beñat—, aunque Oliver sabe que lo llevó al bosque hace un par de meses —a la casa en ruinas con el árbol que asoma por el tejado—, porque también ese día los siguió. Espera que pronto le lleve a él para pasar la prueba, igual que a su hermana.

Peña le entrega una bolsa de plástico y él la esconde bajo la raíz de un nogal. Eso es todo; después, cada uno se va por donde ha venido. Cuando Oliver está seguro de que se han marchado, sale de su escondrijo, entre unas hierbas altas, y se acerca a la bolsa. La abre y mira dentro: un pasamontañas y una pistola, una Browning 35.

Oliver sabe lo que significa, tiene edad como para comprender lo que acaba de encontrar y lo que eso quiere decir. Es su oportunidad. Por fin podrá demostrarle que es tan valioso como su hermana, incluso más. Le probará que es un cazador, un lobo igual que él. Su padre estará orgulloso y por fin se fijará en él. Finalmente, le querrá.

Ese estúpido periodista americano lleva un tiempo escribiendo artículos sobre la banda, dando datos, nombres y lugares concretos cada semana. Oliver coge la bolsa con el arma y el pasamontañas. Ya sabe qué tiene que hacer y a quién debe matar.

79

Martes, 24 de marzo de 1992

Nora y Beñat están sentados en la cocina. Sobre la mesa están el pasamontañas y la Browning que han encontrado en el jardín. Ninguno de los dos ha dicho nada desde hace un rato, después de que Nora colgara el teléfono para informar de lo que había encontrado.

—¿Por qué enterró la muñeca en el mismo lugar que el arma? No lo entiendo —murmura Beñat.

—Sospecho que, en el fondo, Oliver quería que lo descubriéramos: algunos asesinos no pueden cargar con la culpa y con los años terminan por confesar o envían pruebas de sus crímenes a la policía.

—¿Crees que *ama* lo sabía?

—Creo que lo sospechaba, sí; no hay una sola fotografía de Oliver en toda la casa, algo extraño, pues Oliver era su hijo pequeño.

—Después del asesinato de Fred Westland, *ama* se refugió aún más en la religión. Pensé que era porque se sentía culpable por lo de nuestro padre, pero ahora... Prácticamente, le obligó a ir al internado de curas después de que tú te marcharas... ¿Cómo he podido estar tan ciego?

—Es culpa mía, yo los confundí aquella noche. Vi a un hombre salir del bosque desde la ventana con un pasamontañas puesto y un

arma, y supuse que era nuestro padre, porque ya sospechaba que pertenecía a la banda. Pero era Oliver.

—Recuerdo que dio el estirón ese verano, ya era tan alto como *aita* cuando empezó septiembre, por eso los confundiste. Esto es una pesadilla, tiene que serlo.

—Ojalá —murmura Nora.

—Fue hace mucho tiempo, a lo mejor se arrepiente y por eso se hizo cura e intenta ayudar a la gente —dice Beñat de repente—. ¿No nos contó que trabaja con un grupo de chavales para evitar que se metan en la banda? Puede que sea su penitencia, un castigo por lo que hizo. Algunos asesinatos de la banda quedan sin resolver, ¿no? Tú misma lo dijiste, y Balbea confesó el asesinato de Westland; podríamos dejarlo estar.

—Soy agente de la ley y ya he dado el aviso, no puedo mirar para otro lado porque Oliver sea nuestro hermano; él mató al padre de Irving.

—Así que vas a entregarle como hiciste con *aita*.

—Puede que Balbea no matara a Fred Westland, pero asesinó a otras diecisiete personas, y estoy segura de que ha matado a muchos más por su cuenta; usaba la banda para dar rienda suelta a sus fantasías asesinas.

—¡Pero Oliver no es como él! Nuestro hermano pequeño no puede ir a la cárcel, tú no sabes cómo es eso y lo que le harán...

Los ojos de Beñat se llenan de lágrimas al recordar.

—No dejaré que le hagan daño, te lo prometo —dice ella.

—Es que no puedo creer que tengamos que pasar por esto otra vez: delatar a alguien de nuestra familia.

El teléfono de la cocina suena, ella se levanta y responde de mala gana:

—Nora Cortázar.

—*Otsoko*, te he visto en la televisión. Estoy muy orgulloso de ti, has seguido las pistas, como te enseñé, mi pequeña loba.

La voz de su padre se cuela en su cerebro y en sus ideas. Nora tarda un momento en responder:

—¿Sabías lo de Oliver? Lo has sabido todo este tiempo y nunca has dicho nada, ¿por qué?

—Oliver y tú sois lobos de la misma camada, pero tú siempre has sido la más especial. Yo te entiendo mejor que nadie en este mundo. Siempre estaré a tu lado.

Nora tiene que tragar para bajar el nudo de rabia que se ha formado en su garganta.

—No quiero que estés a mi lado.

—Algunas veces necesitas que el diablo esté de tu parte. Aún falta algo... No dejes de seguir las pistas, *otsoko*.

Y Balbea cuelga. Nora se queda un instante con el teléfono pegado a la oreja, escuchando la línea muerta al otro lado.

—¿Era *aita*? —pregunta Beñat.

Ella asiente y mira el arma sobre la mesa.

—¿Qué va a pasar ahora, Nora?

EPÍLOGO

Lyon, Francia. Tres meses después

El verano en Lyon es caluroso, las flores en los jardines y en los parques públicos iluminan la ciudad con colores brillantes. Los turistas se pasean por las calles y los restaurantes colocan mesas fuera para aprovechar la temporada de vacaciones.

Nora está sentada en su despacho en la central de la Interpol. El psiquiatra le dio el visto bueno cuando volvió de Lemóniz, ha recuperado su Glock y su trabajo, y se rumorea que pueden concederle un ascenso cuando se cierre el caso de las matrioskas. Han podido relacionar a Emilio Peña con la red de tráfico de mujeres y con el asesinato de Lea gracias a la muñeca que Beñat se llevó del taller de coches, la misma que Lea le envió a Lyon cuando todo empezó. Nora ya nunca piensa en las palabras que Emilio Peña le dijo en el calabozo: «Sé *lo que eres*». Bueno, casi nunca.

La habitación de invitados de su piso ya está terminada, ha colocado dos camas y todo lo necesario para cuando Beñat vaya a visitarla (tal y como ha prometido hacer en otoño). A su hermano le va bien en su nuevo trabajo; es cocinero en un restaurante elegante de Munguía donde nadie sabe quién es su padre —que continúa en paradero desconocido—. Hablan por teléfono cada martes y Nora le ha convencido para que vea a un psicólogo en Bilbao, para que le

ayude con la depresión, aunque llevará tiempo. Nunca hablan de Oliver ni de la investigación contra él que la policía española ha abierto gracias al pasamontañas y la Browning perdida. Su futuro no está claro, las autoridades no quieren admitir que Balbea no asesinó a Fred Westland.

Lleva un rato revisando los últimos capítulos de su nuevo libro, planea enviárselos a su editor al día siguiente (ya no tendrá que devolver el anticipo ni preocuparse por incumplir los plazos de entrega). Tras regresar, las palabras volvieron a ella casi como por arte de magia, puso orden en el caos de su mente y ya está pensando escribir un libro sobre la princesa, Gaueko, Blas López de Ochoa y todo lo demás.

Nora se frota la cicatriz en el hombro, justo donde le mordió Blas en el túnel de la central nuclear, algunas veces le molesta. Todavía quedan detalles por aclarar en el crimen de Gaueko (no sabe quién encadenó a López de Ochoa a la pared del caserío, ni cómo le encontró Byrne).

«Aún falta algo... No dejes de seguir las pistas, *otsoko*», le había dicho su padre.

Nora mira su reloj.

—Maldita sea...

Ha prometido ir a la estación para recoger a Irving y a Maddi, que van a pasar tres días en la ciudad aprovechando las vacaciones de verano. Maddi quiere conocer la plaza de Bellecour y ver los animales en Tête d'Or; Irving se muere por visitar los yacimientos de Lugdunum, llamada así en honor al dios Lug.

Cierra su ordenador portátil y sale deprisa del despacho, pero entonces suena su teléfono.

—Nora Cortázar, jefa del Departamento de Ciencias del Comportamiento.

—Jefa, ha vuelto —dice Elio al otro lado de la línea—. El Príncipe Azul ha reaparecido y ha matado a dos turistas inglesas.

—¿Dónde ha sido?

—En un hotel de Biarritz. Es un desastre. Ya hay prensa local en el lugar informando de todo.

—¿Les falta el corazón?

—Sí, a las dos. En su lugar ha dejado un corazón de papel de seda recortado, como en los otros casos. Esta vez es él, jefa.

La teoría del grupo especial de búsqueda —que ahora dirige Nora — es que el Príncipe Azul asesinó al auténtico Alexander Byrne hace doce años para robar su identidad; eso le ha permitido viajar por el mundo y conocer a posibles víctimas sin levantar sospechas, viviendo la vida de Byrne como profesor en Oxford. Hasta que Lea Odell le reconoció en el yacimiento de Urízar.

—Ahora que sabemos que el Príncipe Azul busca y entrena a otros asesinos, el caso es enorme, jefa. Hay que ir con cuidado: cualquiera podría ser uno de sus alumnos.

—Bien. Avisa al grupo especial y diles que quiero verlos a todos aquí dentro de dos horas. —Mira su reloj, tiene tiempo de ir a recoger a Irving y a Maddi antes de la reunión—. Y Elio, que nadie entre en la escena del crimen, ni la policía local ni nadie hasta que yo lo autorice.

—Claro, jefa.

Nora cuelga el teléfono y camina hacia el aparcamiento.

«Cuando los monstruos entran en tu mente, lo hacen para quedarse». Eso es lo que suele decirles a sus alumnos, pero hay otra cosa que Nora ha comprendido después de regresar de Lemóniz: es cierto que hay monstruos en este mundo, pero también hay lobos como ella, y algunas veces los lobos son buenos.

«El Príncipe Azul sigue suelto, pero yo soy *otsoko* y voy a cazarlo».

NOTA DE LA AUTORA

Esta es una historia de FICCIÓN, cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia. La central nuclear de Lemóniz, en cambio, sí es real —también los sucesos que rodearon su construcción y posterior abandono—. La plataforma de gas natural en alta mar y los yacimientos arqueológicos de la zona también son reales, al igual que los demás escenarios que aparecen en la novela.

El síndrome de Asperger forma parte del TEA (trastorno del espectro autista). Actualmente, no se reconoce como un diagnóstico en sí mismo ya que se ha fusionado con otros trastornos del espectro autista, aunque se mantiene la denominación social de «síndrome de Asperger». Las personas con dicho diagnóstico comparten características como: dificultad en la comunicación social, flexibilidad de pensamiento y una capacidad intelectual incluso superior a la media de la población.

La novela se desarrolla en el año 1992, por lo que algunas denominaciones o calificaciones que aparecen en la historia han quedado desfasadas.

Mi agradecimiento infinito a los lectores por acoger siempre tan bien mis historias, acudir a mis presentaciones y firmas o escribirme a través de RR. SS. Gracias a periodistas, bloggers, etc. A los libreros, que hacen un trabajo fundamental en librerías grandes y pequeñas. Gracias a todo el equipo de Planeta y a Belén, Raquel,

Laura, Lola... por ser siempre tan pacientes conmigo; gracias a Hilde, por confiar en esta historia.

Gracias a mi familia por guardarme los secretos. Y gracias siempre a mi marido, por creer en mí.

Notas

Capítulo 1

1. El síndrome de Asperger fue reconocido por la comunidad científica en 1994 e incluido en 2013 como parte del TEA (trastorno del espectro autista).
2. En euskera, Balbea es la personificación de la muerte.
3. *Ama*: «madre» en euskera.

Capítulo 3

1. *Etxeko*: «de casa» en euskera.

Capítulo 7

1. Porrusalda: crema de verduras a base de puerros y patatas, además puede incluir bacalao o jamón.

Capítulo 10

1. Mari o Maddi es la diosa principal de la mitología vasca precristiana.

Capítulo 14

1. *Gau Beltza*: «Noche Negra», responde al mismo origen que Halloween, la fiesta celta de Samhain.

Capítulo 16

1. *Goian bego*: «que en paz descanse».

Capítulo 20

1. En Italia, se usa *piccoletto* para referirse despectivamente a un carabinero (el equivalente a un guardia civil).

Capítulo 25

1. *Otsoko*: cachorro del lobo. También personificación del «lobo feroz» en la mitología vasca.

Capítulo 28

1. Prolintano, un derivado de la anfetamina.

Capítulo 48

1. *Kutxa*: «arca». Es un baúl de madera, robusto y muy antiguo que pasa de una generación a la siguiente.

Capítulo 57

1. *Sorgina/sorgiña*: palabra del euskera que suele traducirse como «bruja». También puede referirse a pitonisas o sanadoras.

Capítulo 76

1. *Gora:* «¡Arriba!».

La última princesa
Alaitz Leceaga

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la portada, Pino Sartorio
© de la imagen de la portada, Magdalena Russocka / Trevillion Images

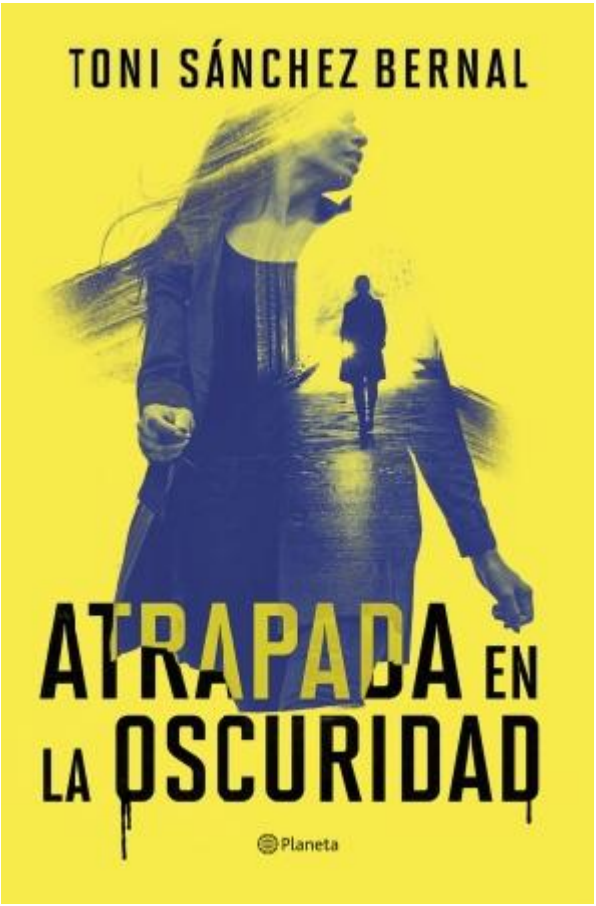
© Alaitz Leceaga, 2025
Autora representada por Antonia Kerrigan Agencia Literaria (Donegal Magnalia, S. L.)

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2025

ISBN: 978-84-08-30644-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Atrapada en la oscuridad

Sánchez Bernal, Toni

9788408305866

480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

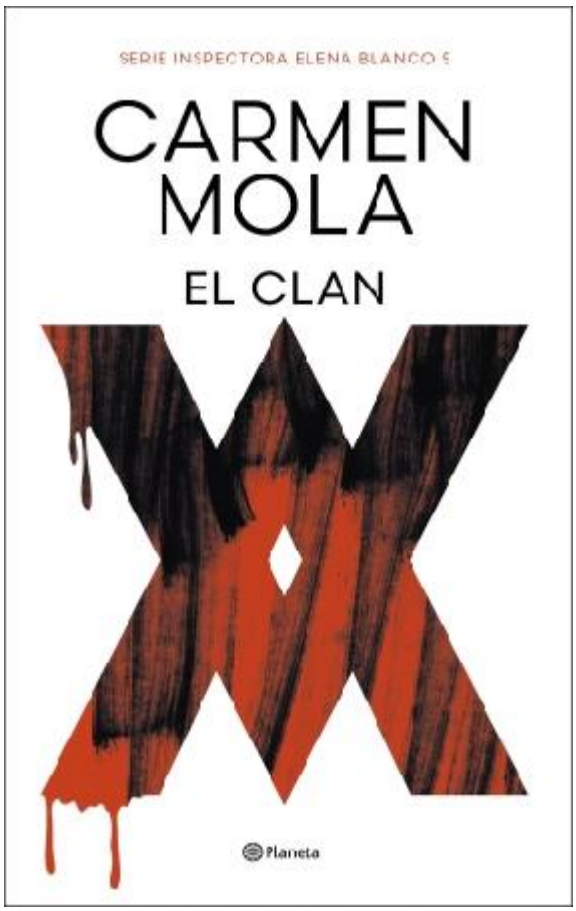
Corre; no te detengas; no mires atrás. Un thriller en el que no podrás parar a tomar aliento.

Una mujer es **ejecutada en plena calle**, a las puertas de una comisaría de policía. Se trata de Cristina Hidalgo, **desaparecida hace veintisiete años**.

A partir de ese momento, el objetivo del grupo de Homicidios de la UDEV, liderado por la inspectora Tania Bilbao, es descubrir **dónde estuvo todo ese tiempo**. Al equipo se une Arturo Yani, **un policía atormentado por su infancia**, una bomba de relojería que sufre el chantaje de Asuntos Internos para investigar a Tania, conocida por sus **métodos poco ortodoxos** dentro del cuerpo.

No parecen los más indicados para resolver el caso, pero, justo por eso, son **los únicos capaces de llegar hasta las últimas consecuencias**. Lo que ninguno de los dos puede sospechar es que bajo sus pies se esconde la peor de las pesadillas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El Clan (Inspectora Elena Blanco 5)

Mola, Carmen
9788408293293
456

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

CUANDO MORIR NO IMPORTA, TODO ESTÁ PERMITIDOEL BRUTAL DESENLACE DE LA SERIE INSPECTORA ELENA BLANCO

Elena Blanco, inspectora de la Brigada de Análisis de Casos (BAC) se enfrenta a su peor enemigo, una poderosa organización integrada por personalidades del mundo de la empresa, la política, la judicatura y la policía. **El Clan**. Enfrentarse a él es acabar muerto. Aun así, la BAC afronta el desafío. Pero cuando Elena recibe unas imágenes en las que Zárate aparece tendido sobre un **charco de sangre**, comete un error imperdonable.

Con la inspectora en busca y captura, acusada del **asesinato de un policía**, y Zárate desaparecido, Mariajo, Reyes, Orduño y Buendía hacen la guerra por su cuenta. La llegada de una nueva inspectora en sustitución de Elena empeora la situación: parece **enviada por el Clan** con la misión de acabar con la BAC y llevar a Blanco a la cárcel.

Sin embargo, el hallazgo de unos **cadáveres que han sido eviscerados** lleva la investigación de Elena a cruzar todos los límites para salvar a su Brigada y encontrar a Zárate, sin saber si está vivo o muerto.

Es el **principio del fin de la BAC**.

Ninguno de sus miembros se había enfrentado a un **asesino tan despiadado** como el Clan.

Magnífica, brutal y enormemente adictiva, Carmen Mola se supera en el esperado desenlace de la serie Inspectora Elena Blanco.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La flor de la sal. El sabor de un nuevo comienzo

Bach, Tabea
9788408306214
416

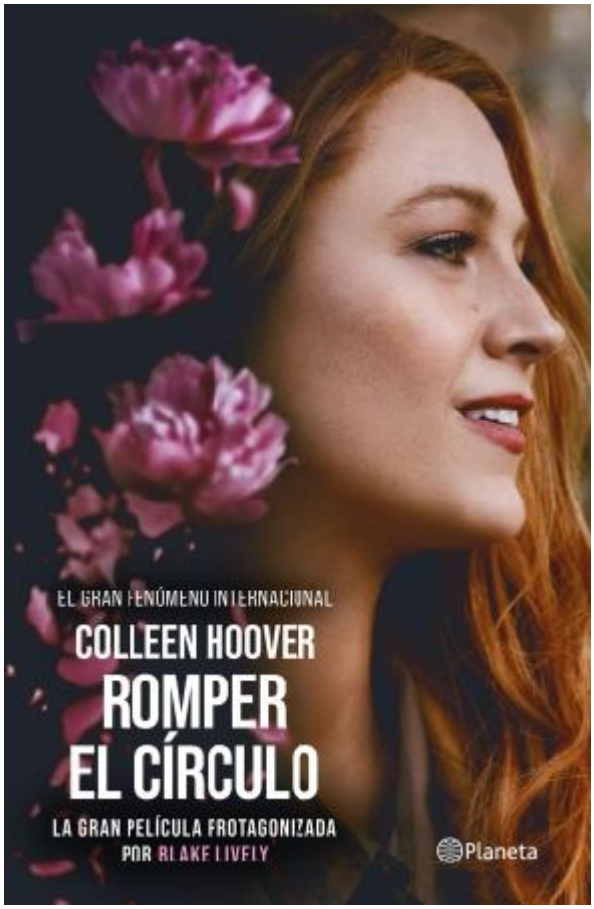
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una isla que impone su propio compás. Una mujer que descubrirá que la receta de la felicidad se cocina a fuego

lento. En la fascinante isla de La Palma, Julia se enfrentará a todo un pueblo para cumplir su sueño: abrir su propio restaurante. Tabea Bach. Un fenómeno de la literatura femenina, bestseller del Spiegel.

Julia, una chef con estrella Michelin, necesita parar antes de romperse. Acompaña a su sobrino a La Palma y, en una bahía salvaje y luminosa, descubre una finca antigua que la hace soñar de nuevo: ¿y si pudiera abrir allí un pequeño restaurante frente al mar? En la salina cercana conoce a Álvaro, un hombre sereno y lleno de pasión. La conexión entre ellos es inmediata, pero los nuevos comienzos nunca son fáciles. Julia tendrá que decidir si está dispuesta a dejar atrás su antigua vida para apostar por lo que de verdad desea. Una novela cálida sobre el amor, la valentía y la magia de empezar de nuevo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Romper el círculo (It Ends with Us)

Hoover, Colleen

9788408259015

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A veces, quien más te quiere es quién más daño te hace.

Lily no siempre lo ha tenido fácil. Por eso, su idílica relación con un magnífico neurocirujano llamado Ryle Kincaid, parece demasiado

buena para ser verdad. Cuando Atlas, su primer amor, reaparece repentinamente y Ryle comienza a mostrar su verdadera cara, todo lo que Lily ha construido con él se ve amenazado.

«Nadie escribe sobre sentimientos como Colleen Hoover.» Anna Todd

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Misterio en el Barrio Gótico

Vila-Sanjuán, Sergio

9788408305927

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Unas cartas anónimas, un cadáver oculto y una ciudad que nunca olvida: Misterio en el Barrio Gótico La novela de Sergio Vila-Sanjuán que recorre el alma secreta de Barcelona

Víctor Balmoral, un periodista próximo a la jubilación, recibe unas cartas amenazantes que lo empujan a **desentrañar misterios en el emblemático Barrio Gótico de Barcelona**. Mientras lidia con este desafío y con las visitas que le hace el fantasma de su mejor amigo, se dedicará también a aclarar qué ocurrió con una **mujer desaparecida hace décadas**.

En una **Barcelona enigmática**, Víctor se moverá entre instituciones culturales, crímenes enterrados y antiguos secretos que aún respiran **bajo los cimientos de los palacios**.

Esta novela entrelaza las vivencias de curiosos personajes con la **memoria emocional de un barrio que no para de transformarse**. Gracias a sus indagaciones, el protagonista terminará descubriendo que, al igual que las ciudades, **las personas nos reconciliamos con nuestro presente cuando aprendemos de las heridas del pasado**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)